Hans Christian Andersen

EL CUENTO DE MI VIDA

Traducción de María Pilar Lorenzo
Ilustraciones de Vilhelm Perdersen

Con este significativo título, el más universal de los escritores daneses, autor de cuentos tan populares como *El patito feo, La sirenita* y tantos otros, nos dio un relato de su vida que no sólo nos proporciona las claves para entender su original y compleja personalidad sino también para comprender mejor los argumentos de sus famosísimas cuentos.

Hans Christian Andersen

El cuento de mi vida

ePub r1.0
Titivillus 22.01.17

Título original: *Mit livs eventyr*
Hans Christian Andersen, 1855
Traducción: María Pilar Lorenzo
Ilustraciones: Vilhelm Pedersen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Andersen, según el retrato de C. A. Jensen. 1836

PRÓLOGO

Manuscrito de «La sirenita»

EL CUENTO DE SU VIDA

> El cuento de mi vida se despliega ahora ante mis ojos como una bella y reconfortante historia: hasta el mal terminó en bien y el dolor se transformó en alegría; yo no hubiera podido inventar nada más aleccionador.

Con estas palabras se despide Andersen del lector en su relato autobiográfico, que termina, como los cuentos populares, con una verdadera moraleja. El autor danés es hasta el final fiel a la estructura general de su narración, que empieza como un cuento y se desarrolla como un cuento, con héroes y malvados, premios y castigos y demás ingredientes del cuento tradicional tan bien estudiados por Vladimir Propp.

Andersen, tan maravilloso narrador de cuentos, relata también su vida como si de un cuento se tratase. La moraleja final enlaza con el principio del relato, que nos promete ya una aventura maravillosa:

> Mi vida es un bello cuento ¡tan rica y dichosa! Si de niño, cuando salí a recorrer el mundo solo y pobre, me hubiese salido al paso un hada prodigiosa que me hubiera dicho: «escoge tu camino y tu meta, que yo te protegeré y te guiaré conforme a las facultades de tu entendimiento y conforme es razón que se haga en este mundo», no pudiera mi suerte haber sido más feliz.

Y el héroe esforzado que se lanza a la gran aventura del mundo arrostrando toda clase de peligros con la ayuda de poderes extraordinarios, guiado por el afán de cumplir con la tarea encomendada, es el escritor Hans Christian Andersen en persona. Sabe que los trabajos que ha de pasar van a ser grandes pero confía

siempre en el final feliz, tal como dice varias veces a lo largo de la narración:

> Primero hay que pasar penalidades sin cuento y luego se hace uno famoso.

Desde las primeras páginas se nos presenta como alguien elegido para un destino superior. Continuamente habla de cómo la providencia lo guía y parece que todo cuanto ocurre cumple con la sola finalidad de hacer que él lleve a cabo su gran misión. Hasta el fracaso de su padre al intentar conseguir un puesto en una finca de los alrededores de Odense se interpreta como algo providencial:

> Lloramos los tres y yo pensé que a Dios no le hubiera costado nada atender nuestras súplicas; si lo hubiera hecho, yo habría sido campesino y mi futuro entero distinto del que ha resultado. Muchas veces he pensado luego: ¿será posible que nuestro Señor sacrificara la felicidad de mis padres por mí?

El relato de su vida tiene así mucho más de cuento de hadas que los verdaderos cuentos de Andersen, cuyo mérito no es el de mostrar prodigios ni entretener al público infantil y que tampoco encajan dentro de los patrones del cuento popular, sino que son creación originalísima de su autor. Como expresión artística que son, su interés no reside precisamente en la moraleja final, no pretenden ser aleccionadores, y con eso rompen con toda una tradición en su época y encuentran dificultades para ser admitidos por la crítica. Su encanto está sobre todo en el estilo, en el delicado medio tono, en su fina ironía, a través de la cual se constituyen al mismo tiempo en espejo y burla del mundo real. Por ese arte de su estilo puede decirse que los cuentos de Andersen son más realistas que el cuento de su vida, tanto como reflejo del mundo que le rodea como de la personalidad del escritor mismo. Lo que escribe Andersen trata en último término siempre de Andersen, y muchos de los personajes de sus cuentos son Andersen mismo. Y no siempre terminan como «El patito feo», que al final resulta ser un bello cisne, siguiendo la misma trayectoria que el autor nos presenta como propia en el relato de su vida, sino que acaban también como

«La sirenita», abandonada entre dos mundos, sin poder integrarse en ninguno de ellos.

En los cuentos no hay ocultamiento, la idealización poética del mundo y los personajes halla su contrapeso en la ironía que todo lo impregna haciendo burla de todo. En *El cuento de mi vida* falta esa ironía, el personaje se toma totalmente en serio y por eso nos encontramos con un Andersen distinto, un Andersen que se oculta porque idealiza a su personaje, porque quiere presentar a nuestros ojos y a los suyos propios la imagen más halagüeña de su vida. La obra se convierte así en una justificación de la persona del autor, que probablemente cree necesitarla por los múltiples complejos que le producen tanto su humilde origen social como su propia personalidad conflictiva. Sólo así se explica la obsesión autobiográfica del escritor, que anota continuamente sus impresiones y sus vivencias y que quiere a toda costa que el relato de su vida acompañe a las diferentes ediciones de su obra, tanto en danés como en otros idiomas, para que ésta se entienda en su verdadero sentido.

Y quizá sea ése realmente el mayor interés de su relato autobiográfico, que nos hace comprender más profundamente el resto de su obra, aunque de forma algo distinta a lo que pretendió el autor. Lo que nos conmueve aquí no es tanto la asombrosa historia del hijo del pobre zapatero que acaba sentado a la mesa de los reyes, aunque sea éste un mérito indudable, sino el conflicto entre esa trayectoria vital y un personaje que por diversas razones no acaba de encajar en ella. Este conflicto, que es el de Andersen de carne y hueso y del que brota la genialidad de su obra, abre continuas grietas en el acabado de la estructura ideal del relato, proponiendo otra lectura del mismo. Es el Andersen que en medio del agasajo de los más destacados intelectuales y artistas del gran mundo, se hunde en la depresión por lo que considera una crítica, un mal tono en la carta que desde Dinamarca le envía un amigo. Es el Andersen que se codea con la aristocracia y la realeza europea pero que en el fondo no ha dejado de ser el chico pobre y desamparado que llegó a Copenhague a los catorce años y que tiene que someterse al amparo de los grandes y aprender a sobrevivir a base de la complacencia y el disimulo.

Esta doble lectura de su relato autobiográfico nos permite entrar

en el taller donde se fragua lo mejor de las creaciones de Hans Christian Andersen, que resulta de las múltiples contradicciones de una personalidad rica y difícil, tremendamente insegura y al mismo tiempo sin sombra de duda acerca del propio talento, aparentemente candorosa y en el fondo también calculadora y oportunista. Y de las tensiones que le produce un ascenso social no del todo asimilado, el contraste entre la ambición desmedida y la falta de una formación sólida, el desconocimiento de las normas de la burguesía, en el fondo provinciana, típica de un país empequeñecido como Dinamarca, a la que aspira a pertenecer y en cuyo estrecho mundo se ahoga a la vez. A esa luz se descubre el sentido más profundo de sus cuentos, mal interpretados, sobre todo en el extranjero y a través ya de sus primeras traducciones inglesas, como cuentos infantiles, y se borra la imagen de Disneylandia que el cine americano ha dado del gran escritor.

Para la edición que aquí presentamos hemos optado por la traducción casi completa de los tres primeros capítulos de la obra[1], donde se describe la etapa de la niñez y primera juventud, que quizá sea la que mayor curiosidad pueda despertar en el lector, y una selección de las páginas más representativas del resto, donde nos hemos permitido las adaptaciones y arreglos necesarios para dar coherencia al texto.

Vida contada y vida real

El cuento de mi vida lo escribió Andersen en los años 1853-1855, es decir alrededor de los cincuenta años de edad. Veinte más tarde añadiría los capítulos correspondientes a la última parte de su vida. Lo escribe, pues, en el momento máximo de su gloria, cuando es ya un autor reconocido, y eso le permite idealizar su pasado desde la perspectiva del final feliz y darnos su imagen más brillante. Los capítulos más auténticos de su relato son por ello los correspondientes a la niñez, escritos en parte años antes, para la primera edición de sus obras en Alemania, que fue donde primero se reconoció al autor. El hecho de que estuvieran destinados en principio a un público extranjero y que los redactara en momentos en que todavía no se había acreditado como el gran escritor,

contribuyen probablemente a una mayor espontaneidad. Pero también hay que pensar que reflejan una época de su vida sin los conflictos que experimentaría más tarde, pues no ha salido todavía de su entorno social y sus sueños no han sufrido aún el choque con la vida real. De todas formas el origen social, del que evidentemente se avergonzaba aunque sin renegar nunca de él, ya que inspira gran parte de su obra, sufre siempre ciertos retoques en el relato, ocultándose circunstancias menos presentables y adornándose otras. Exagera, por ejemplo, las excelencias de la familia paterna y no se refiere para nada a la azarosa vida de su madre, que al parecer había tenido una hija de soltera antes de casarse con el padre de Hans Christian; esta hermanastra, según se dice, vivía en Copenhague y el escritor estaba horrorizado ante la idea de que se presentara a verle y le pusiera en ridículo. Tampoco nos dice nada de la afición de su madre por el alcohol, que empañaba la imagen de distinción que Andersen se empeñaba en dar de sí mismo.

Hans Christian Andersen nació el 2 de abril de 1805 en la ciudad danesa de Odense, situada en la isla de Fionia. Odense cuenta por aquel entonces con unos cinco mil habitantes y es la segunda ciudad de Dinamarca. La sociedad danesa de aquel tiempo se caracteriza por una gran diferencia de clases; más de la mitad de la población la constituyen gentes de oficios humildes: artesanos pobres, jornaleros, lavanderas o seres marginados que sobreviven mendigando el pan de cada día. A Andersen le tocó venir al mundo en uno de estos hogares humildes, pasando su niñez en una casa pobre aunque esmeradamente cuidada que todavía puede visitarse en Odense y que sorprende por lo reducido de sus proporciones, ya que no consiste más que en una habitación pequeña. Uno se pregunta cómo podría caber allí, además, el taller de zapatero del padre, gracias al cual el hombre conseguía ir sacando adelante, entre apuros y estrecheces, a su familia.

Ni el medio social ni el ambiente familiar eran los más propicios para la carrera literaria que emprendería Hans Christian Andersen, y nada parecía augurar por entonces lo lejos que iba a llegar el hijo del zapatero. Pero el camino de la gloria iba a ser penoso y la lucha por la aceptación iba a dejar su huella en la personalidad del escritor, que pagaría un alto precio por su fama.

Las posibilidades de recibir una mínima educación en aquel

marco social eran muy limitadas. El pequeño Hans Christian tuvo que contentarse con asistir a la escuela de pobres para adquirir el saber más rudimentario, que era lo único que iba a necesitar para aprender un oficio como su padre. La madre, mujer ignorante pero que conocía por experiencia propia las asperezas de la vida, ya que había tenido que salir a pedir limosna desde muy niña, estaba convencida de que ése era el camino que tenía que seguir su hijo para hacerse una persona de provecho. Así, una vez que el chico hubo aprendido las primeras letras, intentó ponerle a aprender diversos oficios, fracasando estrepitosamente en su intento. El niño era un ser tímido y asustadizo que no servía para nada, y esto iba a convertirse en un problema, sobre todo al quedar huérfano de padre a la edad de once años. Aunque mirado desde la perspectiva del final feliz, el chico, como su patito feo, simplemente no encajaba en aquel ambiente, pertenecía a un mundo diferente.

La sensación que tiene Andersen ya desde sus primeros años de ser distinto le viene quizá en parte de su padre. El pobre zapatero era un hombre profundamente insatisfecho con la vida que le había tocado vivir. Parece que su familia había tenido propiedades en el campo y las había perdido, quedando en la pobreza. Como resultado de ello su padre, el abuelo del escritor, había perdido la razón y recorría ahora loco las calles de Odense, seguido siempre de una caterva de chiquillos que se metían con él. La madre, abuela de Hans Christian, se pasaba el día lamentando la pérdida de su fortuna y rememorando la grandeza de tiempos pasados.

Eso es lo que nos cuenta Andersen en sus memorias, pero la realidad parece haber sido algo distinta. Los antecedentes familiares no deben haber sido tan gloriosos, pues al parecer el abuelo había sido ya zapatero antes de volverse loco. Pero lo cierto es que el niño lo vio o lo quiso ver así, influido por los sueños de grandeza de su abuela y la constante frustración de su padre por no haber podido estudiar y tenerse que dedicar a aquel bajo oficio, rodeado de gente con la que no podía comunicarse y acompañado de una mujer inculta y supersticiosa que se escandalizaba de sus ideas de librepensador.

A pesar de que Andersen creció más próximo a su madre, por la temprana muerte del padre y por el carácter retraído del mismo, parece llevar en su ser claros rasgos de la personalidad de aquel

hombre que, ante la incomprensión general, se encerraba en sus pensamientos y en sus sueños y que le hacía juguetes maravillosos, entre ellos un teatro de títeres que serviría para despertar la afición del poeta por el mundo de la ficción y de la fantasía.

A Hans Christian Andersen le gustaba todavía menos que a su padre la existencia sórdida y chata que le rodeaba. Es un niño extremadamente sensible, al que hieren las bromas de sus compañeros y cualquier palabra mala. Se refugia en su soledad, jugando con su teatrito, e imaginando que en realidad sus verdaderos padres no son aquéllos, que él ha nacido de una familia muy importante y que los ángeles del Señor bajan a hablar con él y confortarle. La gente se burlaba de aquellas tonterías creyéndole loco como su abuelo y eso hacía que el chico se metiera cada vez más dentro de sí mismo.

Su aspecto físico tampoco le acompañaba. Conforme iba creciendo, se iba haciendo cada vez más larguirucho y desgarbado. Tenía una cabellera abundantísima y una gran nariz, y todo ello contribuía a dar un aspecto ridículo a su persona que en cierto modo le marcaría para el resto de sus días.

Sin embargo, al lado de todo esto, Hans Christian Andersen tenía una fe absoluta en sí mismo, o más bien en una vocación, en un destino todavía indefinido que le empujaba a romper las barreras que le tenían aprisionado en aquel mundo tan estrecho. Pero no veía la forma de salir de él, como no fuera que se produjera un milagro y viniera el genio de la lámpara a convertirle, como a Aladino, en un ser rico y poderoso. Hay momentos en que ésa parece ser la única esperanza del chico y así lo expresa en sus memorias:

> Había oído decir a una vieja que lavaba ropa en el río, que justo allí debajo del río de Odense se hallaba el imperio de la China, y en aquel momento no se me hacía imposible que una noche de luna, estando yo sentado a la orilla, saliera por allí, atravesando la tierra, un príncipe chino, me oyera cantar y me llevara a su reino, donde me colmaría de riquezas y honores, y luego me dejaría volver a Odense, donde yo mandaría hacer un palacio.

El tema de Aladino, hijo de un padre artesano como Andersen, que terminará colmado de riquezas y honores, obsesiona al poeta durante toda su vida. En sus novelas y cuentos el tema aparece tratado de múltiples formas y Andersen mismo gusta de presentarse como un segundo Aladino, sacado por arte de magia de la pobreza, para verse de la noche a la mañana en la cumbre de la gloria. Así lo expresa en otro pasaje de su relato en que, gozando ya de las simpatías de intelectuales y artistas influyentes, contempla a la gente humilde que pasa por la plaza pública desde el palacio de Amalienborg, donde se halla alojado con unos amigos:

> Mi cuarto daba sobre la plaza y recuerdo que la primera noche que pasé allí, estando sentado a la ventana mirando abajo, se me vinieron a la cabeza las palabras de Aladino al contemplar la plaza desde su rico palacio: «Por ahí pasaba yo cuando sólo era un niño pobre». Me daba cuenta de que Dios me había guiado con su amor y su gracia y mi alma entera rebosaba gratitud.

Pero aunque es cierto que en todo tiempo se siente como guiado por la divina providencia hacia un destino singular, hasta el punto de considerar que todo cuanto ocurre en torno suyo, incluso las mayores adversidades, no hace sino contribuir a su realización como genio, también es verdad que el éxito va a tener que ganárselo a pulso, superando grandes dificultades sin perder nunca del todo la esperanza.

Empieza inventando obritas disparatadas para su teatro de títeres y declamándolas ante los vecinos, que, como es natural, se quedan con la boca abierta de puro asombro, y sin la más mínima malicia ni sentido del ridículo, termina exhibiéndose ante la gente más ilustre de la ciudad, que en medio de todo debe ver algún talento escondido en aquel extraño muchacho y le da ánimos.

Consigue romper por fin las primeras ataduras y a los catorce años obtiene el permiso de su madre para viajar a Copenhague, que para él entonces es el centro del mundo; y se va a la aventura, sin apenas dinero ni posibilidad de ganarlo, buscando sólo hacerse famoso. La decisión de marchar así a conquistar la gran ciudad denota una tremenda ingenuidad, una gran falta de mundo, pero

por otro lado muestra una asombrosa confianza en el propio valer que raya en el engreimiento y que será característica de toda la vida del autor. Esta fe en sí mismo contrasta con la falta de autoestima que también le caracteriza, igual que su cargante pusilanimidad contrasta con el atrevimiento que supone para un niño de pueblo presentarse sin más aviso en casa de los grandes. La ingenuidad con que lo hace resulta también relativa, ya que sabe llamar a la puerta de los más indicados y está dispuesto a complacerlos con tal de conseguir sus favores. Tras ese candor y esa falta de malicia que nos pinta en la superficie del relato observamos, pues, unas buenas dosis de cálculo y oportunismo típicas del que durante toda su vida se sintió un advenedizo.

El balance objetivo de esos años de estancia en Copenhague no puede ser más negativo. A pesar del atrevimiento y desparpajo con que se presenta ante los personajes más influyentes de la burguesía y la intelectualidad danesa del momento, refiriéndoles su caso con toda ingenuidad y exponiéndoles sus desmesuradas pretensiones, y pese a lo bien que éstos le acogen, el inaudito interés que se toman por él y la ayuda que le prestan, la verdad es que el chico no sirve para nada de lo que pretende: ni para el teatro, su gran ambición, ni para el canto ni para el *ballet*. Y, sin embargo, de alguna manera deben ver que el muchacho tiene talento, especialmente escribiendo; aunque es evidente que le falta la cultura más elemental, lo que entre otras cosas se ve por las faltas de todo tipo que hace entonces en lo que escribe el que luego acabaría siendo uno de los grandes estilistas de la lengua danesa. Una burguesía bien intencionada decide entonces que el chico tiene que estudiar para convertirse por lo menos en un ciudadano de provecho. Se inicia así el proceso de educación y pulido del escritor, indudablemente necesario pero que para éste se convierte en pesadilla que le perseguirá siempre, sobre todo porque está dirigido por personas que nunca entendieron realmente la importancia y originalidad de su obra y que pretenden encauzarla dentro de las normas del «buen gusto», permitiéndose incluso corregir después de su muerte alguno de sus manuscritos.

Se ha hablado mucho de la lucha interna de Andersen entre el ingenio natural y la cultura impuesta por la sociedad de su momento. No cabe duda de que es precisamente del difícil

equilibrio establecido entre ambas partes de donde brota la obra magistral del escritor, pero la eterna pugna por integrarse dentro de una clase social y un mundo cultural a los que no pertenece va a ser raíz de muchos de los conflictos de la difícil personalidad de Hans Christian Andersen, que se harán patentes en toda su producción literaria.

Andersen puede considerarse un privilegiado por ofrecérsele la oportunidad de estudiar el bachillerato, cosa que había sido el sueño de su padre y que estaba reservada exclusivamente a los hijos de las clases altas. Pero los años de instituto son para él un verdadero calvario. En parte por la antipatía que le demuestra el director del colegio, quizá celoso de su genio natural, pero también por las dificultades del poeta para ese tipo de estudios. La salida del instituto y el término de los estudios suponen una liberación. El título de bachiller va a garantizarle la integración anhelada en la sociedad pero Andersen no va a sentirse nunca aceptado, será siempre un extraño en el grupo, incluso en el círculo de sus amigos más íntimos. Su vida personal está también marcada por el estigma de la soledad. No se casó nunca ni fundó un hogar, no tiene casa propia y vive casi siempre en habitaciones alquiladas. Los veranos los pasa en las fincas de diferentes conocidos. Come a diario en casa de sus amigos. Cuando muere, en 1875, sus funerales en la catedral de Copenhague son una muestra de la soledad que había presidido su vida entera: no asiste un solo familiar, pues no tiene ninguno, pero está presente en cambio toda la crema de la sociedad y de la intelectualidad danesas.

Una personalidad conflictiva

Los problemas de personalidad del escritor no se deben, sin embargo, sólo a su desclasamiento social. Su temperamento natural no es tampoco nada fácil. La imagen de Andersen que ha pasado a la historia de la literatura universal es la de un hombre apacible, rodeado de chiquillos a los que entretiene leyendo sus cuentos. Tal imagen no corresponde del todo a la idea que tienen de él sus compatriotas, especialmente los que le conocieron. Bajo aquella apariencia bondadosa se oculta una personalidad complicada. Continuamente se habla de su vanidad, de su egocentrismo, de su

susceptibilidad enfermiza, de sus cambios de humor, de sus arbitrariedades y de su servilismo con los de arriba, a los que al mismo tiempo critica en sus escritos.

Respecto a su amor por los niños, que es parte del mito personal de Andersen, no parece que fuera un rasgo notable de su personalidad. Cuando con ocasión de su setenta aniversario se le dedicó la estatua que hoy preside los jardines del Rey en Copenhague, el escritor se negó a que se representara su figura rodeada de niños, ya que los cuentos que había escrito iban destinados a gente de todas las edades y no especialmente a los pequeños como erróneamente se ha creído.

Lo que pasa es que Hans Christian Andersen se comunica bien con los niños porque en muchos aspectos él no dejó de ser en toda su vida un niño grande, y los fallos de su carácter tienen que ver en cierto sentido con rasgos infantiles de su personalidad.

Su vanidad y egocentrismo no tienen vuelta de hoja. Gran parte del legado literario de Andersen lo constituyen sus varias memorias y un diario que ocupa nada menos que doce extensos volúmenes. Estas páginas están plagadas de alusiones a toda la gente importante que le invita a su casa, que aplaude su obra tanto en Dinamarca como fuera de ella. La mayoría de sus novelas y cuentos giran en último término en torno a su persona, tratan de él mismo. A pesar de lo poco agraciado de su figura, es uno de los personajes que más se hace retratar en su época. Tiene que ser en todas partes el centro de atención. En las reuniones de sociedad aprovecha la primera oportunidad para ponerse a leer en público sus escritos. Algún buen amigo hasta le sugiere en alguna ocasión la conveniencia de evitarlo para no resultar molesto.

También es notable la incapacidad de Andersen para una relación amorosa. Su temperamento inseguro y asustadizo debe haberle hecho temblar ante la idea de una relación íntima con una mujer, pero además su vocación solitaria de poeta le impedía unirse a nadie de por vida. Sólo una vez parece que estuvo dispuesto a dejarlo todo y fundar un hogar, y fue cuando su enamoramiento repentino de Riborg Voigt, que le inspira el poema «Hace poco tiempo vi dos ojos pardos». El poeta tenía entonces veinticinco años. La chica estaba ya comprometida con otro hombre, que al parecer no era del agrado de la familia, y quizá hubo algún

momento de indecisión por parte de ella, más que nada porque se sentía halagada por la admiración del escritor. Pero aunque Andersen guardó hasta su muerte una carta de la joven que llevaba en una bolsita sobre el pecho, el amor entre los dos no parece haber tenido mucho de real, sino que probablemente es más bien un sueño romántico de poeta.

Su enamoramiento de otras mujeres, como Louise Collin (hija de Jonas Collin) o Sophie Ørsted (hija de H.
C. Ørsted),
despierta la sospecha de que Andersen lo que en el fondo anhelaba era llegar a formar parte con plenos derechos de alguna de aquellas familias de amigos importantes.

Quizá su amistad y profunda admiración por la cantante sueca Jenny Lind tuviera algo de verdadero amor pero se mantuvo siempre en ese plano de íntima comunión de dos almas gemelas que vivían en realidad las dos exclusivamente consagradas a su arte.

Su relación con las mujeres, mucho más lograda que su amistad con los hombres, tuvo sobre todo un carácter filial o fraternal y fue con mujeres que, por edad o por otra serie de factores, parecían descartadas como objeto de atracción o deseo. Pero hay que decir que en su mayoría son mujeres de una personalidad realmente interesante. Están por un lado las numerosas «madres» de Andersen, algunas de las cuales lo que pretendían era reformarlo y convertirlo en un buen ciudadano y una persona de provecho, sin llegar a comprender nunca el valor de su misión literaria. Otras, como la Sra. Læssøe, mujer de gran sensibilidad, tuvieron mayor influencia en su persona. Andersen dice que ella le enseñó a ver con ojos nuevos las bellezas naturales, y parece efectivamente que la señora, que tenía un sentido realmente grandioso y romántico de la naturaleza, reprochaba al poeta su predilección por la naturaleza domesticada y siempre en relación con su persona: «Usted ama la naturaleza, de eso no cabe duda, pero no la ama de la manera que yo, y eso es precisamente lo que quiero que haga. Usted la ama y la observa para describir sus bellezas en sus poemas y así cosechar laureles. Pero no es el laurel, no es el árbol lo que despierta su amor y admiración sino la corona tejida para usted por la mano de la niña. ¿Acaso es eso amor a la naturaleza por la naturaleza misma? ¿Es que su individualismo no puede doblegarse nunca ante algo —

permítame que lo diga— ante algo más alto? Pues sí, yo voy a enseñarle».

Entre las mujeres que son para él como hermanas hay que hablar sobre todo de Henriette Wulff, hija del almirante Wulff, que le había invitado a su casa desde sus tiempos de estudiante. Con ella mantuvo Andersen una estrecha relación y una intensa correspondencia hasta la trágica muerte de Henriette en el incendio de un barco en el que viajaba con rumbo a América. Era una personalidad muy fuerte y de ideas avanzadas y fue siempre un apoyo enorme para el poeta. Había dos aspectos en los que chocaban continuamente: Henriette, mujer de ideas democráticas y sencillas, no comprendía la debilidad de Andersen por la vida de sociedad y el trato con la gente ilustre. Por otra parte, su espíritu decididamente patriótico no aceptaba tampoco muy bien las simpatías del escritor por Alemania, que aparecía como enemiga de su país.

Un aspecto sobre el que cada vez se escribe más abiertamente es el de la posible inclinación homosexual del autor, que se observaría en la devoción por varios hombres a lo largo de su vida y especialmente en la enfermiza dependencia de su amigo Eduard Collin, hijo de Jonas Collin, la persona que más le protegió pero también quien se consideró con más derecho a educarle según sus normas. Pero por otra parte, la adoración por algunos hombres no puede dejar tampoco de ponerse en relación con la admiración de Andersen por los círculos de poder a que pertenecen, igual que la naturalidad de su trato con algunas mujeres puede ponerse en relación con el hecho de que éstas se hallaban, como él mismo, fuera del sistema de rígidas jerarquías. Lo que parece un hecho es, en cualquier caso, la falta de realización sexual de cualquier tipo; según varios estudiosos de su obra, esta carencia la compensaría el escritor con la masturbación frecuente, a la que pueden referirse las cruces que marcan muchos días en sus diarios.

La inclinación homosexual o bisexual de Andersen podría también verse como expresión de una sensibilidad casi neurótica ante el mundo en general, muy fructífera por otra parte para la creación poética. Andersen dice de sí mismo que es como el «agua, a la que todo agita y en la que todo se refleja». Desde niño le impresionan más las cosas que a los demás y su memoria almacena

escenas de toda su vida como si las acabara de vivir. Así puede, por ejemplo, escribir en la vejez sobre un acontecimiento que le impresionó a los tres años de edad, como es la llegada a Odense de los soldados españoles y franceses, cuando las guerras de Napoleón. Y del mismo modo el recuerdo del penal de Odense, que visitó en su niñez, le inspirará muchos años más tarde una de sus novelas. Pero esa manera de estar siempre en carne viva, captándolo todo, sintiéndolo todo, que tan beneficiosa es para su labor de escritor, lo deja indefenso ante la vida y dificulta su relación con los demás.

Andersen y Dinamarca: una relación difícil

En el momento de ir a publicar *El cuento de mi vida*, Andersen señala, con su vanidad característica, que las vicisitudes de su vida podrían servir quizá para «dar fuerzas en su lucha a más de una persona de talento». Sin embargo, el autor empieza justificando la publicación del relato por el interés histórico que podría tener para generaciones futuras como cuadro de la época y retrato de las grandes personalidades de la misma. Y no hay duda de que, a pesar de la subjetividad de las impresiones del escritor, *El cuento de mi vida* supone un verdadero compendio del mundo intelectual y artístico de gran parte del siglo XIX, tanto de Dinamarca como de Europa entera. Y este momento es nada menos que el Romanticismo y Postromanticismo europeo, y en Dinamarca sencillamente el de la Edad de Oro de las letras y las artes. Si en sus viajes por Europa Andersen llega a conocer a los escritores y músicos románticos más importantes, en Dinamarca puede decirse que se trata con las figuras más emblemáticas de su historia. No sólo con poetas, como Oehlenschläger, sino con grandes músicos, como Hartmann o Weyse, y otras geniales figuras de las artes, como el escultor Thorvaldsen o Bournonville, el gran maestro de *ballet*. Además de hombres de ciencia de renombre universal, como el físico Hans Christian Ørsted. Hasta Kierkegaard es contemporáneo de Andersen, en cuya obra el taciturno filósofo echa de menos una actitud existencial más seria. Adentrarse en el mundo del conocido autor de cuentos es por ello penetrar en el corazón mismo de Dinamarca.

La Edad de Oro danesa es un período muy influido por el espíritu romántico de Alemania, el país vecino, pero también por

los ideales clasicistas de Goethe y Schiller. En Dinamarca, ese espíritu romántico se inspira entre otras cosas en la mitología y las tradiciones del mundo nórdico, donde se buscan los orígenes de la identidad danesa, pero también en el cultivo de los ambientes exóticos, especialmente orientales, como ocurre en el Romanticismo de otros países europeos. Uno de los máximos representantes de esta doble tendencia en Dinamarca es Adam Oehlenschläger, con obras como *Hakon Jarl* y *Aladino*. Oehlenschläger se considera uno de los grandes creadores literarios de Dinamarca y el mundo nórdico en general, siendo coronado en Suecia en 1829 como «rey de los poetas escandinavos».

Otra de las características del Romanticismo alemán desde tiempos de Herder había sido la inspiración en temas populares. En la maravillosa música romántica danesa, que tiene sus máximos representantes en Weyse, Hartmann y Gade, se observa la misma tendencia. Andersen colaboró directamente con Weyse y Hartmann, y este último es el autor de la música de la mayoría de las canciones de Andersen.

Fue también una época de auge del teatro danés, y no precisamente por las obras de Andersen, que carecía de verdadero talento dramático, sino por las obras de Oehlenschläger y por el impulso dado a la vida teatral por el matrimonio Heiberg, autor teatral él y primerísima actriz ella, que organizaban unas tertulias en su casa donde reunían a los talentos artísticos del momento. Este auge del teatro coincide con un gran florecimiento del *ballet*, debido sobre todo a la maestría de August Bournonville, bailarín excepcional y autor de una cincuentena de *ballets*, algunos de los cuales, como *Una leyenda popular, Napoli* o *La sílfide*, se consideran de lo mejor de la rica producción de Dinamarca en el género.

Bertil Thorvaldsen es considerado por muchos, dentro y fuera de Dinamarca, como el mayor escultor de su tiempo. Atraído por el mundo de la Antigüedad clásica, consigue, a la edad de veintisiete años, una beca para viajar a Roma, en donde vive más de cuarenta años y donde Andersen lo encuentra en 1833. El recibimiento que se le hace a su regreso a Dinamarca es apoteósico y Andersen lo describe muy bien en *El cuento de mi vida*. Parece que los unió una relación muy amistosa; los dos tenían en común la modestia de su origen; sin embargo, Thorvaldsen, tal como lo pinta el mismo

Andersen, tenía un espíritu abierto y jovial muy lejano del carácter melancólico del poeta.

También es interesante la relación de Hans Christian Andersen con el importante físico Ørsted. Uno de los cuentos más maravillosos del autor, «La campana», está basado en la amistad entre el poeta y el hombre de ciencia y trata de cómo por las dos vías, la ciencia y la poesía, se llega al encuentro de la verdad.

Y al mismo tiempo, Andersen es testigo privilegiado de acontecimientos definitivos en la historia de su país. Por un lado, vive el final del absolutismo y la llegada de un régimen constitucional, aunque el escritor, que se declara apolítico, parece sentir, quizá por su respeto a la autoridad, mayor simpatía por el régimen antiguo. Pero vive sobre todo los momentos en que se fragua el nacionalismo danés, en que se constituye con toda su fuerza la identidad nacional de Dinamarca como país pequeño que se defiende de la agresión del poderoso vecino, Alemania, al que, por otra parte, le unen profundos lazos en su historia. A partir de entonces y hasta el presente, ser danés significará para muchos daneses sobre todo distinguirse de lo alemán.

Andersen vive las diferentes guerras en torno a los ducados de Schleswig-Holstein. Con ocasión de la victoria provisional danesa de 1850 escribe el poema «He nacido en Dinamarca», al que pone música su amigo Hartmann y que es tan popular en su país como los propios cuentos del autor. La primera estrofa dice así:

He nacido en Dinamarca, éste es mi hogar.
Aquí tengo mis raíces, aquí mi mundo empieza.
Lengua danesa, dulce voz maternal
que con arrullo suave al corazón llegas.
Playas hermosas y frías,
donde los antiguos túmulos
descuellan entre los huertos de manzanos y de lúpulo.
¡Para Ti todo mi amor, Dinamarca, Patria mía!

Son los momentos de máximo esplendor del nacionalismo danés, en los que el propio Andersen toma verdadera conciencia de «las profundas raíces que tiene en su tierra», de «lo danés que es su corazón». Sus versos rezuman fervor patriótico y el poema se

convirtió pronto en una especie de himno nacional.

Sabemos, sin embargo, que los sentimientos del escritor hacia su país no fueron siempre tan ardientes como se expresa en estos versos. La relación de Andersen con Dinamarca fue una relación difícil, aunque cabe preguntarse si es verdad que sus compatriotas tenían tanto en contra suya como él dice, o si sus quejas no están más bien motivadas por una susceptibilidad excesiva. Hay mucha gente que se inclina por creer lo segundo: «Usted, con su imaginación retorcida —dice un amigo— es el que en seguida inventa historias de que se le desprecia en Dinamarca. No es cierto. Dinamarca y usted se entienden perfectamente…».

Pero fueran o no imaginaciones suyas, lo cierto es que Andersen lo pasaba mal, porque no sólo no se sentía aceptado por el público danés, sino que además encontraba que la gente se reía de él y le menospreciaba por su falta de cultura y origen humilde. Sus numerosos viajes al extranjero no obedecen sólo a su enorme curiosidad y deseo de aprender, sino que suponen al mismo tiempo una huida de Dinamarca, donde no hace otra cosa que acumular tensiones, que acabarían con él de no tener esa válvula de escape. Pero incluso en estos viajes al extranjero le vemos agobiado por la pesada carga del resentimiento hacia Dinamarca y los daneses. Desde la distancia continúa pendiente de lo que dicen sus compatriotas. Cualquier noticia desfavorable es suficiente para hundirle en la desesperación.

Estando una vez en París se entera por un periódico danés de que se acaba de estrenar una obra suya y no ha gustado. Reacciona con suma violencia y, en una carta que escribe a su buena amiga Henriette Wulff, descarga sus iras contra la nación entera:

> ¡Ojalá no vuelva a ver nunca esa tierra, que sólo tiene ojos para mis faltas y ningún corazón para lo que Dios me ha dado de bueno! Odio a quien me odia y maldigo a quien me maldice. Desde Dinamarca no me llegan más que vientos helados cuando estoy fuera. Me escupen, me pisotean en el lodo, y sin embargo soy un poeta como no ha habido muchos… ¡Ojalá no hubiera visto jamás esa tierra! Dios no hubiera debido permitir que un ser como yo naciera en ella; odio a mi patria, la aborrezco, igual que ella me odia y escupe. Reza a Dios por mí, reza porque halle pronta muerte, para no volver a ver esa tierra, que sólo me da

> sufrimientos y en la que me siento más extranjero que en ninguna otra parte… Me siento enfermo esta noche, enfermo; mi país me manda la fiebre de sus bosques húmedos y fríos, que los daneses miran embobados, creyendo amarlos. Pero yo no creo en el amor de la gente del Norte, sólo en la maldad y falsedad, como yo las siento en mis venas, haciéndome ver al pueblo que pertenezco…

La carta está escrita en 1843 y se diría que no proviene de la misma persona que pocos años más tarde haría una de las más hermosas declaraciones de amor a la patria danesa. En este aspecto, como en otros de su personalidad, Andersen cambia con gran facilidad entre la exaltación y el abatimiento. Pero aunque no podamos tomarnos completamente en serio las continuas lamentaciones de capítulos enteros de su relato autobiográfico, pues se basan muchas veces en detalles sin importancia en los que más que el comportamiento de la sociedad danesa se pone en evidencia la difícil manera de ser del escritor mismo, también es cierto que la burguesía copenhaguesa de que dependió durante muchos años la trayectoria de Andersen, no estaba precisamente a la altura de su genio. Es la misma burguesía que ridiculiza a Kierkegaard, al que tampoco entiende, al que considera tan estrafalario como a Andersen. La diferencia es que el filósofo, por su posición social, no depende de sus favores, y también que esa burguesía, con el tiempo, ha comprendido más a Andersen que a Kierkegaard, olvidando las objeciones del pasado.

Se trataba entonces de una burguesía provinciana, encerrada en su pequeño mundo de prejuicios y normas fijas, como corresponde a un país que había sufrido enormes pérdidas de territorio y renunciado a cualquier sueño de grandeza. Era un mundo replegado sobre sí mismo, al margen de los grandes acontecimientos del mundo y dedicado a cultivar su propia imagen de belleza y armonía dentro de su limitado círculo. Ese medio tenía forzosamente que resultar opresivo para espíritus originales como el de Andersen. Aunque el escritor buscó siempre amparo en esta burguesía, quienes le entendieron en Dinamarca no eran representantes de estos círculos sino grandes artistas como él mismo o un genio universal de la talla de Ørsted.

Sería injusto, por otra parte, culpar a las clases altas danesas por

haber tratado al escritor según las únicas normas que conocían. La verdad es que Andersen encontró siempre gente que se ocupó de él y hogares en donde, como el escritor mismo dice, se le acogía como a uno más de la familia. Tal es el caso muy especialmente de la familia Collin, que le abrió de par en par las puertas de su casa y le brindó su amistad por tres generaciones. Al padre, Jonás Collin, le debe entre otras cosas el haber podido estudiar y empezar a escribir; el hijo, Eduard Collin, fue el hombre con quien Andersen tuvo una amistad más estrecha, a pesar de las grandes diferencias de temperamento; el nieto, Jonás Collin, hijo de Eduard, acompañó al poeta en algunos de sus últimos viajes, aunque se queja abiertamente de sus muchas manías y de la dificultad de su carácter. Al final de su vida fue la familia Melchior la que le atendió solícita, pasando grandes temporadas en casa de ellos, donde murió en 1875.

Estos son solamente los dos ejemplos más claros de lo mucho que los daneses hicieron también por Andersen. Pero él mismo nos habla de la cantidad de personas ilustres que le invitan a pasar semanas y meses en sus residencias veraniegas. Como, dado su carácter depresivo, no soportaba realmente el vivir solo, comía además cada día de la semana en casa de una familia distinta, donde al parecer se le recibía siempre con la misma cordialidad. En muchos párrafos de sus escritos autobiográficos y en sus numerosas cartas el autor reconoce lo bien que toda aquella gente se porta con él, pero en muchas ocasiones se refiere también a lo penoso que es depender del favor de los grandes y considerarse en todos aquellos hogares sólo «casi» como uno más de la familia, como un ser marginado, al fin y al cabo.

Y es cierto que, a pesar de la cordialidad con que se le recibe, no acaban de superarse las barreras en el trato, ya sea por las diferencias sociales o por el rechazo que producían ciertas características de la personalidad del escritor. El ejemplo más claro lo tenemos en su relación con Eduard Collin, hijo de su benefactor Jonás Collin y al que él considera toda la vida su mejor amigo. Andersen admira en el joven Eduard todo lo que a él le falta: su buena cuna, su seguridad personal, la firmeza de su carácter… Es decir, que se siente atraído por el polo opuesto y esto siempre suele dar problemas, pues las diferencias entre las dos personalidades son

enormes. A Collin le repugna un tanto la sensiblería enfermiza de Andersen, la falta de control de los sentimientos. Para una persona de una rigidez de carácter como la suya esto no tiene más remedio que aparecer como síntoma de falta de hombría. Digamos que Collin se avergüenza un poco de su amigo y su amistad no supone nunca para él lo que supone para Andersen, que se entrega incondicionalmente. A la muerte del escritor, Eduard Collin publicó un interesante libro sobre las relaciones de Andersen con la familia Collin y, por la forma en que describe al poeta, puede verse la frialdad de sus sentimientos hacia él. Sobre todo hubo un incidente que hirió la sensibilidad de Andersen y que éste no olvidó nunca. Después de años de amistad pidió a su amigo que se tutearan y Collin se negó sencillamente a ello, pues prefería mantener las distancias.

Quizá sea también la excesiva dependencia sentimental del escritor, motivada por su mismo desarraigo y la falta de una familia, la que le dificulta el trato con la burguesía de Copenhague, que se caracteriza por el cultivo de un tono irónico y más bien frívolo y entre cuyas normas no figura desde luego la exhibición de afectos. Y aunque el mismo Andersen demuestre en sus cuentos ser el rey de la ironía, parece que le cuesta más aplicarla a su persona. Y por otra parte está su enorme complejo de inferioridad social, que sale a relucir continuamente, de forma más o menos velada. Igual que dice que ha hallado entre la aristocracia la misma bondad de corazón que entre la gente más humilde, habla también con amargura de la enorme discriminación social que practica la sociedad danesa, pues la gente bien no recibirá nunca igual al joven aristócrata, elegantemente vestido, que al estudiante pobre, por muy listo que sea.

Como casi toda persona acomplejada, Andersen se pasa la vida luchando por conseguir ser admitido precisamente entre aquellos que, según él, en el fondo le desprecian. Por eso, aunque diga que trata con gente de todos los ambientes y todos los estratos sociales, al parecer lo que verdaderamente le interesa es el trato con las clases altas. Capítulos enteros de *El cuento de mi vida* que hemos dejado fuera en esta edición, se convierten en una enumeración de la cantidad de gente importante a la que trata y conoce. Los daneses se burlaban, desde luego, de su presunción y lo llamaban vanidoso,

pero lo que verdaderamente se refleja en esa actitud es un enorme complejo de advenedizo.

No es de extrañar que el poeta alemán Heinrich Heine, tan admirado por Andersen, que por su carácter revolucionario despreciaba cualquier forma de esnobismo, sacara una impresión bastante deplorable del escritor danés una vez que éste fue a visitarle:

> Hace algunos años vino a verme Andersen. Parecía un sastre, esa es la impresión que produce. Es un hombre alto y muy delgado, con los pómulos hundidos, y su figura revela una especie de temeroso servilismo, que tanto complace precisamente a los príncipes. Por eso le acogen todos ellos tan maravillosamente. Es un vivo ejemplo de cómo quieren los príncipes que sea el poeta. Cuando vino a visitarme llevaba un enorme alfiler en la pechera; al preguntarle yo qué era, me contestó con una expresión de lo más solemne: «Es un regalo que la princesa de Hessen ha tenido a bien hacerme». Por lo demás, Andersen es una persona muy respetable.

Puede que los motivos que señala Heine para la popularidad de que Hans Christian Andersen gozaba entre la más alta aristocracia no sean exactos; lo que sí es cierto es que tenía gran amistad con condes, duques y príncipes en Dinamarca y fuera de ella. Uno de sus grandes amigos era el Gran Duque de Weimar, Karl Alexander, nieto del que fuera íntimo de Goethe. Por no hablar de sus relaciones con la Casa Real danesa. No habrá habido escritor que haya despertado mayores simpatías entre los monarcas que Hans Christian Andersen. Trató personalmente a los cuatro reyes daneses que corresponden a los diversos períodos de su vida: Federico VI, Christian VIII, Federico VII y Christian IX. Del primero consiguió que pagara sus estudios, a los otros tres los visitaba asiduamente y los entretenía leyéndoles sus cuentos. Su pesar fue enorme a la muerte de Christian VIII, tanto que uno se pregunta si el poeta temía verse desvalido al no poder contar ya con el apoyo del rey, y hasta hay algunos que defienden la teoría de que fuera hijo natural del monarca.

Danés universal

Andersen, el danés sin duda más conocido mundialmente, es al mismo tiempo el más cosmopolita de su época. Su actividad viajera es incansable dentro y fuera de Dinamarca. Y no se contenta sólo con viajar a los países vecinos, sino que visita incluso algunos que entonces resultaban extremadamente exóticos, como España y Grecia, llegando hasta lo que entonces era Constantinopla, e incluso regiones como la de los Balcanes, no exentas de peligros. Y esto es un mérito innegable si se tiene en cuenta el carácter temeroso y las innumerables fobias del escritor. A partir de la trágica muerte de su amiga Henriette Wulff en un incendio en pleno océano, Andersen lleva, por ejemplo, siempre entre los bultos de su equipaje una enorme soga para poder descolgarse de la ventana del hotel en caso de incendio.

Las impresiones de estos viajes están recogidas en la nutrida correspondencia del escritor, en sus diarios y memorias e inspiran además parte de su obra. A algunos de estos viajes, como los realizados a España o a Suecia, dedica libros enteros que algunos daneses utilizan todavía como verdaderas guías turísticas en su visita a estos países. No es de extrañar, pues, que los viajes ocupen también capítulos enteros de *El cuento de mi vida*, entre los que hemos seleccionado algunas impresiones de estancias en Italia y Alemania como especialmente importantes en la vida del autor. Por lo general, las descripciones de sus estancias en el extranjero, aunque marcadas en parte por la insistencia de Andersen en mostrar lo bien que se le recibe fuera de Dinamarca, son de lo más auténtico del relato, ya que la fascinación de lo nuevo se impone sobre las obsesiones personales del escritor haciendo que se olvide por un tiempo de sí mismo.

La huida de las contrariedades reales e inventadas que experimenta en su propio país es probablemente el principal motivo de sus continuos viajes al extranjero. Eso unido a la sensación de ahogo que le produce el estar demasiado tiempo en el estrecho mundo de la burguesía de Copenhague, que es el que le rodea, aunque se codee también con la aristocracia y se siente a la mesa del rey. Pero aparte de eso, los viajes le sirven, como a todo temperamento depresivo, para paliar la sensación de vacío y

soledad. Y luego está desde luego el sueño romántico insaciable de mundos desconocidos, de lo que está siempre más allá, y en su caso además, la sana curiosidad del niño pobre y de pueblo que no se acaba de creer que puede salir al gran mundo y está decidido a aprovechar cualquier ocasión para hacerlo. Sobre todo hay que pensar que en el extranjero es un ser anónimo que no necesita ocultar su origen humilde ni respetar unas normas sociales que le llenan de inseguridad, porque allí tendrá siempre una justificación para ser distinto. Aunque hay que decir que ya en Dinamarca se puede permitir en parte saltarse las normas convencionales, por la misma razón por la que se siente de alguna manera excluido en todos los ambientes en los que se mueve, que es la de no pertenecer realmente a esos mundos, el no formar parte de la clase social dominante. Esto, que mortifica durante toda su vida al autor, le da al mismo tiempo una libertad indudable, le coloca en el papel de mero espectador, y así puede adoptar una actitud de distancia ante todo que da sus frutos en la incomparable ironía de sus cuentos.

Pero lo que en el fondo parece importarle de sus viajes es el reconocimiento de que goza como escritor en países extranjeros, mientras, según él, se le desprecia en su patria. Y la verdad es que en su caso se cumple el dicho de que nadie es profeta en su tierra, y quizá todavía menos, añadiría él mismo, cuando se es hijo de un humilde zapatero de Odense. Andersen es uno de esos autores que adquieren popularidad mucho antes en el extranjero que dentro de su país, y ello puede deberse, como insinúa el escritor, a que fuera de su patria no contaban los prejuicios sociales contra su persona, a una mayor amplitud de miras de la crítica en países más grandes que Dinamarca o a la misma influencia en su obra de los autores alemanes, especialmente de Hoffmann. Pero el hecho de que se le reconociera más en el extranjero que en su patria, si por un lado le da seguridad, por otro le llena de resentimiento contra su país natal. Así lo expresa repetidamente, como en la carta a Henriette Wulff mencionada anteriormente:

> Aquí, en la gran ciudad extranjera, me veo rodeado de las atenciones de las personalidades más célebres y nobles de Europa, que me tratan como a un igual; y mientras, en mi país los chicos escupen a la obra de mi corazón. Aunque después de

> mi muerte se me condene como se me condena en vida, no puedo dejar de gritar que los daneses pueden ser malvados, fríos y satánicos.

Sea o no verdad el mal trato que recibe en Dinamarca, lo que sí es cierto es que el resentimiento del escritor y esa manera patética tan típica suya de expresarlo, no contribuyen precisamente a su popularidad. En un país pequeño como el suyo, que se rige además por unos principios de igualitarismo básico, se castiga desde antiguo al que aparenta o cree estar por encima de los demás, y los continuos viajes al extranjero de Andersen eran vistos por muchos como otra expresión más de su vanidad. Algunos reaccionaban achacándole falta de patriotismo, sobre todo por sus buenas relaciones con Alemania en unos tiempos en que lo que estaba en juego era la integridad de Dinamarca y la propia identidad nacional danesa.

La fascinación por Italia, y especialmente por Roma y Nápoles, es la tradicional de los artistas de los fríos países del Norte, que llevaban ya varias generaciones viajando a las tierras del Sur, atraídos por su clima, el exotismo de sus gentes y los monumentos de la Antigüedad clásica. A Andersen parecen fascinarle más que nada la naturaleza y la vida popular, y por eso habla sobre todo maravillas de Nápoles. El polifacético escritor es también un buen dibujante y el ambiente italiano inspira no sólo las páginas de sus escritos sino también numerosos dibujos. En Roma se trata sobre todo con artistas daneses y se hace especialmente amigo de Thorvaldsen. A España viajó mucho más tarde, en 1862, y aunque dedicó a este viaje un libro entero, la verdad es que por razones de mayor incomodidad, su edad más avanzada, la compañía del joven Jonas Collin, que se quejaba continuamente de sus manías, o el hecho de que fuera ahí todavía un desconocido, la estancia fue más bien desilusionante. Aunque se encontró también con algunos de los literatos españoles de la época, el país y la cultura debieron resultarle demasiado diferentes.

Va varias veces a París y conoce a los grandes escritores románticos: Lamartine, Victor Hugo y sobre todo Alejandro Dumas, que le reciben bien aunque le encuentran un tanto estrafalario. Sus cuentos chocan en este país con la tradición moralizante en la

literatura infantil, heredera del apólogo clásico, y tarda por eso en adquirir popularidad. Más se le conoce en Inglaterra, donde se le traduce pronto a partir de las versiones alemanas pero de donde sale al mismo tiempo esa imagen suya de autor exclusivamente de cuentos para niños que pasaría luego a todo el mundo. A estas tierras viaja Andersen sobre todo llevado por su fascinación por la obra de Walter Scott y pasa también una temporada en casa de Dickens, que en realidad debería tener mucho en común con el escritor danés pero que encuentra bastante cargante su temperamento pusilánime.

Donde realmente se le descubre y entiende es en Alemania. Los románticos alemanes, que como Hoffmann, Chamisso o Tieck, cultivaban ya un tipo de cuento artístico que tenía más que ver con los de Andersen que cualquier otro tipo de literatura, son los que de verdad saben apreciar su genio. La estrecha relación histórica entre Alemania y Dinamarca hace que en aquel tiempo el idioma alemán resulte además familiar para un danés. Es el único idioma extranjero que aprende y habla Andersen, aunque intenta chapurrear los otros, y eso evidentemente facilita su trato con las múltiples personalidades que conoce allí. En *El cuento de mi vida* no hay nunca una palabra mala para los diferentes estados alemanes que visita, en todas partes se siente recibido con cordialidad. Algunos alemanes responden a sus quejas sobre la falta de reconocimiento en Dinamarca alegando que en el fondo es más alemán que danés. Más bien habría que decir que es tan danés que no necesita negar esa parte de alma alemana que todo danés lleva dentro y que sale muy especialmente a relucir en las creaciones de la literatura y el arte de su Romanticismo, de una categoría comparable al de Alemania o Inglaterra.

En diferentes puntos de Alemania coincide no sólo con los grandes escritores románticos sino con músicos de la talla de Mendelsohn, Schumann y Listz, pero donde más contactos tiene, donde se siente verdaderamente en casa, es en Weimar, la ciudad de Goethe y Schiller y su propio hogar alemán. Allí puede soñar incluso con la grandeza de los dos grandes poetas alemanes, pues si bien es verdad que no se atreve a visitar a Goethe, aún vivo en su primer viaje a Alemania, traba gran amistad con el Gran Duque, nieto del que durante toda su vida había sido gran amigo del poeta

alemán.

Pero las abiertas simpatías de Andersen por la cultura de Alemania y el trato con príncipes y duques de los estados alemanes le dieron algunos quebraderos de cabeza en los momentos de mayor auge del nacionalismo danés, cuando las guerras por los ducados de Schleswig-Holstein de
1848-1850
y 1864. Hasta su amiga Henriette Wulff puso en duda su patriotismo; aunque la postura de Andersen en ese sentido estuvo clara desde el primer momento, y para evitar cualquier malentendido rompió, con gran dolor de corazón, sus relaciones hasta con los amigos alemanes más queridos. A pesar de todo se sentía profundamente danés. Prueba del sincero amor que profesa a su país son esas páginas de *El cuento de mi vida* donde se le ve seguir con la mayor inquietud el desarrollo de la guerra y la suerte de los soldados en el frente.

Su inquietud era, por lo demás, muy fundada. La integridad del territorio nacional se veía seriamente amenazada por las pretensiones de un vecino cada vez más poderoso. En los últimos siglos Dinamarca había ido perdiendo cada vez más partes de su territorio, hasta quedar convertida, como dice Hans Christian Andersen en su patriótico poema, en un país pequeño:

> Fuiste una vez señora de todo el Norte,
> mandaste sobre Inglaterra, ahora te llaman débil,
> un pequeño país.

Este poema se publicó, como ya se ha dicho, en el año de la victoria danesa de 1850, que pone fin a la primera guerra. Pero Dinamarca se convertiría en un país todavía más pequeño en 1864, el año de la derrota frente a las tropas de Austria y Prusia, al perder los ducados de Schleswig-Holstein.

La cuestión de la soberanía danesa sobre los ducados se había hecho especialmente conflictiva desde los años treinta, en que los Estados alemanes empezaron a manifestar con fuerza su deseo de unificación. Se exigían además constituciones liberales con parlamentos elegidos por votación popular, y esto suponía una amenaza para la monarquía absoluta de Dinamarca. Holstein, donde

había una mayoría de población alemana, exigía la constitución de un Estado formado por Holstein y Schleswig unidos que entrara en la Federación de Estados Alemanes. Para no perder Schleswig, territorio de fuerte tradición danesa, los partidarios del liberalismo en Dinamarca empezaron a exigir una constitución al monarca danés. El rey acabó renunciando a su poder absoluto en 1848 y promulgando la constitución, pero la revuelta había empezado ya en Holstein a raíz de la revolución francesa de febrero. La revuelta se convirtió en verdadera guerra cuando Prusia vino en ayuda de los rebeldes e invadió la península de Jutlandia. La situación era de lo más grave para Dinamarca, que llegó a temer el verse anexionada por el coloso alemán. Pero un acuerdo internacional hizo que se retiraran las tropas prusianas y los daneses terminaron venciendo sobre los rebeldes.

Pero el conflicto estaba lejos de resolverse y volvió a estallar en 1864, cuando el gobierno danés decidió promulgar una constitución común para Dinamarca y Schleswig, en contra de lo pactado después de la primera guerra. Ahora Dinamarca iba a enfrentarse sola con un enemigo claramente superior, representado por la alianza de Austria y la Prusia de Bismarck.

Como dato curioso puede nombrarse la participación en la primera guerra del pintor Vilhelm Pedersen, primer ilustrador de los cuentos de Andersen, que murió en 1859, sin cumplir siquiera los cuarenta años. Tuvo que ir a luchar a pesar de su mala salud y en los años de la guerra hizo algunos de los dibujos de los cuentos de Andersen que luego se harían mundialmente famosos.

Para este libro hemos escogido unas páginas que nos hablan de la primera guerra, que, por los años en que se desarrolla, figuran dentro de la primera edición de *El cuento de mi vida*, que se publica ya en 1855.

Los cuentos

En *El cuento de mi vida* tenemos también ocasión de seguir la trayectoria literaria del escritor y, lo que resulta especialmente interesante, la gestación de lo mejor de su obra: los cuentos. Son éstos los que le han dado fama mundial, pero antes de dar con esa forma ideal para la expresión de su genialidad, se le conoce ya

como autor de obras de teatro, no demasiado afortunadas, de poemas, algunos de considerable valor literario, y de novelas, lo más notable de su producción. Algunas de estas novelas, como *Sólo un músico*, por ejemplo, pueden leerse hoy día con el mismo gusto que muchas de sus narraciones cortas, aunque el encanto de éstas ha hecho que en general pase a un segundo plano el resto de su obra.

Antes de referirnos a las posibles razones del éxito de los cuentos de Andersen, hay que insistir en que no se trata propiamente de cuentos infantiles, como mucha gente cree, sobre todo fuera de Dinamarca. Cierto es que ésa debió ser la idea original del escritor al publicar sus primeros cuentos, ya que los llama *Historias contadas para niños*, con las que según él mismo dice, pretende ganarse a la generación venidera. Pero conforme se va haciendo evidente la calidad literaria que este género alcanza bajo la pluma de Andersen, hasta el mismo escritor admite que quizá sus narraciones vayan más bien dirigidas a esos padres que leen los cuentos a sus hijos.

Por otra parte, la pretensión de escribir cuentos como quien se los cuenta a los niños, da lugar a un cambio fundamental en la escritura de Andersen. Significa el abandono de toda afectación y de toda retórica para quedarse en la desnuda sencillez del idioma del pueblo. En ello estriba la magia del estilo de Andersen, que sabe jugar con los matices y conseguir ese medio tono en que reside el encanto de la lengua danesa.

Mirándolo bien no es casual el que Andersen hallara en el cuento la fórmula perfecta. Se dice que el auge que el género de la narración corta de carácter maravilloso tiene en el Romanticismo se debe a que supone el último intento de restablecer la armonía ideal en un mundo que, a raíz del racionalismo de la época anterior, se había convertido en conflictivo y caótico. La intervención de los elementos extraordinarios en el cuento sirve para someter el caos al imperio de los valores ideales de la justicia, la bondad y la inocencia. En el mundo de la fantasía podía recobrar el escritor la paz espiritual perdida en la difícil lucha con la existencia.

Uno de los aspectos que cada vez interesan más de los cuentos de Andersen es el humor de que hacen gala y que los diferencia de los escritos por otros autores. Andersen dice que el humor es la «sal» de sus cuentos. Johannes Møllehave, escritor danés que ha

publicado hace unos años un libro sobre este tema, dice que el símil de la sal es perfecto, pues la sal no es un elemento aislable, sino que al disolverse está presente en todas partes dando sabor. Además no sólo sirve para condimentar los alimentos, sino muy especialmente para conservarlos. Eso explica la eterna juventud de los cuentos de Andersen, preservados por su enorme humor.

En el estilo de sus cuentos el autor consigue el equilibrio perfecto entre el sentimiento y la burla. El humor es el antídoto contra esa sensibilidad enfermiza y desbordada que caracteriza algunos de sus primeros trabajos. Pero no se trata tampoco de la sátira descarnada, que pretende reírse de lo divino y lo humano, con la que en otros momentos Andersen trata de ridiculizar sus propios sentimientos, como si quisiera espantarlos, sino de una sabia ironía. Esa ironía es, por lo demás, muy propia de cierto romanticismo que expresa una especie de resignación ante el fracaso de los sueños bajo el peso de la realidad de la vida. Andersen admiraba a escritores alemanes como Hoffmann o Heine, grandes cultivadores de la ironía.

Los personajes de estos cuentos son a menudo animales, como en las fábulas, u objetos cotidianos e insignificantes. Sin perder las características propias de su condición, estos personajes se nos muestran dotados de rasgos claramente humanos. Este procedimiento causa un doble efecto. Por un lado da una animación al mundo natural y material en que se manifiesta esa sensibilidad de Andersen que sabe captar el lenguaje de todas las cosas, imperceptible para los demás. Podría decirse que ése es el aspecto optimista. Pero también tiene un lado pesimista o nihilista, pues nos da idea de que el ser humano, que tan ufano se siente como rey de todo lo creado, en el fondo no se diferencia mucho en su comportamiento de un pequeño animal o una insignificante cosa.

Así tenemos, por ejemplo, la estrechez de miras de toda una sociedad expresada en los caracoles de «Una familia feliz», que viven tan contentos en su bosquecillo, seguros de que no existe nada fuera de él, de que todo cuanto sus ojos divisan está creado con el único fin de servirlos y deleitarlos, como dueños que son de la creación, y que hasta la gran mansión que preside el bosque no está hecha con otra finalidad que la de servirlos a ellos en fuente de plata, que es el mayor honor que un caracol puede ambicionar. O la

vanidad personificada por esa aguja de «La aguja de zurcir», que «era tan fina que se creía una aguja de coser».

Es imposible hacer un resumen de la infinidad de motivos que presentan los cuentos de Andersen, que superan el centenar y medio; lo que sí puede decirse es que una gran parte de ellos trata de una manera u otra de Andersen mismo. Ya se ha hablado de «El patito feo» y «La sirenita», pero lo mismo puede afirmarse del soldado de fortuna de «El mechero», que es otro tipo de Aladino sacado de la nada y que acaba dueño de un gran tesoro y casándose con la princesa. O del mismo «Soldadito de plomo», enamorado de la bailarina de papel, sin atreverse a confesarle su amor porque ella vive en un palacio y él no puede ofrecerle más que una simple caja que comparte con otros veinticuatro.

En otros cuentos se rememora la figura del padre o de la madre. «La pequeña cerillera», por ejemplo, que muere de frío en la calle una Nochevieja, es un homenaje a la dura infancia de la madre del poeta.

Algunos de los mejores, como «El ruiseñor» o «La campana», nos hablan de la victoria de la inspiración poética genuina y el talento natural sobre el artificio engañoso. Otros nos hablan del triunfo de la inocencia sobre la soberbia satánica, como «La reina de las nieves», en que la pequeña Gerda recorre el mundo en busca de su amigo Kaj, seducido por la reina de las nieves y con la vista y el corazón heridos por un cristal del espejo maléfico que hace ver el mundo al revés y olvidar el amor por las cosas. Todos ellos son motivos que corresponden en cierto modo a los conflictos internos del autor, que así se superan en el mundo de la fantasía.

Lo que da a los cuentos del autor danés un lugar entre las obras de la literatura clásica es la múltiple lectura a que se prestan por diferentes generaciones y en diferentes etapas y ocasiones de la vida. Al final de su relato autobiográfico cita Andersen un comentario escrito sobre sus narraciones con ocasión de la publicación de sus obras completas. El escritor considera estas palabras lo más acertado que pueda decirse de su creación y por eso queremos terminar también con ellas esta introducción: «La narración se erige en divertido juez sobre el mundo real y el de las apariencias, sobre la esencia verdadera y la envoltura vana. Una doble corriente atraviesa la escritura: una corriente de superficie,

que se burla de todo, que no deja títere con cabeza, zarandeando sin el más mínimo respeto tanto a pobres como a ricos; y luego una corriente profunda, que con justicia y verdad pone todo 'en su sitio'».

Esperamos que las páginas que aquí presentamos del cuento de su vida contribuyan a descubrir la riqueza de posibilidades que ofrece la lectura de los famosos cuentos del escritor danés.

María Pilar Lorenzo

EL CUENTO DE MI VIDA

I

Mi vida es un bello cuento ¡tan rica y dichosa! Si de niño, cuando salí a recorrer el mundo, solo y pobre, me hubiese salido al paso un hada prodigiosa que me hubiera dicho: «escoge tu camino y tu meta, que yo te protegeré y te guiaré conforme a las facultades de tu entendimiento y conforme es razón que se haga en este mundo», no pudiera mi suerte haber sido más feliz.

La historia de mi vida dirá al mundo lo que a mí me dice: «hay un Dios amoroso que encamina todo a buen fin».

En el año 1805 vivía en Odense, en una habitación pequeña y pobre, una pareja de recién casados que se querían muchísimo; eran un joven zapatero y su mujer; él tenía apenas veintidós años, una inteligencia asombrosa y un temperamento poético de verdad; ella era unos cuantos años mayor, ignorante de la vida y del mundo, pero de gran corazón. El hombre acababa de establecerse por su cuenta como maestro zapatero y él mismo se había fabricado el taller y la cama de matrimonio, utilizando para ello unas tablas de madera donde poco antes había estado expuesto el ataúd con los restos del difunto Conde Trampe; como recuerdo habían quedado las listas de tela negra que adornaban el catafalco.

El dos de abril de 1805, en lugar del cadáver del conde, rodeado de flores y candelabros, nos encontramos allí berreando a un niño lleno de vida, y ese niño era yo, Hans Christian Andersen.

Dicen que mi padre se pasó los primeros días sentado a la cabecera de la cama de mi madre leyéndole a Holberg, mientras yo lloraba a pleno pulmón. «O te duermes o escuchas callado», cuentan que dijo bromeando. Pero yo continué siendo un llorón y buena muestra de ello di en la iglesia al bautizarme, como que el pastor, que según mi madre ha comentado más tarde, era hombre de malas pulgas, dijo: «Este chico chilla como un gato», palabras que mi

madre no pudo perdonarle nunca. Gomard, un emigrante francés pobre, que actuaba de padrino, la consoló diciendo que cuanto más chillara de pequeño, mejor cantaría de mayor.

El hogar de mi infancia lo constituía una sola habitación de reducidas dimensiones que llenaban casi por completo el taller de zapatero, la cama y el banco donde yo dormía. Pero las paredes estaban cubiertas de cuadros, sobre la cómoda había bonitas tazas, cristalería y otros objetos de adorno y del lado del taller, arrimada a la ventana, una estantería con libros y coplas.

En la diminuta cocina, sobre la despensa, había un vasar lleno de platos. La exigua pieza me parecía grande y lujosa, y la puerta misma, que llevaba pintado un paisaje en los cuarterones, suponía entonces para mí lo que ahora una galería de pintura.

De la cocina se subía por una escalerilla al tejado. Allí, en el canalón, entre nuestra casa y la de la vecina, tenía mi madre un cajón de tierra con cebolleta y perejil, que era todo su huerto; en mi cuento «La reina de las nieves» está todavía en flor ese jardín.

Yo era hijo único y muy mimado. Mi madre no se cansaba de repetirme la suerte que había tenido, comparado con ella ¡Pero si vivía como un príncipe! A ella de pequeña la mandaban sus padres a la calle a pedir limosna, y como no podía, se había pasado un día entero llorando debajo de un puente del río de Odense. Yo, con mi fantasía de niño, me la imaginaba como si la estuviera viendo y lloraba de pensarlo.

Mi padre, Hans Andersen, me consentía siempre que hiciera lo que quisiera; yo era el dueño de todo su cariño, vivía para mí y por eso los domingos empleaba todo su tiempo libre en hacerme juguetes y dibujos. Muchas tardes nos leía *La excéntrica* de Lafontaine, *Holberg y Las mil y una noches*; sólo en esas ocasiones, leyéndonos, recuerdo haberle visto sonreír, pues no era feliz ni en su trabajo ni en su vida. Sus padres habían sido agricultores de dinero, pero la mala fortuna parecía haberse cebado en ellos. Se les murió el ganado, se les incendió la granja y al final el hombre terminó por perder la razón; entonces la mujer se trasladó con él a Odense y allí metió al espabilado muchacho a aprender el oficio de zapatero. No había otra cosa que hacer, aunque lo que el niño realmente quería era hacer el bachillerato. Algunos vecinos ricos habían hablado en una ocasión de juntar algún dinero para ayudar

al chico a seguir el camino que era de su gusto, pero no se llegó a nada y mi pobre padre no vio nunca realizado su más caro deseo. Pero jamás se le borró de la memoria. Recuerdo que de niño vi lágrimas en sus ojos una vez que uno de los alumnos del instituto vino a encargarle unas botas y le había mostrado sus libros y le había hablado de todo lo que les enseñaban. «Yo también debía haber estudiado», dijo; luego me dio un beso muy fuerte y no volvió a decir palabra en toda la tarde.

Casi nunca se reunía con gente de su clase, sus parientes y conocidos venían a nuestra casa; ya he dicho que las tardes de invierno se las pasaba leyéndonos o haciéndome juguetes. En verano iba casi todos los domingos al bosque y yo iba con él. No hablaba mucho, iba perdido en sus pensamientos, mientras yo correteaba y recogía fresas y las ensartaba en una paja o hacía coronas de flores. Solamente una vez al año, en el mes de mayo, nos acompañaba mi madre. Era la única vez que salía de excursión al año y, para esa ocasión, se ponía un vestido marrón de flores que sólo llevaba ese día y cuando iba a comulgar; es el único vestido de fiesta que yo le recuerdo en todos aquellos años. En el camino de vuelta recogía siempre un montón de ramas de abedul frescas y las plantaba detrás de la estufa reluciente. Metíamos ramitas de San Juan por las rendijas de las vigas y así, según crecieran, sabíamos si íbamos a vivir poco o mucho. Plantas y cuadros constituían el adorno de nuestra pequeña habitación, que mi madre se cuidaba de tener limpia y arreglada; era su orgullo que las sábanas y los visillos de las ventanas estuvieran blancos como la nieve.

Uno de mis primeros recuerdos, tan insignificante de por sí pero para mí tan importante por la fuerza con que se quedó grabado en mi alma infantil, fue una fiesta familiar. Y no os imagináis dónde. Pues nada menos que en un lugar que yo miraba con el mismo espanto con el que me imagino que un niño parisino habrá mirado la Bastilla: el penal de Odense. Mis padres conocían al portero, estaban invitados a una reunión familiar y yo fui con ellos. Era todavía tan pequeño que al volver a casa tuvieron que llevarme en brazos. El penal de Odense era para mí una especie de esas guaridas de bandidos y ladrones de los cuentos. Muchas veces me había quedado parado fuera, a gran distancia naturalmente, y había oído cómo cantaban hombres y mujeres mientras hilaban en la rueca.

Así que fui con mis padres a la fiesta del portero. El gran portón guarnecido de hierro se abrió y volvió a cerrarse con un ruido del manojo de llaves; subimos por una escalera empinada; se comió y se bebió, dos de los reclusos servían la mesa; a mí no había forma de hacerme probar bocado, no me tentaban ni las golosinas más dulces. Mi madre dijo que estaba malo y me echaron en una cama, pero yo oía todo el tiempo girar la rueca allí al lado y cantar alegres coplas. No sé decir si era realidad o eran imaginaciones mías, lo que sí sé es que sentía mucha emoción y mucho miedo y al mismo tiempo tenía una sensación agradable, como si hubiera entrado en la fortaleza de las historias de bandidos.

Mis padres se fueron a última hora de la tarde, yo iba en brazos, hacía un tiempo desapacible y la lluvia me azotaba la cara.

En los días de mi infancia Odense era una ciudad muy distinta de lo que es ahora, que aventaja a Copenhague en alumbrado, agua potable y Dios sabe cuántas cosas más; por aquel entonces yo diría que llevaba cien años de retraso; se estilaban todavía una serie de usos y costumbres que ya hacía tiempo que se habían perdido en la capital. Cuando los gremios trasladaban sus insignias, salían en procesión con estandartes ondeando al viento y limones y cintas de seda en los floretes. Encabezaba alegremente la comitiva un arlequín con sonajas y carraca. Uno de estos personajes, un viejo de nombre Hans Struh, hacía las delicias del público con sus bromas y con la cara que llevaba toda pintada de negro menos la nariz, que mostraba su color rojo natural. A mi madre la divertía tanto que se le metió en la cabeza que era pariente nuestro, muy lejano desde luego. Pero todavía me acuerdo bien de que yo, con el más profundo sentimiento aristocrático, protestaba contra la idea de tener algún parentesco con el «bufón».

El lunes de carnaval los carniceros recorrían las calles con un buey cebado adornado con guirnaldas de flores; montado a su lomo iba un chico con una camisa blanca y unas alas. En cuaresma los marineros salían también por las calles con música y todas sus banderas, y al final los dos más valientes echaban una pelea en un tablón tendido entre dos barcas. El que no caía al agua era el ganador.

Pero el recuerdo que más claramente se me quedó grabado en la memoria, avivándose cada vez que de ello se habla, es la llegada de

los españoles a Fionia en 1808. Dinamarca se había aliado con Napoleón, a quien Suecia había declarado la guerra, y antes de que se pudiera uno dar cuenta, teníamos en Fionia un ejército francés y tropas auxiliares españolas para marchar a Suecia bajo el mando del Mariscal Bernardotte, Príncipe de Pantecorvo. No tendría yo entonces más de tres años, pero todavía me acuerdo muy bien de aquellos hombres oscuros que iban por la calle haciendo estrépito y de los cañones que disparaban en la plaza y delante del obispado; veía a los soldados extranjeros tirados por las aceras y encima de haces de paja en la iglesia medio derruida de los Franciscanos. Ardió el castillo de Kolding y Pantecorvo vino a Odense, donde estaban su esposa y su hijo Oscar. En las escuelas de toda la comarca se habían improvisado puestos de guardia; se decía misa en los campos, bajo los árboles grandes, y al borde de los caminos. Se comentaba que los soldados franceses eran altaneros, los españoles, en cambio, bondadosos y amables; se tenían un profundo odio los unos a los otros; los pobrecillos españoles eran los que daban más lástima. Un día un soldado español me cogió en brazos y me puso en los labios una medalla de plata que llevaba en el pecho desnudo. Recuerdo que mi madre se enfadó, porque era cosa de católicos, dijo, pero a mí me gustó la medalla y el hombre extranjero que bailaba conmigo en brazos besándome y llorando ¡seguro que él también tenía hijos en España! Vi cómo llevaban a uno de sus compañeros al cadalso por haber dado muerte a un francés. Muchos años más tarde, recordando estos hechos, escribí mi pequeño poema «El soldado», que ha adquirido gran popularidad en Alemania por la traducción de Chamisso que se recoge en *Canciones de soldados* como original alemán.

Tan viva impresión como la de los españoles a mis tres años me produjo más tarde otro acontecimiento a la edad de seis. Fue el paso del gran cometa en 1811; mi madre me había dicho que iba a hacer añicos la tierra o que se avecinaban cosas horribles, como ponía en las Profecías de la Sibila. Yo daba crédito a todas aquellas habladurías supersticiosas, que para mí valían tanto como los preceptos más sagrados de la fe. Desde la plaza que hay delante del cementerio de San Knud, mi madre, yo y unas vecinas estuvimos viendo pasar la tan temida e impresionante bola de fuego con su gran cola brillante. Todos hablaban de malos presagios y del Día del

Juicio. Se nos unió mi padre, que no compartía en absoluto la opinión de los demás y de seguro daría una explicación acertada y sensata, pero mi madre se puso a suspirar y los vecinos a menear la cabeza en señal de desaprobación y mi padre se marchó riendo. Yo estaba asustadísimo de ver que mi padre no compartía nuestra fe; aquella tarde mi madre habló de ello con la abuela, y no sé cómo lo entendería ella, pero yo, que estaba sentado en su regazo, mirándole a los bondadosos ojos, esperaba que de un momento a otro cayera el cometa y fuera el Juicio Final.

La abuela venía a casa de mis padres todos los días, aunque sólo fuera un ratito, y era sobre todo por ver a su nieto, el pequeño Hans Christian. Yo era toda su alegría y felicidad. Era una anciana silenciosa y encantadora, de dulces ojos azules y buen porte. Había padecido mucho en esta vida. De ser la mujer de un agricultor rico había pasado a la mayor pobreza. Vivía con el marido perturbado en una casita que se habían comprado con los últimos residuos de su fortuna. Nunca la vi llorar, pero por eso me hacía todavía más impresión cuando hablaba suspirando de la madre de su madre, que había sido una dama noble de Kassel, una gran ciudad alemana, y se había casado con un «comediante», como ella decía, y se había fugado de la casa paterna. Ahora sus culpas recaían sobre su descendencia. No creo haberla oído nunca nombrar el apellido de su abuela, pero el suyo propio de soltera era Nommesen. Se ocupaba del cuidado de un jardín del hospital y todos los sábados por la tarde nos traía unas cuantas flores que le dejaban llevarse a casa; se ponían de adorno encima de la cómoda de mi madre, pero eran mis flores y a mí me permitían ponerlas en el jarrón ¡y la alegría que me daba! Me traía de todo, me adoraba; yo me daba cuenta y comprendía.

Dos veces al año quemaba los rastrojos del jardín; se convertían en ceniza en un horno grande del hospital y esos días me pasaba yo la mayor parte del tiempo con ella, echado en los grandes montones de hierba y hojas; podía jugar con las flores, y lo que más apreciaba: me daban una comida más rica que la que iba a tomar en casa. Los locos inofensivos, que podían andar libremente por el patio del hospital, entraban a menudo donde estábamos, y yo escuchaba sus cantos y su charla con una mezcla de miedo y curiosidad. Muchas veces incluso les seguía un trecho hasta el patio

y, cuando iban con los celadores, hasta me atrevía a entrar en la casa, donde estaban los locos de atar. Las celdas daban a un largo corredor; un día me había agachado yo a mirar por la rendija de una de las puertas; dentro se veía a una mujer desnuda sentada en un montón de paja, con el cabello suelto cayéndole por los hombros y cantando con una voz preciosa; de pronto dio un respingo y se precipitó dando un grito hacia la puerta, donde estaba yo. El celador se había marchado, yo estaba completamente solo y ella dio tal empellón contra la puerta que la ventanilla por donde le pasaban la comida se abrió de golpe. En viéndome allí abajo, alargó uno de sus brazos para agarrarme; yo grité despavorido y me pegué más al suelo. Ni de mayor se ha borrado de mi mente la impresión de esta escena; sentí cómo me rozaba la ropa con la punta de los dedos; estaba medio muerto cuando llegó el guardián.

Junto al horno donde se quemaban los rastrojos tenían su obrador las mujeres ancianas y pobres. Yo iba mucho por allí y pronto me convertí en su favorito, pues ante tal público daba muestras de una elocuencia que, según decían, hacía pensar que «un niño tan listo no podía vivir mucho», cosa que sólo me halagaba. Yo casualmente había oído hablar de lo que dice la medicina acerca de la constitución interna del hombre, había oído hablar de corazón, pulmones e intestinos, y eso me bastaba para darles a las viejas una conferencia sobre el tema. Con todo el descaro del mundo pintaba en la puerta con tiza una serie de garabatos que figuraban los intestinos, disertaba sobre el corazón y el riñón; cuanto decía causaba gran impresión en aquella asamblea; me tenían por un niño prodigio y recompensaban mi locuacidad contándome cuentos. Se abría ante mis ojos un mundo de riqueza comparable al de *Las mil y una noches*. Las historias de las viejas, las figuras de los locos que me rodeaban en el hospital, todo aquello reunido, producía tal efecto en mi alma supersticiosa, que en cuanto oscurecía apenas me atrevía a salir de casa; además solían dejarme ir a la cama al ponerse el sol, aunque no podía acostarme en mi banco, pues era temprano para abrirlo, ya que ocupaba demasiado sitio en nuestra pequeña habitación, así que me metían en la cama grande de mis padres. Las cortinas floreadas de algodón se ceñían en torno al lecho, fuera había luz; se podía oír todo lo que ocurría en la habitación, pero yo navegaba en mis propios sueños y

pensamientos, como si no existiera el mundo real. «Qué calladito se está la criatura de Dios», decía mi madre, «da gusto verle recogidito, sin que pueda pasarle nada».

Al abuelo loco le tenía mucho miedo. Sólo me había hablado una vez y me había llamado de usted, cosa tan rara para mí. Tallaba en madera figuras extrañas: hombres con cabeza de caballo, animales con alas y pájaros raros. Los metía en una cesta y se iba por los pueblos; en todas partes los campesinos le daban de comer y hasta grano y tocino para llevarse a casa, a cambio de los extraños juguetes que les regalaba a ellos y a sus hijos; un día que volvía a Odense vi cómo se metían con él los golfos de la calle. Me oculté asustado tras una escalera, mientras pasaban en tropel. Sabía que era de su misma sangre.

Casi nunca me juntaba con los otros chicos, ni participaba en sus juegos en la escuela, sino que me quedaba sentado dentro; en casa tenía juguetes de sobra, que me había hecho mi padre; tenía figuras que se transformaban con sólo tirar de un cordón, una noria que cuando se accionaba se ponía a bailar el molinero; tenía un cosmorama y graciosos tentetiesos. Además me encantaba hacer ropa a los muñecos o sentarme en el jardín al pie de la única mata de grosellas, con el delantal de mi madre tendido del palo de la escoba entre el arbusto y la tapia. Hacía las veces de tienda, que me protegía tanto de la lluvia como del sol; sentado allí dentro observaba las hojas del grosellero, viendo cómo iban cambiando desde ser unos pequeños botones verdes hasta caer al suelo convertidas en grandes hojas amarillas. Era un niño singularmente soñador y andaba a menudo con los ojos cerrados, con lo que la gente terminó creyéndose que estaba mal de la vista, cuando precisamente la he tenido y sigo teniendo asombrosamente buena.

Una vieja maestra que daba clase de párvulos a niñas, me enseñó las letras y a leer de corrido. Se sentaba en un sillón de respaldo alto al pie del reloj, que tenía unos muñecos mecánicos que, al dar las horas, salían a hacer su representación. La maestra tenía a mano un gran escobón y no se cohibía en hacer uso de él con sus alumnos, que principalmente eran niñas pequeñas. Era costumbre en la escuela decir las sílabas a coro, gritando todo lo que se podía. A mí la maestra no se atrevía a tocarme; mi madre había puesto expresamente esa condición al traerme a la escuela.

Por eso un día que me dio a mí también con el escobón, me levanté volando de mi sitio, cogí mi libro y me marché directo a casa con mi madre. Exigí que me llevara a otra escuela y así lo hizo. Mi madre me metió entonces en el colegio de chicos del señor Carsten, a donde no obstante iba también una niña muy pequeña pero algo mayor que yo. En seguida hicimos buenas migas; ella hablaba de lo conveniente que era encontrar un buen empleo y contaba que iba a la escuela principalmente para aprender cuentas, pues su madre decía que así podría llevar la lechería de una gran finca. «Llevarás la de mis posesiones cuando sea un hombre importante», le decía yo, y ella se reía de mí, porque decía que era un chico pobre. Un día dibujé una cosa que dije que era mi palacio y en aquella ocasión le aseguré que a mí en realidad me habían cambiado por otro al nacer, que venía de una familia de alcurnia y que los ángeles del Señor bajaban a hablar conmigo. Quería dejarla admirada, igual que a las viejas del hospital, pero ella no se lo tomó como aquéllas, sino que me miró de una manera extraña y dijo a los otros chicos que estaban por allí: «Está chalado como su abuelo». Me quedé helado; lo había dicho para darme importancia y el resultado era que ahora se creían que estaba mal de la cabeza como el abuelo. No volví a hablar nunca más con ella de eso, pero ya no volvimos a ser amigos como antes. Yo era el más pequeño del colegio y por eso, mientras los otros chicos jugaban, el señor Carsten me llevaba siempre de la mano, para que los otros no me tiraran al suelo. Me quería mucho, me regalaba pasteles y flores, me daba cachetes cariñosos en las mejillas.

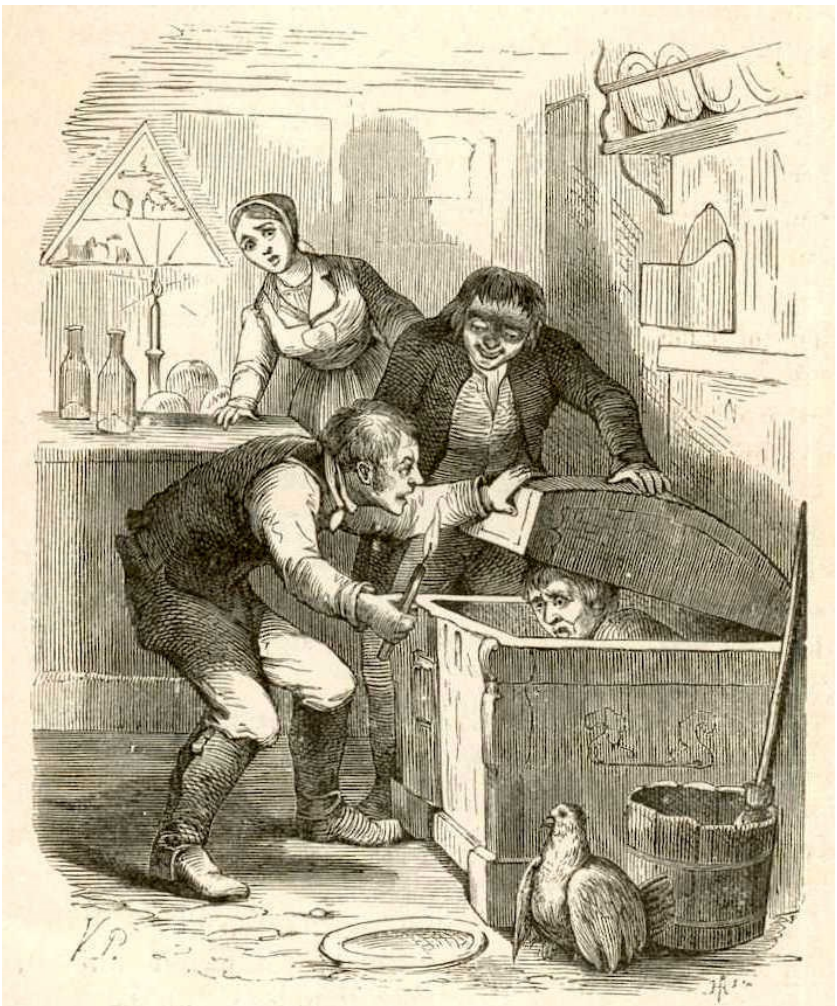
Una vez que uno de los mayores no se supo la lección y le castigaron a estar de pie encima de la mesa con el libro en la mano y los demás sentados alrededor, a mí me dio tal pena que no había forma de consolarme; se acabó absolviendo al pecador. Al viejo maestro le hicieron después jefe de telégrafos en Thorseng; allí vivía todavía hace unos años, y cuentan que el anciano decía con una sonrisa de satisfacción a la gente que venía a visitar el sitio: «Sí, sí, pues aquí donde me ven, este pobre viejo ha sido el primer maestro de uno de nuestros poetas más famosos ¡Tuve de alumno a Hans Christian Andersen!».

En otoño mi madre salía a veces al campo a recoger espigas; yo la acompañaba e íbamos como iba la Rut bíblica por los ricos

campos de Booz. Un día entramos en una finca donde el administrador tenía fama de mala persona; le vimos venir con un látigo gigantesco; mi madre y todos los otros salieron corriendo, yo llevaba los pies desnudos en los zuecos y se me salieron; los rastrojos me pinchaban, no podía avanzar y me quedé atrás solo. El hombre ya levantaba el látigo, yo le miré a la cara y le dije sin pensarlo: «¿Cómo te atreves a pegarme, si sabes que Dios te está mirando?». Y aquel hombre tan temible se apaciguó al punto, me dio unas palmaditas en las mejillas, me preguntó cómo me llamaba y me dio dinero; cuando se lo enseñé a mi madre, le dijo a la demás gente: «¡Qué chico tan extraño mi Hans Christian! todo el mundo es bueno con él y hasta este mal hombre le da dinero».

Salí piadoso y supersticioso; nada echaba de menos, que aunque mis padres no tenían más que lo que se dice lo justo, a mí me resultaba sobrado y abundante; en cuanto a la ropa, se podía decir hasta que iba elegante; una mujer mayor me arreglaba los trajes viejos de mi padre, tres o cuatro trozos de seda que tenía mi madre me los prendían, una vez uno y otra vez otro, con alfileres a la pechera a modo de chaleco; me ataban un pañuelo grande al cuello y me ponían un lazo imponente; me lavaban la cabeza con jabón y me peinaban el pelo para un lado, y ya estaba hecho un primor. Así fui con mis padres por primera vez al teatro. Odense tenía ya un teatro de verdad, mandado hacer en su tiempo, creo, para la compañía del Conde Trampe o del Conde Hahn. Las primeras funciones a las que asistí, eran en alemán. El director se llamaba Franck y ponía óperas y comedias; la pieza favorita del público era *La sirena del Danubio*; la primera representación que yo vi fue *El politicastro de Holberg*, adaptada para la ópera. No consigo recordar quién puede haber sido el autor de la música, lo que es seguro es que habían hecho una adaptación en alemán del texto. Por lo demás la primera impresión que el teatro y el público me produjeron no era como para pensar que tuviera yo algo de poeta. Según mis padres, lo primero que dije al ver el teatro y los muchos espectadores fue: «Anda, que si tuviéramos tantos cuarterones de manteca como gente hay aquí ¡menudo atracón que me iba a dar!». Y sin embargo, el teatro se convertiría pronto en mi gran pasión, pero como no podía ir más que una vez cada invierno, me hice amigo de Peter Junker, que era el que llevaba los carteles, y él me

daba el cartel del día, a cambio de que me comprometiera a repartir los últimos que quedaban en mi barrio, tarea que yo cumplía escrupulosamente. Si no podía ir al teatro, al menos podía sentarme en casa, en un rincón, con mi cartel e inventarme mi propia obra con el mismo título y los mismos personajes; sin saberlo estaba haciendo mi primera obra literaria.



Mi padre no sólo leía novelas y obras de teatro, también le gustaba leer historias y la Santa Biblia; luego se quedaba meditando lo que había leído; pero mi madre no le entendía, cuando él le

comentaba algo, y por eso se iba encerrando cada vez más en sí mismo. Un día cerró la Biblia diciendo: «Cristo ha sido un hombre como nosotros, pero un hombre singular». Mi madre se horrorizó de estas palabras y se echó a llorar. Yo, espantado, rogué a Dios que perdonara a mi padre por esa horrible blasfemia.

«No hay otro diablo que el que llevamos en nuestro propio corazón», le oía decir a mi padre y temía por su alma. Una mañana que se despertó con tres rasguños en el brazo, debidos probablemente a algún clavo de la cama, yo estaba convencido como mi madre y las vecinas de que era el diablo que había estado allí por la noche para demostrarle su existencia. Mi padre no se trataba casi con nadie; prefería pasar el tiempo libre a solas o conmigo en el bosque. Su mayor deseo era vivir en el campo, y daba la casualidad de que en una de las grandes fincas de Fiona se buscaba un zapatero, que habría de establecerse en el pueblo de al lado y que tendría derecho a casa, un pequeño huerto y pasto para una vaca; con esto y con el trabajo asegurado de la finca debería poder salir adelante. Mi padre y mi madre soñaban con la idea; a mi padre le encargaron un trabajo de prueba; le mandaron de la finca un pedazo de seda, él tenía que poner el cuero y hacer un par de zapatos de baile; en dos días no se habló de otra cosa; a mí me hacía una ilusión tremenda el jardincito con flores y arbustos que íbamos a tener; allí podría sentarme al sol a oír cantar al cuclillo. Rogué al Señor con toda el alma que se cumpliera ese deseo mío y de mis padres, pues sería nuestra mayor ventura. Por fin estuvieron listos los zapatos. En casa los contemplamos con gran solemnidad, que de ellos dependía nuestro futuro. Mi padre los envolvió en su pañuelo y se fue con ellos; nosotros estábamos esperando que iba a volver con una cara radiante de felicidad; volvió pálido y lleno de amargura. Dijo que la señora ni siquiera se había probado los zapatos y que, desde el primer momento, les había puesto mala cara. Al final había decidido que se había echado a perder la seda y que mi padre no servía. «Si usted ha perdido su seda —replicó mi padre— bien puedo yo entonces perder mi cuero», y en diciendo esto arrancó las suelas con la navaja. Así se habían ido al traste nuestras ilusiones de vivir en el campo. Lloramos los tres y yo pensé que a Dios no le hubiera costado nada atender nuestras súplicas; si lo hubiera hecho, yo habría sido campesino y mi futuro entero

distinto del que ha resultado. Muchas veces he pensado luego: ¿será posible que nuestro Señor sacrificara la felicidad de mis padres por mí?

Las salidas de mi padre al bosque se hicieron cada vez más frecuentes; no tenía un momento de calma. La guerra en Alemania, que seguía con la máxima atención, era lo que más le interesaba por aquel entonces. Su héroe era Napoleón, la forma en que había llegado a la gloria le parecía digna de ser imitada. Dinamarca se alió entonces con Francia, no se hablaba de otra cosa que de la guerra y mi padre se alistó en el ejército con la esperanza de volver a casa de teniente. Mi madre lloraba, los vecinos se encogían de hombros y decían que era una locura ir a dejarse matar de esa manera, cuando no se tenía necesidad de ello. Al soldado se le consideraba por aquel entonces un paria. Hasta las guerras contra los rebeldes de Schleswig-Holstein no se le ha dado la importancia que merece; el brazo supremo es el que lleva la espada.

La mañana en que partía la compañía de mi padre, le oí cantar y hablar muy animado, pero por dentro estaba muy conmovido; lo noté por la fuerza con que me besó al despedirse. Yo estaba en cama con sarampión y me quedé solo en el cuarto cuando se oyó el redoble de tambores y mi madre salió a acompañarle llorando hasta las puertas de la ciudad. Cuando se hubo marchado, entró mi abuela y mirándome con sus amorosos ojos me dijo que más me valía morirme ahora, pero que había que aceptar la voluntad de Dios. Es una de las primeras mañanas de dolor que recuerdo.

Pero el regimiento en el que servía mi padre no pasó de Holstein. Se firmó la paz y el guerrero voluntario regresó a su taller. Todo parecía volver a la normalidad.

Yo jugaba con mis muñecos, representaba obras de teatro, siempre en alemán, pues sólo en ese idioma las conocía, pero mi alemán era un galimatías de mi propia invención en el que no figuraba más que una sola palabra alemana: «Besen», palabra que había pescado al vuelo de lo que mi padre contaba de Holstein. «Parece que te ha aprovechado mi viaje», bromeaba mi padre, «Dios sabe si tú llegarás tan lejos, pero sí, Hans Christian, tienes que hacerlo, prométemelo». A lo que mi madre decía que, mientras estuviese bajo su tutela, ya podía irme preparando a quedarme en casa en lugar de jugarme la salud como él.

Su salud había sufrido mucho con las marchas, a las que no estaba acostumbrado, y la vida de campaña. Una mañana se despertó delirando, hablando de campañas militares y de Napoleón; se imaginaba recibir órdenes suyas y dar instrucciones a la tropa. Mi madre me envió al punto a buscar ayuda, pero no al médico sino a una curandera que vivía a media legua de Odense. Cuando llegué allí la mujer me hizo unas cuantas preguntas, luego cogió una hebra de lana, me midió los brazos, trazó unos signos raros sobre mi cabeza y me puso finalmente en el pecho una rama verde que, según dijo, era de un árbol del mismo tipo que en el que habían crucificado al Señor, y añadió: «Vete ahora a casa bordeando el arroyo. Si tu padre ha de morir de ésta, te encontrarás con su espectro».

Ya se puede imaginar el miedo que pasé con lo supersticioso que era y la imaginación que tenía. «¿Y no te has encontrado nada?», me preguntó mi madre al llegar a casa. Con el corazón palpitando le aseguré que no. Tres días más tarde moría mi padre. Dejamos su cadáver en la cama y mi madre y yo nos echamos fuera; un grillo se pasó la noche cantando. «Está muerto», le decía mi madre, «de nada sirve que lo llames, la señora del hielo se lo ha llevado». Yo sabía muy bien a qué se refería; me acordaba de que el invierno anterior, que se había formado hielo en las ventanas, mi padre nos había mostrado que el hielo de los cristales semejaba una mujer con los brazos abiertos. «Viene a por mí», dijo mi padre en tono de broma. Ahora que yacía muerto en la cama, le vino a mi madre a la memoria, y sus palabras de entonces se me quedaron en la cabeza.

Le enterraron en el cementerio de San Knud, al pie de la puerta lateral del lado izquierdo del altar. La abuela plantó rosas en su tumba; en años posteriores se han ido enterrando otros cuerpos en el mismo sitio, ahora los cubre a todos la hierba.

A partir de la muerte de mi padre me quedé como quien dice abandonado a mi propio albedrío; mi madre iba a lavarle la ropa a la gente, yo me quedaba solo en casa con el teatrito que mi padre me había hecho, haciéndole ropa a los muñecos y leyendo teatro. Según me han contado, por aquel entonces yo era larguirucho y desgarbado, tenía abundante cabellera rubia, iba descubierto y casi siempre llevaba zuecos.

En la vecindad vivían la señora Bunkeflod, viuda del pastor, y su

cuñada; me cogieron cariño y me invitaban a su casa; me pasaba con ellas el día entero. Fue la primera casa de gente culta en que hallé acogida. El difunto pastor había escrito poesía y gozaba de cierto renombre en las letras danesas; sus cantares de hilanderas andaban de boca en boca. En mis *Viñetas de poetas daneses* he dedicado yo un homenaje a este autor de coplas que los de mi generación han olvidado:

> El hilo se quiebra, calla la copla, para la rueca,
> aquel canto juvenil será pronto melodía vieja.

Allí oí pronunciar por primera vez con veneración, como algo sagrado, el nombre de «poeta». Mi padre me había leído las comedias de Holberg, pero aquí se hablaba de algo distinto: de versos, de poesía. «Mi hermano, el poeta», decía la anciana hermana de Bunkeflod con los ojos brillantes. De ella aprendí que el ser poeta era algo grande, maravilloso; allí leí también por primera vez a Shakespeare, en una mala traducción, bien es verdad, pero las aventuras emocionantes, los sucesos sangrientos, las brujas y los fantasmas que allí aparecían, era justo lo que a mí me fascinaba. En seguida empecé a representar las tragedias de Shakespeare en mi teatro de títeres. Me imaginaba, como si lo estuviera viendo, el espectro de Hamlet y a Lear recorriendo perturbado los páramos. Cuantos más muertos había en la obra, más interesante me parecía. Por entonces escribí yo mi primera pieza, nada menos que una tragedia donde morían todos, como es natural. El argumento lo había sacado de una antigua balada sobre Píramo y Tisbe, complicándolo aún más con dos personajes de mi cosecha: un ermitaño y su hijo, enamorados los dos de Tisbe, que terminan quitándose la vida al morir ésta. La mayoría de las cosas que decía el ermitaño las había sacado de la Biblia, copiando párrafos enteros de un libro de texto, especialmente los que tratan de los deberes para con el prójimo; el título de la obra era «Melissa y Arturo»; «Merluza y Besugo» es lo que debería llamarse, dijo la vecina haciéndose la graciosa, cuando se la enseñé a ella después de haberla leído a todo el mundo, muy satisfecho de mí mismo. Sus palabras me dolieron, veía que se estaba riendo de mi obra, que tanto me habían alabado los demás. Fui a contárselo a mi madre

muy contristado. «Eso lo dice porque no la ha hecho su hijo», me dijo, y eso me consoló y me dio ánimos para empezar otra obra. Y la empecé. Ésta iba a tener un estilo más elevado; iban a figurar en ella un rey y una princesa. Bien veía yo que en Shakespeare estos personajes hablaban como cualquier otro, como personas normales y corrientes, pero a mí eso no me convencía del todo. Pregunté a mi madre y a otra gente de la vecindad cómo hablaba de verdad un rey, pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Decían que hacía muchos años que no había venido un rey a Odense, pero que de seguro hablaba un idioma extranjero. Me hice entonces con un diccionario en el que figuraban vocablos alemanes, franceses e ingleses acompañados de la traducción danesa, y así salí del paso. Cogí unas cuantas palabras de cada idioma y las fui intercalando en cada una de las frases que pronunciaban el rey y la princesa. Una de las réplicas era, por ejemplo: «Guten Morgen, mon pere, ¿ha sleeping usted bien?». El resultado era una confusión babélica que a mí me parecía lo que correspondía a personas de alto rango. Todo el mundo tenía que oír mi obra, me producía una satisfacción enorme el leérsela a la gente y estaba seguro de que los demás experimentaban el mismo goce al oírla.

El hijo de la vecina trabajaba en una fábrica de paños y ganaba un pequeño sueldo a la semana; yo, en cambio, decían todos que sólo sabía hacer el vago. Por eso mi madre decidió que entrara también en la fábrica; «No es por lo que gane», decía, «sino porque así sé dónde anda». Me llevó mi abuela, contristada en su fuero interno; nunca hubiera pensado que llegaría el día en que tuviera que ir con todos aquellos chicos pobres. Trabajaban allí muchos mocetones alemanes que charlaban y cantaban con gran animación; los chistes groseros producían gran regocijo y yo que los oía, aprendí entonces que un niño puede escuchar las peores cosas sin perder la inocencia, pues a mí me resbalaban. Tenía yo por aquel entonces una voz de soprano muy aguda y asombrosamente bonita que conservé hasta cumplidos los quince años. Sabía que a la gente le gustaba oírme cantar y cuando en la fábrica me preguntaron si sabía cantar algo, en seguida me lancé y tuve mucho éxito. Los otros chicos, mientras, tenían que hacer mi trabajo. Después les dije que también sabía hacer teatro; me acordaba de escenas enteras de Holberg y de Shakespeare y me puse a declamarlas. Las mujeres y

los hombres hacían gestos de complacencia, se reían y aplaudían. Así los primeros días lo pasé muy bien en la fábrica, pero un día, cuando estaba en lo mejor de mi canto y se hablaba de la claridad de mi voz y de lo increíblemente alto que llegaba, uno de los mozos gritó: «¡Este no es un chico, es una mujercita!»; me agarró y yo me puse a chillar y a lamentarme. Los otros, a los que les pareció divertida la broma pesada, me sujetaban por los brazos y las piernas; yo gritaba con toda mi alma y escapé corriendo, vergonzoso como una niña, hasta llegar a casa con mi madre, que me prometió que no volvería allí jamás.

Empecé a ir otra vez por casa de la señora de Bunkeflod, allí podía leer o escuchar lo que me leían y además aprendía a coser mejor. Y eso me venía muy bien para mi teatro. También hice un alfiletero de seda blanca para regalárselo a la señora por su cumpleaños. Según tuve ocasión de comprobar, todavía lo conservaban muchos años después. También hice amistad con la viuda de otro pastor que vivía por allí cerca; siempre quería que le leyera novelas que tomaba prestadas de la biblioteca; una de ellas empezaba diciendo algo así como: «Era una noche de tormenta, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas…». «¡Qué libro tan estupendo!», dijo la señora, y yo con todo candor le pregunté cómo lo sabía. «Se nota ya por cómo empieza que va a ser muy bueno», replicó, y yo me quedé admiradísimo de su sabiduría.

En otoño me llevó mi madre una vez a una finca de los alrededores de Bogense. Mi madre había servido con los padres de la dueña y ésta había dicho que un día teníamos que ir a hacerle una visita; yo llevaba años soñando con ello y ahora el sueño se iba a hacer por fin realidad; tardamos dos días en llegar mi madre y yo, pues tuvimos que hacer el viaje a pie. La finca era magnífica y lo mismo la comida que nos dieron, pero además de eso la naturaleza misma me produjo una impresión tan fuerte que hubiera querido quedarme allí para siempre. Era por el tiempo en que se cosecha el lúpulo. Mi madre y yo nos sentamos en el granero con un montón de campesinos a pelar el lúpulo en torno a una gran tina. Se contaban anécdotas y muchas cosas prodigiosas que la gente había visto. Todos se sabían alguna historia del diablo con pezuña de caballo, de aparecidos y de malos agüeros. Había un campesino viejo que, entre otras cosas, dijo que Dios sabía todo lo que sucedía

e iba a suceder. Sus palabras me produjeron una honda impresión, no se me iban de la cabeza. Al atardecer salí a pasear solo y alejándome de la finca llegué hasta el borde de un profundo estanque. Subido a una de las piedras que sobresalían en el agua me asaltó de pronto la idea peregrina de si Dios verdaderamente sabía todo lo que iba a ocurrir; por ejemplo, pensé, ahora ha decidido que viva y que cumpla muchos años, pero si yo voy y me tiro al agua y me ahogo, entonces ya no sucede como él quiere. Y con la determinación firme y rotunda de ahogarme, me dirigí a donde estaba más hondo; de pronto me asaltó otro pensamiento: «¡es el diablo, que me quiere llevar!», y dando un grito salí corriendo lo más deprisa que pude y me arrojé sollozando en brazos de mi madre; pero ni ella ni nadie pudieron sacarme lo que ocurría. «Seguro que ha visto algún fantasma», dijo una de las mujeres, y yo mismo estaba tentado de creerlo.

Mi madre volvió a casarse, con un joven zapatero; a su familia, que también eran artesanos, le pareció que hacía muy mal partido y no nos dejaron entrar en su casa ni a mi madre ni a mí. Mi padrastro era un hombre joven y callado, de vivos ojos castaños, que estaba siempre de buen humor; no quería mezclarse en mi educación y me dejaba campar por mis respetos. Así que yo vivía entregado casi exclusivamente a mi cosmorama y a mis títeres y mi mejor ilusión era reunir toda clase de trapos de colorines para cortarlos y hacer vestidos. A mi madre le parecía una buena forma de practicar para sastre, que, según ella, era para lo que había nacido; yo en cambio decía que quería dedicarme al teatro, cosa a la que mi madre se oponía rotundamente, pues lo que ella conocía por teatro eran funámbulos o titiriteros, que para ella eran la misma cosa. «¡Pues no te ibas a llevar pocas zurras!», decía, «te iban a hacer pasar hambre para que no pesaras nada y te harían tomar aceite para dar elasticidad a los músculos». ¡De eso nada! lo que tenía que ser era sastre. «No tienes más que ver lo bien que marcha Stegmann». Era el sastre más distinguido de la ciudad. «Vive en Korsgade, tiene grandes cristaleras en las ventanas y oficiales a su cargo. ¡Ojalá pudieras llegar a ser uno de ellos!».

Lo único que me consolaba y alegraba de mi destino era que siendo sastre iba a poder tener los trapos que quisiera para el vestuario de mi teatrito.

Mis padres se habían mudado más abajo de la calle, del otro lado de la puerta de Munkemølle; en la casa nueva teníamos jardín, aunque muy pequeño y sobre todo muy estrecho, ya que en realidad no consistía más que en un largo macizo de groselleros y un pasillo del mismo ancho que iba a dar al río de Odense, justo detrás del molino; tres grandes ruedas giraban bajo la presión del torrente de agua y se quedaban paradas al cerrarse las esclusas de la presa; entonces el río se vaciaba de agua, quedando al descubierto el fondo con los peces dando coletazos entre las ruedas; se los podía agarrar con las manos; por debajo de las enormes ruedas salían del molino a beber gordas ratas de agua; de pronto volvían a abrirse las compuertas y el agua salía a chorros, espumosa y rugiente, ya no se veía rata ninguna, el lecho del río volvía a llenarse y yo, que estaba allí en medio, corría chapoteando por el agua hacia la orilla, tan asustado como el que está recogiendo ámbar en la costa del Báltico y habiéndose adentrado mucho, le pilla la subida de la marea. Me subía a una de las piedras que mi madre utilizaba como tabla de lavar y me ponía a cantar a voz en grito todas las canciones que me sabía, que muchas veces no tenían sentido ni melodía sino que yo les ponía la música que se me ocurría. El jardín de al lado pertenecía al Consejero de Estado Falbe. Yo sabía que cuando había visitas, se quedaban siempre oyéndome cantar. La gente me decía que tenía una voz preciosa y que de seguro haría con ella fortuna en el mundo. Muchas veces yo me ponía a pensar en cómo seria y, como creía en los prodigios, me imaginaba las cosas más extraordinarias. Había oído decir a una vieja que lavaba ropa en el río, que justo allí debajo del río de Odense se hallaba el imperio de la China, y en aquel momento no se me hacía imposible que una noche de luna, estando yo sentado a la orilla, saliera por allí, atravesando la tierra, un príncipe chino, me oyera cantar y me llevara a su reino, donde me colmaría de riqueza y honores, y luego me dejaría volver a Odense, donde yo mandaría hacer un palacio; me podía pasar tardes enteras haciendo dibujos y planos del palacio dichoso. Era muy infantil y lo continué siendo mucho tiempo, como cuando luego me ponía a declamar en público en Copenhague, por ejemplo; todavía seguía esperando y creyendo que iba a surgir entre la gente un príncipe de ésos, que me oiría, me entendería y me abriría el camino de la gloria. Algo de eso sucedería, aunque no

justamente así.

Mi afición por la lectura, la cantidad de escenas dramáticas que me sabía de memoria y mi voz argentina y sonora despertaron una especie de interés por mí entre varias familias importantes de Odense, que me mandaron llamar, intrigadas por lo extravagante de mi personalidad. Entre las muchas personas a las que fui a ver, el coronel Høegh-Guldberg y su familia fueron los que dieron muestras de más sincera simpatía. El coronel llegó incluso a hablar de mí al Príncipe Christian, más tarde Christian VIII, que por entonces vivía en el palacio de Odense. Guldberg me llevó un día allí con él.

«Si el príncipe le pregunta cuáles son sus deseos», me dijo, «usted le dice que su mayor deseo es el de estudiar en el instituto». Y eso es lo que le dije al príncipe cuando me hizo la pregunta, pero él contestó que eso de cantar o saber recitar con sentido las palabras de un poeta estaba muy bien, pero que eso no quería decir que se fuera un genio y que tenía que considerar que estudiar era un camino largo y costoso; que, por otra parte, estaba dispuesto a ayudarme si me decidía por un buen oficio, como podía ser el de tornero. La idea no me seducía en lo más mínimo y no salí demasiado satisfecho de la entrevista, aunque hay que reconocer que el noble príncipe había hablado con gran naturalidad y acierto. Más adelante, cuando el tiempo se encargó de hacer madurar mi talento, habría de dispensarme hasta la muerte su mayor bondad y afecto; su recuerdo lo llevaré siempre en lo más profundo de mi alma.

Pasé entonces algún tiempo en casa, creciendo y convirtiéndome en un chico muy largo, al que, como decía mi madre, no se le podía dejar seguir haciendo el vago por ahí. Por eso empecé en la escuela de pobres.

Allí sólo se aprendía religión, a escribir y a hacer cuentas, y ni siquiera bien; yo casi no había palabra en que no hiciera faltas; en casa casi nunca me estudiaba la lección, puede decirse que me la aprendía en el camino de casa a la escuela, y mi madre presumía de mi extrema facilidad, comparándome con el hijo de la vecina: «Se mata a estudiar, mi Hans Christian en cambio se lo sabe sin necesidad de abrir un libro».

En el cumpleaños del maestro yo le trenzaba siempre una corona y le escribía una poesía. Normalmente lo recibía con una sonrisa

pero alguna vez me reprendió por ello. Era noruego y se llamaba Velhaven; no dudo de que sería una buena persona, pero tenía mucho genio y desde luego no parecía nada feliz. Ponía toda su alma al explicarnos religión y cuando nos daba historia sagrada, nos la hacía vivir de tal forma, que a mí al oírlo me parecía que cobraban vida las escenas del Antiguo Testamento pintadas en la pared de la escuela y que adquirían una frescura y una belleza como la que más tarde encontraría en los maravillosos cuadros de Rafael y Tiziano. Muchas veces me quedaba ensimismado mirando los colorines de la pared y me llevaba una regañina suya por estar otra vez «en las nubes». También les contaba a los otros chicos historias extraordinarias, donde como es natural yo hacía siempre el papel de protagonista, y a veces los demás se reían de mí. Los golfos de la calle habían oído hablar a sus padres de mis rarezas y de que me codeaba con «gente fina» y un día una panda de ellos me fue persiguiendo por la calle haciéndome burla y gritándome: «¡Ahí va el comediante!». Yo me escondí en el último rincón de casa, llorando y rezando.

Iba a cumplir los catorce años y mi madre tenía pensado que hiciera la confirmación para que pudiera entrar de aprendiz de sastre y me dedicara a algo de provecho. Me quería con toda su alma pero no comprendía mis deseos y ambiciones, aunque he de decir que ni yo mismo los entendía. La gente que la rodeaba estaba haciendo siempre comentarios sobre mí y eso la entristecía y atormentaba.

Pertenecíamos a la parroquia de San Knud y allí tenía uno que inscribirse para hacer la confirmación o con el vicario o con el capellán; con el vicario iban sólo los hijos de la gente bien, así como los alumnos del instituto, con el otro iban los de familias modestas; yo me apunté con el vicario, que no tuvo otro remedio que admitirme, aunque a buen seguro le parecería una vanidad por mi parte el querer hacer la confirmación con sus muchachos. Los del vicario se colocaban en el altar, mientras que los del capellán tenían que quedarse al pie de las gradas; yo creo que lo mío no era vanidad, sino que tenía miedo de los chicos pobres, que se habían metido conmigo; instintivamente tendía siempre a acercarme a los alumnos del instituto, que entonces me parecían mucho mejores que los otros; cuando jugaban en el jardín del cementerio, yo me

ponía a mirar desde el otro lado de la verja, pensando que quién fuera uno de los afortunados, no por poder jugar, sino por los muchos libros que tenían y por el porvenir que les esperaba. Al apuntarme con el vicario iba a poder juntarme con ellos, ser como ellos; pero no recuerdo ni a uno solo de aquella época, señal del poco caso que debieron de hacerme; todo el tiempo tuve la sensación de haberme metido en un sitio que no me correspondía y así me lo daba a entender el vicario; una vez que había estado recitando yo unas escenas de una comedia en casa de gente conocida suya, me hizo llamar para expresarme lo improcedente de mi comportamiento en un momento en que me estaba preparando para la confirmación y me dijo que, si llegaba otra vez a sus oídos una cosa así, me iban a expulsar. Yo me quedé muy asustado y compungido, como pájaro extraviado en cuarto ajeno. Sólo una persona me trataba allí con amabilidad, era una chica joven de las que iban a hacer la confirmación. Su nombre era Tønder-Lund y se la consideraba la de mejor familia de todos; ya me referiré a ella más adelante. Sólo esta joven se mostraba benevolente conmigo, me saludaba amablemente y una vez hasta me regaló una rosa y yo volví a casa feliz de que hubiera alguien que no me hiciera de menos.

El traje de confirmación me lo hizo una vieja costurera de la levita de mi difunto padre; a mí me parecía el traje más elegante que había llevado nunca y por primera vez en la vida me iba a poner botines; me hacía una ilusión tan enorme que temía que la gente no se diera cuenta de que eran botas, así que me metí los pantalones por dentro para entrar en la iglesia; las botas rechinaban al andar y yo estaba encantado de que la feligresía entera se diera cuenta de que eran nuevas; pero eso me quitó el fervor y sentí un remordimiento horrible de no poder dejar de pensar en las botas por mucho que me esforzaba en pensar en Dios. Le pedía al Señor de todo corazón que me perdonara, y me ponía a pensar otra vez en mis botas nuevas.

Los últimos años había estado ahorrando un dinero de las monedas que me iban dando en diferentes ocasiones; al contarlas me di cuenta de que tenía trece escudos y me quedé impresionado de ser poseedor de tal fortuna. Como mi madre siguiera insistiendo en que aprendiera para sastre, le supliqué hasta hartarla que me

dejara mejor irme a probar fortuna a Copenhague, que para mí entonces era la capital del mundo.

«¿Y qué va a ser de ti allí?», preguntaba mi madre.

«Seré famoso», respondía yo, y le contaba algo que había leído sobre gente notable que había nacido en la pobreza: «Primero hay que pasar penalidades sin cuento y luego se hace uno famoso». Era un impulso inexplicable el que me arrastraba. Al final, después de mucho llorar e implorar, mi madre se rindió, pero primero mandó llamar a una curandera del hospital para que me leyera el porvenir en los posos del café y en las cartas.

«Su hijo será un gran hombre», dijo la vieja, «en su honor ha de iluminarse un día la ciudad de Odense». Mi madre lloró al oírlo y ya no tuvo inconveniente en que me marchara. Los vecinos y todo el que se enteraba venían a decirle a mi madre que hacía horriblemente mal en dejar a un chico de catorce años, que era un crío en todos los sentidos, marchar a Copenhague, que estaba a tantas leguas y era una capital enorme y embarullada, donde no conocía un alma.

«Pero es que no me deja en paz», contestaba mi madre; «he tenido que darle mi permiso para marcharse, pero no hay que preocuparse, estoy segura de que no pasará de Nyborg; cuando vea el mar embravecido le entrará miedo y volverá y entonces le meteré de aprendiz de sastre».

«Lo bueno sería si pudiéramos ponerle en una escribanía aquí en la ciudad», decía la abuela, «para eso sí que se da maña Hans Christian».

«Yo me contentaría con que llegara a ser un sastre como el maestro Stegmann», decía mi madre, «deja, que no pasará de Nyborg».

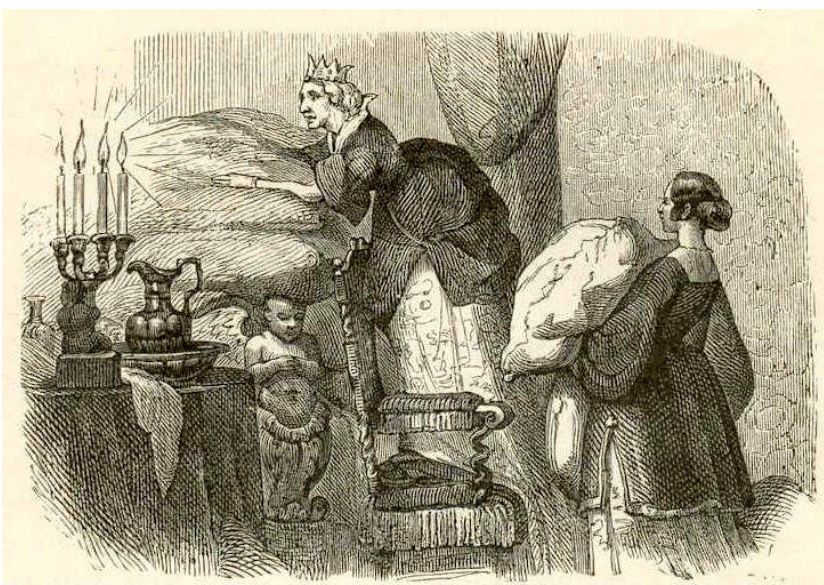
El verano antes de mi confirmación había estado en Odense un grupo de la compañía de actores y cantantes del Teatro Real de Copenhague, representando una serie de óperas y obras de teatro; la ciudad no se había recuperado todavía de la emoción. Yo, gracias a mi amistad con el chico de los carteles, no sólo había visto todas las funciones desde bastidores, sino que hasta había salido a escena haciendo de paje y pastor e incluso había tenido un mínimo papel en *La Cenicienta*. Mi entusiasmo era tan grande que cuando los actores entraban a los camerinos antes de la función, yo ya estaba

vestido; esto hizo que se fijaran en mí; les hacía gracia mi infantilismo y mi entusiasmo, eran amables conmigo, sobre todo Haack y Enholm, y yo los idolatraba como a dioses en la tierra. Todo lo que se me había dicho de mi manera de declamar me hacía ver ahora con claridad que para lo que había nacido era para el teatro y que era allí donde iba a alcanzar la fama, y por eso el teatro y Copenhague se habían convertido en la meta de mis sueños. La visita de los actores de Copenhague a Odense supuso un acontecimiento importante en la vida de muchos y especialmente en la mía. Se hablaba de ello con verdadero fervor y la conversación terminaba siempre diciéndose uno «quién estuviera en Copenhague y pudiera ir al teatro». Alguno que otro había estado y hablaba de una cosa que se llamaba «ballet» y que por lo visto superaba incluso a la ópera y al teatro; según decían, la mejor bailarina, la más sublime, era la Sra. Schall; yo me la figuraba como la soberana de todo aquello y me dio por imaginar que ella era la persona que habría de ayudarme a alcanzar la gloria, en cuanto me hiciera merecedor de su favor y protección. Enardecido por estos pensamientos fui a ver al viejo impresor Iversen, uno de los ciudadanos de mayor reputación de Odense, que había frecuentado a los actores durante su estancia en la ciudad. Los conocía a todos, así que debía conocer también a la bailarina. Iba con la intención de pedirle una carta de recomendación para ella, que el resto ya lo pondría Dios de su parte.

El anciano, que era la primera vez que me veía, escuchó con gran amabilidad mi petición pero intentó a toda costa disuadirme de aventurarme a tal viaje. Yo lo que tenía que hacer era aprender un oficio, dijo. «Eso sería una verdadera pena», repuse yo, y él se quedó asombrado de la manera en que debí decirlo, y según me contó más tarde la familia, eso hizo que me ganara sus simpatías.

A la bailarina no la conocía personalmente pero de todas formas me daría una carta para ella. Con la carta en la mano sentí que se me abrían las puertas de la fortuna. Mi madre me hizo un hatillo y preguntó al cochero de la diligencia si podía llevarme de polizón hasta Copenhague; no había inconveniente, no tenía que pagar más que tres escudos por todo el viaje. Por fin llegó el día de la partida, mi madre me acompañó afligida hasta las puertas de la ciudad; allí estaba mi anciana abuela; últimamente su hermoso pelo se había

puesto cano; me echó los brazos al cuello y rompió a llorar sin decir una palabra; yo sentía también una gran congoja; luego nos separamos; no volví a verla nunca; murió al año después y su tumba está en algún lugar del cementerio de pobres. El conductor dio la señal, hacía una tarde deliciosamente soleada y el sol me calentó pronto el corazón infantil y alejó la pesadumbre; me ilusionaban todas las cosas nuevas que veía y además iba en pos del objeto de mis anhelos; a pesar de todo, al pasar el estrecho en Nyborg y ver cómo el barco se apartaba de mi isla, sentí por primera vez lo solo y abandonado que estaba y que sólo tenía a Dios en el cielo. En cuanto pisé el suelo de Selandía, me fui detrás de un cobertizo de la playa, me hinqué de rodillas e imploré a Dios que me protegiera y acompañara; sentí un gran consuelo, pues confiaba ciegamente en Dios y en mi buena fortuna, y así continué viaje todo el día y la noche siguiente, atravesando pueblos y aldeas; comía mi pan a solas al lado del coche, mientras lo descargaban; todo me resultaba desconocido, me sentía en el fin del mundo.



II

La mañana del lunes seis de septiembre del año 1819 vi por primera vez Copenhague desde los altos de Frederiksberg. Bajé del coche con mi hatillo y atravesé el parque, la gran avenida y los arrabales de la ciudad. Justo la noche antes había estallado la famosa revuelta contra los judíos, que se propagó por varios países de Europa. Había una gran agitación en la ciudad entera y un gran gentío por las calles, pero a mí no me sorprendía todo aquel ruido y tumulto, respondía perfectamente a la idea que me había hecho de la animación que debía reinar siempre en Copenhague, para mí entonces la metrópoli de las metrópolis. Sin apenas más que diez escudos en el bolsillo, busqué alojamiento en una modesta fonda en las cercanías de Vesterport, que era por donde había entrado a la ciudad.

Mi primera salida fue al teatro; varias veces le di la vuelta al edificio, contemplando sus muros, considerándolo como un hogar que todavía no estaba abierto para mí. Uno de los revendedores de la esquina me paró preguntándome si quería una entrada; yo sabía tan poco del mundo y de las costumbres de Copenhague que creí que el hombre quería regalármela; le di mis más efusivas gracias y él se creyó que le estaba tomando el pelo y se puso tan furioso que tuve que salir corriendo asustado del lugar para mí más preciado del mundo. Lo que no podía imaginarme entonces era que diez años más tarde habrían de representarse aquí mis primeras obras dramáticas y que en esta casa me presentaría por primera vez ante el público danés. Al día siguiente me puse el traje de la confirmación, sin olvidar naturalmente los botines, con los pantalones bien metidos por dentro; y así engalanado y con un sombrero que me tapaba hasta los ojos, me fui a ver a la bailarina,

Madame Schall, a llevarle mi carta de recomendación. Antes de hacer sonar la campanilla me arrodillé ante la puerta y rogué a Dios que hallara allí auxilio y protección; en aquel momento subía la escalera una chica de servicio con la cesta de la compra al brazo; me sonrió amablemente, depositó en mis manos una moneda de seis reales y siguió su camino. Yo me la quedé mirando y me quedé mirando la moneda ¡Yo que creía que iba tan elegante con la ropa de la confirmación! ¡Cómo era posible que creyeran que estaba pidiendo limosna! La llamé y ella me gritó que me lo quedara y desapareció otra vez. Por fin me recibió la bailarina, que me miraba con gran asombro mientras escuchaba lo que tenía que decirle; no había oído hablar en su vida del Iversen ese que firmaba la carta; estaba de lo más sorprendida de mi manera de presentarme; yo le expresé como pude mis fervientes deseos de dedicarme al teatro, y cuando me preguntó qué tipo de papeles creía que podía hacer, yo contesté: «*La Cenicienta* ¡me gusta tanto!»; esta obra la había representado en Odense la compañía del Teatro Real y el papel principal me había entusiasmado de tal forma que me lo sabía entero. Quería hacerle una demostración, y como se trataba de una bailarina, me pareció que podía interesarle la escena del baile de Cenicienta; pedí permiso para quitarme las botas, pues me impedían moverme con la ligereza que requería el papel; luego agarré mi sombrero a modo de pandereta y me puse a aporrearlo al tiempo que bailaba y cantaba:

Qué importa la riqueza,
la gloria o el esplendor

Lo extravagante de mis ademanes y lo asombroso de mi actitud toda hicieron creer a la bailarina que estaba loco, como ella misma me ha confesado más tarde, y le faltó el tiempo para despedirme.

Me dirigí entonces en busca de una colocación al director del teatro, el cual me miró y me dijo que estaba demasiado flaco para hacer teatro. Yo repuse: «Hombre, usted colóqueme con un sueldo de cien escudos y ya verá cómo engordo». El director me echó con cajas destempladas, diciendo que allí sólo se contrataba a gente con educación.

Me quedé muy apenado; no tenía una sola persona a quien

dirigirme en busca de consejo y consuelo. Pensé en la muerte como la mejor salida y al hacerlo mis pensamientos volaron hacia Dios. Me aferraba a él con toda la confianza de un hijo para con su padre. Deshecho en llanto me decía: «He leído que en el momento en que todo parece perdido es cuando él manda su ayuda; primero hay que pasarlo muy mal y luego llega uno a ser alguien». Entonces fui y me saqué una entrada, en la galería, para la opereta *Pablo y Virginia*. La separación de los amantes me conmovió tanto que no pude evitar el echarme a llorar. Unas señoras al lado mío trataron de consolarme diciendo que no era más que una comedia, que no me lo tomara así y me dieron un gran bocadillo de mortadela. Había un ambiente muy agradable, todos eran buena gente; de tal manera cogí confianza que empecé a contar al palco entero con toda naturalidad que en realidad no lloraba por *Pablo y Virginia*, sino porque para mí el teatro era como mi Virginia y cuando tuviera que alejarme de él iba a sufrir tanto como Pablo. Me miraban sin entenderme y entonces yo les expliqué por qué había venido a Copenhague y lo solo que estaba, y la señora me dio otro bocadillo, fruta y pasteles.

A la mañana siguiente pagué la cuenta en la fonda y me percaté de que mi fortuna había quedado reducida a un escudo, así que no me quedaba otro remedio que buscar un patrón de barco que me llevara de vuelta a casa o entrar de aprendiz con un artesano; me decidí por lo último, pues si volvía a Odense de todas maneras tendría que meterme de aprendiz y además podía imaginarme que si volvía ahora fracasado, iba a ser el hazmerreír de todos y me iban a tomar por loco. En resumen, más valía que me pusiera de aprendiz en Copenhague. Me daba igual el oficio que fuera, al fin y al cabo no se trataba más que de ir tirando.

Una señora de Copenhague que había venido como yo de polizón en la diligencia, me dio cobijo y comida e incluso me acompañó a comprar la gaceta, por la que vimos que en Borgergade vivía un ebanista que solicitaba aprendiz, y allí me encaminé. El hombre me recibió muy amable pero dijo que antes de cogerme fijo necesitaba un certificado de Odense atestiguando que era un chico formal y algunos informes más acerca de mis padres y de mí; además tenía que llevarle también mi partida de bautismo; pero en tanto se cumplían todos aquellos trámites podía ir a vivir con él, puesto que no tenía otro sitio, e ir probando si me gustaba el oficio,

A las seis de la mañana del día siguiente estaba yo ya en el taller. Allí me encontré a varios oficiales y aprendices contando chistes y gastando bromas, el maestro no se había levantado todavía; su forma de hablar era un tanto soez y yo tenía la vergüenza propia de la inocencia; en cuanto se percataron de ello, me convertí en la víctima de sus gracias. Conforme iba avanzando el día, me resultaban más pesadas las bromas de los chicos y, acordándome de la escena de la fábrica, me fui asustando de tal manera que terminé llorando y tomando la decisión de abandonar el taller y el oficio. Bajé a hablar con el maestro y le dije que no podía soportar aquella forma de hablar y aquellas burlas, que no me gustaba el trabajo y que venía a despedirme y a darle las gracias. Él me escuchó asombrado e intentó consolarme y darme ánimos; no sirvió de nada, yo estaba demasiado afectado y no podía hacer otra cosa que salir corriendo de allí.

Estaba en la calle. No conocía a nadie, me encontraba totalmente desamparado. De pronto me acordé de que en Odense había leído en los periódicos algo sobre un italiano, de nombre Siboni, que había sido nombrado director del Real Conservatorio de Música de Copenhague. Todo el mundo me decía que tenía buena voz y a lo mejor este hombre estaba dispuesto a ocuparse de mí; si no lo hacía, no tendría otro remedio que buscar aquella misma noche un patrón con el que volver a Fionia. La idea de volver a casa me ponía los pelos de punta y en aquel estado de desesperación me fui a ver a Siboni. Precisamente aquella noche daba una cena en su casa, a la que estaban invitados entre otros el profesor Weyse, nuestro célebre compositor, y el poeta Baggesen. A la doncella que me abrió le conté no sólo mis pretensiones de que me contrataran de cantante, sino mi vida entera. Me oyó con el mayor interés y debió repetir gran parte de lo que le había contado, a juzgar por lo que tuve que esperar a que volviera. Cuando por fin apareció, la seguían todos los invitados. Todo el mundo me miraba, Siboni me llevó a una sala que tenía un piano y me hizo cantar, mientras él escuchaba atentamente; a continuación recité unas escenas de Holberg y un par de poemas. La pena que me daba lo triste de mi situación hizo que me salieran verdaderas lágrimas, y el auditorio prorrumpió en aplausos.

«Pronostico que este joven llegará un día a ser alguien», dijo

Baggesen, «pero no te envanezcas cuando el público te dedique sus aplausos», y luego añadió algo sobre la auténtica naturalidad y lo fácil que era perderla con la edad y el trato con la gente. No entendí todo lo que dijo, pero parece ser que yo tenía un especial talento natural que me convertía en una revelación, por no decir un «fenómeno» verdaderamente original. Yo me creía a pies juntillas lo que la gente me decía y confiaba en la buena voluntad de todos; tenía que decir todo lo que se me pasaba por la cabeza. Siboni prometió educarme la voz y dijo que llegaría a cantar en el Teatro Real. Yo estaba que no cabía en mí de alegría, no sabía si reír o llorar, hasta tal punto que la doncella al despedirme y ver el estado de emoción en que me hallaba, me dio una palmadita en la mejilla aconsejándome que al día siguiente fuera a ver al profesor Weyse, que me había tomado aprecio y que en él podía confiar.

Me fui a ver a Weyse, que era también de origen humilde y había sabido abrirse camino solo; había comprendido muy bien lo duro de mi situación y había aprovechado la emoción del momento para recaudar setenta escudos para mí ¡toda una fortuna! De momento podía ir a recoger diez escudos todos los meses. Escribí en seguida mi primera carta a casa, una carta llena de júbilo en la que daba cuenta de la gran fortuna que me había caído en gracia. Mi madre, llena de alegría, enseñó la carta a todo el mundo; unos la oían admirados, otros esforzaban una sonrisa, vaticinando que no podía salir nada bueno de todo aquello.

Siboni no hablaba danés; para poder entenderle y hacerme entender no me quedó otro remedio que aprender cuando menos algo de alemán. La copenhaguesa con la que había venido de Odense, que quería favorecerme con los medios a su alcance, consiguió que un profesor de lenguas, el señor Bruun, me diera gratis unas cuantas clases de alemán. Aprendí un montón de palabras y Siboni me abrió su casa, me daba de comer y repetía la escala conmigo. Tenía un cocinero italiano y dos criadas muy vivarachas; una de ellas había servido en casa de Casorti y hablaba italiano; yo me pasaba el día con ellos, les hacía gustoso los recados y escuchaba sus anécdotas, pero un día que me mandaron con una de las fuentes a servir la cena, Siboni se levantó, fue a la cocina y dijo a la servidumbre que yo no era «cameriere», y a partir de aquel momento empecé a aparecer más por el salón, donde su sobrina

Marietta, una muchacha de gran talento, se pasaba las horas dedicada a un dibujo que representaba a Siboni haciendo el papel de Aquiles en la ópera de Paër; yo le servía de modelo, revestido de una gran túnica y una toga del tamaño de Siboni, que era de complexión robusta, y no del mío, flaco y larguirucho como era; pero precisamente esa desproporción era lo que le hacía gracia a la simpática italiana, que se moría de risa mientras pintaba.

Los de la ópera venían a ensayar a diario y a veces me dejaban quedarme a escuchar. Había momentos en que al maestro le molestaba algo del canto y la sangre italiana se le subía a la cabeza, prorrumpiendo en exabruptos, ya en alemán ya en un danés estrafalario, y aunque la cosa no iba conmigo, a mí me daban temblores en todo el cuerpo y cada vez le iba cogiendo más terror, pensando que era la persona de que dependía mi futuro; cuando tenía que cantar una escala, su mirada severa podía hacer que me temblara la voz y se me saltaran las lágrimas; «¡no tener miedo, tú!», me decía, y cuando por fin me dejaba marchar, antes de salir por la puerta me volvía a llamar y me ponía algo de dinero en la mano diciendo: «¡divertirse un poco!» y me sonreía bondadosamente. Por lo que después he sabido, Siboni era un excelente profesor de canto y había creado una buena escuela de cantantes de ópera, pero en general el público no sabía apreciarle como se merecía. La gran masa no veía en él sino a un extranjero que se comía el sueldo de un danés, sin pensar que aquí no había uno tan bueno y competente como él; las óperas italianas que se oían por toda Europa y que aquí se ponían gracias a Siboni, tenían poca aceptación por el solo hecho de ser italianas y ser italiano Siboni. Ponía toda su alma no sólo en enseñar el canto a sus alumnos, sino que además pretendía que entendieran los papeles que representaban; le faltaban palabras en alemán, el danés lo dominaba todavía menos y sólo en uno de estos dos idiomas podía hacerse entender de la mayoría de los cantantes, que hacían burla de él imitándole cuando decía algo que pudiera sonar cómico.

Yo me pasaba desde las primeras horas de la mañana hasta la caída de la tarde en casa de Siboni. La noche, en cambio, la pasaba en un lugar a donde me había llevado mi ignorancia de las cosas del mundo; lo malo no era la casa, que era bastante decente, sino la calle. Con los diez escudos que me daba Weyse mensualmente no

podía permitirme vivir en una fonda, así que tuve que buscarme un alojamiento más económico, y de esta forma fui a parar a casa de una señora en Holmensgade, que entonces se llamaba Ulkegade. Parecerá imposible, pero la verdad es que no tenía ni la menor idea del ambiente aquel en que estaba metido. Era de un candor y una inocencia tales que no me pasaba por la cabeza ni la sombra de un pensamiento impuro.

Estuve yendo a casa de Siboni casi un año, luego me quedé sin voz; me estaba cambiando y todo aquel invierno y aquella primavera había ido mal calzado, con los pies mojados constantemente; así que perdí la voz y la esperanza de llegar a convertirme algún día en un buen cantante. Siboni me mandó llamar y me aconsejó sinceramente que ahora que empezaba el verano me volviera a Odense y aprendiera un oficio.

Yo, que con tanto entusiasmo había pintado a mi madre el dorado porvenir que me esperaba, iba a tener que volver ahora a casa y convertirme en el hazmerreír de todos. Sabía que iba a ser así y me sentía destrozado. Sin embargo, esta desgracia aparente iba a suponer un paso más hacia un futuro mejor.

En el momento en que más desolado me sentía, tratando de pensar en qué hacer o a quién acudir, me acordé de pronto de que aquí en Copenhague vivía el poeta Guldberg, hermano de aquel coronel de Odense que había sido tan amable conmigo. En seguida me enteré de que vivía por el cementerio de Assistent, que tan bellamente pinta en su poema; le puse unas letras, pues me daba apuro tener que volver a referir mis cuitas de palabra; una vez que la carta hubo llegado a sus manos, me fui a verle y le encontré rodeado de libros y de pipas de fumar; era todavía un hombre fuerte; me recibió con la mayor cordialidad y como por mi carta había notado lo mal que andaba de ortografía, prometió darme clases de lengua; me examinó después un poco en alemán, por haberle dicho yo que lo había hablado con Siboni, y encontró con razón que también en eso necesitaba que me echaran una mano, y él estaba dispuesto a hacerlo. Me asignó los ingresos que sacara de la publicación de un pequeño escrito, un discurso en ocasión del cumpleaños de Federico VI, creo, y como se sabía el destino que iba a tener el dinero, tengo entendido que se sacaron más de cien escudos reales; también Weyse continuaba dando muestras de

interés por mí, me había asignado junto con otros una pequeña cantidad al mes, y hasta las dos criadas de Siboni se habían comprometido de todo corazón a dar cada una nueve marcos de su sueldo al trimestre, lo que tenía especial mérito; la verdad es que no pasaron del primer trimestre, pero la buena intención es lo que cuenta; no las he vuelto a ver desde entonces. También el compositor Kuhlau, con el que en la vida he hablado, se había apuntado en la lista de Guldberg entre los que se comprometían a dar su óbolo durante un año. Él también sabía lo que era ser un niño pobre. Se había criado en la miseria y, según me han contado, tenía que ir en el frío invierno haciendo recados de un lado para otro. Una noche se cayó con la botella de cerveza que había ido a buscar, se hirió con los cristales y perdió un ojo.

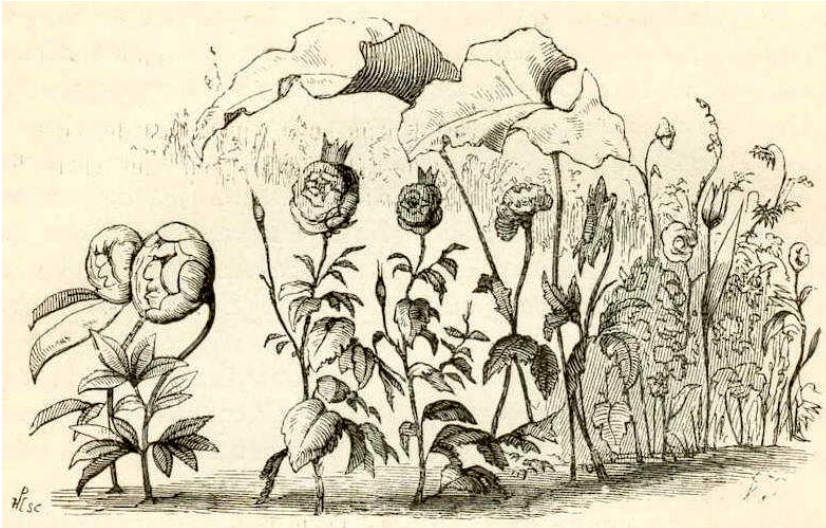
Cuando la patrona de la calle que ya he dicho, supo del dinero que Guldberg y Weyse me habían asegurado, se mostró dispuesta a tomarme en régimen de pensión completa y como además empezó a hablarme de lo bien que ella me iba a cuidar y de la mala gente que había por ahí, a mí me pareció que sólo en su casa podía hallar un hogar seguro. Aparte de eso la habitación que ponía a mi disposición no era sino una despensa vacía, sin ventanas, a la que no llegaba más luz del día que la que entraba desde la cocina por la puerta abierta. Pero me dijo que podía sentarme en la salita siempre que quisiera. Me dio dos días para decidirme y, mientras, podía comprobar lo bien que se comía y bebía en aquella casa, pero debía decirme que por menos de veinte escudos al mes no podía tomarme. Mala cosa era esa, pues juntando todas las asignaciones no sacaba yo al mes más de los dieciséis escudos, que no sólo tenían que darme para vivir, sino también para vestirme y cubrir las demás necesidades.

«Pues sí, tienen que ser veinte escudos», dijo la patrona, y al día siguiente en la cena volvió a repetir lo mismo, mientras hablaba de las personas malas y falsas con las que fácilmente podía caer, y terminó diciendo que cuando ella volviera un par de horas más tarde, tenía que darle la contestación definitiva sobre si le iba a pagar los veinte escudos y si no, irme ya.

Yo, que con tanta facilidad le tomo apego a la gente, le había cogido ya cariño como a una madre en los dos días que llevaba con ella y me sentía a gusto allí; me daba pena tener que marcharme y

además sin saber a dónde. Pero la cosa era que no podía sacar de ningún lado más de los dieciséis escudos que tenía. Se los habría entregado todos de buena gana, pero seguía sin ser suficiente. Me sentía muy triste, la señora se había ido y las lágrimas me corrían por las mejillas; encima del sofá vi colgado el retrato de su esposo muerto, y yo era tan infantil que fui y le embadurné a la imagen los ojos con mis lágrimas, porque pensaba que si el muerto se daba cuenta de lo triste que estaba, podría mover quizá el corazón de su mujer para que dejara que me quedara por los dieciséis escudos al mes. Ésta debió reconocer que no había forma de sacarme más dinero y al volver dijo que podía quedarme; yo me puse muy contento y di gracias a Dios y al difunto esposo. Al día siguiente le entregué todo el dinero, feliz como yo solo de tener por fin un hogar, aunque al mismo tiempo me había quedado sin un real para zapatos, ropa y otras necesidades por el estilo.

Me encontraba rodeado de los misterios de Copenhague, pero no sabía descifrarlos. Aparte de mí la patrona tenía alojada a una señora joven y simpática; tenía unas habitaciones que daban al jardín, vivía sola y a veces lloraba. Nadie venía a verla como no fuera su anciano padre y sólo a última hora, ya oscurecido; yo le abría por la puerta de la cocina; iba enfundado en un vulgar gabán que le tapaba hasta la barbilla y con el sombrero calado hasta los ojos. Según parece, tomaba el té de la tarde con la hija, y cuando él estaba nadie podía entrar en la habitación, porque era una persona muy huraña. Ella se ponía siempre muy seria cuando se acercaba la hora de que viniera y no parecía contenta.



Una noche, pasados muchos años, en una etapa muy distinta de mi vida, cuando el mundo distinguido me abría sus puertas y se me admitía en la «vida de sociedad», vi entrar en el salón iluminado a un caballero ya mayor, elegante y condecorado. Era el padre anciano y huraño, al que yo abría la puerta de la cocina cuando venía con su modesto gabán. No nos reconocimos, a él por lo menos ni se le pasó por la imaginación que yo pudiera ser el muchacho pobre que le abría la puerta cuando iba a representar su papel en aquella casa; yo entonces no veía en él sino al venerable padre y no concebía otro teatro que el que yo mismo hacía. La verdad es que era tan crío, a pesar de mis dieciséis años, que todavía jugaba con los muñecos y el teatro que yo me fabricaba. Siempre estaba cosiendo ropa de muñecos y, para tener trozos de tela de colores, entraba en las tiendas de Østergade y de Købmagergade y pedía muestras de tela y cinta de raso. Estaba tan obsesionado con el vestuario de los muñecos que a veces me quedaba parado en la calle, contemplando a las señoras ricas vestidas de seda y terciopelo y calculando para mis adentros la cantidad de mantos reales, colas y ropajes de caballero que podían salir de sus vestidos. Podía pasarme las horas muertas imaginando que caían bajo mi tijera y daba cuenta de todas sus galas y aderezos.

Ya he dicho que no tenía un real, que la patrona se quedaba con todo. Pero a veces iba a hacerle algún recado lejos y entonces me

daba ocho reales; decía que me los había ganado y que no quería hacer injusticias con nadie; con el dinero me compraba papel de escribir o viejos libros de teatro. Pronto empecé a sacar gran cantidad de lectura amena de la biblioteca de la universidad; un día había subido a ver al deán del colegio mayor «Regent», el viejo Rasmus Nyerup, que, por lo que me habían dicho los Bunkeflod, era hijo de campesino y había hecho el bachillerato en Odense, y le había contado que también yo era de Odense; al anciano le cayó en gracia mi particular forma de ser, me cogió simpatía y me dio permiso para entrar a mirar los libros en la biblioteca que está en frente de la Torre Redonda, con la sola condición de que volviera a dejarlos en su sitio; yo los trataba con gran cuidado, igual que hacía con todos los libros ilustrados que me dejaba llevarme prestados. Esto me hacía feliz. Otra cosa que me produjo gran alegría fue que Guldberg convenció al actor Lindgreen de que me diera clases de arte dramático; mi mayor ilusión era hacer el papel de Correggio y entonces pude aprendérmelo de memoria. Lindgreen hizo que le recitara el monólogo de Correggio de la obra de Oehlenschläger *La galería de pinturas* y, aunque antes mismo de empezar estuvo riéndose y preguntándome si de verdad creía que podía representar al gran maestro Correggio, luego se me quedó escuchando con expresión cada vez más seria y al terminar me dio unas palmaditas en la mejilla y dijo: «No puede negarse que tiene usted mucho sentimiento. Pero lo suyo no es ser actor. Dios sabe lo que será. Hable con Guldberg sobre la posibilidad de aprender algo de latín, es el primer paso para llegar a bachiller».

¡Estudiar yo! Hacía tiempo que había abandonado la idea; me tiraba más el teatro. Pero no podía pasar nada por aprender latín; sonaba muy bien eso de decir: «¡estudio latín!». Primero hablé con la señora que me había proporcionado las clases gratuitas de alemán, pero me dijo que el latín era el idioma más caro del mundo y que era imposible estudiarlo gratis. No obstante, uno de los amigos de Guldberg, el difunto Bentzien, se prestó gustoso a darme un par de horas de clase a la semana.

Dahlén, el bailarín, y su mujer, artista muy conocida por entonces, a la que Rahbek y otros poetas de la época habían dedicado algunos de sus poemas, me abrieron las puertas de su entrañable hogar, que se convirtió en mi verdadera casa; me pasaba

allí las tardes enteras y la señora era como una madre para mí. El marido me llevó a la escuela de *ballet*, lo que suponía un paso más en mi carrera de teatro. Toda la mañana me la pasaba haciendo ejercicios en la barra, estirando las piernas y aprendiendo a hacer batimán, pero a pesar de mi aplicación y mi buena voluntad se ve que no prometía para la danza; el Sr. Dahlén declaró abiertamente que no pasaría nunca de figurante. Pero por lo menos ahora podía colarme entre bastidores a la hora de la función; no reinaba entonces allí el orden que reina ahora, sino que aquello estaba abarrotado de gente de todas clases, igual que el techo mismo del escenario, que se llenaba de espectadores que habían pagado unos reales a los tramoyistas para que los dejaran meterse por allí. Aquello estaba siempre hasta los topes y muy a menudo de gente de la «alta sociedad»; y es que había gran curiosidad por ver de cerca los misterios del teatro. Yo he visto allí de incógnito a damas y damiselas distinguidísimas que no tenían reparo en compartir el asiento con mujeres del modesto barrio de Nyboder con tal de ver lo que pasaba por aquellas alturas. Yo me metía entre bastidores y hasta tenía libre acceso al palco de las chicas del *ballet* del tercer piso, donde me sentaba en el último banco. A pesar de mi estatura se me consideraba un niño. ¡Hay que ver lo feliz que era! me parecía como si tuviera ya un pie metido en el escenario y formara parte de la compañía. Todavía no había salido nunca a «las tablas», pero una noche se presentó la ocasión tan ansiada. Se representaba la opereta *Los dos pequeños zíngaros* y en ella salía Ida Wulff, alumna de canto a la que yo conocía de casa de Siboni y que siempre había sido muy amable conmigo; un momento antes de empezar la opereta nos encontramos entre bastidores y me dijo que en la escena del mercado podía salir el que quisiera, hasta tramoyistas y todo, para llenar el escenario. Lo único que había que hacer era ponerse algo de maquillaje en las mejillas; me apresuré a hacerlo y salí todo contento a escena con los otros. Vi las candilejas, el apuntador y el foso negro de la sala. Yo llevaba la ropa de siempre, el traje de la confirmación, creo, que todavía me duraba, aunque por más que lo cepillaba y lo remendaba, se notaba que estaba en bastante mal estado, además que la hechura era mala, y el sombrero me quedaba demasiado grande y me tapaba hasta los ojos. Yo sabía todos esos defectos y para ocultarlos tenía que moverme de la

manera menos agraciada que pueda imaginarse. No me atrevía a ponerme derecho por miedo a que se me viera lo corto que me estaba el chaleco; los tacones de los zapatos estaban torcidos de puro gastados, lo cual tampoco hacía más airosa mi postura; era flaco y desgarbado y sabía que podía resultar ridículo. Sin embargo, en aquel momento me embargaba la dicha de salir por primera vez ante el público. El corazón me latía con fuerza al salir a escena. De pronto uno de los cantantes, muy popular entonces y ahora enterrado en el olvido, se adelantó, me cogió de la mano y me dio en tono de burla la enhorabuena por mi debut: «Permítame que le presente al pueblo danés», dijo mientras me arrastraba hacia las candilejas. Yo me di cuenta de que quería que se rieran de mi persona; se me saltaron las lágrimas, me solté de su mano y abandoné el escenario.

Por aquella misma época el Sr. Dahlén había escrito el *ballet Armida* y yo tenía que salir haciendo de duende con una máscara horrenda. Johanne Louise Heiberg, que era entonces muy niña, aparecía en el mismo *ballet*. Es el primer recuerdo que tengo de ella. En el programa de *Armida* figura también su nombre impreso por primera vez como el mío. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida, la primera vez que veía mi nombre impreso; lo veía ya rodeado de un halo de inmortalidad. Me pasé el día entero contemplando las letras de imprenta, me llevé el programa hasta la cama y me quedé largo rato mirándolo, sin decidirme a soltarlo. Sentía una felicidad indescriptible.

Era mi segundo año en Copenhague; el dinero que me pasaban Guldberg y Weyse había disminuido. Yo me había hecho mayor ese año o por lo menos más pudoroso. Sufría teniéndole que hablar a alguien de mis necesidades y mis apuros. Me había ido a vivir a casa de la viuda de un patrón de barco y allí, aparte del alojamiento, no me daban más que una taza de café por las mañanas. Fueron tiempos difíciles, sombríos. La mujer creía que iba a comer a mediodía a casa de alguna familia conocida, cuando lo que hacía era tomarme un panecillo en un banco de los jardines del Rey; sólo una vez me decidí a entrar en una casa de comidas modesta y me senté en la mesa más apartada. Tenía las botas rotas; cuando llovía iba siempre con los pies mojados; no tenía nada de abrigo que ponerme en época de frío. En realidad vivía en el más

completo abandono, aunque yo no acababa de sentir todo el peso de la soledad, pues veía un fiel amigo en la primera persona que me decía una palabra amable. Dios estaba siempre a mi lado, en mi modesto cuarto, y muchas noches, al hacer mis oraciones, decía con mi candor infantil: «pronto se arreglará todo». Tenía una fe ciega en que Dios no podía dejarme de su mano.

Desde la más temprana niñez había tenido la idea de que según le fuera a uno el día primero del año, así iba a ser el año entero. Mi mayor deseo para el año entrante era que me dieran un papel en alguna obra y salir a escena, que ya vendrían después los honorarios. Era primero de año y el teatro estaba cerrado, no así la entrada al escenario mismo. Había allí un portero viejo y medio ciego y yo me deslicé por su lado con el corazón latiéndome fuertemente, me metí por entre bastidores y telones y avancé hasta el proscenio. Allí me hinqué de rodillas pero no se me ocurría ni un solo verso, y era imprescindible que dijera alguna cosa, si quería salir a decir algo a escena ese año; entonces recité con voz sumisa el Padrenuestro y me marché con la firme convicción de que ese año me iba a salir un papel.

Pasaron los meses y no me daban papel alguno; llegó la primavera y ya iba para el tercer año que andaba por Copenhague; en todo aquel tiempo no había estado más que una vez en el bosque. Había ido a Dyrehaven y me había quedado boquiabierto al ver la animación que había allí, como muy bien describe Oehlenschläger en el Nocturno de San Juan. El gentío del parque de atracciones, los maestros de equitación, los animales salvajes, los columpios, los artistas, los puestos de barquillos con sus vistosas holandesas, el judío bajo el árbol; todo aquello, mezclado con el llanto de los violines, la música y las canciones, me cautivó con mucha más fuerza que la naturaleza entera. Rezumaba tanta vida, era tan pintoresco y tan nuevo.

Un día de primavera había estado en Frederiksberg; de pronto me encontré en el parque, bajo las primeras hayas, que habían empezado a retoñar. El sol ponía las hojas transparentes y había un aroma, una frescura, la hierba estaba tan crecida y los pájaros cantaban de tal forma que yo, embriagado por todo aquello, me puse también a dar muestras de júbilo, y abrazando uno de aquellos troncos empecé a besarle la corteza. En aquel momento me sentía

fundido con la naturaleza. «¡Estará loco!», dijo un hombre muy cerca mío. Era uno de los guardas del palacio y yo salí corriendo asustado y volví a la ciudad muy callado y formal.

Ahora tenía la voz más sonora y más llena. El señor Krossing, hermano del poeta y profesor de la escuela de canto, me había oído cantar y me ofreció una plaza en la escuela, pues pensaba que cantando en un coro podía acabar de formar la voz y además aprender a moverme en escena; luego poco a poco me irían dando quizá papeles pequeños. Se me ofrecía así una nueva oportunidad de avanzar en el camino hacia la meta señalada. Pasé de la escuela de *ballet* a la de canto y salía en los coros, una vez haciendo de pastor, otras de guerrero, marinero o cosas por el estilo. Ahora podía sentarme en el patio de butacas, siempre que no estuviera lleno. No perdía oportunidad. El teatro era todo mi mundo; vivía dentro de él, soñaba con él y así no es de extrañar que me olvidara de mi gramática latina. Además había oído decir a mucha gente que para cantar en el coro no se necesitaba saber latín y que también se podía ser un gran actor sin necesidad de aprenderlo. Yo estaba completamente de acuerdo, estaba harto del latín y por eso, con razón o sin ella, puse varias veces disculpas para no ir a las clases y me iba en lugar de ello al teatro. Guldberg se enteró, se enfadó mucho y con razón, y por primera vez en mi vida me llevé un severo rapapolvos, que me hizo sentir como un gusano; creo que un criminal que oyera pronunciar su sentencia de muerte no hubiera temblado más que yo escuchando las palabras de Guldberg. Debe habérseme notado en la cara, pues me dijo: «¡y no hagas teatro!», pero no era teatro. Ya no volvería a estudiar latín.

Sentía como nunca antes mi dependencia del favor de los demás; carecía de lo más necesario; en ciertos momentos me asaltaban negros pensamientos sobre mi futuro, otras veces en cambio recuperaba toda mi despreocupación infantil.

La viuda del célebre estadista danés Christian Colbjørnsen y su hija, dama de honor de la princesa Carolina, fueron las dos primeras personas de la clase alta que acogieron amablemente al niño pobre; me escuchaban con interés y yo las visitaba asiduamente. La señora de Colbjørnsen vivía en verano en Bakkehuset, propiedad del poeta Rahbek y de su esposa, Filemon y Baucis, como les llamaban en un poema; también aquí hallé acogida. Rahbek mismo no hablaba

jamás conmigo. La única vez que se me acercó fue un día en el jardín, que se vino derecho hacia mí como si quisiera decirme algo, pero en el momento que me tuvo cerca y me puso los ojos encima, dio media vuelta y se marchó. La señora Rahbek en cambio, de un carácter vivo y afable, se ponía a hablar muchas veces conmigo. Yo estaba empezando a escribir una especie de comedia y se la leí; ya al oír las primeras escenas exclamó: «¡Pero si hay trozos enteros sacados de Oehlenschläger y de Ingemann!», a lo que yo, con la mayor inocencia, respondí: «Sí ¡pero es que son tan hermosos!», y continué leyendo. Un día que desde su casa iba yo a acercarme a ver a la señora Colbjørnsen, me dio un puñado de rosas para ella con estas palabras: «Haga el favor de llevárselas, le encantará recibirlas de la mano de un poeta». Aunque dicho medio en broma, esa era la primera vez que alguien me daba el nombre de poeta y ello me conmovió hasta lo más profundo del alma. Las lágrimas me asomaron a los ojos y sé que a partir de ese momento se despertó en mí la vocación de escribir. Lo que hasta entonces no había pasado de ser un juego que alternar con el teatro de títeres, cobraba ahora otro carácter y se convertía en la meta final.

Un día aparecí por la casa con un atuendo, a mi modo de ver, la mar de elegante. Había heredado de Eduard Colbjørnsen un traje azul que estaba muy bien, yo por lo menos no había tenido nunca nada igual, pero me estaba demasiado largo y ancho, sobre todo de pecho; como no tenía dinero para que me lo achicaran, me lo abotoné hasta arriba. El traje estaba como nuevo, con los botones relucientes, pero en el pecho me hacía una especie de bolsa; para remediarlo rellené el hueco con viejos carteles de teatro que todavía conservaba; como me los metí debajo de la pechera, me hacían una especie de joroba por delate. Así me presenté ante la señora Colbjørnsen y la señora Rahbek, que en seguida me preguntaron lo que llevaba ahí en el pecho y me instaron a que me abriera el traje, pues hacía un calor enorme. Pero yo me guardé mucho de hacerlo. No consiguieron que me desabotonara la chaqueta, pues de hacerlo se me hubieran caído todos los carteles.

En verano, aparte de los Colbjørnsen y los Rahbek vivía allí el Consejero de Estado Thiele, que entonces no era más que un simple estudiante aunque ya bastante conocido como autor de hermosos sonetos y de la edición de *Leyendas danesas*. Yo me sentía feliz de

poder hablar con él, pues era persona de gran sentimiento, entusiasta y simpática. Durante todos estos años ha seguido mostrando interés por mí a distancia y hemos acabado siendo buenos amigos. Por aquel entonces era una de las pocas personas que me decía las verdades, mientras los demás no hacían sino divertirse a mi costa y no se interesaban más que por el lado cómico de mi persona. En una ocasión la señora Andersen, actriz predilecta de Rahbek, que vivía también en Bakkehuset, me había llamado en broma «el pequeño declamador», y a partir de ese momento me llamaban así todos; para ellos yo era como una pieza curiosa. Se reían de mí y yo, infeliz, no veía en sus sonrisas más que la expresión de su aprobación. Una persona, que luego terminaría siendo amiga mía, me ha contado que la primera vez que me vio fue por entonces, en una velada en casa de un rico comerciante. La gente, para divertirse, me pidió que recitara una de mis propias poesías. Yo al parecer la dije con tal emoción, expresando inconscientemente tan íntimos sentimientos, que la burla se transformó en simpatía.

La gente seguía diciéndome que debía estudiar; me hablaban continuamente de lo importante y hasta necesario que era; me animaban a que me dedicara al estudio e incluso había algunos que me reñían por no hacerlo, diciéndome que era mi deber y que si no, no iba a llegar nunca a ninguna parte, pero que se veía que yo prefería hacer el vago. Lo decían en serio pero nadie movía un dedo para ayudarme. Yo pasaba grandes apuros, tenía grandes dificultades para salir adelante. Un día se me ocurrió escribir una tragedia, llevarla al Teatro Real y con el dinero que me dieran por representarla empezar a estudiar. En la época en que Guldberg me daba todavía clases de lengua, había escrito una tragedia en versos libres inspirada en un cuento alemán que lleva por título La capilla del bosque. Para Guldberg no había sido más que un ejercicio de redacción, una forma de adquirir soltura en el idioma, y me había prohibido tajantemente que entregara el trabajo al teatro, así que escribí otra. Nadie debía saber quién era el autor; yo mismo me inventé el argumento; era una «tragedia patriótica» y la titulé *Los bandidos de Vissenberg*. A los quince días estaba lista y pasada a limpio, pero como nadie me había ayudado, estaba llena de faltas. Había que guardar el anonimato, sólo una persona sabía el secreto:

la señorita Tønder-Lund, la joven aquella con la que había hecho la confirmación en Odense, la única que se había portado bien conmigo y me había regalado una rosa. Había ido a verla en Copenhague y ella era la que había hablado de mí a la familia Colbjørnsen, a través de la cual me había relacionado con tanta gente. Pagó a alguien que me escribiera un ejemplar más legible que el mío, y también para que no se reconociera mi letra, y así pude entregar la tragedia.

Después de seis semanas en las que me dediqué a alimentar las ilusiones más descabelladas, me llegó la respuesta, devolviéndome la obra con una carta en la que decía que en un futuro me abstuviera de mandar obras como aquella que mostraban tal grado de incultura.

Justo al final de la temporada teatral, en mayo de 1822, recibí otra carta de la dirección del teatro comunicándome que quedaba despedido de la escuela de canto y de danza, pues no le veían sentido alguno en mi caso, y que esperaban que mis numerosas amistades se ocuparan de mí y me proporcionaran la educación y los conocimientos que se requerían para hacer algo provechoso en este mundo y sin los cuales de nada servía tener talento.

Otra vez me sentía a la deriva, sin apoyo y sin ayuda; no tenía otro remedio que escribir una obra para el teatro y que me la aceptaran. Era mi única salvación, mi único recurso, y me puse a escribir una obra basada en un relato. La llamé *Sol de los elfos* y yo mismo estaba tan entusiasmado con los primeros actos que sin pensarlo mucho me presenté con ellos al Almirante Peter Wulff, traductor de Shakespeare, que Dios tenga en la gloria, en cuya casa hallé desde entonces un verdadero hogar. Años más tarde había de contarme, bromeando y exagerando un poco, nuestro primer encuentro; parece que nada más traspasar el umbral de su casa le dije: «Usted ha traducido a Shakespeare, que a mí me gusta mucho, pero yo también he escrito una tragedia, mire». Wulff me invitó a que almorzara primero con él, pero yo no quería nada, sino que empecé a leer a toda carrera. Al acabar por lo visto dije: «¿No cree usted que puedo llegar a hacer algo? ¡No sabe lo que me gustaría!». Después me guardé los papeles en el bolsillo y, por lo que cuenta, cuando me dijo que volviera a verle pronto, repuse: «Sí, en cuanto haya escrito otra tragedia», a lo que él replicó: «Vaya, pues entonces

habrá que esperar un rato largo», pero yo dije: «¡Nada de eso! pienso tener otra terminada dentro de quince días». Y con estas palabras salí de la casa.

Sin duda la versión de Wulff es un poco burda, pero la idea que da de mí corresponde bastante a la realidad. También a Ørsted me había presentado yo mismo por las buenas; parecía cosa de la providencia el que me dirigiera precisamente a los mejores sin tener en realidad idea de su importancia. Ørsted me dispensó hasta su muerte una simpatía cada vez mayor, que en los últimos años acabó siendo verdadera amistad; influyó mucho en mi desarrollo intelectual y fue él quien me dio fuerzas a lo largo de mi carrera literaria, animándome y pronosticándome un futuro glorioso también en mi patria. Su casa se convirtió pronto en mi hogar; he jugado con sus hijos de pequeños y los he visto crecer sin perder su afecto por mí.

Otra persona que me mostró especial simpatía fue el pastor Gutfeld, que en vida tenía unas dotes de orador muy apreciadas. Era quien más ilusiones se hacía respecto a mí y quien después de leer mi tragedia juvenil *Sol de los elfos*, decidió enviarla a la dirección del teatro con una recomendación. Yo vivía entre el temor y la esperanza; si me rechazaban también este trabajo, ya no sabía a qué recurrir. En el transcurso del verano había tenido ocasión de probar el amargo sabor de la miseria, pero nunca hablaba de ello, pues de otro modo las numerosas personas que conocía me habrían ayudado; un falso pudor me impedía decir lo mal que lo estaba pasando; mi semblante se iluminaba de alegría a la menor amabilidad que me dispensaba la gente y además experimentaba una dicha infinita: estaba leyendo por primera vez a Walter Scott; sus novelas me abrían un mundo ideal hasta entonces desconocido para mí y me hacían olvidar las penurias que me rodeaban; me gastaba en sacar libros de la biblioteca lo que me hubiera hecho falta para comer.

También de aquella época viene mi amistad con el hombre que habría de ser como un padre para mí, con unos hijos que considero como hermanos míos; una familia en la que puede decirse que me he criado. Basta con que diga su nombre, pues bien sabe la gente de alguna edad lo que este hombre ha hecho al servicio de la patria, en beneficio de todos en general y de cada uno en particular; una de

las personas de más valía en el mundo de los negocios, con el corazón más noble y generoso, unido a la voluntad más férrea. Se trata del Consejero Privado Jonas Collin. Entre sus muchas y diversas ocupaciones se contaba también la de ser director del Teatro Real. Todo el mundo me decía que si tenía la suerte de ganarme las simpatías de este hombre, tendría mucho conseguido. Fue el pastor Gutfeld el primero que le habló de mí. Gracias a él pisé por primera vez la casa que desde entonces sería para mí el más entrañable de los hogares.

Fui a ver a Collin y hablé con él, sólo vi en él al hombre de negocios; no dijo mucho y sus palabras tan serias incluso me parecieron duras; me marché sin esperarme de este hombre la menor comprensión ni simpatía, cuando precisamente Collin era la persona que más iba a hacer por mí, discreta, calladamente, como lo ha hecho toda su vida con muchos de los hombres que más han servido luego al país. No entendí entonces que bajo la tranquilidad aparente con que escuchaba, su corazón podía estar sangrando al oír las palabras del necesitado, y que cuando éste se iba, no podía contener las lágrimas y encontraba siempre la manera efectiva y adecuada de socorrerle. Casi no había prestado atención a mi obra de teatro, que tanto me alababan otros, y eso hizo que yo le viera más como a un enemigo que como a un protector.

Sin embargo, unos días más tarde, me llamaron de la dirección del teatro. Rahbek era el que llevaba la palabra; me devolvió el manuscrito de *Sol de los elfos*, diciendo que la obra era irrepresentable pero que había encontrado en ella tantas perlas, que tenían la esperanza de que con unos buenos estudios y adquiriendo los conocimientos que me faltaban, quizá un día pudiera producir obras para el teatro danés que fueran dignas de representarse; y para que pudiera salir adelante y recibir la educación necesaria, Collin había hablado de mi caso con el rey Federico VI, que había tenido a bien asignarme por algunos años un tanto para mi sustento de los fondos del erario público, y la Dirección de Escuelas de Bachillerato me había concedido una beca para el instituto de Slagelse, donde acababan de poner a un director nuevo que tenía fama de ser muy enérgico. Me quedé mudo de la sorpresa, jamás hubiera pensado que mi vida fuera a tomar ese rumbo; me sentía raramente impresionado y no podía imaginarme muy bien el futuro

que me esperaba. Saldría para Slagelse en la primera diligencia, Collin era el encargado de darme un dinero al trimestre para que pudiera vivir. Tenía que dejarme guiar por él, pues era quien iba a ocuparse de orientarme y vigilar mi aplicación y mis progresos.

Fui a verle otra vez para darle las gracias. Esta vez se mostró más explícito, me dedicó más tiempo, hablándome de una manera dulce y cariñosa, y me dijo: «no tenga reparo en escribirme diciéndome cómo se encuentra y si necesita alguna cosa». A partir de ese momento ocupé un sitio en su corazón. Un padre no hubiera podido hacer por mí más de lo que él ha hecho y sigue haciendo. Nadie se ha alegrado más sinceramente de mis progresos y de mis éxitos; nadie ha compartido con tanta devoción cada una de mis penas, queriéndome como si fuera uno de sus hijos. Ejercía además su caridad conmigo sin que ni una palabra ni una mirada suya pudieran hacerme sentir incómodo. No puedo decir lo mismo de otras personas a las que debo agradecer este cambio de mi fortuna, que insistieron en que no olvidara lo pobre que era y la suerte increíble que había tenido y me ordenaron severamente que fuera muy aplicado en los estudios.

La partida se decidió con extrema rapidez y a mí me quedaba todavía por arreglar un asunto. Cuando entregué el manuscrito de *Sol de los elfos*, había hablado también con un conocido de Odense, un joven que llevaba la imprenta de una viuda, y él había accedido a imprimirme la obra junto con una breve narración, *El fantasma de la tumba de Palnatoke*; le había dado el manuscrito, que no iba a tocarse hasta que yo no consiguiera cierto número de suscriptores, pero no había podido reunirlos. Antes de partir me llegué a la imprenta pero la encontré cerrada, así que no pude hacer nada. Probablemente tampoco me disgustaba la idea de que acabara publicándose pese a todo. Así ocurrió, desgraciadamente, muchos años después. Muerto el hombre que había recibido el manuscrito, yo consideré el proyecto abandonado y olvidado. Sin embargo, el libro salió sin mi consentimiento, sin corrección alguna y bajo el seudónimo que yo entonces había elegido, que a primera vista da la impresión de una vanidad tremenda y que más que nada es muestra del mismo amor que el niño pueda sentir por su muñeco, al que da el nombre de lo que más quiere en el mundo. Yo idolatraba a William Shakespeare y a Walter Scott y naturalmente también me

quería a mí mismo, así que cogí mi nombre, Christian, y me inventé el seudónimo William Christian Walter. El libro todavía existe y en él figuran la tragedia *Sol de los elfos* y el cuento *El fantasma de la tumba* de Palnatoke, en el que ni Palnatoke ni el fantasma juegan papel alguno. Es una imitación muy burda del estilo más característico de Walter Scott y en todos sentidos, como puede imaginarse, un trabajo de una inmadurez total.

Un bello día de otoño salí de Copenhague en diligencia para empezar la vida de colegial en Slagelse, donde también habían estudiado Baggesen e Ingemann. A mi lado iba sentado un joven estudiante que acababa de pasar su examen y que viajaba a Jutlandia para presumir de bachiller y visitar a parientes y amigos, y estaba que se moría de la ilusión de pensar en la nueva vida que le esperaba; me aseguró que se sentiría el ser más desgraciado del universo si estuviera en mi lugar y tuviera que empezar a ir al instituto. Era sencillamente espantoso. Sin embargo, yo iba contento. Le había escrito a mi madre una carta rebosante de felicidad y lo único que sentía es que mi padre y mi abuela no vivieran ya para ver que por fin iba a estudiar en el instituto.

V.P
H.C

III

Llegué a Slagelse a última hora de la tarde y me bajé en la fonda. Nada más llegar pregunté a la patrona qué había en la ciudad digno de verse. «El nuevo surtidor inglés y la biblioteca del pastor Bastholm», me repuso, y era verdad que no había mucho más que ver. El círculo de caballeros distinguidos estaba compuesto por un par de oficiales del regimiento de lanceros. En todas las casas se sabía si a tal alumno le habían pasado a un curso más avanzado o le habían hecho repetir el mismo curso; el instituto era uno de los temas de conversación favoritos en la ciudad, otro era el teatro. Los alumnos del instituto y las chicas de servicio podían asistir sin pagar a los ensayos generales, con lo que los actores se habituaban a actuar ante un teatro lleno.

Yo estaba de pensión con una viuda bonachona y culta. Tenía un cuartito que daba al jardín y a los campos de labranza; hojas de parra enmarcaban los verdes cristales de la ventana, que ardían al sol. En el colegio me asignaron un puesto entre los pequeños de segundo, pues no sabía nada de nada.

Yo me sentía realmente como pájaro al que han encerrado en una jaula. Ponía toda mi voluntad en aprender pero me sentía perdido; me comportaba como una persona a la que han lanzado al agua sin saber nadar: resistir era cuestión de vida o muerte, pero las olas se me venían encima una tras otra; una se llamaba matemáticas, otra geografía…; aquello era superior a mis fuerzas y temía no poder salir a flote nunca. Tan pronto pronunciaba mal un nombre como mezclaba unas cosas con otras o hacía una pregunta disparatada que ningún alumno culto se hubiera atrevido a formular. El director, que gozaba burlándose de todos nosotros, encontró en mí el blanco más adecuado y yo me sentía angustiado y acobardado. Había abandonado prudentemente todo lo que fuera

escribir versos, pero pronto se requerirían mis servicios para ello; se iba a investir al director en su cargo aprovechando la visita del obispo, y el profesor de canto me encargó que escribiera una canción; yo lo hice y se cantó, pero si antes me hubiera llenado de ilusión el poder colaborar en un acto así, ahora experimentaba por primera vez una melancolía enfermiza que había de acompañarme durante muchos años. Abandoné la iglesia en plena celebración y salí al pequeño cementerio; me detuve ante una tumba ruinosa, conocía el nombre que allí figuraba, reposaba en ella el doctor y poeta Frankenau, que había escrito «Las ruinas del palacio de Christiansborg» y «Separado de ti por montañas, olas y valles»; sentía una rara melancolía y pedí a Dios que me hiciera un poeta como Frankenau o que me dejara reposar pronto bajo tierra como él. El director no me dijo una palabra de mi canción conmemorativa; incluso me pareció que me miraba con ojos más severos. Para mí él representaba un poder superior y creía a ciegas en cualquier palabra suya, incluso cuando se burlaba, así que uno de los primeros días que me llamó tonto por haber contestado mal a una de sus preguntas, me apresuré a comunicárselo a Collin, expresando mi temor de no ser merecedor de todo lo que había hecho por mí; Collin me escribió unas palabras tranquilizándome, y luego empecé a sacar también bastante buenas notas en algunas disciplinas, pero a pesar de los progresos cada vez perdía más confianza en mí mismo. En uno de los primeros exámenes, además, merecí el elogio del director, que hasta lo escribió en mi boletín de notas. Para celebrarlo pasé un par de días de vacaciones en Copenhague. Guldberg, que veía mis progresos y mi buena voluntad, me recibió con cordialidad y elogió mis méritos. «Pero nada de escribir versos», me dijo. Lo mismo repitieron todos y yo obedecí pensando sólo en mi deber con la lejana e incierta esperanza de llegar a sacar el título de bachiller.

El señor Bastholm, persona muy docta y redactor del diario del oeste de Selandia, vivía apartado de la vida de sociedad, dedicado exclusivamente a sus estudios; yo le había hecho una visita y le había dado un par de cosas pequeñas que había escrito hacía tiempo. Esto hizo que se interesara por mí y él también me aconsejó prudentemente que me dedicara exclusivamente a los libros; en aquella ocasión me escribió una carta dándome unos consejos tan

sabios y bien intencionados que podrían servir a cualquier persona de cualquier época. Decía así:

> He estado leyendo su prólogo, joven amigo, y he de reconocer que Dios le ha dotado de una viva imaginación y un gran corazón, sólo le falta a usted todavía formación intelectual, pero esto llegará, teniendo como tiene ahora la oportunidad de adquirirla; por ello debe ser su firme propósito trabajar con la mayor aplicación para terminar sus estudios, dejando todo lo demás a un lado. Hubiera deseado que no se publicaran sus experimentos juveniles, pues para qué abrumar al público con lo imperfecto, que ya abunda suficientemente en el mundo; bien está, por otra parte, pues ha servido para justificar el apoyo oficial de que ahora disfruta. Sólo que el joven poeta ha de guardarse del contagio de la vanidad y velar por la pureza y la fortaleza de sus sentimientos. Repito mi consejo: no escriba mucha poesía en estos años de estudio y sólo para desahogar sus sentimientos, no escriba nada para lo que necesite buscar palabras e ideas, sino sólo cuando el alma esté poseída por una idea y el corazón henchido de sentimiento. Contemple la naturaleza, la vida humana y a usted mismo con mirada atenta, recogiendo así material original para poder escribir. Elija pequeños motivos de las cosas que le rodean, considere cuanto vea desde todos los puntos de vista, antes de coger la pluma. Sea poeta, como si no hubiera habido poeta en la tierra antes que usted y como si no tuviera que aprender nada de nadie, y conserve siempre la nobleza, la pureza de alma y la grandeza, sin las cuales jamás mortal alguno podrá hacerse digno de la corona de poeta.
>
> Slagelse, primero de febrero de 1823
>
> Afectuosamente:
>
> H. Bastholm

Igual interés mostró por mí el coronel Guldberg de Odense, al que ya me he referido anteriormente. Grande fue su alegría al enterarse de que había podido entrar en el instituto; me escribía a menudo dándome ánimos; al llegar mis primeras vacaciones me invitó a ir a verle y hasta me envió dinero para el viaje.

Yo no había vuelto a mi ciudad natal desde que saliera a correr

aventuras; mientras tanto había muerto la abuela y también el abuelo. Mi madre me había hablado muchas veces de pequeño de la fortuna que me esperaba cuando heredara al abuelo, que tenía casa propia; se trataba de una casa de maderas entramadas, pequeña y pobre, que se vendió a su muerte y en seguida se derribó. La mayor parte del dinero se fue en pagar impuestos pendientes. En compensación de los mismos las autoridades habían embargado la estufa grande con el tambor de latón, una pieza que, según decían, valía mucho la pena; ahora estaba en la sala del consejo. Y dinero había como para parar un carro, sólo que se trataba de dinero antiguo, retirado de la circulación. Cuando tocó cambiarlo en 1813 y le dijeron que ya no servía el dinero viejo, el pobre loco repuso que «nadie tira el dinero del rey, que el rey no tira el suyo». Esa fue toda su contestación. Y la gran herencia que ahora pasaba a mis manos era, si mal no recuerdo, veintitantos escudos reales. Pero la verdad es que no me importaba mucho el dinero aquel. La idea del viaje hacía que viera todo, el pasado y el futuro, de color de rosa; me sentía rico y dichoso, lleno de alegría e impaciencia.

Pasé el estrecho y fui luego a pie de Nyborg a Odense. La ropa la llevaba en un pequeño atado. Conforme me aproximaba a la ciudad e iba viendo la alta torre de la iglesia de San Knud, se me iba enterneciendo el corazón, sintiendo la bondad de Dios, y no pude evitar el echarme a llorar. Mi madre se alegró mucho de volver a verme y dijo que tenía que ir a visitar sin falta a muchos conocidos suyos y a gente de «importancia» como el tendero y el escribano. La familia Iversen y la familia Guldberg me recibieron con mucho cariño; en las callejas pequeñas la gente abría las ventanas a mi paso; todo el mundo sabía que me había ido tan bien que ahora estudiaba con el dinero del rey. Mi madre dijo que comentaban: «Parece que no era tan tonto el Hans Christian ese de María la zapatera».

Después, cuando el señor Søren Hempel, el librero, subió a enseñarme la torre de observación astronómica que había levantado en su jardín y pude ver abajo el campo y la ciudad y en la plaza de los Franciscanos a las mujeres pobres del hospital, que señalaban con el dedo hacia arriba, viendo allí en lo alto al que habían conocido de niño pequeño, me sentí realmente en el máximo de la felicidad. Una tarde fui en barco con las familias de Guldberg y del

obispo por el canal que une los dos mares y mi madre lloraba de alegría de verme «agasajado como si fuera el hijo de un conde».

Mas todo aquel esplendor y aquella gloria iban a desvanecerse en cuanto volviera a Slagelse.

La verdad es que era muy trabajador y por eso, en cuanto pudieron, me pasaron al curso siguiente; pero como en realidad no estaba maduro para ello, suponía un esfuerzo intelectual continuo, una carga casi superior a mis fuerzas; más de una tarde en mi cuartito, cuando el sueño estaba a punto de vencerme sobre los libros, metía la cabeza en agua fría o me daba unas carreras por el jardincillo solitario hasta que me espabilaba y podía reanudar la lectura. El director, persona culta y de gran talento, que ha dado a la literatura excelentes traducciones de los poetas clásicos, carecía sin embargo de dotes para la educación de los jóvenes. La enseñanza era para él un martirio y el resultado era que también nos lo hacía pasar a nosotros; casi todos los alumnos le tenían miedo, yo el que más, no por su severidad sino por la manera en que se burlaba de nosotros y por los motes que nos ponía. Pongamos, por ejemplo, que pasaba un hato de ganado por la calle mientras él estaba leyendo con nosotros y un alumno se distraía un poco, al director no se le ocurría otra cosa que mandarnos levantar a todos y asomarnos a la ventana para ver pasar a «nuestros hermanos»; y si a la hora del examen no se contestaba bien y rápido, le cortaba a uno al momento, se levantaba de la cátedra y empezaba a hablarle a la estufa, por ejemplo. Eso de que le pusieran a uno en ridículo era para mí lo más horrible; por eso muchas veces al empezar la clase, cuando entraba el director, yo estaba petrificado de miedo y contestaba lo contrario de lo que tenía que contestar, así que el hombre tenía razón cuando decía que no me oía nunca una palabra sensata. Yo me desesperaba conmigo mismo y una noche en que me sentía acobardado y desorientado, escribí al prefecto Qvistgaard pidiéndole consejo y ayuda, pues me sentía tan inútil, tan falto de inteligencia que no sabía cómo iba a poder estudiar; estaba convencido de que en Copenhague se habían equivocado rotundamente conmigo y que estaban tirando el dinero que gastaban en mí. Creía mi deber decírselo a Collin y le preguntaba a Qvistgaard qué otra cosa podía hacer. Aquel hombre admirable y bondadoso me escribió una carta larga y cariñosa,

alentándome con suaves palabras y pidiéndome que no me desanimara, que el director lo hacía por mi bien, que era cosa de su carácter y que a mí no se me podía pedir que hiciera más progresos de los que hacía, que no dudara de mis facultades. Y me contaba que él había empezado a estudiar a la edad de veintitrés años, recién llegado del pueblo, es decir, todavía más mayor que yo, y que por eso sabía muy bien lo que yo estaba pasando. El error estaba, decía, en que a mí había que tratarme y educarme de una forma muy distinta a los demás alumnos, pero que esto no era posible en un instituto.

Era evidente que progresaba y en algunas cosas iba francamente bien. En religión, historia sagrada y redacción sacaba siempre sobresaliente; alumnos de todas las clases, incluso de las últimas, venían a casa a que les ayudara a escribir las redacciones. «Pero que no salga demasiado bien, para que no se note», me pedían, y ellos a su vez me ayudaban en latín. En conducta tenía siempre la misma nota, todos los profesores me ponían sobresaliente, sólo una vez me pusieron «notable», y yo me puse tan triste de que me bajaran la nota que en seguida escribí a Collin una carta tragicómica asegurándole que no tenía ninguna culpa de haber sacado «notable».

Más adelante se verá cómo el director en realidad tenía una opinión muy distinta de mí; de vez en cuando me demostraba cierta simpatía, normalmente yo era uno de los alumnos que invitaba los domingos a su casa; en esas ocasiones era otra persona, se pasaba el tiempo haciendo gracias y contando cosas divertidas; sacaba los soldaditos de plomo y se ponía a jugar con nosotros y con sus hijos. Los días festivos una de las clases tenía que ir a la misa mayor acompañada de un profesor y, como yo era tan alto, el director me dejó ir desde el principio con los del último curso. Los alumnos aprovechaban el tiempo que estaban en la iglesia para estudiarse la lección de historia o hacer las matemáticas. Nadie prestaba atención al anciano cura. Uno se contagiaba, y yo me estudiaba la lección de religión, porque me parecía que era el menor pecado. Esa era la misa que oía.

También había cosas positivas en la vida del instituto. Lo mejor era que a los estudiantes nos dejaban entrar a ver los ensayos generales de la compañía de arte dramático; el teatro había sido

antes un establo, daba a un corral y se oía mugir a las vacas en los prados. Los decorados figuraban la plaza mayor de la ciudad, lo que daba a las obras que se representaban un aire familiar, pues todo transcurría en Slagelse, y a la gente le hacía gracia ver allí su propia casa y la del vecino. Los sábados por la tarde solía encaminar mis pasos hacia el palacio de Antvorskov, ya casi completamente derruido. Frankenau lo había descrito así en un tiempo:

> Frente al monasterio se alza una casa señorial,
> los viejos monjes reposan bajo el polvo de la colina.

Yo seguía con vivo interés las excavaciones de las antiguas ruinas de los sótanos, aquello era para mí una auténtica Pompeya. Allí, en un pequeño pabellón, vivía una joven pareja de familia ilustre. Se habían casado, creo, contra la voluntad de sus padres, eran pobres pero parecían muy felices; y la salita de techos bajos y paredes blanqueadas daba siempre sensación de confort y de belleza; en la mesa se veían siempre flores frescas, había libros bellamente encuadernados y un arpa que era el instrumento que se tocaba en la casa. Yo había hecho amistad casualmente con la joven pareja y siempre me recibían con alegría y amabilidad: había algo deliciosamente bucólico en aquel pequeño hogar situado al pie del ala solitaria del palacio, que dominaba el paisaje.

De Antvorskov se continuaba camino hasta la Cruz de San Andrés, una de las pocas cruces de madera que quedan en Dinamarca de los tiempos del catolicismo; no está a mucha distancia de Slagelse, hacia la izquierda, cerca de la carretera que va a Korsør. La leyenda dice que San Andrés, siendo cura de Slagelse, se fue para Tierra Santa. El día del regreso se demoró tanto en hacer sus devociones ante el Santo Sepulcro, que el barco partió sin él. Caminaba afligido por la playa, cuando vio acercarse a un hombre a lomos de un borrico. El hombre le dijo que montara con él en el animal y él así lo hizo. Se quedó dormido y cuando despertó, oyó cómo tocaban las campanas de Slagelse. Estaba echado en el «Cerro del reposo», como se le llama hoy día, y en su memoria se ha plantado allí una cruz con Jesús crucificado. Había llegado mucho tiempo antes que el barco que partiera sin él, pues un ángel del Señor lo había traído a Dinamarca. Me gustaban la

leyenda y el sitio; muchas tardes me sentaba en el cerro a mirar la campiña y allá en la lejanía veía Korsør, donde había nacido Baggesen; también él había ido al instituto de Slagelse y se había sentado muchas veces aquí a mirar hacia Fionia, al otro lado del estrecho. En el cerro de San Andrés daba rienda suelta a mi fantasía. Desde entonces, siempre que veo desde la diligencia el cerro con la cruz, rememoro el capítulo del cuento de mi vida relacionado con ese lugar.

No puede expresarse la alegría que tuve un domingo de verano que hice una excursión a Sorø y pude ver al poeta Ingemann, que estaba de catedrático en la Academia y se había casado recientemente con la señorita Mandix. En Copenhague me había acogido con gran amabilidad y en Sorø su recibimiento fue, si cabe, aún más efusivo, pues su interés por mí había ido en aumento. Su ocurrente y bondadosa esposa se comportó conmigo como una hermana mayor. Daba gusto estar con ellos, aquel hogar respiraba auténtica poesía; la casa se hallaba en un paraje recoleto cerca del bosque y del lago; las ventanas estaban orladas de pámpanos, los salones estaban llenos de pinturas y retratos; en el mirador se veían los retratos de casi todos los poetas famosos de Europa y de Dinamarca. El jardín estaba cuajado de hermosas flores, las hierbas del monte crecían también allí a su antojo. Dimos una vuelta en barco por el lago, llevando un arpa de Eolo amarrada al mástil. Ingemann tenía el don de contar las cosas con gran viveza y animación; su mujer y él respiraban una naturalidad tal que no podía dejárseles de tomar cariño, luego nuestra amistad fue creciendo con los años. Más de un verano he ido allí a pasar semanas enteras y siempre he sido bien acogido; son gente en cuya compañía uno parece que se hiciera mejor persona; se disipa la amargura y el mundo aparece iluminado por la luz que emana del entrañable hogar.

Entre los alumnos de la «ilustre Academia» de Sorø había dos que hacían versos; sabían que yo también escribía y buscaron mi compañía; uno era Petit, que con la mejor voluntad pero sin mucha fidelidad al original traduciría después un par de libros míos al alemán y escribiría además una biografía mía en la que da muestras de una inventiva fabulosa: la casa de mis padres, por ejemplo, parece copiada de la cabaña de «El patito feo», a mi madre la

presenta en el papel de Virgen María y a mí correteando con pies sonrosados al sol del atardecer. Y otras cosas por el estilo. La verdad es que a Petit no le faltaba talento y tenía además un corazón tierno y noble, pero la vida le deparó momentos amargos. Ahora reposa entre los muertos y su espíritu redivivo estará gozando de paz y claridad.

El otro poeta de Sorø era Carl Bagger, uno de los genios poéticos más sanos y con más talento que haya habido en su tiempo en Dinamarca y al que, sin embargo, se le ha tratado con gran dureza. Estos dos alumnos de la Academia eran muy distintos a mí. Eran de temperamento fogoso, de espíritu intrépido y tenían un gran futuro. Yo, en cambio, no era más que un crío pequeño y débil, a pesar de aventajar a los otros dos en estatura. Así fue cómo la silenciosa ciudad de Sorø, con la soledad de sus bosques, se convirtió para mí en el hogar de la poesía y la amistad.

Un suceso que conmovió a la ciudad entera fue el ajusticiamiento de tres personas al lado de Skjelskør. La joven hija de un rico terrateniente había inducido a su novio a matar al padre, que se oponía a su boda; el criado, que tenía planes de casarse con la viuda, había sido el cómplice. Todo el mundo quería ir a la ejecución, era un verdadero día de fiesta. A los del último curso el director nos dio el día libre para que fuéramos. Opinaba que nos venía bien conocer esas cosas.

Viajamos toda la noche en coches descubiertos y al despuntar el día estábamos a las puertas de Skjelskør. A mí me produjo una sensación estremecedora el ver llegar a los condenados al lugar de la ejecución. La joven, con una palidez de muerte, reclinaba la cabeza en el fornido pecho de su enamorado; tras ellos, desmelenado, amarillo como la cera y con la mirada extraviada, iba el criado, saludando con una leve inclinación de cabeza a los pocos conocidos que le gritaban «adiós». En el cadalso, al pie de sus ataúdes, cantaron un salmo con el cura; la voz de la chica se oía más alta que la de los otros. Las piernas apenas me sostenían; aquellos minutos me impresionaron más que el momento mismo de la muerte. Vi a un pobre enfermo al que sus padres, supersticiosos, hicieron beber un tazón de la sangre de los muertos para curarse de calambres, y luego se echaron a correr como locos con él, hasta que cayó rendido al suelo. Un coplero pasaba vendiendo su «Aria triste»,

en la que eran los mismos reos los que hablaban.

El suceso aquel me impresionó de tal forma que su recuerdo no ha dejado de perseguirme, confundiéndose tan íntimamente con mis sueños que todavía hoy lo veo todo tan claramente como si fuera ayer.

Pero normalmente no ocurrían cosas así de impresionantes ni en general acontecimiento alguno de importancia. Los días transcurrían todos iguales; pero suele ocurrir que cuantas menos cosas excitantes se viven, cuanto más monótona es la vida que se lleva, más necesidad se siente de anotar y retener lo vivido, y por eso se lleva un diario. Yo empecé uno por entonces y todavía se conservan un par de páginas en las que se refleja claramente mi curioso infantilismo. Reproduzco a continuación, sin cambiar nada, unos párrafos del diario que escribí por aquella época. Yo estaba entonces en el penúltimo curso y me iba mucho en aprobar el examen final para pasar al último. Dicen así:

> Miércoles.—Desanimado cogí la Biblia que tenía ante mí. Quería probar a ver si podía servirme de oráculo. Abrí por una página al azar y señalé a ciegas un pasaje con el dedo. Decía así: «La perdición la llevas en ti misma, Israel, mas en mí tienes tu auxilio» (Oseas). —Sí, Padre, soy débil, pero Tú me ves por dentro y vienes en mi ayuda, para que pueda pasar al cuarto curso. El hebreo me ha salido bien.
>
> Jueves.—Sin querer le he arrancado una pata a una araña. Me salió bien el examen de matemáticas ¡Gracias de todo corazón, Señor!
>
> Viernes.—¡Dios mío, ayúdame! Hace una noche de invierno tan clara. Los exámenes han terminado felizmente, mañana se saben los resultados. ¡Oh luna! mañana iluminarás a un ser macilento y desesperado o al más feliz de los mortales. He leído *Intriga y amor* de Schiller.
>
> Sábado.—¡Dios mío! mi suerte está echada pero todavía se me oculta ¿qué me esperará? ¡Dios, Dios mío, no me abandones! Siento cómo me golpea con fuerza la sangre en las venas y se estremece todo mi cuerpo ¡Ay Dios, Dios Todopoderoso, ayúdame aunque no lo merezco! pero ¡ten misericordia de mí! ¡Oh Señor, Señor! —(más tarde)— He aprobado. Es curioso, no siento una alegría tan grande como hubiera creído. A las once

escribí a Guldberg y a mi madre.

También había hecho a Dios la promesa de que, si me pasaban al cuarto curso, iba a ir a comulgar el primer domingo después. Y así lo hice. Por todo esto se verán las ideas tan poco claras que tenía, a pesar de lo auténtico de mi devoción, y lo poco maduro que era a pesar de mis veinte años. A esa edad no se le podía ocurrir a ningún otro chico escribir un diario así.

Al director no le gustaba estar en Slagelse. Solicitó el puesto vacante de director en el instituto de Helsingør y se lo dieron. Me lo contó a mí y, con gran sorpresa por mi parte, me propuso que me fuera con él, que si me daba clases particulares podría terminar el bachillerato en año y medio, cosa que no era de prever si me quedaba en el instituto de Slagelse; me dijo que no lo pensara más y me mudara a su casa, que le podía pagar lo mismo que pagaba en la pensión. Tenía que escribir a Collin pidiéndole permiso, y una vez concedido, me fui a vivir a casa del director.

Le seguí a Helsingør. Disfruté con el viaje y al avistar por primera vez el estrecho con todos sus barcos, las montañas de

Kullen, la naturaleza toda tan hermosa. Escribí a Rasmus Nyerup una carta comentándoselo y, como me pareció que me había salido muy bien, no pude reprimir la tentación de mandar la misma carta exactamente a varias personas más. La mala fortuna quiso que a Nyerup le gustara tanto la misiva que la mandó publicar en la revista *Cuadros de Copenhague*, con el resultado de que todo el que había recibido la carta, o mejor dicho la copia, creyó que era la suya la que aparecía impresa.

La variación, el cambio de ambiente y la actividad tuvieron un buen efecto en el estado de ánimo del director, pero no por mucho tiempo. Pronto me sentí abandonado, angustiado y con la sensación de no servir para nada, y eso que al mismo tiempo el director había escrito a Collin hablándole de mí y de mis dotes para el estudio en un tono tan distinto del que empleaba conmigo, que nadie de los que me rodeaban hubiera podido creerlo. De saberlo me hubiera sentido reconfortado, habría recuperado la salud de espíritu y en resumen todo mi ser habría salido beneficiado. Es decir, que mientras a mí no hacía otra cosa que rebajarme continuamente, llamándome idiota y tonto de remate, lo que a mi protector Collin le decía era una cosa bien distinta. Éste, alarmado por mis constantes quejas sobre lo descontento que el director estaba con mis pocas luces, decidió pedir una explicación. La respuesta fue la siguiente:

> Hans Christian Andersen ingresó a fines del año 1822 en el instituto de Slagelse, poniéndosele a pesar de su edad en uno de los primeros cursos, por faltarle los conocimientos más elementales. Dotado por naturaleza de una rica imaginación y gran sensibilidad, fue asimilando con mayor o menor fortuna las diversas disciplinas, según fueran más o menos de su agrado; pero en general puede decirse que hizo tales progresos que poco a poco pudo ir pasando de curso hasta llegar al último, que es en el que está ahora, con la sola diferencia de haber cambiado con un servidor Slagelse por Helsingør.
>
> Hasta ahora ha podido realizar sus estudios gracias a la caridad ajena y he de admitir que es plenamente merecedor de la misma. Demuestra un talento nada despreciable e incluso notable en determinadas materias. Su aplicación es constante y su comportamiento, basado en una gran bondad de corazón,

puede servir de ejemplo a los alumnos de cualquier colegio. Además hay que decir que, si continúa con el mismo loable aprovechamiento que hasta el presente, podrá ingresar en la universidad en octubre de 1828.

Dándose pues cita en Hans Christian Andersen las tres virtudes que todo maestro anhela encontrar reunidas en un discípulo y que tan raramente se encuentran, como son: talento, aplicación y buena conducta, no puedo por menos de recomendarle como especialmente meritorio de cualquier tipo de ayuda que se le pueda prestar a fin de poder seguir el camino emprendido y que por su misma edad tampoco puede permitirse abandonar. Tanto su rectitud como su fiel perseverancia e innegable talento constituyen una garantía de que nada de lo que se haga en su beneficio será en vano.

Helsingør, 18 de julio de 1828.

S. Meisling, Doctor en Filosofía
y Director del Instituto de Helsingør

Yo, como queda dicho, no tenía la menor idea de estas declaraciones, que tanta bondad expresan para conmigo. Me sentía intimidado, falto de fe y de confianza en mí mismo. Collin me puso unas letras muy cariñosas:

No se desanime, amigo Andersen, tranquilícese y sea razonable, que ya verá cómo sale bien todo. El director le aprecia. Su forma de proceder es quizá algo distinta de la de otros, pero cumple el mismo objetivo. Otro día le escribiré quizás más largamente, pues ahora no dispongo de tiempo.

Que Dios le de fuerzas.

Su amigo Collin

La hermosa naturaleza en torno me fascinaba, pero no me atrevía más que a mirarla de lejos; no salía apenas; normalmente en cuanto terminaba el colegio, se cerraba el portón y yo tenía que quedarme en el aula, con un ambiente irrespirable. Me decían que aprovechara para hacer las tareas que todavía se estaba caliente allí. Después me ponía a jugar con los hijos del director o me sentaba en mi cuartito; durante mucho tiempo la biblioteca del

colegio fue mi sala de estar y mi dormitorio; casi no podía respirar rodeado de todos aquellos libros antiguos y programas viejos del colegio. Nadie venía a verme, los compañeros no se atrevían por no encontrarse con el director. El recuerdo de aquellos días me persigue todavía en mis pesadillas. Me veo sentado otra vez en el banco, muerto de miedo, sin poder contestar, sin atreverme, y sintiendo clavados en mí unos ojos furiosos, mientras se oyen en torno burlas y risas. Fue una época dura, amarga. Cinco trimestres pasé en casa del director. A punto estuvo de acabar conmigo aquel trato cada vez más duro, excesivamente duro. Todas las noches le rogaba a Dios que apartara de mí aquel cáliz o que no vieran mis ojos la luz de un nuevo día. En clase el director se divertía burlándose de mí, ridiculizándome y hablando de mi falta de intelecto. Y después de las clases tenía que continuar en la casa.

Charles Dickens habla en sus novelas de las penalidades de los niños pobres. Si hubiera visto lo que yo estaba pasando y sufriendo, no lo hubiera encontrado menos duro o menos digno de un relato humorístico. Hay cosas en la vida de uno que están tan involucradas con la vida de otros, que uno no tiene derecho sobre ellas, como si no fueran propias; por eso no quiero hablar, como no quise hablar ni quejarme en aquel tiempo de ninguna de las personas que me rodeaban, sino únicamente de mí mismo, que estaba convencido de haber elegido un camino totalmente equivocado, pues sólo servía como objeto de conmiseración y de burla. Mis cartas de entonces a Collin reflejaban un estado de ánimo tan sombrío y desesperado que le conmovieron profundamente. Lo sé por él mismo, pero de nada me valía, puesto que Collin estaba seguro de que lo que me agobiaba no eran presiones externas, sino algo de dentro de mí mismo, que venía de un agotamiento nervioso. Yo, en realidad, tenía un carácter muy moldeable, abierto al más mínimo rayo de sol, pero ese sol no lo veía más que una vez al año, los pocos días de vacaciones que me dejaban ir a Copenhague.

Había algo de extraordinario, de prodigioso casi, en aquel contraste entre el instituto y la vida de familia que me esperaba en Copenhague, en un hogar que era el polo opuesto a mi mundo diario. Era la casa del almirante Wulff, cuya esposa me había tomado un cariño de madre y cuyos hijos me trataban con cordialidad y confianza. Esa fue la primera familia que me acogió

como a uno más; allí encontré un hogar feliz. Vivían en uno de los palacios reales de Amalienborg, donde estaba la academia de cadetes de marina, de la que era jefe Wulff. Mi cuarto daba sobre la plaza y recuerdo que la primera noche que pasé allí, estando sentado a la ventana mirando abajo, se me vinieron a la cabeza las palabras de Aladino al contemplar la plaza desde su rico palacio: «por ahí pasaba yo cuando sólo era un niño pobre». Me daba cuenta de que Dios me había guiado con su amor y su gracia y mi alma entera rebosaba gratitud.

En todo el tiempo que estuve en Slagelse no había escrito más de tres o cuatro poemas breves; dos de ellos, «El alma» y «A mi madre», están recogidos en *Poesías completas*, y son de lo mejor que he escrito; en mi época de estudiante en Helsingør escribí sólo dos: *La Nochevieja* y *El niño moribundo*, que fue la primera de mis poesías que tuvo resonancia, la primera que se hizo famosa y se tradujo. Me la llevé a Copenhague y se la leí a mis conocidos. Algunos me escucharon interesados en el poema, otros para reírse de mí y de mi acento de Fionia. Muchos me elogiaron y otros me echaron un discurso sobre la virtud de la modestia y se encargaron de recordarme que no me hiciera una idea demasiado alta de mí mismo. Una de mis bienintencionadas protectoras me dijo incluso, repitiéndolo después por escrito: «Por el amor de Dios, no se figure usted que es poeta por el hecho de escribir unos versos ¡puede convertírsele en una obsesión! ¿Qué diría usted si yo fuera por ahí creyéndome la emperatriz de Brasil? No me diga que no sería locura, pues lo mismo usted, si cree que es poeta». Pero no era eso precisamente lo que yo me creía. De haberlo creído, hubiera sentido un consuelo, una ilusión. Pero por lo que más se metía la gente conmigo en Copenhague, era por mis torpes modales y por decir al momento cualquier cosa que pensaba. Con todo, los días de Copenhague eran los días en que vivía, pues además allí podía ver de cerca a la persona que más admiraba en el mundo: el poeta Adam Oehlenschläger. Toda la gente que me rodeaba se deshacía en alabanzas suyas y para mí era como un Dios. Por eso me emocioné tanto una tarde en el salón iluminado a donde yo me había retirado al abrigo de unas cortinas, sintiéndome el peor vestido de todos, y él vino hacia mí y me dio la mano. Hubiera podido caer de rodillas delante suyo. Nos veíamos con frecuencia en casa de Wulff y

también venía Weyse, que era muy amable conmigo y al que tuve ocasión de oír una vez unas fantasías al piano. Eran unos días y unas noches maravillosos los de Copenhague.

De un hogar así volvía yo después de las vacaciones a casa del director; esto, que incluso en condiciones más benignas hubiera supuesto un cambio enorme, entonces era como someterse a un potro de tortura. Un día vino a hablarme el director, porque en Copenhague, en casa de Oehlenschläger, creo, le habían dicho que había leído un poema escrito por mí que se llamaba «El niño moribundo»; en la cara de aquel hombre leí lo que me aguardaba. Clavando en mí una mirada penetrante me pidió que le enseñara el poema, agregando que si hallaba en él una pizca de poesía, me perdonaría; le entregué el poema temblando, él lo leyó, se echó a reír, decidió que era puro sentimentalismo y majadería y terminó dando rienda suelta con duras palabras a todo su enfado; si lo hubiera hecho creyendo que yo perdía el tiempo escribiendo versos y que era un tipo de persona a la que había que tratar con dureza, cosa que estaba en desacuerdo con los comentarios que hacía de mí, su intención quizá hubiera podido ser buena, pero era evidente que me hacía víctima de una arbitrariedad suya. Mi posición se hacía cada vez más difícil. Lo pasaba tan mal que me iba a venir abajo si no cambiaban las cosas. Me sentía como un ave acorralada y no sólo en las clases, sino hasta en mi cuarto o en la sala familiar. Fue la época más sombría y amarga de toda mi vida; los demás profesores se daban cuenta; uno de ellos, el pastor Werliin, que entonces nos daba clase de hebreo, fue a ver a Collin aprovechando un viaje a Copenhague y le contó lo mal que lo pasaba en casa del director y en el instituto. Collin determinó rápidamente que me trasladara a Copenhague y me dieran clases particulares. La noticia enfadó enormemente al director; en el momento de la despedida, al darle yo las gracias por todo lo bueno que había hecho por mí, lo último que me dijo fue que nunca terminaría el bachillerato, que los versos que escribía, aunque se publicaran, acabarían pudriéndose en el desván del librero y que yo mismo terminaría en el manicomio. Lo dejé muy alterado.

Algunos años más tarde, cuando mi obra ya era conocida, me lo encontré en Copenhague; me dio la mano en ademán conciliador, diciéndome muy amable que se había equivocado conmigo, que no

me había tratado como era debido, pero que ahora gozaba de una buena posición y podía olvidarme de él. Eran suaves palabras de reconciliación; los días sombríos del pasado también me habían traído bendiciones.

Iba a ser mi preceptor el pastor Ludvig Müller, ya desaparecido, conocido por su entusiasmo por las lenguas nórdicas y por la historia; entonces era un simple estudiante.

Alquilé una pequeña buhardilla en Vingaardstraede; es la que describo en la novela *Sólo un músico* y la que viene a visitar la luna en *Libro ilustrado sin ilustraciones*, tal como me parecía a mí cuando pasaba por encima de la torre de Nicolai, que entonces no estaba oculta por edificios altos, pues todavía no existía la calle del mismo nombre. Yo seguía percibiendo un dinero del Rey, que me daba para vivir, pero tenía que pagar las clases, así que había que economizar lo que se pudiera por otros lados. Algunas familias me hicieron sitio a su mesa. Tenía casi todos los días de la semana ocupados, me había convertido en una especie de invitado perpetuo, que es la forma en que sobrevive todavía más de un estudiante en Copenhague.

La variación tenía su encanto y se me ofrecía la oportunidad de observar la vida familiar en ambientes distintos, lo cual también me venía bien. Me aplicaba mucho en el estudio y me dejaban que preparara por mi cuenta las asignaturas en que había destacado en el instituto de Helsingør, como por ejemplo aritmética y geometría, dedicando así el profesor la mayor parte del tiempo al latín y al griego. Religión, que es en lo que siempre había sacado sobresaliente, resulta que ahora es lo que llevaba más flojo. Mi preceptor, magnífico por lo demás, estimaba que había que remachar también ahí; a él no le convencían para nada mis conocimientos, que tanto me habían elogiado en la escuela de pobres y que en el instituto me habían hecho pasar por buen alumno. Müller se atenía rigurosamente al texto de la Biblia, que yo conocía muy bien, pues desde que pisé la escuela por primera vez demostré una gran facilidad para comprender cualquier cosa que se decía o se estudiaba del Texto Sagrado; lo captaba con el sentimiento y entendía que Dios era amor infinito; me negaba a aceptar todo lo que fuera en contra de eso, como la idea de un infierno abrasador con fuego eterno, y no me cohibía en expresarlo

abiertamente; del ser tímido y acobardado que se sentaba en el banco del instituto había pasado a convertirme en una persona que se atrevía a manifestar sus creencias de manera espontánea e independiente. Y mi maestro, que era hombre de gran nobleza y bondad de corazón pero que se empeñaba en tomar al pie de la letra las palabras de la Escritura, sentía a menudo temor por mí. Discutíamos mucho, aunque en el fondo de nuestros corazones ardía con igual pureza la misma llama. Pero no puede negarse que fue de gran provecho para mí dar con aquel joven inteligente e íntegro, de carácter tan singular como el mío propio. Lo que no me parecía entonces tan natural en mí, aunque me saliera de dentro, era el placer que sentía riéndome de mis propios sentimientos o al menos jugando con ellos, considerando la razón como lo más importante del mundo; este cambio de actitud suponía un desvío de mi personalidad que no tenía más remedio que producirse; en el instituto el director había sido incapaz de entender mi manera de ser, tierna y sin reservas; se había ridiculizado y rechazado mi sentimentalismo desbordado; ahora, al verme de pronto libre de la opresión, me pasaba al campo contrario, adoptando una actitud forzada; no es que de tímido hubiera pasado ahora a petulante, pero mi propia timidez hacía que pretendiera aparentar algo distinto de lo que era. Me reía de los sentimientos queriendo creerme que yo ya no los tenía y, sin embargo, podía pasarme un día entero malhumorado si alguien me ponía una mala cara. Di en poner títulos ridículos y estribillos burlescos a todos los poemas que antes había escrito con el alma destrozada; uno de ellos, «Maullido de gato», aparece íntegro en Viaje a pie; a otro poema muy sentido lo llamé «El poeta enfermo». No escribí muchos versos en esa época y los que escribí eran todos burlescos, como «La tarde», «La hora terrible», «Suspirillos a la luna», «Los cerdos». Algo estaba cambiando en mi interior; la planta oprimida había sido trasplantada y empezaba a reverdecer.

Henriette, la hija mayor de Wulff, una muchacha genial y llena de vida que habría de serme hasta el fin una amiga fiel y fraternal, era la única que me comprendía y me felicitaba por el humor de que hacían gala mis últimos poemas; yo me confiaba plenamente a ella y ella me protegía de los ataques a que, dado mi carácter, estaba expuesto en su círculo de amistades. Era como una hermana

para mí e influía muy positivamente en mi estado de ánimo.

Mi preceptor vivía en Christianshavn y yo iba a verle dos veces al día; a la ida no pensaba en otra cosa que en mis tareas pero a la vuelta respiraba tranquilo, me olvidaba de los deberes y de toda la ciencia del mundo y dejaba que mi cabeza se llenara de las imágenes poéticas más diversas. Pero no llevaba ninguna al papel, todo lo que escribí en aquel año fueron cuatro o cinco poemas burlescos; se trataba únicamente de «desahogar mis sentimientos», como decía Bastholm en su carta; me perturbaban menos una vez fijados en el papel que si continuaban obsesionándome por dentro.

En septiembre de 1828 terminé el bachillerato; precisamente ese año era decano Oehlenschläger, que me dio la bienvenida al mundo universitario con un cordial apretón de manos; a mí me emocionó como si fuera un acto de una importancia enorme; tenía ya veintitrés años pero era todavía muy infantil en mi manera de ser y de hablar; una anécdota de aquellos días puede quizá dar idea de ello. Poco antes de la fecha del examen, en una cena en casa de Ørsted, me encontré con un joven callado y tímido. No le había visto antes y creí que acababa de llegar del pueblo; le pregunté muy desenvuelto si iba a presentarse al examen ese año y él, con una media sonrisa, dijo: «Sí, voy a presentarme». «Ah, pues yo también», repuse yo y me lancé a hablar de aquel acontecimiento para mí tan importante. Le estuve hablando como a un condiscípulo y luego resultó ser el profesor que iba a examinarme de matemáticas, el famoso von Schmidten, que se parecía tanto a Napoleón que en París la gente le confundía con él. Cuando nos encontramos en la mesa de examen, los dos nos sentimos muy incómodos; él tenía tanta bondad como inteligencia, quería darme ánimos y no sabía muy bien cómo hacerlo; de pronto se inclinó hacia mí y murmuró: «¿Cuál va a ser el primer trabajo literario que nos dé cuando haya pasado el examen?». Yo le miré asombrado y le contesté con miedo: «No lo sé —¿pero no va a preguntarme de matemáticas? que no sea muy difícil, por favor». «Algo sabrá ¿no?», volvió a decir igual de bajo. «Sí, las matemáticas se me dan muy bien; en el instituto de Helsingør tenía que repasarles muchas veces las cuentas a los otros y saqué sobresaliente, pero ahora tengo miedo». Esa fue la charla entre profesor y estudiante. Tampoco dijo nada cuando de puros nervios le fui rompiendo todos los lápices, sino que apartó uno para

poder escribir la nota.

En cuanto me liberé de los exámenes salieron volando al mundo, como un enjambre de abejas, las abigarradas fantasías que me acosaban siempre a la vuelta de casa del preceptor. Así nació mi primer libro: *Viaje a pie desde el canal de Holmen hasta la punta este de Amager*, una obra humorística extraña, especie de arabesco fantástico que, sin embargo, refleja muy bien mi forma de sentir entonces, que se manifestaba sobre todo en esa manera de jugar con todo y de hacer escarnio sangriento de los propios sentimientos. Mi experimento poético era como un mosaico de los más diversos colores, pero no había editor que tuviera valor de publicar aquel trabajo juvenil, así que lo hice yo mismo, y poco después de aparecer el libro, el editor Reitzel me compró los derechos para hacer otra edición y más tarde incluso una tercera. Copenhague entero leía mi libro, yo no oía más que expresiones de entusiasmo, aunque también me llevé una severa reprimenda de un ilustre mecenas, que más que nada rayaba en lo cómico. Al hombre le parecía que en El viaje a pie se hacía una sátira del Teatro Real, y eso no sólo lo consideraba improcedente sino una expresión de ingratitud; improcedente por ser el Teatro «real» y por tanto la casa del Rey, ingrato porque yo tenía libre acceso a él. Pero este reproche ridículo no podía afectarme al lado de los elogios y las alabanzas, que era lo único que yo escuchaba; la fortuna me sonreía, había obtenido el título de bachiller, era poeta, mis deseos más ardientes se habían cumplido.

Gozaba de gran prestigio entre mis compañeros. Vivía en plena euforia juvenil de poeta, con todo me reía, a todo le sacaba punta; en aquel estado de frenesí escribí mi primera obra dramática, un enredo heroico en verso, a la que di el título *Amor en la Torre de Nicolai o lo que dice el público*, que como observaba la *Revista Mensual de Literatura*, incurría en el tremendo error de hacer una sátira de algo que para todo el mundo estaba ya más que pasado de moda, como eran las grandes tragedias. A pesar de todo, cuando la obra se estrenó mis condiscípulos la aplaudieron con gran regocijo, dando «vivas» al autor. Yo era incapaz de ver ni pensar más allá, estaba que no cabía en mí de alegría y le daba una importancia excesiva a todo aquello; no pudiendo contenerme más, me eché a la calle y me dirigí a casa de Collin. Sólo estaba en casa su esposa;

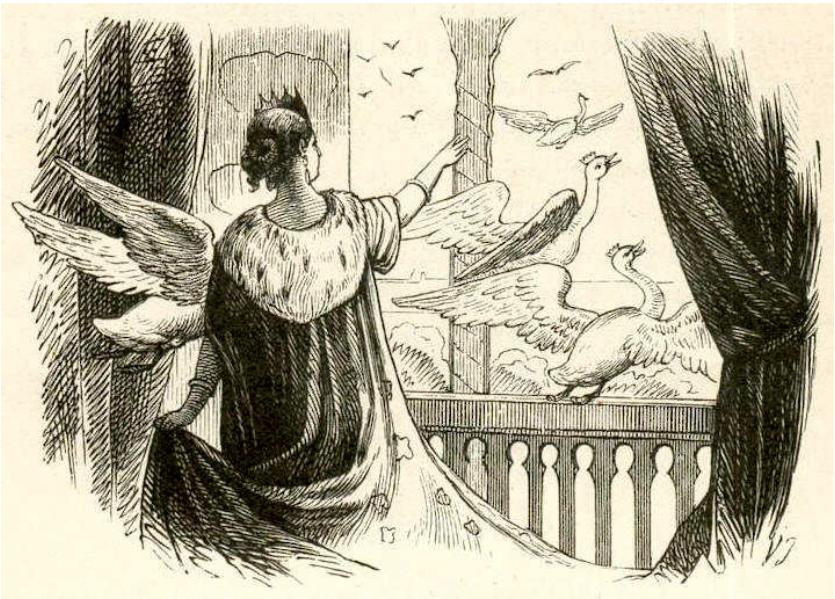
nada más entrar me dejé caer en un sillón y prorrumpí en convulsos sollozos; la mujer, compasiva, no sabía lo que era todo aquello y trató de consolarme diciendo: «Pero no se lo tome usted así, también a Oehlenschläger y a otros grandes autores les han silbado». «¡Pero si es que a mí no me han silbado!», exclamé yo entre lloros, «¡me han aplaudido y me han dado vivas!».

Me sentía la criatura más dichosa de la tierra, pensaba bien de todo el mundo, tenía entusiasmo de poeta y espíritu juvenil; empezaban a abrírseme todas las puertas, me pasaba el día de reunión en reunión, muy satisfecho de mí mismo; pero en medio de todas aquellas emociones fuertes seguía aplicándome celosamente en mis estudios y me preparé sólo, sin la ayuda del preceptor, para lo que llaman segundo examen, que es una prueba de Filosofía y Letras en la universidad, y lo aprobé con la nota más alta. Tuve una escena muy curiosa con Ørsted en la mesa de examen; yo había contestado bien a todas sus preguntas, él estaba satisfecho, pero al ir a retirarme me detuvo y me dijo: «Todavía me queda una pequeña pregunta», lo dijo con una expresión de inmensa dulzura, «dígame lo que sepa de electromagnetismo». «Ni siquiera conozco la palabra», repuse yo. «Haga memoria. Hasta ahora me ha respondido tan espléndidamente a todo que es imposible que no sepa nada de electromagnetismo». «No pone nada en su química», dije yo muy seguro. «Es cierto», repuso, «pero he hablado de ello en clase». «Pues he asistido a todas menos una, así que tiene que haber sido en esa hora, y no tengo ni la más remota idea de lo que es, ni siquiera me suena el nombre». Ørsted no pudo reprimir una sonrisa ante confesión tan poco usual y terminó diciendo: «Es una pena que no lo sepa, pues ha contestado muy bien y se hubiera llevado matrícula de honor, ahora va a tener que contentarse con un sobresaliente».

Pasado el tiempo, en una visita que hice a casa de Ørsted, le pedí que me contara algo de electromagnetismo, y esa fue la primera vez que oí hablar de ello y de lo que Ørsted representaba en ese campo. Diez años más tarde, cuando por primera vez nos mostraron el hilo electromagnético en la Escuela Politécnica, fui yo quien, a petición del mismo Ørsted, me encargué de hablar en el *Correo de Copenhague* del tendido electromagnético que atravesaba el edificio de la Politécnica de parte a parte, invitando a los copenhagueses a que conocieran y admiraran el «invento que la

ciencia debe a un danés».

Los exámenes habían terminado y yo había sacado las mejores notas. Para Navidad salió mi primera colección de poesías, que por lo que pude apreciar, se ganó el aplauso del público y de la crítica. Yo sólo tenía oídos para las palabras lisonjeras. Era muy joven, muy feliz, ante mí se abría un futuro lleno de sol.



IV

No había visto hasta entonces más que una pequeña parte de mi patria; había estado en algunos lugares de Fionia y Selandia y en los acantilados de Møen, que no responden en absoluto a la idea tan fantástica que yo me había hecho de ellos, sobre todo después de leer a Molbech. No me pareció que fuera nada grandioso. Para el verano de 1830 tenía en proyecto un viaje más largo. Quería recorrerme Jutlandia entera y llegar hasta el mar del Norte. Después quería conocer a fondo mi isla natal, Fionia. Lo que menos me hubiera imaginado entonces es la trascendencia que esta excursión veraniega iba a tener para mí, el cambio que se iba a producir en mi vida interior. Lo que más ilusión me hacía era ver las landas de Jutlandia y luego la posibilidad de encontrarme quizá con alguna familia de comediantes. Los relatos populares y las narraciones de Blicher habían contribuido a despertar mi interés por aquella región. Entonces no iba tanta gente a visitar aquello. Se estaban empezando a hacer las primeras travesías en vapor, en un barco pésimo y muy lento. Se tardaba un día y una noche, pero hay que decir que para aquella época resultaba un viaje rapidísimo. La gente no se fiaba todavía mucho de los barcos de vapor; el año anterior había viajado yo en un buque así, que se llamaba «Caledonia» y era el primer vapor que se veía en nuestras aguas; era objeto de toda clase de burlas por parte de la tripulación, que hasta le ponía motes, diciendo que tenía «muchos humos». Como es natural, Ørsted estaba entusiasmado con aquel invento maravilloso. Por eso tiene gracia que un viejo pariente que había sido marinero, empezara a renegar un día delante suyo de los malditos barcos de vapor, diciendo que «desde que el mundo era mundo nos habíamos arreglado muy bien con barcos como Dios manda, que navegaban con el viento, y ahora tenían que venir a cambiarlo todo; no hay vez

que pase una chimenea andante de esas que no agarre yo mi megáfono y la llene de improperios, hasta que desaparece de mi vista».

En aquellos tiempos coger un vapor era una verdadera aventura; ahora parece una tontería, pues los buques de vapor son una cosa tan corriente que nos olvidamos de que prácticamente son de anteayer. Se dice que el primer vapor lo vio Napoleón al ir a refugiarse con los ingleses, y ni siquiera se sabe si es cierto o pura leyenda.

Con la imaginación que yo tenía, me hacía una ilusión enorme atravesar el estrecho de Kattegat en una embarcación de ésas, pero hacía temporal y me mareé muchísimo. Pasamos la noche entera en el estrecho y no llegamos a Aarhus hasta el atardecer del día siguiente.

En toda Jutlandia se conocía mi *Viaje a pie* y mi poesía burlesca, así que me recibieron muy bien. Estuve recorriendo las landas, me sentía muy impresionado de tantas cosas desconocidas para mí. Pero hacía mal tiempo y no había llevado ropa de abrigo, por lo que me afectaba mucho la fuerte humedad del mar; así que no tuve más remedio que dar la vuelta en Viborg, donde había pasado unos cuantos días, e ir hacia el sureste, renunciando a la costa del mar del Norte; eso no impidió que escribiera *Fantasía del mar del Norte y Cuadro de la costa oeste de Jutlandia*, pues aunque no había llegado a verlo, lo conocía por lo que me habían contado los demás. Luego fui a ver la parte de Skanderborg, Veile y Kolding, y de allí pasé a Fionia, donde iba a tener ocasión de ver lo que es vivir en una casa señorial, pues la viuda del impresor Iversen me había invitado muy amablemente a pasar varias semanas en sus propiedades de Mariehøi, a las afueras de Odense. Recuerdo que en mi primera infancia aquel lugar me parecía un verdadero sueño. En el pequeño jardín podían leerse numerosas inscripciones y versos que decían lo que uno tenía que pensar y sentir en cada sitio. Dando al canal, por donde pasaban los barcos, había una pequeña batería con cañones de madera, un puesto de guardia y una garita con su soldado también de madera, muy gracioso todo. Estuve allí disfrutando de la hospitalidad de aquella anciana inteligente y cariñosa, que andaba rodeada de una caterva de encantadores nietos, o mejor dicho nietas, pues eran todas niñas de corta edad. Fueron unas semanas

muy agradables. Yo aproveché para escribir un par de poemas burlescos, como uno que lleva por título «El ladrón de corazones», y sobre todo estuve muy ocupado escribiendo una novela que iba a llamarse *El bufón de Christian II*, y pasé también el tiempo reuniendo material sobre la época. Cuando tuve escritos unos dieciséis folios, se los leí a Ingemann y le gustaron mucho. Luego dejé la poesía burlesca, por lo menos por algún tiempo; me olvidé hasta de la novela. Otros eran los ecos que resonaban en mi alma: una música nueva y embriagadora; sentimientos de los que tantas veces me había burlado, venían ahora a vengarse de mí.

En mi viaje había visitado una rica mansión en una ciudad sin importancia, y allí descubrí de repente un universo desconocido y tremendo, algo que siendo tan grande, puede encerrarse en cuatro versos:

> Hace poco tiempo vi dos ojos pardos,
> mi hogar y mi mundo en ellos he hallado,
> derraman dulzura, inocencia y paz,
> jamás en la vida los he de olvidar.

Volvimos a encontrarnos allá por el otoño en Copenhague. Yo tenía montones de proyectos para el futuro; iba a dejar de escribir versos, que a fin de cuentas no me servían para nada, e iba a estudiar para teólogo; ella ocupaba todos mis pensamientos, pero me iba a llevar una gran decepción, porque amaba a otro y se casó con él. Hasta muchos años más tarde no he llegado a comprender que fue lo mejor para ella y para mí. Acaso ni siquiera pudo darse cuenta de la profundidad de mis sentimientos, de la huella imborrable que dejaron en mí. Se convirtió en excelente esposa de un hombre de bien y en madre feliz ¡Que Dios los bendiga a todos!

En mi *Viaje a pie* y en muchas otras obras mías había mostrado una especial inclinación por la parodia. Mucha gente desaprobaba esa predisposición natural, de la que no pensaban que pudiera salir nada bueno. La crítica seguía insistiendo en ello sin darse cuenta del cambio que se había producido en mí, que mi corazón albergaba ahora sentimientos más profundos. Para Año Nuevo salió otro libro de poemas: *Fantasías y esbozos*, en el que daba testimonio de la pena que entristecía mi corazón. Una opereta que escribí por entonces y

que lleva por título *Despedida y reencuentro*, refleja también en cierta forma mi historia sentimental, con la sola diferencia de que ahí se trata de amor correspondido.

Uno de mis mejores amigos de entonces era el joven Orla Lehmann; me fascinaba su increíble vitalidad y su elocuencia, y como además era simpático y entrañable, me sentía de lo más a gusto en su compañía. Su padre era de Holstein y en su casa se hablaba y se leía mucho alemán. Por aquel entonces se empezaba a conocer a Heine y a los jóvenes nos embelesaban sus poemas. Un día que fui a ver a Lehmann, que vivía con su familia en Valby, salió a recibirme con un verso de Heine:

> ¡Thalatta, Thalatta, tú, eterno mar!

y nos pusimos a leer a Heine juntos. Tan embebidos estábamos en la lectura que se nos hizo de noche y tuve que quedarme hasta la mañana siguiente. Pero estaba entusiasmado, había encontrado un poeta que expresaba mis mismos sentimientos y que hacía vibrar mi alma con fuerza. Iba a ocupar en mi corazón el sitio que antes tuviera Hoffmann, quien, como puede verse en *Viaje a pie*, era el que más influencia había tenido hasta entonces en lo que escribía. Puede decirse que en mi juventud sólo hubo tres autores que me llegaran verdaderamente al alma: Walter Scott, Hoffmann y Heine.

Me fui abandonando cada vez más a la tristeza. Sentía una inclinación enfermiza por todo lo lúgubre, un placer especial en regodearme en los aspectos más sombríos de la existencia. Me volví muy susceptible, la menor cosa que me decían, se me quedaba grabada. La culpa de todo esto estaba en no haber podido estudiar hasta tan mayor, en el esfuerzo sobrehumano que había tenido que hacer para aprenderlo todo de una vez, y en las presiones que me hacían publicar trabajos inmaduros. Aquella enseñanza acelerada, la manera forzada de hacerme pasar de curso en curso hasta conseguir el título de bachiller, me había dejado con unas lagunas enormes, que se notaban sobre todo en mi falta de dominio de la gramática y en mi mala ortografía. En *Viaje a pie*, por ejemplo, hay varias faltas que no son ya errores de imprenta, sino verdaderas falta de ortografía. Hubiera podido ahorrarme muchas molestias pagando a un estudiante para que me leyera las pruebas de

imprenta, puesto que yo no sabía, pero no lo hice y lo lamento, porque la gente luego lo comentaba y se reía de que no supiera cosas que cualquier colegial conocía; en cambio, lo mejor que había en mi obra, su poesía, no parecía importarle a nadie nada. Sé de gente que leía mis obras para encontrar faltas de ortografía o para ver cuántas veces repetía la misma palabra, el adjetivo «bello», por ejemplo, «que repetido no resulta tan bello», decían.

Un día, en una reunión familiar, cierto crítico literario que apenas acababa de terminar la carrera, se permitió poner de vuelta y media algunos poemas míos en mi presencia. Una niñita de seis años, que escuchaba asombrada lo mal que le parecía todo y cómo criticaba cada una de mis palabras, cogió el libro en un momento de silencio y con toda su inocencia señaló la palabra «y», diciendo: «te has dejado una, de ésta no has dicho nada». El hombre, al darse cuenta de lo que quería decir la niña, se puso colorado y besó a la pequeña. Yo sufría mucho con esas cosas, sintiendo que volvía a empezar la pesadilla del colegio. Agachaba la cabeza en silencio y lo aguantaba todo con paciencia.

«Al perro flaco todo se le vuelven pulgas», como reza el antiguo dicho. Era blando, excesivamente bondadoso. Todos lo sabían y algunos llegaban hasta la crueldad conmigo. Muchas veces, por ignorancia o por inconsciencia, la gente abusaba de que me sentía en deuda con ellos. Todo el mundo se permitía darme lecciones y me decía que tanto elogio me iba a echar a perder y que por eso era su deber decirme la verdad. Total que no se hablaba más que de mis faltas, ya fueran reales o inventadas. La sangre me hervía a veces, y en alguna ocasión, cuando alguna de aquellas nulidades intelectuales emitía en sus ricos salones un juicio fulminante sobre mí, se me olvidaba toda prudencia y me ponía a sollozar furioso: ¡ya verían todos la fama que mi nombre iba a tener un día! Estas palabras mías se propagaban como mala simiente, haciendo brotar cizaña por todas partes. Y en seguida empezaba a decirse que era «el ser más vanidoso del mundo», «aunque buena persona en el fondo», añadían. Cuando precisamente lo que tenía era tal falta de confianza en mí mismo, en mis propias aptitudes, que la menor crítica me hacía mella. Me sentía como en los momentos más pesimistas en el colegio, con la sensación de que mi talento era pura ilusión. De verdad estaba empezando a creerlo, pero lo que no

podía soportar muy bien era que los demás me lo dijeran a la cara y además de aquella forma tan ofensiva. Pero pobre de mí si se me escapaba alguna palabra orgullosa, que al momento hacían de ella un azote con que castigarme, y si encima los que se volvían en contra eran los que uno consideraba sus amigos, entonces más que azotes aquello eran picaduras de escorpión.

Collin opinaba que debía hacer un pequeño viaje, que necesitaba ver caras nuevas y salir, aunque sólo fuera por unas semanas, de aquel mundo tan estrecho. Yo había ido apartando con gran esfuerzo una pequeña cantidad de dinero con la que podía hacer un viaje de un par de semanas por el norte de Alemania.

En la primavera de 1830 salí por primera vez de Dinamarca. Vi Lübeck y Hamburgo. Todo me sorprendía y me interesaba; todavía no había ferrocarril y la carretera ancha y arenosa atravesaba las landas de Lüneburgo, que eran como las describe Baggesen en *El laberinto*. Llegué hasta Braunschweig y vi las montañas por primera vez en mi vida, era el Harz. Fui de Goslar a Halle pasando por el Brocken, que es la cumbre más alta. El mundo se ensanchaba ante mis ojos de una manera asombrosa. Me volvió el buen humor, que es un ave migratoria, pero los pesares son una bandada de gorriones que se queda y anida en el nido del ave de paso. En la cumbre del Brocken había un libro donde los viajeros escribían sus nombres y lo que sentían en aquel momento de emoción. Yo expresé las mías en estos versos:

Me alzo aquí sobre las nubes,
pero el corazón confiesa:
más cerca estaba del cielo,
cuando estaba con ella.

Al año siguiente, un amigo que había estado en el Brocken me comentó que había encontrado mis versos y que debajo un compatriota había escrito: «Querido Andersen, no nos persiga con sus versos fuera del país, de donde nunca hubieran salido, si no los llega a traer usted mismo».

En Dresden conocí a Tieck; Ingemann me había dado una carta para él. Al marcharme, me escribió unas palabras en la agenda que yo llevaba, deseándome éxito como poeta, me abrazó y me besó. Yo

me sentí muy emocionado. Nunca olvidaré sus grandes ojos azules, llenos de bondad. Me alejé llorando y pidiendo a Dios con el mayor fervor que me diera fuerzas para recorrer la senda elegida; fuerzas para expresar lo que sentía en mi pecho, y que cuando volviera a encontrarme con Tieck, fuera merecedor de su consideración y aprecio. No nos volvimos a ver hasta muchos años más tarde, cuando ya mi obra se había traducido al alemán y todos la conocían. Recuerdo que me dio un buen apretón de manos en señal de que seguía siendo fiel a nuestra amistad; para mí será siempre la persona que con su abrazo me dio la alternativa fuera de mi tierra natal.

Ørsted me había dado una carta de presentación para Chamisso, que vivía en Berlín. Me abrió la puerta él mismo. Era un hombre alto, con aspecto serio, la mirada franca y un pelo que le caía en grandes bucles por los hombros. Leyó la carta y, no sé por qué sería, pero desde el primer momento nos entendimos perfectamente; me daba confianza, podía ser natural con él, a pesar de mi mal alemán. Chamisso leía danés, le regalé mis poemas y él fue el primero que me tradujo, la persona que introdujo mi obra en Alemania. Esto

decía de mí: «Además de tener ingenio, un gran sentido del humor y la ingenuidad del pueblo, Andersen domina también un tono que despierta resonancias más profundas. Tiene una enorme facilidad para crear con trazo simple pero certero cuadros y paisajes que, si a veces no nos dicen tanto, es por no estar suficientemente familiarizados con la tierra natal del poeta. Quizá las traducciones no hagan del todo honor a su obra».

Chamisso se convirtió desde entonces en un fiel amigo. Por las cartas que me escribe, recogidas en la edición de sus obras completas, puede verse lo mucho que le gustaron también mis obras posteriores.

Mis amigos de Copenhague tuvieron que admitir que el viajecito por Alemania me había sentado muy bien. Me apresuré a poner por escrito mis impresiones del viaje y las publiqué en un libro que titulé *Sombras chinescas de un viaje por el Harz y la Suiza sajona*, que más adelante se tradujo al alemán y al inglés. La gente decía que en el libro se notaba que había hecho grandes progresos, pero nadie lo diría por la manera en que se me seguía tratando. Continuaban sacando a relucir mis faltas y mis puntos débiles e intentando darme lecciones como siempre, y yo me seguía aguantando de la misma forma por falta de coraje. Si se me ocurría defenderme con algún comentario irónico, me llamaban soberbio y fatuo por no querer escuchar el consejo de la gente sensata. Puede decirse que eran pequeñas puyas sin importancia, pero iban dejando en mí un poso de amargura. Si lo cuento es porque me indigna que se me haya acusado toda la vida de vanidoso por no poder hallar otras cosas que reprocharme en mi vida privada.

Estaba siempre muy dispuesto a leer a la gente alguna de las últimas cosas que había escrito y lo hacía con mucho entusiasmo. No tenía picardía suficiente para darme cuenta de que eso es una cosa que no se puede permitir uno, al menos en este país. Cualquier botarate que sepa aporrear un poco el piano o cantar unas cuantas canciones, puede sacar sus notas donde sea, que nadie le dirá nada. Tampoco ocurre nada porque un autor lea la obra de otro, pero que no se te ocurra leer la tuya, porque en seguida van a decir que eres un vanidoso. Bastante se ha dicho ya de Ohlenschläger, que leía muchas veces sus obras en las veladas a que asistía, y además que lo hacía muy bien. Pues no habré oído yo pocos comentarios

maliciosos de personas que creían que así se hacían las interesantes o quedaban mejor que el poeta; y si se permitían eso con un Oehlenschläger, imaginaros qué no harían con un Andersen.

Algunas veces me sentía muy por encima de aquel ambiente y podía mirar con cierto humor las miserias de la gente y también las mías. Fue en uno de aquellos momentos en que escribí el pequeño poema «Bobadas, bobadas», que a la gente le pareció pura literatura panfletaria, obsequiándome con toda suerte de improperios en verso y prosa en incontables periódicos y revistas. Una distinguida dama, cuya casa frecuentaba, hasta me mandó llamar y me preguntó inquisidora si aquel poema hacía referencia a alguna gente que yo trataba; aunque estaba segura de que no podía estar hablando de sus tertulias, dijo que, como yo era huésped asiduo de su casa, a la gente podía ocurrírsele que iba por ella; así que me echó un rapapolvos de cuidado. Una noche, en el vestíbulo del teatro, una dama desconocida y elegantemente vestida se vino derecha hacia mí y me soltó muy enojada un sonoro «¡Bobadas!». Yo me descubrí ante ella. La cortesía también puede ser una respuesta.

De finales de 1828 hasta 1839 tuve que vivir exclusivamente con lo que sacaba escribiendo. No me pagaban mucho y tenía que hacer unos esfuerzos enormes, especialmente porque tenía que poner cuidado en vestirme como correspondía a los círculos que frecuentaba. No se ganaba nada con las colaboraciones en las revistas y uno no podía pasarse la vida produciendo a toda mecha. Traduje un par de obras para el Teatro Real y escribí unos libretos de ópera. Conocía por Hoffmann las comedias de máscaras de Gozzi y pensé que *El cuervo* especialmente sería un argumento fabuloso para una ópera; en pocas semanas tuve listo el libreto y se lo entregué a un joven compositor, absolutamente desconocido pero muy inspirado y con un gran talento artístico. Mi joven compositor no era otro que Hartmann, ahora tan conocido y admirado por todos. Muchos sonreirán al oír que en aquella ocasión yo tuve que responder ante el director del teatro de la música de Hartmann, vamos, que tuve que recomendar al hombre que terminaría siendo el compositor más importante de Dinamarca, de quien el país puede sentirse tan orgulloso. Y yo tuve que hacerle como quien dice un certificado afirmando que era persona de talento y que trabajaría bien. Al texto de El cuervo le falta lozanía y sentido lírico, lo

reconozco, y por eso no lo he incluido en mis obras completas. Sólo en la parte de la poesía figuran una canción y un coro que volví a escribir más tarde para que pudieran cantarse en conciertos. El argumento está basado en un cuento antiguo, recreado bellamente por Gozzi; yo me serví sobre todo de la versión de éste. Hartmann, en cambio, hizo una obra musical llena de genialidad y belleza, que a buen seguro volverá a ocupar alguna vez el puesto que le corresponde dentro del repertorio de la ópera danesa, del que ha estado excluida muchos años.

También hice una adaptación de *La novia de Lammermoor* de Walter Scott. Se estrenaron las dos óperas, pero la crítica fue de lo más despiadada conmigo, a pesar de que la última pieza tiene bastantes aciertos líricos. Se burlaban de mí acusándome de haber destrozado las dos obras.

Recuerdo de aquella época un encuentro que tuve con Oehlenschläger, que da idea de lo irritable que era pero también del gran corazón que tenía. Se había estrenado *La novia de Lammermoor*, que había sido muy aplaudida por el público, y yo fui a llevarle el texto a Oehlenschläger, que sonriente me dio la enhorabuena por el gran éxito, que desde luego me merecía pero que no podía haber sido tan difícil con una obra de Walter Scott y la colaboración del compositor. Me entristeció oírle decir aquello y no pude evitar que se me saltaran las lágrimas; pero en el momento en que él lo notó, me echó los brazos al cuello y me besó diciendo: «Son los otros los que me dan pena», y en muestra de su afecto me regaló un libro en el que escribió su nombre y el mío.

Weyse, que era la primera persona que había mostrado verdadero interés por mí y al que veía mucho en casa del almirante Wulff, vio el estreno de *La novia de Lammermoor* y se quedó tan encantado con mi adaptación del argumento, que vino a decirme que llevaba tiempo con ganas de componer una ópera sobre Kenilworth, también de Walter Scott, y que ya hacía mucho que le había pedido a Heiberg que le escribiese el texto, pero que todo se había quedado en promesas. Me dijo que ahora podía hacerlo yo, que podíamos trabajar juntos. No me figuraba yo entonces la tormenta que se me venía encima siguiendo los deseos del compositor. Necesitaba dinero para vivir pero puedo asegurar que no era eso lo que me llevó a decidirme; lo que pasa es que me sentía

contento y halagado de poder trabajar con Weyse, nuestro más genial compositor; me alegraba de poder establecer una relación de mayor igualdad con la primera persona que había dado muestras de simpatía por aquel niño pobre que se presentó en casa de Siboni, y acepté en seguida; pero no había llegado ni a la mitad del trabajo cuando ya se sabía en toda la ciudad y la gente empezaba a sacarme la piel a tiras; algunas revistas decían que ya estaba bien de «destrozar una obra tras otra». Presa del desaliento decidí dejar aquélla. Weyse intentó disuadirme por todos los medios, mostrándose muy satisfecho con todo lo que le presentaba. Me dijo que no se me ocurriera dejarlo, y sus deseos significaban para mí más que todos los insultos de la plebe.

Weyse tenía la manía de que las obras tuvieran siempre un final feliz. Por eso en Kenilworth, Emmy Robsart tenía que terminar casándose con Leicester. «¿Por qué hacerlos desgraciados, cuando se puede arreglar todo con unos trazos de la pluma?», decía. «Pero es que va en contra del argumento», replicaba yo, «y además ¿qué hacemos entonces con la reina Isabel?». Y él: «Pues puede decir: ¡Orgullosa Inglaterra, aquí me tienes!». Total que terminé la ópera con esas palabras.

De este período de mi vida recuerdo sobre todo los ataques anónimos, las groseras cartas traídas por un mensajero en las que autoridades desconocidas se mofaban de mí de la manera más infantil y descarnada.

Hay un dicho que reza: «Del árbol caído todos hacen leña». Yo pude comprobarlo entonces en mi propia carne; en todas partes no se hablaba más que de mis faltas. A nadie puede extrañar que me resintiera bajo una carga tan agobiante. Entonces iba a quejarme a los que se decían amigos míos y éstos lo que hacían era correr la voz por toda la capital, que a veces más bien parece un pueblo pequeño. Hasta me he tropezado a gente distinguida que, al pasar, me hacía alguna observación maliciosa con cara de mucha guasa. Los daneses tenemos la manía de reírnos del prójimo, o dicho de una forma más delicada: tenemos un gran sentido de lo cómico, y por eso contamos con un gran número de autores de comedias.

Por aquel entonces decidí solicitar una bolsa de viaje. Desde niño se me había educado en la más ferviente veneración por el monarca danés, el rey Federico VI, y no veía otra forma de

expresarle mi reconocimiento que llevándole un libro mío, que su Majestad había consentido en que le dedicara. Una persona que se interesaba sinceramente por mí y estaba muy bien relacionada, me dijo que si quería hacer un poco de fuerza para que me dieran la beca, debía contarle al Rey, al entregarle el libro, quién era y decirle que desde que había terminado los estudios, me las había arreglado sin la ayuda de nadie, pero que creía que iba a aprender mucho haciendo un viaje. Entonces el Rey, con toda seguridad, me diría que le llevara una solicitud, la cual debía tener preparada ya para entregársela. A mí me parecía horrible la idea de llevarle un libro al Rey y en seguida pedir algo a cambio. «Eso es lo que se hace», se me contestó. A mí de todas formas me espantaba la idea, pero no me quedaba otro remedio que hacer como todos.

Mi entrada debe haber sido de lo más cómica; el corazón me latía fuertemente de lo asustado que estaba, y cuando el Rey se dirigió a mí de esa manera directa tan particular suya, preguntándome qué libro era aquél que le traía, yo le contesté: «Un ciclo de poemas». «¡Un ciclo! ¿y eso qué quiere decir?». Yo le contesté casi sin atreverme: «Son unos versos sobre Dinamarca». Él sonrió: «Vaya, vaya, eso está bien, gracias, muchas gracias», e hizo una inclinación para marcharse. Pero yo, que no había tenido ni tiempo de hablarle de lo que en realidad allí me traía, dije que todavía me quedaba mucho por contarle y, sin más formalismos, empecé a hablarle de mis estudios y de cómo me las había arreglado yo sólo. «Es muy digno de elogio» —dijo el Rey— y al llegar a lo de que quería una bolsa de viaje, repuso como me habían dicho: «Bueno, pues presente una solicitud». «Si, Majestad» —repliqué yo con toda naturalidad— «si ya la traigo conmigo, lo que ocurre es que me parece horrible entregarla al tiempo que el libro; me han dicho que es así como se hace, pero a mí me parece tan feo, me repugna tanto», y casi estaba a punto de llorar.

El Rey se echó a reír y haciendo una inclinación con la cabeza, tomó la petición; yo hice una reverencia y salí a toda prisa.

La gente pensaba que yo había dado ya de mí lo que podía, que más arriba no iba a llegar nunca, así que si quería viajar, tenía que ser ahora. Yo me daba cuenta de que los viajes eran para mí la mejor escuela. Pero me habían dicho que si quería que se atendiera mi solicitud, tenía que llevar una especie de recomendación de

nuestros escritores más importantes y hombres de ciencia más doctos, acreditando que era verdaderamente un poeta, pues precisamente aquel año había muchos jóvenes excelentes que pedían una beca; si no presentaba alguna recomendación especial, iba a ser difícil que me tuvieran en cuenta.

Conseguí reunir las recomendaciones necesarias. Debo haber sido el único poeta en la historia de Dinamarca que ha tenido que presentar un certificado declarando que de verdad es poeta. Que yo sepa, ningún otro había necesitado recomendación alguna para que se le concediera una ayuda de viaje. Lo curioso de las recomendaciones que me escribieron era que cada una resaltaba una cualidad distinta en mí. Así Oehlenschläger hablaba de mi talento lírico, Ingemann de mi capacidad para captar el alma popular, mientras que Heiberg creía ver en toda mi producción un humor que recordaba al de Wessel. Ørsted subrayaba que, por muy distintas opiniones que el público tuviera de mi obra, todo el mundo estaba de acuerdo en que era un verdadero poeta. Thiele encomiaba con gran entusiasmo el ingenio que dentro de mí luchaba contra las miserias y estrecheces de la vida y expresaba su deseo de que acabara venciendo sobre las desfavorables circunstancias, «no sólo por bien del poeta, sino sobre todo por el bien de las letras danesas».

Las recomendaciones surtieron su efecto y se me concedió la bolsa de viaje.

«Ya puede estar contento», decían los amigos. «Disfrute de su increíble fortuna, goce del momento presente, pues no crea que se le va a volver a presentar la oportunidad de salir a recorrer el mundo de esa forma. Debería oír lo que dice la gente de su viaje. No se puede imaginar cómo tenemos que defenderlo; hay veces que desgraciadamente es imposible y tenemos que acabar dándoles la razón». Aquellas palabras me desgarraban el corazón. Sentía una imperiosa necesidad de alejarme; no me acordaba entonces de las sabias palabras de Horacio, cuando dice que la pena se sube a la grupa del jinete. Y mi corazón estaba abrumado por más de una. En *Agnete y el tritón* hay una canción que dice:

Abajo, tras la aliseda, donde gira la rueda del molino…

A menudo un alma entera puede caber en una breve poesía. En el momento de la partida echaba de menos especialmente a los amigos. Entre otros ya mencionados tengo que referirme a dos en especial, que en aquel tiempo tenían gran importancia para mi formación tanto personal como literaria. Uno era la señora Laessøe, madre del héroe de Idsted, el coronel Laessøe, persona extraordinaria, apasionado y valiente. Esta señora, la más amorosa de las madres y una de las mujeres más polifacéticas que haya conocido, me había abierto las puertas de su hospitalario hogar. Con la más fina sensibilidad compartía a menudo mis cuitas, que yo sentía gran consuelo en confiarle; mostraba gran interés por mí, me ayudaba y me daba ánimos; me hacía poner cada vez más atención en las bellezas de la naturaleza y en la poesía de las pequeñas cosas de la existencia, y en los momentos en que casi todo el mundo me consideraba fracasado como poeta, ella me había salvado del abismo. Si algo hay en lo que he escrito que lleve el sello de la feminidad y la pureza, ella es una de las personas a las que se lo debo.

Otra persona de gran valor para mí era uno de los hijos de Collin, el joven Eduard, que hoy ostenta el cargo de Consejero de Estado. Se había criado en un ambiente tolerante y dichoso; tenía un padre influyente y considerado por todos; poseía la decisión y el arrojo que a mí me faltaban; yo tenía la certeza de que sentía verdadera simpatía por mí. Como no había tenido amigos en la juventud ni en la infancia, deposité en él toda la ternura de mi alma. A él le contrariaba lo que en mí había de puerilidad casi femenina; él era la persona reflexiva, práctica, y aunque menor que yo en edad, era el mayor en entendimiento y, bien mirado, el que dirigía y tomaba las decisiones. Muchas veces yo le malentendía y me sentía apabullado, como tantos otros que no comprendían sus buenas intenciones. Por ejemplo, a mí me encantaba declamar poemas propios y ajenos; un día, estando juntos en casa de unos amigos, se me pidió que recitara algo y yo iba a hacerlo gustoso. Mi joven amigo, que estaba más familiarizado con aquel ambiente y sabía lo que la gente opinaba de mí —me consideraban una figura por demás extravagante— vino a decirme que si se me ocurría declamar una sola cosa, él abandonaba la reunión. Yo, claro, me desalenté, y la anfitriona y las demás señoras le llenaron de

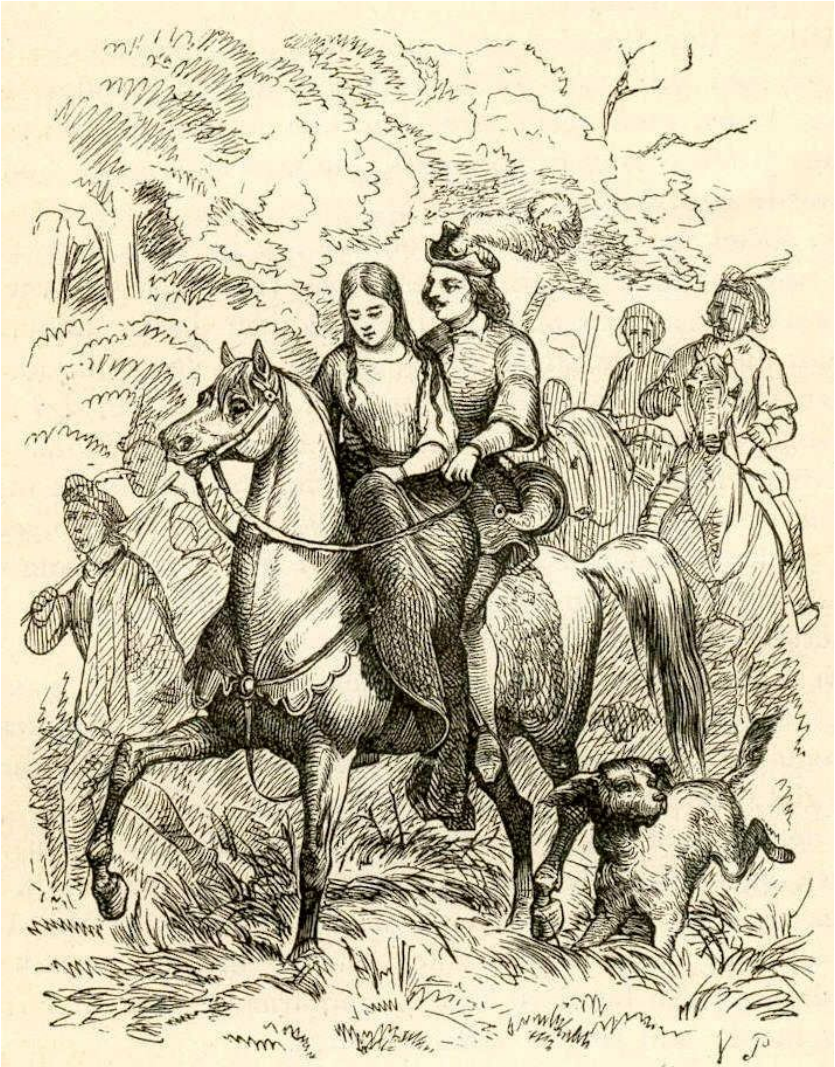
reproches por su actitud. Más tarde he comprendido que lo que hacía era comportarse como el mejor de los amigos; pero entonces me costó mis lágrimas, a pesar de estar convencido de que contaba con su aprecio. Lo que quería era transmitirme algo de su sentido de la independencia y su fuerza de voluntad, a mí, que era endeble como un junco. Me prestaba ayuda en los aspectos prácticos de la vida, desde ayudarme con los ejercicios de latín antes del examen hasta encargarse de todo lo concerniente a la impresión y edición de mi obra e incluso corregir las pruebas de imprenta. Durante los largos años de mi aprendizaje, desde los principios, en que tenía que doblegarme ante todo y aguantarlo todo, hasta que me convertí en una persona independiente, con opinión y voluntad propias, él se mostró siempre como un amigo leal.

Cuando uno se aleja de las montañas es cuando las ve en toda su magnitud, y eso es también lo que me ocurrió a mí con los seres queridos al marcharme.

Llevaba conmigo como un tesoro un pequeño álbum con versos de mis poetas más admirados; conmigo han ido siempre, cobrando cada vez más valor con los años.

Salí de Copenhague el lunes 22 de abril de 1833. Al momento de partir estaba terriblemente emocionado y rogué a Dios con el mayor fervor que me permitiera sacar tanto provecho del viaje que fuera capaz de producir una gran obra literaria, y si no, que no volviera nunca y que muriera en tierra extraña, lejos de Dinamarca.

Vi cómo desaparecían las torres de Copenhague; nos acercábamos a los acantilados de Møen cuando el capitán me entregó una carta diciendo en tono de broma: «Acaba de llegar por el aire». Eran unas últimas palabras de despedida, un recuerdo cariñoso de Eduard Collin. Más adelante, a la altura de Falster, me llegó una carta de otro de mis amigos, a la hora de acostarme una tercera y de mañana, divisando ya Travemünde, una cuarta: «Todas por el aire», dijo el capitán. Mis amigos le habían llenado los bolsillos.



V

Justo por la misma época en que, a mis catorce años, había llegado a Copenhague no siendo todavía más que un niño pobre, iba a producirse también mi entrada en Italia, país de mis amores y de mis sueños. Atravesé el valle del Ródano, remontando el Simplón ¡qué espléndida naturaleza la que me rodeaba! Nuestro carruaje, sobrecargado y tirado por caballos, semejaba una mosca en una roca ciclópea; era como si subiéramos reptando el camino de piedra que Napoleón había hecho abrir en la columna vertebral de la tierra; los glaciares, de un verde cristalino, refulgían sobre nuestras cabezas; iba haciendo cada vez más frío; llegaban los pastorcillos, envueltos en cueros de vaca, y en la estufa del albergue ardía un buen fuego; estábamos allí en el más crudo invierno pero pocas horas más tarde rodábamos bajo castaños de grandes y verdes hojas que brillaban a la cálida luz del sol; la plaza y las calles de Domo d'Ossola
ofrecían la típica imagen italiana de animación popular; el lago Maggiore relucía entre el azul oscuro de las montañas; en el agua se veían bellos islotes desperdigados como ramilletes de flores, pero el cielo no era azul, mostraba un tono gris muy danés; no despejó hasta la tarde, con un aire claro, transparente, y un cielo que parecía tres veces más alto que en Dinamarca; guirnaldas de racimos de uva engalanaban el camino como para una fiesta; nunca he visto a Italia más hermosa.

La catedral de Milán fue la primera maravilla de Italia que encontré a mi paso. Bajo la claridad de la luna se alzaba aquella colosal formación de mármol que el arte ha horadado modelando arbotantes, contrafuertes y torres; desde allí arriba se veía la cordillera de los Alpes con sus glaciares y la verde y fértil campiña lombarda. La Puerta Sempione, a la que la voz popular da el

nombre de Napoleón, estaba entonces todavía en construcción. En la Scala ponían ópera y *ballet*. Todo lo vi, todo lo visité, pero el corazón de la ciudad seguía siendo la catedral, edificante bajo la música sacra y en el silencio de la oración.

Salí de la extraordinaria ciudad con dos compatriotas, dejando que la diligencia nos condujera a través del campo lombardo, llano como nuestras verdes islas danesas, pero también feraz y espléndido como ellas. Los ricos maizales, los hermosos sauces llorones eran una novedad, las montañas que atravesamos, en cambio, nos parecieron pequeñas después de haber visto los Alpes; al final nos esperaba Génova y el mar, que no había visto desde que abandonara Dinamarca. Sin duda alguna, el mismo amor que sienten por las montañas los que viven en regiones montañosas, sentimos los daneses por el mar. Desde mi balcón podía contemplar aquella superficie de profundo azul, desconocida y tan familiar a la vez.

Un permiso del almirantazgo nos abrió las puertas del arsenal, donde vivían y trabajaban los esclavos de las galeras, que entonces eran seiscientos. Visitamos las cárceles interiores, el dormitorio con grandes catres alineados a lo largo de los muros y grilletes con los que se encadenaba a los presos cuando iban a descansar por la noche. Hasta en la enfermería había algunos encadenados. Tres moribundos, con cara cetrina y mirada extraviada, me provocaron un escalofrío tan visible que uno de los delincuentes me lanzó una mirada de odio y yo le entendí, pues en el fondo había ido allí por curiosidad, para ver su sufrimiento. Soltó una carcajada terrible, incorporándose en el lecho, y clavó en mí unos ojos diabólicos. Abrumado por el peso de las cadenas vimos allí también a un anciano ciego, de cabello plateado. Abajo en el patio había diferentes talleres; varios de los esclavos estaban, quizá para toda la vida, encadenados de dos en dos. Vi que la ropa de uno de los prisioneros, vestido por lo demás como los otros, con pantalón blanco y camisa roja, era de un tejido de especial calidad; parecía joven e iba sin grilletes; nos dijeron que era un hombre de la ciudad, dueño de una gran fortuna, pero que había robado enormes sumas de dinero y defraudado al Estado, y ahora cumplía una condena de dos años en las galeras; no trabajaba ni llevaba hierros durante el día pero por la noche se le encerraba con los demás y se

le encadenaba como a ellos al camastro. Su esposa le enviaba regularmente grandes sumas de dinero y vivía en la opulencia allí dentro, pero qué era eso comparado con el horror de verse entre aquellos criminales, encadenado por la noche con ellos y teniendo que soportar sus escarnios y su maldad.

La primera jornada de viaje después de Génova, bordeando el mar hacia el sur, es una de las más hermosas que puedan hacerse. Génova misma destacaba a lo lejos, sobre las montañas, entre olivares verdiazules. Las naranjas salpicaban los huertos, limones de reflejos tornasolados anunciaban la primavera mientras en el Norte la gente padecía el invierno. Aquello era un desfile de maravillosas estampas que pedían ser eternizadas; todo constituía una novedad para mí y se me iba quedando grabado para siempre; todavía veo los viejos puentes cubiertos de yedra, y por el camino monjes capuchinos y un grupo de pescadores genoveses con sus gorros colorados. El trecho entero de la costa con sus hermosas villas y el mar con veleros blancos y vapores humeantes resplandecían intensamente; más tarde empezaron a vislumbrarse en la lejanía montañas azuladas, era Córcega, la cuna de Napoleón. Al pie de una vieja torre, bajo un árbol imponente, hilaban en huso tres ancianas, el pelo largo y plateado les caía por los morenos hombros. Agaves de tamaño impresionante crecían junto al camino.

Habrá quizá quien me acuse de detenerme demasiado en la descripción de los paisajes de Italia cuando lo que se supone que estoy haciendo es hablar de mi vida; quizá se tema con razón que estas páginas vayan a perderse en meras descripciones, pero ya se verá cómo más adelante son las personas que he ido conociendo las que más profunda huella dejan en el relato; en esta primera visita a Italia, sin embargo, fue sobre todo la naturaleza y el arte lo que me abrumó, lo que viví con máxima intensidad, y por ello este capítulo de mi vida no puede dejar de detenerse en esas impresiones. La exuberancia de aquella naturaleza me dejó totalmente impresionado.

¡Roma!

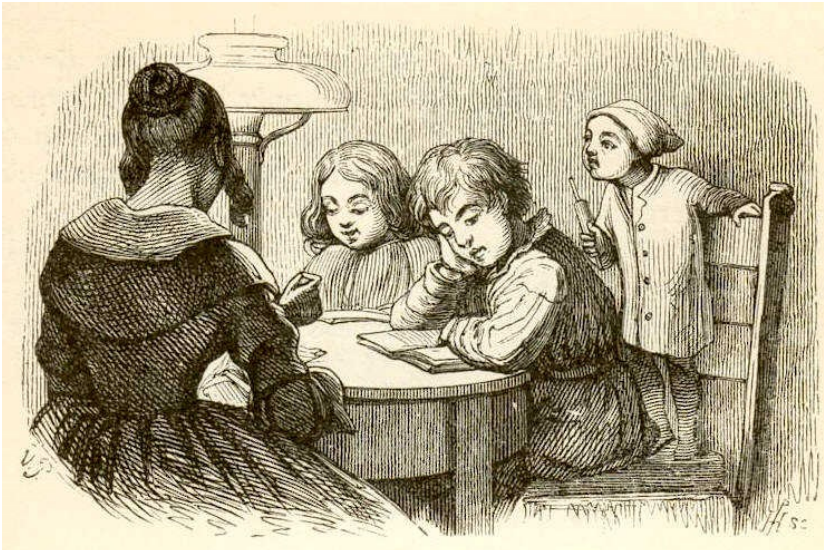
Era el 18 de octubre, a mediodía, cuando llegué a Roma, ciudad sobre todas las ciudades del mundo, en la que pronto me sentí como en casa. Llegué precisamente el día que se celebraba un acontecimiento único: el segundo entierro de Rafael. En la

Academia de S. Luca se había guardado durante muchos años una calavera que se consideraba y exhibía como suya, pero como en los últimos años hubieran surgido dudas sobre su autenticidad, el Papa, Gregorio VI, había dado licencia para abrir la tumba del Panteón, o Santa María della Rotunda, como se llama la iglesia que ocupa ahora este lugar; habían encontrado al muerto enterito. Ahora iban a volver a dar sepultura al cadáver.

Nuestros compatriotas nos consiguieron entradas para el festejo y lo primero que hicimos en Roma fue así participar en el entierro de Rafael. La caja de caoba, cubierta con un paño dorado, estaba sobre un túmulo de paños negros. Los sacerdotes cantaban un Miserere, se abrió la caja y se repusieron en ella los restos deshechos; un coro invisible inició su emocionante canto al ponerse en marcha la procesión en la iglesia. La seguían todos los artistas y personajes importantes; ahí vi por primera vez en Roma a Thorvaldsen, avanzando lentamente como el resto de la procesión, con su vela en la mano. Pero el momento más solemne me lo tuvo que arruinar el prosaísmo de la vida: para poder meter el ataúd por el estrecho hueco, tuvieron que inclinarlo de tal forma que se desbarataron los huesos que con tanto cuidado habían estado colocando. Se les oyó caer claramente.

Así que por fin estaba en Roma, y me sentía maravillosamente; entre todos mis compatriotas, quien con más cariño y alegría me recibió fue el orfebre Christensen; no nos conocíamos personalmente pero él me había tomado aprecio por mis poemas líricos y me llevó en seguida a ver a Thorvaldsen, que vivía en el sitio de siempre en Via Felice; justo en ese momento estaba trabajando en el bajorrelieve de Rafael. A éste se le ve sentado sobre unas ruinas acompañado de las Gracias y la Armonía; está pintando la naturaleza, el Amor le sostiene el lienzo al tiempo que le alcanza la amapola, como una alegoría plástica de la temprana muerte del artista; el Genio, con la antorcha, le contempla melancólico y la Victoria sostiene la corona sobre su cabeza. Thorvaldsen nos explicó su idea con entusiasmo y viveza, nos habló de la fiesta del día anterior y de Rafael, Camuccini y Vernet e insistió en que viera un montón de cuadros, comprados a maestros contemporáneos, que a su muerte pensaba donar a Dinamarca. Me emocionaron la sencillez y cordialidad del gran artista, hombre de

ternura tan extraordinaria que salí de su casa casi con lágrimas en los ojos, aunque íbamos a vernos a diario, como dijo.



Otro compatriota con el que enseguida trabé entrañable amistad fue Ludvig Bødtcher, autor de hermosos poemas que tienen por motivo la naturaleza italiana; se había instalado por su cuenta en Roma, donde vivía para el arte, la naturaleza y un provechoso *dolce farniente*; llevaba tanto años allí que era ya un romano avezado, buen conocedor de todo lo interesante y hermoso de la ciudad, y en él encontré un guía sabio e inspirado. Otra persona que también me acompañó fielmente durante mi estancia fue el pintor Küchler, entonces todavía joven de cuerpo y alma y con gran sentido del humor, haciendo siempre chiste de cualquier cosa; no sabía yo entonces que iba a terminar de monje mendicante en un pequeño monasterio de Silesia; aquel joven burlón y bondadoso que tan lozano de espíritu me pareció entonces, que pintaba aquellos bellos cuadros de Italia siempre con cierta picardía erótica. Cuando años más tarde volví por segunda vez a Roma, se había desvanecido su espíritu juvenil, sólo a ratos le salía el humor, y en 1846, cuando mi tercera visita a Roma, se había hecho católico y pintaba sólo retablos y cuadros piadosos. Como se sabe, hace un par de años fue ordenado por Pío IX monje mendicante, marchando después descalzo por Alemania hasta llegar a un mísero monasterio de

Prusia, no ya como el pintor Albert Küchler sino como el franciscano Pietro di Santo Pío. Dios le dé ahí la paz y ventura que, malentendiendo probablemente los designios de nuestro amantísimo Señor, por camino errado busca y acabará encontrando. En las semanas y meses de nuestro encuentro fue el amigo animoso y afable; yo prefiero guardar su recuerdo de aquellos primeros tiempos, que, a pesar de que estaba en Roma, meta de mis deseos, también me trajeron momentos duros y angustiosos; pero antes de pasar a ellos, quedan aún un par de días hermosos, con aire de montaña en la naturaleza más maravillosa. Todavía hacía un tiempo como el verano más radiante en Dinamarca y, aunque todo en Roma era aún nuevo para mí, aquel tiempo espléndido había que aprovecharlo; se decidió hacer una excursión a la montaña; Küchler, Blunck, Fearnley y Bødtcher, que se movían por allí como peces en el agua, guiaban la expedición; su conocimiento del pueblo italiano y de los usos y costumbres del país hizo que el viaje no sólo resultara económico, sino que me diera además la oportunidad de vivirlo todo de manera tan profunda y auténtica que me aclimaté, por así decirlo, espiritualmente al lugar y allí se plantaron las semillas para las descripciones de la naturaleza y la vida italiana que haría después en mi novela *El improvisador*; por aquel entonces no pensaba en escribir un libro así, ni siquiera en publicar un relato del viaje; aquella semana fue indudablemente la de mayor felicidad, sin sombra alguna de pesares, del tiempo que pasé en ese maravilloso país.

No me llegaban muchas cartas de Dinamarca y las que me llegaban estaban escritas, casi sin excepción, en un tono sermoneante, mezquino y desconsiderado; sólo servían para acongojarme y su repercusión en mí era siempre tan fuerte que los compatriotas de Roma que me apreciaban y apoyaban, me decían siempre: «¿A que ha vuelto a recibir correo de Dianamarca? Yo en su lugar no leería cartas así y me desprendería de amigos como esos, que no hacen más que mortificarle a uno». Por lo visto necesitaba que me educaran, y eso es lo que hacían, con frialdad y dureza; no pensaban en la honda huella que la letra muerta de lo escrito dejaba en el corazón. Si los golpes de los enemigos son azotes, los de los amigos son picaduras de escorpión.

De mi obra *Agnete* no me habían dicho todavía nada; el primer

comentario fue de un «buen amigo». Su juicio sobre la obra puede dar una idea del Andersen que era yo entonces: «Tú, con tu, diría yo, casi enfermiza sensibilidad e infantilismo, eres muy distinto a mí […] he de decirte que me esperaba otra cosa, otro espíritu, otras ideas, otras imágenes y desde luego no un personaje como el de Henning; en resumen: para mí Agnete es igual que tus otras obras (que las mejores de ellas), y yo había esperado ver aquí algo que indicara una transformación espiritual en ti como consecuencia del viaje; de ello he hablado con X, que está de acuerdo conmigo, y como él, que no sólo es tu amigo sino de alguna forma también tu mentor, te ha escrito ya un tanto sobre el asunto, pienso que puedes librarte de más consejos y amonestaciones por parte mía; […] Querido amigo, desecha las preocupaciones económicas y cualquier otro tipo de dependencia y saca pleno provecho de tu viaje. Más hombría y mayor brío, un poco menos de infantilismo, excitabilidad y sensiblería, algo más de estudio serio y profundidad, y podré celebrar con los amigos de Andersen su vuelta y con Dinamarca la gloria de su poeta».

Era una persona a la que yo quería mucho, uno de mis mejores amigos, más joven en edad pero de posición importante y de gran capacidad, uno de los que con más delicadeza expresaría su opinión, siendo yo «tan sensible, tan infantil». Resulta extraño que él y otras personas inteligentes hubieran imaginado un gran cambio en mi *Agnete*, producto de un viaje que no había consistido más que en ir en vapor a Kiel, en diligencia a Paris y después a Suiza, desde donde había enviado la obra al cuarto mes. El resultado del viaje no podría apreciarse hasta pasado el tiempo, cuando publiqué *El improvisador*.

Profundamente abatido por la pena que me producía el juicio de los míos sobre mi persona y el rechazo de todo mi trabajo, me llegó la noticia de la muerte de mi anciana madre. Me la comunicaba Collin y mi primera reacción fue: «Gracias, Señor, por haber puesto fin a sus sufrimientos, que yo no fui capaz de mitigar». Lloré pero no podía hacerme del todo a la idea de no tener a un solo ser en el mundo llamado a quererme por los lazos naturales de la sangre. Era una sensación nueva que me provocaba lágrimas; llorar me alivió y acabé sintiendo que había ocurrido lo mejor para ella; yo no hubiera podido nunca alegrar sus últimos días; había muerto con

alegre confianza en mi suerte, pensando que yo era alguien. La Sra. Læssøe me escribía acerca de esto: «¡Qué duro debe haber sido recibir entre extraños una noticia tan triste como la muerte de la madre! — Con la gracia de Dios morará ahora en un lugar mejor, un lugar en que prevalezca el derecho del corazón, y allí, por lo que conozco de ella, ocupará el puesto (si no alto, que es expresión terrenal y engañosa) bueno y seguro que ha merecido su amor ¡Descanse en paz! Lo que no es verdad es que no haya nadie aquí abajo "llamado a quererlo", pues yo siento por usted un cariño de madre; no puedo evitar contarlo entre mis hijos y de eso no se va a poder usted librar».

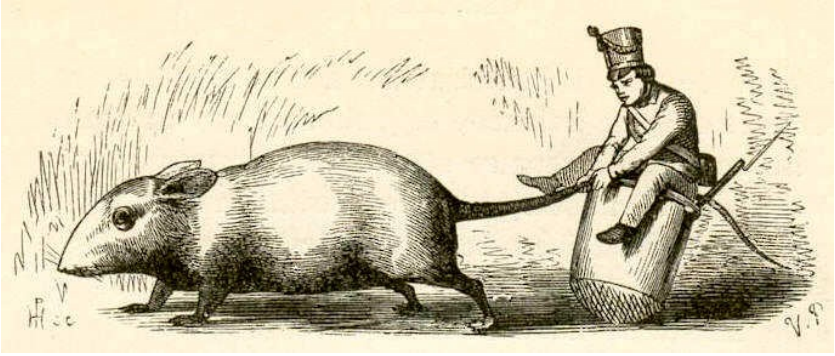
Fue aquí en Roma donde de verdad conocí a Thorvaldsen. En 1819, cuando de niño llegué a Copenhague, Thorvaldsen estaba casualmente allí; era su primera visita a Dinamarca desde que marchara cuando sólo era el artista pobre; nos encontramos en la calle; yo sabía que era un hombre importante para el arte; me le quedé mirando, saludé y él pasó de largo, pero de repente se dio la vuelta, vino hacia mí y me dijo: «¿De dónde le conozco? Tengo la sensación de que le conozco de algo», y yo le contesté: «No, no nos conocemos de nada». Le conté la anécdota ahora en Roma y él me apretó la mano sonriendo y dijo: «Sí, ya en aquel momento debí presentir que nos haríamos amigos». De su opinión sobre *Agnete* lo que me alegró fue su comentario de que era «de los bosques y los lagos de allí». Un día que notó lo abatido que estaba, me cogió la cabeza, me besó y me pidió que no perdiera los ánimos, y cuando le conté sobre un poema de escarnio que me habían mandado a París por las críticas que había tenido mi obra, apretó los dientes y dijo con rabia repentina: «¡No se imagina lo bien que conozco a la gente de nuestro país! Yo no habría salido mejor parado si me hubiera quedado ¡ni un boceto me hubieran dejado hacer! ¡Gracias a Dios que no dependo de ellos! Si uno depende, no hacen más que mortificarlo», y me dijo que tuviera ánimo, que ya vería como todo terminaría bien, y entonces me habló de las sombras de su vida y de su juventud, de cómo lo habían criticado e insultado en Dinamarca.

Y empezó el viaje de vuelta a casa. La primavera me acompañaba, como en Florencia, donde estaba en todo su esplendor, con los laureles en flor; la primavera me seguía a todas

partes pero no llegaba a hacerse en mi corazón. En mi camino hacia el Norte llegué, atravesando las montañas, a Bolonia; cantaba Malibran, pude ver la Santa Cecilia de Rafael y continué mi huida por Ferrara a Venecia, deshojada flor de loto de la superficie marina. Si se ha visto Génova, con sus majestuosos palacios, Roma, con sus reliquias del pasado, y se ha paseado por Nápoles, risueño y bañado de sol, Venecia desmerece, y eso que la ciudad es tan peculiar, tan distinta a todas las demás ciudades del país, que no se debe dejar de verla, pero al principio del viaje, no como un triste final que señala la salida de Italia. Ya Goethe hablaba de la impresión fúnebre que produce la góndola veneciana, catafalco flotante, vestida de luto con sus flecos negros, sus borlas negras y sus cortinas negras; nos subimos a una en Fusina y, atravesando una barrera eterna de pilotes, agua fangosa y luego agua más clara, entramos en la silenciosa ciudad; la única vida era la de la plaza de San Marcos, ante el abigarrado templo de aire oriental y el fantástico palacio del Duce, con sus tenebrosos recuerdos, sus cárceles y el puente de los suspiros. Había griegos y turcos fumando en sus largas pipas, cientos de palomas revoloteando entre los palos, donde ondeaban imponentes insignias de victoria. Me sentía como entre los despojos de un gigantesco buque fantasma, sobre todo por el día; tiene que hacerse de noche y aparecer la luna para que se anime la ciudad entera y la silueta de los palacios se haga más notoria, cobre más fuerza; Venecia, reina del Adriático, de día un cisne muerto en el agua fangosa, cobra entonces vida y belleza. La picadura de un escorpión en la mano me atormentó durante toda mi estancia allí, se me hincharon todas las venas del brazo, estaba febril; afortunadamente el tiempo era frío, la picadura menos venenosa, y en el negro catafalco de una de las góndolas abandoné Venecia sin tristeza, rumbo a otra ciudad de tumbas en la que reposan los Scaligeri y donde se encuentra el sepulcro de Romeo y Julieta: Verona. Un compatriota mío, el pintor Bendz, nacido como yo en Odense, donde le había visto en mi niñez, marchó joven y fuerte de Dinamarca, donde se reconocía su talento y tenía una fiel prometida; viajó contento y feliz a Italia, atravesando los Alpes, y murió repentinamente en Vicenza, a las puertas de la tierra de Canán de las artes. Busqué su tumba. Nadie sabía darme razón. Qué vivo se me hacía cada uno de los recuerdos de aquel hermano, si se

me permite llamarlo así. Me parecía afortunada su suerte ¡ya la hubiera querido yo para mí! Mi ánimo se iba ensombreciendo cada vez más conforme subía por los Alpes camino del Norte, rumbo a casa. Jameson, un joven escoces de Edimburgo con el que viajaba, encontraba en las montañas del Tirol gran parecido con las tierras altas de su patria y se le humedecían los ojos de añoranza; yo no la sentía, pensaba en el amargo cáliz que a buen seguro iba a tener que beberme, en las penas que me esperaban. Estaba convencido de que jamás volvería a ver el bello país que estaba abandonando.

Cuando al fin pisé tierra danesa, fue con una mezcla de sentimientos, y no todas mis lágrimas eran lágrimas de alegría. Pero Dios estaba conmigo. Por Alemania había pasado sin fijarme en realidad en nada, como ausente; mi corazón lo había dejado en Italia, para mí el paraíso perdido al que nunca había de volver; sentía susto y temor ante lo que se me avecinaba en Dinamarca. Iba como a la deriva acercándome a Copenhague. Mi alma estaba llena de los paisajes de Italia, de la vida de sus gentes; de ese país sí que sentía nostalgia, ese era el país que añoraba. Se fundía, por así decirlo, con mi persona, y de manera totalmente improvisada iba brotando en mí un canto, que fue creciendo y creciendo y que tuve que empezar a escribir, a pesar de estar persuadido de que me traería más penas que alegrías si la necesidad me obligaba a publicarlo alguna vez. En una carta que recibí en Roma, me había escrito alguien que Heiberg me consideraba una especie de «improvisador», y esa palabra me sirvió de inspiración para el nombre del protagonista y el título de la obra.



VI

La publicación de *El improvisador* resultó, sin embargo, un éxito. Pronto se tradujo también al alemán, al inglés y a otros idiomas y por primera vez sentí el reconocimiento por el que tan duramente había luchado. El rey Federico VI me había adjudicado además una subvención anual que me libraba por fin de la dependencia de los demás, que hacía que no necesitara ya escribir para ganarme el pan como antes ¡Empezaba un nuevo capítulo de mi vida!

A partir de entonces fue como si un rayo de sol primaveral iluminara con más fuerza mi vida; me sentía más seguro, como si al volver la vista atrás, percibiera con más claridad que había una providencia que velaba amorosa por mí; que todo, como obedeciendo a un mandato supremo, iba encaminado a mi mayor bien; y cuanto más convencido está uno de eso, más seguro se siente. Igual que en la marina inglesa, donde todo el cordaje lleva un hilo rojo para señalar que pertenece a la Corona, lo mismo pasa con la vida humana, hasta las cosas más ínfimas llevan un hilo invisible que dice que pertenecemos a Dios. Mi vida entera se basa en esa certeza.

Hasta entonces había vivido en la infancia, en aquel momento empezaba verdaderamente mi juventud. Hasta entonces no había hecho más que nadar contra corriente, luchar con mares inmensos y embravecidos; a mis treinta y cuatro años empezaba la auténtica primavera de mi vida; pero la primavera tiene también sus días grises y sus tormentas hasta que llega el verano luminoso y cálido. Y esos días grises y esas tormentas son necesarias para que madure lo que tiene que madurar.

Ahora vamos a rememorar algunas de aquellas ráfagas de tormenta, que luego en épocas de bonanza hasta nos hacen sonreír de pensar que con tal facilidad podían estremecernos.

Uno de mis amigos más cercanos me escribió una vez en un viaje al extranjero estas líneas, que pueden servir de introducción a lo que voy a referir:

«Usted, con su imaginación retorcida, es el que en seguida inventa historias de que se le desprecia en Dinamarca. No es cierto. Dinamarca y usted se entienden perfectamente y se entenderían aún mejor si no fuera por el teatro: ese es el principio de todos los males ¡el maldito teatro! Pero ¿es que Dinamarca sólo es eso? ¿y acaso no es usted más que un autor teatral?».

En estas palabras hay una verdad como un templo; durante años el teatro fue lo que me amargó la vida. Parece que en el mundo entero la gente de teatro es especialmente difícil; que todos, desde el último comparsa hasta la primera estrella, se consideran por encima del resto del género humano. Las paredes de la sala son para ellos los límites de este mundo y las críticas de teatro los astros del universo. Cuando lo único que se oye en ese espacio son aplausos y elogios, producto a menudo de comentarios sueltos y de una admiración sin fundamento, no puede extrañarnos que se dé a las cosas una importancia desorbitada.

En tiempos en que la política no tenía importancia alguna en este país, el teatro era «lo oficial», el tema central de todas las conversaciones. El Teatro Real era, sin duda, uno de los primeros de Europa, tenía figuras de gran talento. Aunque eso no significa que el mero hecho de ser actor le otorgara a uno un poder absoluto. Pero eso era precisamente lo que se creían algunos y se notaba por lo poco que consideraban a los autores, como por ejemplo a mí. Yo creo que el teatro danés ha adolecido siempre de falta de disciplina, y la disciplina es algo imprescindible cuando se trata de aunar el esfuerzo de muchos individuos, sobre todo si quiere conseguirse un resultado artístico. Yo lo que he visto siempre es cómo el público intentaba imponer su opinión en el teatro, sobre todo en lo que respecta a la elección del repertorio, y cómo pretendía la dirección según esto mangonear al personal; por lo visto no hay forma humana de cambiarlo. Y por lo tanto, cualquier autor joven que no esté de moda, tendrá que enfrentarse con los mismos problemas y sufrir del mismo modo que yo. Hasta el mismo Oehlenschläger tuvo que pasar por ello, viéndose ignorado a menudo, o por lo menos soportar el ser tratado de forma no siempre digna; a los actores se

les podía aplaudir, a él se le silbaba ¡No habré oído yo pocas veces a mis compatriotas hablar despectivamente del gran genio! Claro que es algo que ocurre en todas partes, pero no deja de ser triste. Oehlenschläger mismo decía que sus hijos, por tener el padre que tenían, habían de sufrir que se metieran con ellos sus compañeros, que repetían lo que habían oído a sus padres.

Los actores y actrices que llegan arriba por méritos personales, sus influencias en el mundo de la crítica o el favor del público, mandaba más que el director del teatro y desde luego más que el autor; a éste no le queda otro remedio que estar a buenas con ellos, ya que pueden rechazar un papel o, lo que es igual de malo, pueden propagar entre el público la mala opinión que les merece, antes de que la obra se ponga en escena; antes de que nadie haya visto la obra, se critica ya en las tertulias de café. También es típico de Copenhague que cuando se va a estrenar una obra nueva, la gente en lugar de decir: «Hombre, a ver qué tal es», dice: «Seguro que es mala ¿vamos a patearla?». Lo de patear y silbar una obra es muy importante, es una atracción que llena la sala. Nunca se ha silbado a un mal actor ¡qué va! sólo se guillotina a autores y compositores. Y en los cinco minutos que los silbidos llenan el espacio, se ve a las damas, guapas y feas, sonreír y regocijarse como españolas en sus corridas sangrientas. Durante muchos años la peor época para estrenar una obra eran los meses de noviembre y diciembre, pues el mes antes habían terminado el bachillerato los jóvenes colegiales, habían saltado la valla de su último examen, y se constituían en los más severos jueces.

Aquí se ha silbado a los autores daneses más importantes, como Oehlenschläger, Heiberg o Hertz, y no digamos ya a los clásicos extranjeros, como a Molière, sin ir más lejos.

De todas formas, el teatro sigue siendo la actividad más rentable para cualquier autor danés; y yo, cuando no tenía subvención ni apoyo de ninguna clase, intenté también demostrar mi talento en ese campo. Después de haber escrito aquellos libretos de ópera que fueron tan duramente criticados, probé fortuna con la opereta. Los honorarios de autor, que subirían luego bastante en la última época de Collin, se habían reducido entonces mucho. Se había nombrado director del teatro a un burócrata conocido por su eficiencia, esperando que pusiera orden en los asuntos económicos; se

esperaba también con ilusión que diera más relevancia a la ópera, ya que él mismo cantaba en círculos musicales. Y además se confiaba en que llevara a cabo cambios radicales en las ordenanzas que regulaban el pago de los honorarios por las obras. Era difícil calcular su valor, así que se decidió pagarlas según la duración, que se mediría en cuartos de hora. En la primera representación el director estaba con el reloj en la mano contando los cuartos de hora que pasaban, y así se calculaba lo que había que pagar al autor. Lo que sobrara del cuarto de hora final le correspondía al teatro. Todo muy correcto, pero como cada uno miramos por nuestros intereses —y yo no iba a ser menos, con lo apurado que andaba de dinero— he de decir que en mi caso supuso una gran desventaja, pues mi opereta *Despedida y reencuentro*, que estaba dividida en dos partes con títulos diferentes, se consideró como dos obras que, según el director, podían representarse por separado. Pero no está bien hablar mal de sus superiores, y el director de teatro es el superior del autor dramático; lo que sí voy a hablar es de algunos actores, o más bien voy a dejar que sean ellos mismos los que hablen.

«No es difícil tener éxito con una obra cuando uno cuenta con talentos de primera fila para sacarle el brillo», me dijo uno de los grandes talentos, que no tenía ganas de interpretar un papel. «Yo no hago papeles de hombre», me recordó una actriz que encontraba demasiado masculino el papel que me había atrevido a ofrecerle. «¿Es que no hay una sola réplica divertida en este papel?», rugió otro actor en el ensayo de una de mis primeras obras; y al ver que yo me quedaba encogido en un rincón, aquella gran figura todavía me dijo: «¿Pero por qué se lo toma tan a pecho? ¿Cree que me parece malo el papel? Si así fuera, no lo aceptaría. Lo que pasa es que cuanto menos me pliegue al guión, mejor va a salir. Pero no se lo diga usted a nadie, o diré que es mentira». Esta réplica la dijo perfecta, sin pensar en el público que la está oyendo en este momento. Quizá le dé a uno risa, y es que es para reírse, pero el autor novel no se lo toma así. Cuando se navega, no hay que tomar al pie de la letra las cosas que se dicen al dar las órdenes; lo mismo pasa en el teatro, pero yo no podía evitar el sentirme dolido. ¿Y por qué me empecinaba entonces en trabajar allí? Pues porque en el teatro es donde mejor pagaban, y sin dinero no se puede vivir; además, que la escena es una tribuna formidable, desde la que,

como dice Carl Bagger, «se puede hacer llegar a cientos de personas lo que no iban a leer más de diez».

Algún tiempo después escribí una tragedia que llevaba por título *La mora*, esperando acallar así las malas lenguas y demostrar que tenía talento dramático. Además, con lo que sacara por esta nueva obra, unido a algún dinero que había ahorrado, tenía el proyecto de viajar otra vez al extranjero, incluso hacer un viaje bastante largo, no sólo ya a Italia, sino llegar hasta Grecia y Turquía. Todo el mundo reconocía que mi primer viaje había sido de gran provecho para mi desarrollo intelectual y también yo sentía que la vida y el mundo eran mi mejor escuela; tenía verdaderas ansias de viajar, de enriquecer mis conocimientos acerca del hombre y de la naturaleza. En mi forma de pensar y sentir era todavía como un muchacho.

A Heiberg, que era el nuevo director del teatro, no le gustó mi obra; puede decirse que le disgustaba todo mi teatro. La señora Heiberg, para quien había escrito el papel, se negó a interpretarlo, y yo sabía que el público no venía al teatro si no actuaba ella. Los honorarios, pues, también iban a ser mínimos, con lo que no me daría para el viaje proyectado. Así se lo expuse a la actriz, sin detenerme en considerar las razones artísticas que pudiera tener ella. Se negó rotundamente. Yo me sentí muy herido y me quejé a varias personas; no sé si sería por la interpretación que se dio a mis quejas o porque ya de por sí es un crimen el quejarse de la actriz favorita del público, pero el resultado fue que a partir de ese momento y por muchos años —ahora confío en que las cosas hayan cambiado— Heiberg se convirtió en mi enemigo, aunque no se molestaba en atacarme demasiado, claro, pues a ojos del público danés yo no era adversario digno de él. Muy pronto pude comprobar su animosidad hacia mí; en cambio, no noté nada por parte de la señora Heiberg, y si antes he dicho que no siempre le he profesado igual simpatía, considero mi deber dejar claro, para que no pueda malentenderlo ni ella ni nadie, que le tengo una gran admiración y que la considero una actriz tan excelente que si el danés fuera un idioma tan conocido como el francés o el alemán, ella tendría fama en toda Europa. En la tragedia cautiva por la inteligencia y genialidad con que sabe captar cada papel, y en la comedia no hay quien la supere en naturalidad y encanto personal. Aparte de eso, en los últimos tiempos he descubierto en ella a una

de las mujeres más nobles y de mayor bondad que puedan imaginarse. Pero volvamos a mis penalidades de aquellos tiempos.

Tuviera o no tuviera yo razón, el caso es que una parte del teatro estaba en contra mía y el público no parecía apreciarme tampoco; estaba convencido de que se me ignoraba y se me trataba injustamente; me sentía ofendido y además concurrían toda una serie de factores para hacerme la vida imposible. Dinamarca se me había hecho inhóspita, me sentía medio enfermo, no aguantaba más; así que decidí abandonar mi obra a su suerte y apresuré mi partida. En aquel estado de abatimiento escribí un prólogo para *La mora* en el que puede verse lo mal que me encontraba. Y, naturalmente, provocó las burlas de la gente. No quiero empezar a hablar aquí de las camarillas literarias que por entonces había, porque sería desvelar demasiados misterios, y para que se entendiera lo que quiero decir, tendría que citar nombres de personas que no son del dominio público. Más de uno en mi lugar se hubiera puesto enfermo como yo, o se hubiera indignado, cosa mucho más razonable. Lo mejor era que me marchara, mis amigos así lo aconsejaban.

«No pierda los ánimos y procure salir lo antes posible de ese

atolladero», me escribía Thorvaldsen desde Nysø. «Ya le veré antes de que se marche, y si no, nos veremos en Roma».

«Por Dios santo, haga el favor de marcharse», me decían los amigos leales y llenos de preocupación por mí, que se daban cuenta de lo que estaba pasando.

Era el mes de octubre de 1840. Iría por segunda vez a Italia y pasaría desde allí a Grecia y Constantinopla. Este viaje lo he contado a mi manera en *Bazar de un poeta*. Cuando pasé por Hamburgo, a mi vuelta, se estaban celebrando los grandes festivales de música; en una fiesta coincidí con gran cantidad de compatriotas; al oír que hablaba a los amigos que tenía al lado de la maravillosa Grecia y del riquísimo Oriente, una señora de Copenhague ya mayor se dirigió a mí con estas palabras: «Señor Andersen ¿acaso ha visto usted en sus numerosos y largos viajes por esos mundos algo que pueda compararse a nuestra pequeña Dinamarca?». «Ya lo creo, señora —repuse yo— he visto cosas mucho más hermosas». «¡Cállese! —exclamó ella— ¡Qué poco patriota es usted!».

Pasé por Odense justo el día de mercado en San Knud. Una señora de Fionia me dijo muy campechana: «Me alegro de que haya tenido usted la delicadeza de incluir el mercado en el itinerario de su gran viaje; se ve que quiere a Odense, yo siempre lo he dicho». Mira por dónde ahora quedaba como todo un patriota.

Al pasar por Slagelse, la ciudad donde había ido al colegio, tuve una especie de reencuentro que me produjo una sensación extraña. Siendo discípulo del instituto veía yo al honorable pastor Bastholm dar todas las tardes el mismo paseo con su esposa; salían por la puerta de atrás del jardín y se metían por el camino que atraviesa los trigales y volvían luego por la carretera. Ahora, muchos años más tarde, volviendo de Grecia y Turquía, al pasar por la carretera de Slagelse, vuelvo a ver al anciano matrimonio dando su paseo habitual; aquello me conmovió; ellos seguían año tras año por su caminito, mientras yo había volado tan lejos, había visto tanto; aquella escena se me quedó muy grabada en la memoria.

Llegué a Copenhague a mediados de agosto con el espíritu aliviado de pesares. Me alegré mucho de ver a todos mis seres queridos y no pude por menos de exclamar: «Estos primeros momentos del regreso bien valen por el viaje entero».

Bazar de un poeta, que salió en seguida, está dividida en varias partes: Alemania, Italia, Grecia, etc. En todos aquellos países, igual que en Dinamarca, tenía personas amigas a las que me sentía agradecido y cuyo nombre asociaba con los distintos lugares. Un poeta es como un pájaro, da lo que tiene: su canto, y yo quería cantar a cada uno de aquellos seres queridos; había sido una idea repentina, nacida exclusivamente de un corazón agradecido. Y si en la edición de mis obras completas he quitado las dedicatorias de otros escritos e incluso muchas de las que acompañaban a *Bazar de un poeta*, éstas las he dejado porque tienen un significado especial. Pero cuando salió el libro, no gustó la idea; la crítica se fijó muy especialmente en aquellas dedicatorias, en las que veía una señal de vanidad; decían que me vanagloriaba de conocer a gente importante, de mis amistades ilustres. El libro se leyó, pero nadie se molestó en hacer una reseña, sólo un par de revistas lo comentaban, más que nada para quejarse de que la obra era demasiado pesada; «el libro debería haber salido en fascículos, para poderlo digerir más despacio», me dijo un autor muy astuto, «así habría gustado mucho más».

La crítica de la prensa de Copenhague era de lo menos inteligente; me encontraban horriblemente excéntrico por decir que en Esmirna, con la luna nueva, había visto su esfera entera, redonda y azul. Los críticos daneses por lo general no tienen la más mínima noción de la naturaleza. Incluso la *Revista mensual de literatura*, de tanto renombre, se metió una vez conmigo por haber hablado en un poema de un arco iris a la luz de la luna; eso eran cosas de mi fantasía desbordada; yo me quejé a Ørsted; una persona que estaba escuchando y que debía ser el autor de la crítica, intervino diciendo: «¡También se necesita ser temerario para pintar un arco iris bajo la luna!». «¡Pero si es que lo he visto con mis propios ojos!». «¿Dónde?» —preguntó—. «Una noche en Vesterbro». «¡En Vesterbro! —rió el otro—. Pues sería en el teatro de pantomima». «No, que lo he visto allá arriba, en el mismísimo cielo» —y entonces Ørsted salió en mi defensa.

No puede uno imaginarse la cantidad de comentarios tontos de gente que se creía lista, que he tenido que soportar; a mí me tocaba pagar el pato de su ignorancia. Por ejemplo, al describir la ciudad de Núremberg en *Bazar de un poeta*, decía para variar algo el estilo

que «si fuera pintor, dibujaría este puente, esta torre», aprovechando así para dar una imagen pictórica de lo que veía, y luego volvía a coger el hilo diciendo: «Pero no soy pintor sino poeta», adoptando entonces un estilo más lírico en la descripción; bueno, pues ya la gente tenía que saltar con aquello de que «¡Será vanidoso que hasta dice de sí mismo que es poeta!». Hay algo tan penoso y tan canalla en una crítica así que uno ni siquiera puede sentirse herido, sino que hasta a la persona más pacífica le entran unas ganas tremendas de liarse a golpes con esos chuchos callejeros que se le meten a uno en la sala poniéndolo todo perdido. Podría escribirse todo un cuaderno de chistes con la cantidad de majaderías e impertinencias que he tenido que tragarme desde mi presentación en público.

Por lo demás *Bazar de un poeta* tuvo bastante buena acogida. Muchas de las figuras más valiosas del país, entre otras Ørsted y Oehlenschläger, expresaron su satisfacción con el libro y me alentaron a continuar. Más tarde se ha editado varias veces en alemán, está también traducido al sueco, y en inglés se ha hecho una edición especialmente bonita, muy elogiada por la crítica. El editor inglés envió un ejemplar de lujo de este libro y de mis escritos anteriores al rey Christian VIII; lo mismo habían hecho los alemanes, y al monarca le alegró la gran aceptación que tenía en el mundo; así lo expuso a Ørsted y a algunos otros, expresando además su asombro por la oposición con que seguía chocando en mi tierra, esa manía de recrearse en mis defectos sin prestar atención a las cualidades de mi obra; el placer que sentían burlándose de mí y rebajándome. Me hizo mucho bien oírlo, además de labios de Ørsted, la única persona en todo mi círculo de amistades que estaba realmente convencida de mis aptitudes poéticas y que me animaba, pronosticando que llegaría el día en que también se me reconocería en Dinamarca y en que la opinión de los daneses me sería tan propicia como la de los lectores extranjeros. Discutíamos a menudo sobre cuáles podían ser las razones de que me costara tanto conseguir que se me aceptara y estuvimos de acuerdo en que podía haber varios motivos. En parte podía deberse a mi origen humilde, a haber tenido que depender del favor de la gente; no podían olvidar que me habían conocido de niño pobre, que había salido de la nada; la culpa también podía ser mía por no saber valerme de lo

medios que utilizaban otros autores para ganar amigos; y luego, como reconocía Ørsted con pesar, la dureza y la mala voluntad de las revistas de literatura, la actitud de la crítica en general, que se dejaba guiar por los gustos de moda; en resumen, el juicio supremo de la letra impresa, que tenía todavía gran poder entre nosotros, que estábamos acostumbrados a doblegarnos ante su autoridad; y aparte de eso, la debilidad que tenemos en este país por lo divertido y ridículo, y yo había tenido la mala suerte de que se me ridiculizara en varios artículos, no por mala intención sino por simple torpeza. Había una época en que el periódico de Odense, mi ciudad natal, me llamaba siempre «nuestro chico» y contaba cosas de mí que no podían tener el más mínimo interés para el público. Se sacaban párrafos de cartas privadas mías para exponerlas en el periódico, dejándome en ridículo; por ejemplo, una vez que había escrito desde Roma que había visto a la reina María Cristina de España en la Capilla Sixtina y que me recordaba a la mujer de Hartmann; el periódico de Odense, para evitar dar nombres, decía que «la reina Cristina se parece a cierta dama de Copenhague». A la gente le producía risa. No se sabe bien el daño que puede hacer la torpeza bien intencionada.

Desde entonces me quedó un miedo enorme a hablar de cualquier cosa con periodistas inconscientes, pero no era tan fácil escaparse. Siguieron ridiculizándome sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Una vez que iba de viaje y la diligencia paró media hora en la posada de Odense, el redactor de un periódico me preguntó:

—¿Viaja al extranjero?

—No —contesté yo.

—¿No tiene pensado hacer ningún viaje?

—Pues depende del dinero. Estoy escribiendo una obra de teatro y si tiene éxito, entonces podré pensar en marcharme.

—¿Y adónde piensa ir?

—No sé todavía. A España o a Grecia.

Esa misma tarde el periódico decía que Hans Christian Andersen estaba preparando una obra para el teatro y que si gustaba saldría de viaje para el extranjero y que iría a España o a Grecia.

Y esto naturalmente volvió a provocar las risas de los lectores. Una revista de Copenhague decía con mucha razón que el viaje iba

para largo. Primero había que escribir la obra, después tenía que ser aceptada, que tuviera éxito, y luego ni siquiera se sabía todavía si el viaje iba a ser a España o a Grecia. Le gente se reía y cuando se ríen de uno, se puede decir que tiene perdida la batalla. Me había vuelto muy susceptible y no tenía la prudencia de ocultarlo. Los chicos tiran piedras al pobre perro que nada contra corriente, y no lo hacen por maldad, sino para divertirse, y de igual forma se divertían a mi costa. Nadie salía a defenderme, pues no formaba parte de ninguna camarilla ni tenía amigo alguno que escribiera en los periódicos, así que tenía que defenderme solo; y encima había quien decía que sólo me movía en círculos donde la gente me admiraba; hay que ver lo mal que se conocen las cosas. Lo que digo no debe tomarse como una queja; no quiero restar méritos a todos aquellos que tanto aprecio y que sé positivamente que si me vieran en apuros, se desvivirían por ayudarme; pero es otro tipo de atención la que necesita un poeta, y yo no la encontraba por ninguna parte; en los círculos donde más se me estimaba, se asombraban tanto de mis éxitos en el extranjero como la crítica más adversa. La escritora sueca Frederika Bremer se quedó muy sorprendida al comprobarlo. Una vez estuvimos juntos en una reunión de esas donde la gente piensa que se me mima tanto. Ella, creyendo ser amable, dijo que «era extraordinario lo mucho que se apreciaba a Andersen en toda Suecia; casi en todos los hogares hay alguno de sus libros». La respuesta de la gente fue: «No le llene usted la cabeza de fantasías».

Mucho se ha hablado de que eso de venir de noble cuna no significaba ya nada en nuestros días, pero eso es hablar por hablar. Al estudiante pobre, por muy listo que sea, no se le acoge en las casas de la gente bien con la misma amabilidad que a un muchacho aristócrata, elegantemente vestido, o al hijo de un alto funcionario. Podría dar muchos ejemplos pero voy a contentarme con uno tomado de mi propia experiencia. No es cosa de nombrar aquí al culpable, pues es o ha sido (para situarlo en un pasado aún más remoto) persona muy considerada por todos.

La primera vez que Christian VIII asistió al teatro después de subir al trono, se representaba una de mis obras; yo estaba en el patio de butacas al lado de Thorvaldsen. Éste, al alzarse el telón, me dijo en voz baja: «El Rey le está saludando». «Debe ser a usted —

contesté yo— a mí es imposible». Levanté la vista hacia el palco real, el Rey volvió a saludar, y estaba claro que era a mí; pero yo sentía que cualquier malentendido por mi parte hubiera hecho que la gente se me echara encima; así que hice como si nada y me quedé sentado tranquilamente. Al día siguiente fui a saludar al Rey y darle las gracias por tan rara atención. Y él se rió de que no la hubiera aceptado en el momento. Días después se iba a celebrar un gran baile en el palacio de Christianborg, donde iba a asistir gente de todas las clases sociales. Yo también había recibido una invitación.

—¿Qué pinta usted allí? —me preguntó uno de nuestros hombres de ciencia ya anciano al oírme hablar de la fiesta un día en su casa.

—¿Qué pinta usted en sitios así? —repitió.

Yo contesté en tono de broma:

—Pues son los círculos donde mejor se me acoge.

Y él repuso enfadado:

—Pero es que usted no pertenece a ese mundo.

A mí no me quedó otro remedio que tomarlo a la ligera, como si no notara el insulto:

—El Rey mismo me ha saludado en el teatro desde su palco, así que igual puedo ir a su baile.

—¡Que le ha saludado desde su palco! —exclamó— ¡pero eso no le da derecho a engreírse de esa forma!

—Da la casualidad de que a ese baile —repliqué yo ya serio— va gente de la clase a la que yo pertenezco; van estudiantes.

—Sí ¿qué estudiantes? —preguntó.

Yo le nombré a un joven estudiante de su misma familia.

—¡No faltaría más! —repuso— ¡como que es hijo de un Consejero de Estado! ¿Qué era su padre?

La sangre empezó entonces a hervirme en las venas.

—Mi padre era un artesano —dije— yo me he ganado con mi propio esfuerzo y la ayuda de Dios el puesto que ahora ocupo y creo que usted debería respetarlo.

Jamás se me presentaron disculpas por aquellas palabras.

Cuando no se quiere ser injusto con nadie ni herir a personas que quizá le hayan molestado a uno, pero sin mala intención, no es fácil dar cuenta de todo el pesar que se ha ido acumulando en el

corazón; a mí se me ha hecho muy cuesta arriba en este libro y por eso no van aquí más que unas gotas de zumo amargo. He querido detenerme aquí a considerar estos pasajes de mi vida para que se entiendan mejor algunos aspectos de mi obra, y tenía que hacerlo ahora porque precisamente a la vuelta de mi largo viaje y tras la publicación de Bazar, parece que la crítica, si no dejó de atacarme, por lo menos cambió de actitud hacia mí. Todavía me quedaban por surcar mares tempestuosos, pero a partir de aquel momento había de ir avanzando hacia aguas más tranquilas, ganándome poco a poco la aceptación del público danés, que tanto deseaba, tal como Ørsted lo había pronosticado.

VII

Por aquel tiempo se observaba un gran revuelo en la vida política danesa, cosa que tenía sus ventajas pero también sus inconvenientes. El arte de la retórica, que hasta el momento se había practicado a la manera del filósofo, con piedrecitas en la boca, las piedrecitas de la vida cotidiana, extendía ahora su campo de acción a los grandes intereses del país. Yo, por mi parte, no sentía ninguna necesidad de mezclarme en tales asuntos, ni tenía aptitudes para ello. Además que considero que en nuestros tiempos la política es una desgracia para muchos poetas. Doña Política es la Venus que los atrae hacia su monte, donde encuentran la perdición. A esa poesía le pasa lo que a la prensa diaria, que se coge, se lee, interesa un momento y después se tira. En estos momentos todo el mundo tiene la manía de gobernar. Cada uno quiere imponer su propia opinión olvidando que las cosas se ven distintas desde la copa del árbol que desde sus raíces. Yo sigo a aquel que está guiado por unos ideales nobles, tanto si es príncipe como hombre del pueblo; a aquel que aspira a lo más alto y tiene aptitudes para alcanzarlo. La política no es lo mío, no se me ha perdido nada ahí. Es otra la tarea que Dios me ha encomendado, así lo sentiré siempre.

Entre las familias más ilustres del país me he encontrado siempre con gente amable y bondadosa que ha sabido apreciar las cosas buenas que hay en mí y me ha acogido en su círculo de amistades. Estas personas me han invitado también muchos veranos a sus propiedades en el campo, donde he podido gozar libremente de la naturaleza, de la soledad de los bosques y de lo que es la vida en las casas señoriales; allí fue donde descubrí verdaderamente el paisaje danés y allí escribí la mayoría de mis cuentos y mi novela *Las dos baronesas*. A la orilla de los tranquilos lagos en medio de la

espesura y en los prados que cruzan los ciervos y la cigüeña recorre con sus patas rojas, estaba a salvo de toda polémica, de discusiones políticas y de gente que predicaba las doctrinas de Hegel; la naturaleza en torno mío y dentro de mí me hablaba de mi misión. La baronesa Stampe de Nysø me introdujo en casa de los Dannenskjøld de Gissenfeld. En este palacio de aspecto conventual se celebraba la Navidad según las mejoras costumbres nórdicas, y la anciana condesa era una señora extraordinaria y muy cariñosa; allí no se me trataba como al hijo de familia pobre, sino con toda la amabilidad que corresponde a un huésped; ahora el cuerpo de la condesa reposa a la sombra de las encinas del lindero del bosque, en aquella naturaleza hermana de su corazón.

En varias de mis visitas a Nysø tuve ocasión de intimar con Thorvaldsen, al que se le había construido un taller en el parque; descubrí en él no sólo al artista sino a la persona; fue una época muy interesante, de la que volveré a hablar más adelante.

Toda esa vida en los más diversos ambientes influyó mucho en mi personalidad; he visto la misma nobleza humana entre la aristocracia que entre la gente más humilde; en lo bueno nos parecemos todos.

Pero la mayor parte del tiempo la pasaba en Copenhague, en casa del señor Collin; sus hijos e hijas casados me acogían también en sus hogares como a uno más de la familia. Mi amistad con el genial Hartmann se hizo también más profunda; su mujer, de espíritu delicado y llena de vida, había sabido crear el más cálido y venturoso de los hogares; era una persona apasionada e ingeniosa, de un candor adorable. Collin era mi consejero en las cosas prácticas, Ørsted en lo tocante a mi trabajo literario; cada vez éramos más amigos y nos entendíamos mejor; ya tendré ocasión más adelante de volver a referirme a la enorme importancia que han tenido en mi vida. Además continuaba yendo todas las tardes al teatro, que era para mí como un club, si se me permite llamarlo así; precisamente aquel año me habían dado un asiento en las filas de honor del patio de butacas, separadas por una barra de hierro del resto de la sala; la ley decía que todo autor que estrenara una obra en el teatro, tenía derecho a una butaca, dos le daban derecho a una butaca de platea y tres le colocaban en las filas de honor. Naturalmente tenía que tratarse de tres obras largas o de tantas

cortas que juntas pudieran llenar tres funciones de noche; entonces tenía uno acceso a las butacas donde se sentaban los caballeros del Rey, los diplomáticos y los funcionarios de más alto rango. Cuentan que a un escritor al que por sus méritos le correspondía un asiento allí, se le dijo; «Bueno, tendrá su asiento, pero sea discreto, que aquí vienen muchas personas importantes». A mí también se me concedió el honor de sentarme allí; entonces estaban Thorvaldsen, Weyse y Oehlenschläger, entre otros. Thorvaldsen quería que me sentara a su lado, hablara con él y le contara cosas, y mientras vivió así lo hice; también Oehlenschläger estuvo muchas veces sentado al lado mío, y lo que nadie se imagina es que, sentado entre aquellos genios, sentía mi alma llena de fervorosa humildad; desfilaban por mi memoria diferentes momentos de mi vida: aquel tiempo en que me sentaba en el banco de atrás del palco del coro, en el tercer piso, aquella vez que llevado por infantil superstición, me arrodillé en el escenario a oscuras y recité el Padrenuestro, justo delante del sitio que ahora ocupaba entre la gente más importante. Si alguna vez algún compatriota mío ha pensado en su asiento: «Mírale ahí, entre los grandes, lleno de soberbia y vanidad», ahora sabrá por mi confesión lo mal que me ha juzgado. Me sentía lleno de humildad y de mi corazón se elevaba una plegaria al cielo pidiendo fuerzas para hacerme merecedor de mi fortuna ¡Dios mío, haz que no deje nunca de sentir así!

Veía todas las noches a Thorvaldsen y a Oehlenschläger, los dos me han dado siempre muestras de amistad, los dos figuran entre los más claros luceros del firmamento nórdico y su luz resplandece en el interior de mi alma.

Oehlenschläger, fuera de las grandes reuniones, donde se mantenía callado y reservado, tenía un carácter franco e infantil que le atraía a uno. Bien es sabido lo que ha significado para la nación y para todo el mundo nórdico; era un poeta nato, parecía gozar de una juventud eterna y hasta en la vejez superaba a cualquier joven en productividad. Tuvo la amabilidad de escuchar mis primeros escarceos líricos y siguió con interés mi actividad literaria, y aunque durante mucho tiempo no expresó gran entusiasmo por mi obra, cuando la crítica y el populacho me juzgaban sin la más mínima consideración ni benevolencia, él fue uno de mis abogados más fieles. Un día que me hallaba muy

afligido por el trato tan duro que se me daba, él me abrazó diciendo: «No haga caso de ese griterío, yo le aseguro que usted es todo un poeta». Y empezó a hablar con gran entusiasmo de los poetas y de la falta de criterio de los daneses al respecto, y de lo que apreciaba mi obra. Admiraba en mí sobre todo al narrador de cuentos y sé que un día que alguien quiso hacerme de menos hablando de los crímenes contra la ortografía que había encontrado en un libro mío, Oechlenschläger intervino con mucha pasión: «¡Pero si ahí precisamente está la gracia! Son detalles característicos que ya le son propios. Esos son pecadillos sin importancia. El gran Goethe acostumbraba a decir: 'Deja la burrada como
está',
y ni siquiera se molestaba en corregirla». Más adelante volveré a referirme a algunos rasgos de su personalidad y a cómo se estrechó nuestra amistad en los últimos años de su vida. En el *Panteón danés* mi biógrafo señala algo que los dos tenemos en común:

«En nuestros días cada vez es más raro el artista o escritor que se abre camino gracias a una vocación innata que se revela temprano y con fuerza irresistible. A menudo son el destino o las circunstancias, más que su propio natural, lo que los lleva por esa senda. En el caso de la mayoría de los poetas de nuestro tiempo es muchas veces el descubrimiento precoz del mundo de las pasiones, experiencias interiores o factores externos, en lugar de la primitiva inclinación natural. En nuestra propia literatura sólo puede hablarse en realidad de verdadera vocación en el caso de Oehlenschläger y Andersen. Ello explica que el primero haya sido tan a menudo víctima de los ataques de la crítica y que al último no se le considere realmente como poeta más que en el extranjero, en países de civilización más antigua, que en su reacción contra las reglas de la vieja escuela, tornan a buscar la frescura y la naturalidad, mientras que los daneses todavía sentimos un temeroso respeto por el yugo de la tradición y la erudición caduca».

Thorvaldsen, a quien había encontrado por primera vez en Roma en los años 1833 y 1834, regresaba a Dinamarca. Su llegada se esperaba para el otoño de 1838 y se estaban haciendo grandes preparativos; desde la torre de Nicolai, una bandera ondeando al viento saludaría la entrada al puerto de la nave que lo traía. Era una verdadera fiesta nacional. Las embarcaciones se balanceaban en

el agua, a la entrada del puerto, empavesadas y llenas de flores. Tal como puede verse aún hoy día en el friso que adorna el museo de Thorvaldsen, cada agrupación llevaba su propia insignia en el pabellón: una los pintores, los escultores otra; los estudiantes, por ejemplo, llevaban una Minerva, los poetas un Pegaso dorado. En la barca de los poetas se distingue a Oehlenschläger, a Heiberg, a Hertz y a Grundtvig; a mí se me ve de pie en el banco de los remeros, abrazado al mástil y agitando el sombrero.

El día de la llegada hacía niebla y no se divisó el barco hasta que estuvo muy cerca de la ciudad. Al sonar las sirenas la gente se abalanzó hacia las instalaciones de la aduana; los poetas convocados por iniciativa de Heiberg, que era el que lo organizaba todo, estábamos ya listos para salir pero faltaban Oehlenschläger y el propio Heiberg y no había otro remedio que esperarlos. Se oían los cañonazos del barco, que ya echaba el ancla; para cuando llegáramos, Thorvaldsen habría bajado ya a tierra; el viento traía ya notas de canciones, el recibimiento triunfal había empezado; yo no me lo quería perder y apremié a los otros: «¡Vamos, a remar!». «¿Sin Oehlenschläger ni Heiberg?» —protestaron los otros—. «¿Pero no ven que no vienen y que se va a terminar todo?». Uno de los poetas dijo, señalando al Pegaso, que imaginaba que no se me ocurriría

salir bajo ese pabellón sin estar ellos. «Pues lo arrancamos» —dije yo quitando la bandera del palo; entonces los demás me siguieron y llegamos justo en el momento en que la barca de Thorvaldsen estaba arribando a tierra. A Heiberg y a Oehlenschläger nos los encontramos en un bote que habían tomado, y en seguida subieron a bordo de nuestra embarcación. Brillaba el sol, un arco iris magnífico coronaba el estrecho:

¡El arco triunfal de Alejandro!

Y no cabe duda de que aquello parecía la comitiva de Alejandro Magno. Fue algo mucho más grandioso de lo que dijeron los periódicos. En la orilla se oía gran algazara, la gente se había puesto a tirar del coche de Thorvaldsen y lo conducía hacia su casa, al otro lado del palacio de Amalienborg. La multitud se agolpaba ante la puerta y todo aquel que conocía un mínimo a Thorvaldsen o tenía un amigo que le introdujera, aprovechaba para colarse dentro. En la plaza hubo todo el día y parte de la noche grupos de curiosos que venían a ver los mismos muros rojos de siempre del palacio de Charlottenborg, simplemente porque allí dentro estaba Thorvaldsen. Por la noche los artistas fueron a darle una serenata. Bajo los grandes árboles del jardín botánico ardía una hoguera de antorchas. Gente de todas las edades desfilaba por la casa de Thorvaldsen y el homenajeado no se cansaba de repartir apretones de manos, besos y abrazos. A mí aquella aureola que rodeaba a Thorvaldsen me intimidaba. El corazón me latía fuertemente de la alegría de volver a ver a quien con tanta bondad me había acogido en el extranjero y, estrechándome contra su pecho, me había dicho: «Nosotros dos deberíamos ser amigos para toda la vida». Pero aquí, en pleno agasajo, con toda la gente pendiente de cada uno de sus movimientos, me exponía a que me juzgaran un vanidoso que sólo quería mostrar que «yo también era amigo de Thorvaldsen». Opté por pasar desapercibido, manteniéndome oculto entre el gentío, sin ser visto. Más tarde, una mañana temprano, cuando ya habían pasado unos días y no había nadie con él, fui a hacerle una visita, hallando en él al amigo de siempre, sencillo y cariñoso, que me abrazó con alegría expresando su asombro por no haberme visto antes.

En honor de Thorvaldsen se había organizado una especie de academia músico-poética; cada uno teníamos que escribir y recitar un poema en homenaje al recién llegado; yo había escrito uno sobre Jasón, que sale a buscar el vellocino de oro, y simbolizaba a Thorvaldsen en busca del dorado arte. La fiesta, muy popular y animada, terminó con un banquete y algo de baile; Thorvaldsen mismo, con la cara resplandeciente, salió a bailar una polonesa con una jovencita. Aquella noche era la primera vez que yo veía en Dinamarca que el fervor popular transcendía al mundo de las artes. Los estudiantes nombraron a Thorvaldsen miembro honorífico de su corporación y yo aproveché la ocasión para hacer una canción que gustó a todo el mundo.

Desde entonces veía a Thorvaldsen a diario en las fiestas de sociedad y en su taller. A veces pasaba varias semanas seguidas con él en casa del barón Stampe en Nysø, donde se le trataba como a huésped muy querido o mejor como a un miembro más de la familia, cuidando de él y de sus cosas y animándole a trabajar. La mayoría de las obras que hizo en Dinamarca, las hizo allí. Era una persona muy sana y con un gran sentido del humor, por lo que Holberg era su escritor favorito. Era el ser menos angustiado o atormentado del mundo; un carácter como el de Byron, por ejemplo, le era totalmente ajeno. Una mañana que estaba en Nysø trabajando en su propia estatua, fui yo a verle al pequeño taller que la baronesa Stampe le había mandado construir en el parque, junto al antiguo panteón familiar. Le di los buenos días y él no pareció enterarse, tan absorto estaba en su trabajo; de tanto en tanto retrocedía unos pasos y apretaba los dientes sanos y relucientes, como tenía por costumbre siempre que examinaba su obra. Yo salí sin decir nada. En la comida estuvo todavía más callado que de costumbre, y al pedirle alguien que dijera algo, contestó en un tono cortante muy suyo: «Me he pasado la mañana hablando, más que en varios días juntos, pero nadie ha querido escucharme. En un momento dado me doy cuenta de que Andersen está detrás mío, pues ha dicho “buenos días”, y me pongo a contarle una larga historia de algo que me pasó con Byron; yo esperaba alguna reacción y de pronto me doy cuenta de que llevo más de una hora hablando con las paredes». Le pedimos que volviera a contar la anécdota, pero esta vez fue mucho más breve: «Bueno, pues, fue en

Roma», dijo, «cuando estaba haciendo la estatua de Byron; él estaba sentado enfrente mío pero ponía una cara muy distinta de la suya habitual. Entonces yo le dije: “¿No podría estarse quieto? No ponga esas caras”. Y Byron: “Pues es la cara que tengo”. Y yo dije: “¿Ah, sí?”, y lo retraté como me pareció. Todo el mundo que lo vio, una vez acabado, dijo que se le parecía, todos menos Byron: ‘Éste no soy yo, yo tengo mucha más cara de
sufrimiento’.
Le encantaba sufrir», concluyó Thorvaldsen con mucha sorna.

Después de cenar gozaba oyendo música con los ojos entornados, y lo que más ilusión le hacía era cuando la baronesa sacaba el juego de la lotería y todo el mundo nos poníamos a jugar. Nysø entero aprendió a jugar; no nos jugábamos más que pedazos de cristal, así que no importa que cuente lo en serio que él se lo tomaba; le producía tal felicidad el ganar, que los demás le dejábamos. A mí terminaba aburriéndome tanta lotería y más de una noche de luna escapé al bosque al oír que me llamaban para jugar. Cuando le parecía que se trataba injustamente a alguien, Thorvaldsen salía siempre en su defensa. No le gustaba que la gente se riera de nadie, fuera quien fuera, ni que se gastaran bromas pesadas.

Estando con él en Nysø escribí algunos de mis cuentos, que él escuchaba con gran interés; a los cuentos no se les daba demasiada importancia entonces en Dinamarca. Muchas veces, al caer la tarde, cuando la familia se reunía en la terraza, Thorvaldsen me ponía una mano en el hombro y me decía: «¿Hay un cuento para los pequeños?». Aquel gesto tan natural suyo era el mejor elogio que se podía hacer a mi obra. Le divertía oírme contar una y otra vez los mismos cuentos; muchas veces, trabajando en alguna de esas obras suyas tan llenas de poesía, escuchaba con una sonrisa en los labios la historia de «El Patito feo» o «El trompo y la pelota».

Una mañana entré en su taller cuando estaba modelando en barro el gran bajorrelieve del Camino del Gólgota que adorna hoy la iglesia de Nuestra Señora. «Dígame una cosa —me preguntó— ¿le parece a usted que Pilatos está bien vestido así?». «No diga nada —me gritó la baronesa Stampe, que estaba en ese momento con él— Está muy bien, está estupendamente». Pero Thorvaldsen repitió su pregunta; «Bueno —contesté yo— ya que me pregunta, le diré que

en mi opinión Pilatos ahí más parece un egipcio que un romano». «Eso me parece a mí también», dijo Thorvaldsen y metiendo la mano en el barro, deshizo la figura. «Usted es responsable de que se haya arruinado una obra inmortal», gritó la baronesa. «Bueno, pues entonces vamos a hacer otra», dijo el escultor divertido, dando forma a Pilatos tal como aparece hoy en el bajorrelieve de la iglesia de Nuestra Señora.

En verano iba todos los días a los baños de la playa, que quedaban a cierta distancia de la finca; «Hoy igual podía no haber vuelto», me dijo muy gracioso un día que me lo encontré en el camino de vuelta. Y me contó que habiéndose sumergido en el agua, fue a salir justo debajo de la puerta de los baños, de forma que casi la saca de los goznes. «Se me nubló la vista —dijo— pero pasó rápido; si llego a perder el sentido, a lo mejor me hubiera encontrado usted flotando en el agua».

En Nysø se celebró su último cumpleaños. Ese día se escenificaron unas obras de Holberg y Heiberg; yo había escrito una canción para que se cantara en la mesa, pero antes aún tuve que improvisar otra; la baronesa me hizo llamar muy de mañana y me dijo que sería una buena idea que fuéramos a despertar a Thorvaldsen con música de almireces, tenazas, botellas, cucharas y tenedores, pero que para eso se necesitaba una copla, y que daba igual cómo fuera, con tal de que fuera divertida; así que tuve que escribir algo en un momento e ir a cantárselo con la tinta aún fresca; yo hacía el solo y los demás el coro, con un acompañamiento de lo más ruidoso. La copla decía así:

«Escucha esta canción,
que alegres te traemos,
cantamos en tu honor,
chocolate queremos.
Las voces levantad,
que ya va a despertar,
pues música celeste
venimos a ofrecerle.
Su genio ensalzó el mundo,
no se debe olvidar,
y con mucho barullo
lo hemos de festejar.

Dadle a la botella,
cantad con voz llena,
que os oiga Thorvaldsen,
el rey de las Artes.
La música se acaba,
pero hay que decir antes,
que nunca empañe nada
la obra de Thorvaldsen.
¡Cantad y bailad
hasta reventar!
¡Que viva Thorvaldsen,
el grande!»

Todo esto mientras zapateábamos, dábamos con las tenazas y rascábamos las botellas. Por fin apareció Thorvaldsen en calzoncillos, bata y pantuflas, agitando su gorra rafaelita, y empezó a bailar por la habitación repitiendo el estribillo:

¡Cantad y bailad
hasta reventar!

No le faltaban al anciano humor ni alegría de vivir.

El último día de su vida estuve yo sentado a su lado en la mesa. Los Stampe tenían su residencia de invierno en Copenhague; además de Thorvaldsen estaban Oehlenschläger, Sonne y Constantin Hansen. Thorvaldsen estaba de un humor extraordinario y contó algunos chistes que le habían hecho gracia; también habló del viaje que iba a hacer ese verano a Italia. Era domingo y precisamente aquella noche se iba a estrenar *Griseldis*, una tragedia de Halm; Oehlenschläger se iba a quedar a leer algo a la familia Stampe, Thorvaldsen prefería ir al teatro y me preguntó si quería acompañarlo, pero como aquella noche no tenía entrada libre y la obra la iban a volver a poner al día siguiente, le dije que esperaba; me despedí de él con un apretón de manos; al salir por la puerta le vi sentado en un sillón, junto al sofá, con los ojos cerrados, dando una cabezada. Salí sin hacer ruido, pero al volverme vi cómo abría los ojos, me sonreía y me decía adiós con la cabeza; fue el último adiós.

Me quedé en casa toda la tarde, por la mañana el camarero del hotel donde vivía me dijo: «¡Qué cosa más rara lo de Thorvaldsen, mira que morirse ayer así, de pronto!».

«¡Thorvaldsen! —exclamé yo sorprendidísimo— ¡qué va a haber muerto, si estuve cenando con él ayer!». «Dicen que murió anoche en el teatro», repuso el mozo. «Se habrá puesto enfermo» —dije yo creyendo que ese sería el caso, pero con una sensación de angustia extraña. Agarré mi sombrero y corrí a su casa. Su cadáver yacía en el lecho, la pieza estaba llena de desconocidos; el suelo estaba mojado de la nieve de sus zapatos, el aire era irrespirable. Nadie decía una palabra, la baronesa Stampe estaba sentada al borde de la cama llorando. Yo me sentía impresionado y conmovido.

El día del entierro de Thorvaldsen fue de luto nacional; se veía a hombres y mujeres vestidos de negro en las ventanas y en la calle, todos se descubrían espontáneamente al pasar el ataúd; había un silencio total, hasta los chicos más revoltosos y los niños más pobres estaban ahí cogidos de las manos formando hileras entre las que pasaba el cortejo funerario, que iba del palacio de Charlottenborg a la iglesia de Nuestra Señora, donde saldría a recibirlo el rey Christian VIII. El órgano tocaba una marcha fúnebre de Hartmann y la música sonaba con tal fuerza que era como si grandes espíritus invisibles se sumaran al cortejo. Ante el ataúd los estudiantes cantaron un himno que yo había escrito, también con música de Hartmann, que termina diciendo:

¡Que duermas bien, en nombre del Señor!

VIII

Un escritor inglés me llamó una vez «The child of fortune», y reconozco agradecido que he tenido muchas alegrías en la vida; por ejemplo, la suerte de llegar a conocer y tratar a las personas más notables de mi tiempo; de la misma manera que antes he hablado de la pobreza, las humillaciones y las presiones que he tenido que sufrir, quisiera contar ahora las cosas positivas; cuando hablo de honores y alegrías, algunos dicen que soy arrogante y vanidoso, pero se equivocan al darme tales apelativos.

De fuera es de donde me vienen fama y honores, y en Dinamarca se preguntarán quizá si es que nunca se han metido conmigo en el extranjero. Y a eso he de responder que no, que no me he tropezado nunca con verdaderas críticas; ahí por lo menos no me ha enseñado nadie nada, así que no debe haberlas habido, quitando una sola vez en un libro alemán, aunque hay que decir que las fuentes en que se basaba eran danesas. El autor era un tal señor Boas, un alemán que había recorrido Escandinavia, escribiendo luego sobre las experiencias de su viaje. En su obra hay una especie de panorama de la literatura danesa en el que se da una imagen bastante negativa de mí como persona y como escritor. Otros autores daneses, como por ejemplo Christian Winther, tendrían también motivos para quejarse. El señor Boas basaba sus comentarios en los chismes que había oído en Copenhague; el libro causó gran impresión aquí, pero nadie quería hacerse responsable de lo que allí se decía; y hasta el poeta H.
P. Holst,
que según se ve en el libro, había viajado con él a Suecia y le había recibido en Copenhague, se apresuró a explicar que no tenía relación alguna con el señor Boas. Parece que este hombre había entrado en contacto en Copenhague con cierto grupito de jóvenes

que se entretenían sacando defectos a los escritores daneses y a sus obras. El alemán había tomado nota de todo y lo había contado en su libro, pero no hay una palabra de verdad en lo que dice. Da una imagen de mí, no sólo como poeta sino también como persona, que aunque coincida con lo que opinan muchos daneses, resulta excesivamente desfavorable. Como cabía esperar, los primeros que me pusieron al tanto de lo que había dicho el señor Boas, fueron compatriotas míos en el extranjero; los alemanes, en cambio, entre ellos Ludwig Tieck, procuraron borrar el mal efecto que aquello había hecho, asegurando que yo tenía muchos lectores en Alemania y que la buena opinión que tenían de mí no iba a cambiar porque el señor Boas me quitara mérito basándose en lo que se decía en Copenhague. En la versión alemana de *El cuento de mi vida* me refiero a este episodio añadiendo algo que puedo repetir aquí, y es que estoy seguro de que si el señor Boas hubiera venido a Copenhague un año más tarde, su opinión sobre mí quizá hubiera sido otra. En un año cambian muchas cosas, y justo al año siguiente aumentó mi popularidad con la publicación de mis *Nuevos cuentos*, con los que me gané por fin en mi patria la aceptación de que todavía disfruto. Desde ese momento no he tenido motivos de queja; puedo decir que se me hacen los honores que merezco e incluso más.

De todo lo que he escrito lo que más se considera en Dinamarca son, sin duda alguna, mis cuentos. Por eso voy a detenerme a hablar un poco de ellos, aunque hay que decir que el éxito lo han tenido con el tiempo, pues la acogida que se les dispensó en un principio no fue precisamente como para dar ánimos a nadie.

En mi libro *Viaje al Harz* pueden verse ya en germen cuentos posteriores míos como, por ejemplo, «La sirenita». Pero hasta 1835 no publiqué mi primer cuaderno de *Cuentos*, que pasó sin pena ni gloria, y hasta se dijo que era una lástima que un autor que parecía haber dado un paso hacia adelante al escribir *El improvisador*, volviera a dar ahora un paso hacia atrás publicando una cosa tan infantil como aquellos cuentos. En un momento en que lo que hubiera necesitado era que se me dieran ánimos para continuar por aquel camino nuevo que había emprendido, lo que se hizo fue censurarme.

Muchos amigos cuya opinión yo tenía en gran estima, se empeñaron también en disuadirme de escribir cuentos pues, según la mayoría, carecía de talento para ello y además no era del gusto de la época. Otros opinaban que si pretendía escribir cuentos, debía estudiar primero los modelos franceses. La *Revista mensual de literatura* ni siquiera se molestó en hacer comentarios. No ha hecho nunca la menor referencia a mis cuentos. En el año 1836 sólo la revista *Dannora*, dirigida por Johannes Nikolai Høst, traía una reseña que ahora puede que resulte graciosa pero que entonces me molestó mucho, como es natural. Dice que «estos cuentos podrían divertir a los niños pero en nada contribuir a su formación, no atreviéndonos siquiera a asegurar que sean inofensivos. No puede decirse al menos que se aprenda mucha decencia leyendo la historia de una princesa que durmiendo va montada a lomos de un perro a ver a un soldado que encima la besa, y luego, al despertar, relata su bonita aventura como si fuera un sueño extraordinario». El crítico considera que «La princesa del guisante» no tiene ninguna gracia, que «no sólo es una historia poco delicada sino verdaderamente nociva, ya que el niño puede sacar la conclusión de que una dama noble tiene por fuerza que ser frágil». Al final se expresa el deseo de que el autor «deje de perder el tiempo escribiendo cuentos infantiles». Pero la necesidad que yo sentía de escribir cuentos era tan grande que no pude dejar de hacerlo. En el primer librito había narrado viejos cuentos que había oído de niño; los había narrado en

el mismo tono natural en que los recordaba, pero sabía que la crítica iba a censurar ese lenguaje mío; por eso, para que el lector supiera a qué atenerse, había llamado a mis narraciones *Cuentos para niños*, aunque mi idea era que fueran también para los mayores; el primer libro terminaba con una narración original mía: «Las flores de la pequeña Ida», que fue la que menos criticaron, a pesar de que recuerda bastante cosas de Hoffmann y aparece ya en embrión en *Viaje al Harz*.

Cada vez tenía más ganas de escribir cuentos, no podía evitarlo; el asomo de complacencia que algunos habían mostrado con los cuentos de mi propia invención, hizo que me animara a escribir más; al año siguiente salió otro librito y al poco tiempo un tercero. Uno de ellos, «La sirenita», también inventado por mí, despertó un interés especial, que aumentó con los libros siguientes. Todas las Navidades salía uno y pronto se convirtieron en el típico regalo de Pascuas; había un ejemplar debajo de cada árbol. Incluso se empezó a contarlos en escena, lo que por lo menos no era tan aburrido como aquellas obras declamadas de las que estábamos tan hartos. No resultaba mal, y con el tiempo fue teniendo bastante aceptación. Uno de los críticos alemanes de más peso me habló una vez de lo mucho que le gustaban aquellas veladas de cuentos y sacó la conclusión de que el público danés debía ser especialmente culto y tener muy buen gusto para poder gozar de lo esencial prescindiendo de toda la farfolla. Yo podía haberle contestado que no era a los cuentos a lo que se aplaudía sino al célebre actor que los leía.

Como ya he dicho, para que los lectores no se esperaran otra cosa, había titulado mis primeras narraciones Cuentos para niños; las había escrito en el mismo lenguaje y con las mismas expresiones con que se las contaba de palabra a los pequeños y estaba convencido de que gustaban a gente de todas las edades; lo que más divertía a los niños era lo que podíamos llamar la fachada; a los mayores, en cambio, lo que les interesaba eran las ideas que había detrás. Los cuentos pasaron a ser lectura de niños y mayores, y yo creo que esa es la meta a que debe aspirar todo narrador de cuentos. Empezaba a ganarme el corazón de la gente; entonces suprimí el «para niños» y publiqué tres libritos más, ahora bajo el título de *Nuevos cuentos*, todos de mi propia invención. Tenían tanto éxito que cada vez que publicaba uno nuevo, me entraba verdadero

terror de defraudar las ilusiones de la gente. La revista *Patria* publicó la primera reseña verdaderamente elogiosa de la primera colección de *Nuevos cuentos*, en la que entre otros estaban «El patito feo» y «El ruiseñor». Esa misma revista comentaba más tarde la buena acogida que estos trabajos míos tenían en el extranjero; en 1846 escribía, por ejemplo:

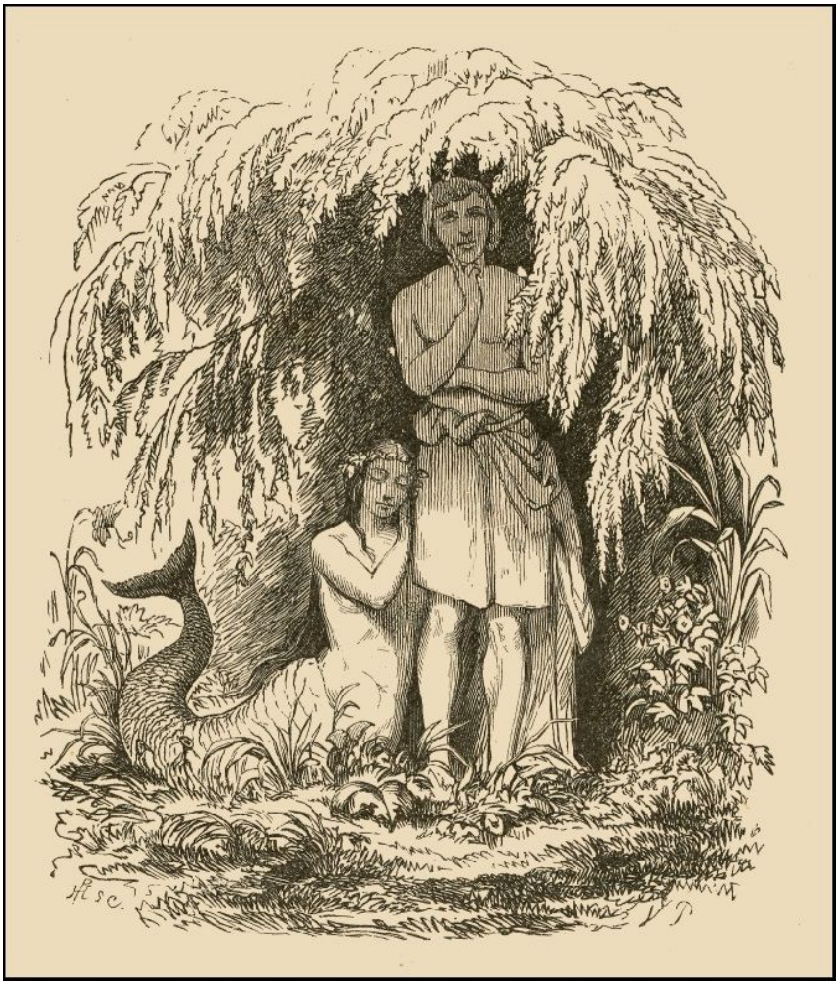
> En la revista londinense *The Atheneum*, conocida por la imparcialidad de sus críticas sobre literatura inglesa, aparece la siguiente reseña de la traducción de los cuentos de Andersen: «Aunque pueda parecer capricho nuestro, nos atreveríamos a afirmar que el comentario que mejor cuadraría a esta obra sería una música de elfos como la que compuso Weber para las sirenas en su Oberón o como pueda improvisarla Liszt en un momento de dulce arrebato. Una reseña común y corriente resultará siempre demasiado prosaica, áspera y pesada para invitar a lectores sensibles a adentrarse en páginas tan llenas de magia como éstas. No puede hablarse de que el mundo envejece ni puede decirse, como se lamentan algunos, que el poeta se ha convertido en un ente melancólico que pierde el tiempo buscando riquezas ocultas en las tumbas de los antepasados, mientras sigan aflorando a la superficie tesoros tan sublimes como éste».

¡Qué contraste con las primeras reacciones en Dinamarca! Aquí la única persona que expresó decidido entusiasmo por mis cuentos fue P.
L. Møller.
En aquel tiempo él era el único que tenía el valor de alabarme por escrito; era autor de la mayoría de las biografías de *Panteón danés* y en la mía me había ensalzado sobremanera; aunque su opinión no contaba demasiado; la gente estaba en contra suya porque no seguía las corrientes de la moda; pero al fin y al cabo era una opinión oficial que estaba a mi favor y no en mi contra. Se hablaba bien de mis *Cuentos*, tanto fuera como dentro de Dinamarca, y eso me daba fuerzas para resistir las ofensas que pudieran hacérseme por otros lados. Por fin se me aceptaba. Era como si un rayo de sol me calentara el corazón. Me sentía animoso y contento y deseando hacer muchos progresos en aquel campo, penetrar en los secretos

del mundo de los cuentos, estudiar a fondo el rico manantial de la naturaleza, de donde había de beber mi inspiración, y es verdad que si se leen mis cuentos siguiendo el orden en que han sido escritos, se notará una progresión tanto en la profundidad del pensamiento como en el dominio de los medios de expresión e incluso, si se me permite decirlo, una mayor frescura y naturalidad.

Como el montañero que penosamente escala la ladera de una empinada montaña, así había yo ido ascendiendo también paso a paso por una vertiente hasta alcanzar un lugar seguro en la literatura de mi país. La aceptación y la amabilidad del público danés pudieron más en mí que toda la despiadada crítica. En mi interior se hizo la luz, me sentí lleno de paz y convencido de que todo aquello, incluso lo más amargo de mi vida, había sido necesario para formarme y darme la felicidad.

Los cuentos se tradujeron a la mayor parte de las lenguas europeas; hasta ahora se han publicado varias veces en alemán, agotándose las ediciones, y lo mismo en inglés y francés; han salido también en sueco, flamenco, holandés, etc., demostrándose así que he hecho bien en seguir la senda que el Señor me había trazado en lugar de la que me señalaba la crítica, que era «estudiar los modelos franceses». De otra forma no hubiera podido tener la influencia que en algún sentido espero haber tenido en las letras danesas.



IX

De aquella época data una amistad de gran importancia para mí; antes he hablado de diversos personajes públicos que han influido mucho en mi carrera literaria, pero nadie ha podido ejercer en mí más provechosa influencia que la persona a la que voy a referirme ahora. De ella aprendí a olvidarme de mi propio «yo» y descubrir la esencia sagrada del arte; a reconocer, en suma, la misión que Dios me había encomendado como poeta.

Tengo que remontarme al año 1840. Un día, en el hotel de Copenhague en que vivía, leí en el tablón de anuncios, entre los nombres de otros huéspedes de Suecia, el de Jenny Lind. Ya por entonces sabía que era la primera cantante de Estocolmo; aquel mismo año había estado en el país vecino, donde se me habían dispensado toda clase de honores, y me pareció oportuno ir a ponerme a disposición de la joven artista. Todavía no se la conocía fuera de Suecia, afirmaría incluso que pocos debían ser los que conocían su nombre en Copenhague; me recibió muy cortés pero distante, casi fría; dijo que estaba viajando con su padre por el sur de Suecia y que se habían acercado a conocer Copenhague. Nos despedimos como dos desconocidos y a mí me dio la impresión de una persona muy corriente que caería pronto en el olvido. En otoño de 1843, Jenny Lind estaba de nuevo en Copenhague; mi amigo Bournonville, el gran maestro de *ballet*, que tenía una mujer encantadora, hija de un pastor sueco y amiga de Jenny Lind, me contó que estaba en la ciudad y que guardaba un grato recuerdo de mí; ahora había leído mis obras y tendría mucho gusto en saludarme; me llevó a verla pidiéndome que le ayudara a convencerla de que aceptara cantar en el Teatro Real; dijo que me iba a entusiasmar cómo cantaba. Subimos a ver a Jenny Lind y esta vez no me recibió como a un extraño sino que me estrechó

cariñosamente la mano y se puso a hablar de mis obras y de Frederika Bremer, que era también muy amiga suya; pronto recayó la conversación sobre su aparición en Copenhague, pero Jenny Lind se mostró muy asustada de la idea: «Todavía no he cantado nunca fuera de Suecia —dijo— y allí son todos tan amables conmigo que me moriría si cantase en Copenhague y me patearan. No me atrevo». Yo le dije que naturalmente no podía juzgar cómo cantaba, porque no la había oído, y que tampoco conocía su talento dramático, pero que estaba seguro de que tal como estaban las cosas en Copenhague, con un poco de voz y ciertas dotes para la escena le bastaría para tener éxito; que pensaba que debía intentarlo.

Así, gracias a los esfuerzos de Bournonville, el público de Copenhague pudo gozar de uno de los mayores acontecimientos teatrales de su vida. Jenny Lind era una verdadera revelación en el reino de las artes; su maravillosa voz, llena de frescura juvenil, llegaba a los corazones de todos. La autenticidad de su canto daba una fuerza especial a sus interpretaciones. Luego Jenny Lind dio un recital de canciones suecas. Fue algo tan asombroso y encantador que uno se olvidaba de que estaba en la sala de conciertos, hechizado por la fuerza de las melodías populares en aquella voz que era todo femineidad marcada por el sello inmortal del genio. Copenhague entero estaba entusiasmado; bien es verdad que hubo círculos distinguidos que prefirieron ir a ver a los italianos, que estaban de moda, en lugar de oírla a ella, que no tenía todavía fama ninguna; pero a cuantos la oyeron, les fascinó. Jenny Lind fue la primera artista a la que dieron una serenata los estudiantes daneses. Había dejado el hotel para ir a vivir a casa de los Bournonville, donde se la trataba como a una amiga muy querida. Una tarde había ido con ellos a ver al director Nielsen, que vivía en la avenida de Frederiksberg, y allí, en la penumbra del anochecer, la sorprendieron los cantos y la luz de las antorchas. Una de las canciones era mía. Ella correspondió cantando un par de canciones de su repertorio y después vi cómo se refugiaba en el rincón más oscuro para dar rienda suelta a su emoción: «Juro —decía— que trabajaré con todas mis fuerzas para hacerlo mejor la próxima vez que venga a Copenhague».

En el escenario era una gran artista que deslumbraba a todos los

que la rodeaban, en privado una joven tímida con alma de niña. Su aparición en Copenhague marcó una época en la historia de nuestra ópera. Ella me enseñó el sentido sagrado del arte, pues era una de sus vestales. Poco después de su regreso a Estocolmo, Frederika Bremer me escribió estas líneas sobre ella: «No podemos estar más de acuerdo en lo que respecta al arte de Jenny Lind: ocupa el lugar más alto que pueda ocupar una artista en nuestro tiempo. Pero usted no sabe todavía todo lo que vale. Hable con ella de su arte y advertirá su inteligencia, y verá su cara radiante de emoción; hable después con ella de Dios y de la santidad de la religión y verá lágrimas en sus inocentes ojos; como artista es maravillosa, pero todavía es mejor como persona».

Al año siguiente estuve en Berlín; un día vino a verme el compositor Meyerbeer y empezamos a hablar de Jenny Lind; él la había oído cantar las canciones suecas y se había quedado asombrado. «Pero ¿cómo actúa? ¿cómo dice las réplicas?», me preguntó, y yo le expresé mi gran fascinación. Me dijo que a lo mejor iba a traerla a Berlín, que la cosa se estaba negociando. Y en efecto, actuó en Berlín, asombrando y entusiasmando a todos, y desde Alemania su fama se extendió a toda Europa.

En el otoño de 1845 volvió a Copenhague y organizó un revuelo tremendo. El poder de la fama, que corre como la pólvora, hace que de pronto todos descubran al genio. La gente era capaz de pasar la noche a la puerta del teatro con tal de conseguir una entrada. Y lo mismo ocurrió en muchas otras ciudades de Europa y América. En Copenhague Jenny Lind pareció a sus admiradores todavía mejor que la vez anterior, pues tuvieron ocasión de verla en muchos más papeles. En *Norma*, por ejemplo, estaba sublime. En cada actitud suya podía haber servido de perfecto modelo a un escultor; sus movimientos no parecían nada estudiados, daban la impresión de ser espontáneos, producto de la inspiración del momento. Yo he visto hacer *Norma* a las más grandes figuras, pero por mucha emoción y arte que pusieran en el papel, ninguna me ha fascinado como Jenny Lind. Su versión me parece la más conmovedora y auténtica. Norma no es una italiana furiosa sino la mujer ofendida, la mujer que tiene corazón para sacrificarse por una rival inocente. La mujer a la que, en un momento de arrebato, puede ocurrírsele la idea de matar a los hijos del amante infiel pero que, al mirar a los

inocentes a la cara, se siente desarmada. «Norma, sacerdotisa santa», canta el coro, y esa «sacerdotisa santa» la ha captado muy bien Jenny Lind y así nos la presenta en el aria «casta diva».

Jenny Lind cantaba en sueco, los demás en danés, y las dos lenguas hermanas se fundían bellamente, sin molestar al oído. En *La hija del regimiento*, donde hay bastante diálogo, el sueco hacía,

incluso, especialmente elegante. ¡Y qué manera de actuar! Aquello ya no era arte, sino la realidad misma. Nunca se ha visto en escena nada más auténtico. Lo que allí se nos muestra es una muchacha salvaje, criada en un campamento, pero en cada uno de sus movimientos le sale a relucir el encanto, la nobleza innata. No hay duda de que *La hija del regimiento* y *La sonámbula* son dos grandes creaciones de Jenny Lind, nadie puede comparársele en estos papeles. Con ellos reímos y lloramos y, al abandonar la sala, nos sentimos como quien sale de la iglesia, convertidos en personas mejores. Nos hacen sentir la presencia de Dios en el arte como en un santuario donde nos encontramos con la divinidad cara a cara. Mendelsohn me dijo en una ocasión hablando de Jenny Lind: «En siglos no se había dado un ser así», y sus palabras expresan lo mismo que yo siento. Verla a ella en escena es como beber el néctar divino en un cáliz de pureza. «Sería la persona ideal para representar a mi Valborg», decía Oehlenschaläger con cara de emoción. Luego le dedicaría un poema muy sentido. Thorvaldsen reconoció en ella al genio desde el momento en que la vio aparecer en escena, y cuando yo les presenté en el teatro, se inclinó ante ella y le besó la mano. Ella se sonrió y quiso besar la de él, y yo estaba todo asustado, pensando en el público que nos estaba mirando y al que tanto le gusta criticar.

La belleza de su arte sólo era comparable a la de su personalidad cuando se la trataba de cerca. Entonces era cuando verdaderamente se advertía el hechizo de su alma sabia e infantil a la vez; disfrutaba sintiéndose a salvo de las miradas del público; soñaba con un hogar solitario y tranquilo pero amaba el arte con todo su corazón y estaba dispuesta a cumplir con su misión. Un corazón tan noble como el suyo no se corrompe con los halagos de la fama; sólo una vez la he visto orgullosa de su propio talento. Fue con ocasión de su última visita a Copenhague. Casi todas las noches cantaba en la ópera o tenía algún concierto, estaba ocupada a todas horas, pero un día oyó hablar de la Junta para la protección de niños desvalidos, que por entonces no contaba sino con muy escasos medios; yo fui uno de los que le hablé del trabajo de esta organización. «Seguro que tengo una noche libre —dijo en seguida— puedo dar una función para recaudar fondos para esos niños, pero vamos a poner las entradas al doble». Y eso que tenía a gala

que no se subieran nunca los precios cuando cantaba en Copenhague. Se organizó una función en la que interpretó escenas de *El cazador furtivo* y *Lucía de Lammermoor*. Esta última, especialmente, le salió tan bordada que ni el mismo Walter Scott hubiera podido soñar con una imagen más fiel de su afortunada Lucía. Se sacó mucho dinero, y cuando le dije que con aquella suma había suficiente para socorrer a los pobres niños por un par de años, exclamó con lágrimas en los ojos: «¡Oh, qué suerte tengo de saber cantar!».

Yo la quería como un hermano y me sentía dichoso de haber encontrado un alma como la suya. Todo el tiempo que estuvo en Copenhague, la vi a diario; se alojaba en casa de Bournonville y yo me dejaba caer constantemente por allí. Antes de su partida dio un gran banquete en el Hotel Royal al que estaban invitados todos los que, según ella, le habían hecho favores. Y creo que a todos, menos a mí, les hizo un pequeño obsequio; a Bournonville le regaló una copa de plata con la inscripción: «Al maestro Bournonville, que ha sido como un padre para mí en Dinamarca, mi segunda patria». Bournonville pronunció unas palabras de agradecimiento, diciendo que ahora todos los daneses iban a querer ser hijos suyos para convertirse en hermanos de Jenny Lind. «Iban a ser demasiados para mí —bromeó ella— mejor prefiero tomar a uno como hermano en representación de todos. Andersen ¿quiere usted ser mi hermano?». Y acercándose a mí con la copa llena de champán, brindó conmigo por el nuevo parentesco.

Después de su partida, seguimos en contacto por carta; yo la quería muchísimo. Volvimos a vernos en Alemania e Inglaterra; sobre nuestra amistad podría escribirse un libro entero, pero quiero decir sólo una cosa: que con Jenny Lind descubrí la esencia sagrada del arte, con ella aprendí que hay que olvidarse de uno mismo en aras de algo superior. Durante largo tiempo no ha habido persona que tuviera en mí influencia tan benigna como Jenny Lind, y por eso guardo como el bien más preciado su recuerdo.

Con satisfacción he podido comprobar que conforme se me han ido abriendo los secretos de la vida y el arte, mayor calor he encontrado también en mi entorno ¡Qué bendición ésta tras tiempos tan sombríos! La paz y la confianza se han instalado ahora en mi alma; aunque esta paz no está reñida con el ajetreo de una vida

viajera. Hubo una época en que me sentía tan oprimido y atormentado en mi país que salir fuera suponía al menos un descanso de mis padecimientos: el exterior adquirió así un aura de paz que me resultaba muy grata, y como tengo facilidad para abrirme a las personas que me tratan con cariño y confianza, me sentía bien fuera y me gustaba salir al extranjero.

¡Viajar es vivir!

En el verano de 1844 visité otra vez el norte de Alemania; una familia de Oldenburgo, la del actual ministro von Eisendecher, muy culta y amable, me había invitado a pasar una temporada en su casa; el conde Rantzau-Breitenburg reiteraba también en sus cartas lo grata que le sería una visita mía en el hermoso Holstein, y al final me decidí a partir; no fue uno de mis viajes más largos pero sin duda uno de los más interesantes.

En el año 1831, la primera vez que viajé a Alemania y visité el Harz y la Suiza sajona, vivía todavía Goethe; mi más fervoroso deseo había sido ir a verlo. Weimar no dista mucho del Harz, pero no tenía ninguna carta de recomendación y entonces no se había traducido todavía ni un verso mío. Muchos me habían pintado a Goethe como una persona muy distinguida ¿estaría dispuesto a recibirme a mí? Lo dudaba y decidí no ir a Weimar hasta haber publicado alguna cosa que me diera a conocer en Alemania. Lo conseguí con *El improvisador*, pero entonces Goethe ya había muerto; a su nuera, la Sra. de Goethe, nacida Pogwisch, la había conocido después en casa de los Mendelsohn, a mi vuelta de Constantinopla; según dijo, había venido en tren desde Dresden expresamente para saludarme, y la distinguida señora me acogió con el mayor afecto; me contó que su hijo Walther me tenía desde hace años gran aprecio y de niño había hecho toda una obra de teatro a base de mi novela *El improvisador*, que la obra se había representado en la casa de Goethe y que Walther en aquella época estaba obsesionado con la idea de ir a verme a Copenhague; un viajero danés al que se había encontrado en la Suiza sajona, le había dado incluso una carta para mí pero no había hablado por lo demás especialmente bien de mi obra y se había asombrado de la importancia que me daba el joven Goethe como poeta danés.

Así pues, tenía amigos en Weimar. Un extraño afán me empujaba a ver aquella ciudad en la que habían vivido Goethe, Schiller, Wieland y Herder, y de la que tanta luz se había derramado al mundo. Entré en el pequeño Estado, de noble y larga historia, tierra de Lutero, célebre por la fiesta de los cantores de Wartburg. Llegué a la acogedora ciudad el 24 de junio, justo el día del cumpleaños del actual Gran Duque. Todo tenía aire de fiesta, y con gran júbilo se recibió en el teatro, donde estrenaban una ópera nueva, al joven duque. Lo último que podía imaginarme yo entonces era el profundo significado que todo aquel esplendor iba a tener en mi vida, la amistad que haría con muchos de los allí presentes, el cariño que le tomaría a aquella ciudad, que llegaría a ser mi hogar en Alemania. Fui introducido al anciano canciller Müller, noble amigo de Goethe, que me dispensó la más calurosa acogida. En esta primera visita me encontré casualmente con el chamberlán Beaulieu de Marconnay, al que conocía de Oldenburgo y que acababa de ocupar su cargo en Weimar; no tenía familia y me ofreció ir a vivir a su casa durante mi estancia, en lugar de hacerlo en un hotel, así que a las pocas horas estaba cómodamente instalado allí. Hay personas a las que no se necesita conocer mucho tiempo para tomar afecto; en aquellos días hice, pienso, un amigo para toda la vida. Me llevó a todas partes y me introdujo a las familias más eminentes; el canciller Müller se ocupó de mí con la mayor amabilidad, y yo, que a mi llegada me había sentido bastante perdido, pues la Sra. de Goethe y sus hijos estaban en Viena, era ahora conocido y bien recibido en todos los círculos de Weimar.

El Gran Duque y la Gran Duquesa me trataron con una consideración y una cordialidad que me impresionaron profundamente; una vez presentado, se me invitó a su mesa y poco después el joven duque me envió también recado de que los visitara a él y a su esposa, princesa de los Países Bajos, en su palacio de Ettersburg, situado fuera de la ciudad, a la altura de los extensos bosques. Fui con el canciller Müller y con Eckermann, el biógrafo de Goethe; el coche se detuvo a poca distancia del palacio y un joven de expresión afable y mirada radiante y benévola nos paró y nos preguntó: «¿Traen a Andersen?». Y al ver que se ponía tan contento de verme, le apreté la mano; «me alegro mucho de que venga», dijo, «enseguida me reúno con usted». «¿Quién era ese

joven?», pregunté yo cuando el coche volvió a arrancar. «Era el duque», dijo el canciller Müller; así que ya estaba presentado. Enseguida estábamos todos en el palacio, donde siempre me sentiría tan bien acogido; por todas partes caras amables, alegría y animación. Después de la comida los duques y todos los invitados bajamos al pueblo; la gente joven de la comarca se había reunido allí para celebrar el cumpleaños del duque, a su vuelta a Ettersburg. Se habían levantado cucañas adornadas con pañuelos y cintas que ondeaban en el aire; tocaban los violines y había un animado baile bajo el enorme tilo. En todo se notaba una alegría, un contento, un aire de domingo. La pareja de duques, casada hacía poco, parecía unida por un sentimiento realmente auténtico. Si uno aspira a sentirse feliz en una corte durante mucho tiempo, tiene que olvidarse de signos externos y mirar el corazón que late debajo de ellos; uno de los que con mayor nobleza late es el de Karl Alexander de Sajonia-Weimar. He tenido el privilegio de poder comprobarlo tanto en tiempos de alegría como de tristeza. Ya en mi primera estancia en Weimar tuve ocasión de visitar varias veces Ettersburg; en su parque, desde el que se vislumbran las montañas del Harz, me enseñó el duque un árbol viejo en cuyo tronco habían grabado sus nombres Goethe, Schiller y Wieland; hasta el mismo Júpiter había querido dejar allí su impronta hendiendo con un rayo una de sus ramas. Al círculo de Ettersburg pertenecían también la Sra. von Gross (conocida como escritora bajo el seudónimo de Amalie Winter), el anciano canciller Müller, que tenía un arte especial para hacernos revivir la época de Goethe y explicarnos su *Fausto* a base de brillantes comentarios, y Eckermann, siempre fiel, con un alma de niño. Las tardes pasaban como en un iluminado sueño; nos turnábamos para leer en alto, yo también me atreví a leer en alemán uno de mis cuentos, «El soldadito de plomo». El canciller Müller me llevó al panteón de los príncipes, donde yace Karl August al lado de su insigne esposa, y no entre Schiller y Goethe como yo creía cuando escribí: «El príncipe ha creado aquí su propio arco iris de gloria, estando como está entre la luz del sol y el agua del torrente». Los inmortales amigos descansaban muy cerca de los féretros que contenían los restos de Karl August y su esposa, los príncipes que supieron comprender y apreciar la grandeza; coronas de laureles marchitos cubrían las sencillas cajas pardas cuya gloria

está en los inmortales nombres: Goethe y Schiller. En la vida caminaron juntos el príncipe y los poetas, en la muerte su polvo descansa bajo la misma bóveda. Un lugar así no se borra nunca del pensamiento, en él dice uno en silencio esa plegaria que sólo llega a oídos de Dios.

Al abandonar Weimar sentí como si ya antes hubiera vivido en esta ciudad, como si dejara allí un entrañable hogar. Al salir por la puerta y atravesar el puente al lado del molino, miré por última vez la ciudad y el palacio y mi alma se llenó de una profunda melancolía; era como si acabara un hermoso capítulo de mi vida; me parecía que en abandonando Weimar ya nada en el viaje podía contentarme. Cuántas veces no habrá volado hasta allí desde entonces la paloma mensajera y más aún el pensamiento. De Weimar, la ciudad de la poesía, viene el sol que ilumina mi vida de poeta.

X

Corría el año 1848, año explosivo en el que las grandes tempestades de la época iban a salpicar también de sangre a nuestra patria.

Ya en los primeros días de enero, cayó enfermo el rey Christian VIII; la última vez que lo vi fue una tarde que se me invitó a tomar el té con él, pidiéndoseme que llevara algo para leer a su Majestad. Además del Rey estaban también la Reina, una dama de honor y un caballero de la corte. El Rey me recibió con todo cariño pero sin poderse levantar del diván en que estaba postrado. Leí un par de capítulos de mi novela *Las dos baronesas*, todavía sin acabar; el Rey parecía muy animado, estuvo riéndose y hablando mucho. Al marcharme me despidió desde su lecho con una leve inclinación de cabeza, muy amable y contento. Las últimas palabras que le oí fueron: «Hasta muy pronto». Pero no volvimos a vernos más. Se puso muy grave; yo estaba muy inquieto, tenía miedo de perderle e iba a diario al palacio de Amalienborg a preguntar cómo se encontraba; pronto se tuvo la certeza de que aquello iba a ser su muerte. Yo fui, muy apenado, a llevarle la noticia a Oehlenschläger que, por extraño que parezca, no sabía aún que peligraba la vida del Rey. Al verme tan afligido, se echó a llorar, pues sentía afecto por el Rey. A la mañana siguiente, me lo encontré bajando la escalinata de Amalienborg apoyado en Christiani. Venían de la antesala real. Oehlenschläger estaba todo pálido y al pasar me apretó la mano sin decir palabra; tenía lágrimas en los ojos. La vida del Rey se daba ya por perdida.

El 20 de enero fui varias veces al palacio y me quedé parado en la nieve, mirando hacia las ventanas tras las que agonizaba mi Rey. Expiró a las diez y cuarto.

A la mañana siguiente, el gentío se arremolinaba ante el palacio

donde yacía muerto el rey Christian VIII. Yo me fui a casa a llorarle. Había perdido a uno de los seres que más amaba en el mundo.

Lleno de tristeza, escribí unas estrofas en recuerdo suyo. Había un verso que decía:

> Supiste apreciar lo que verdaderamente vale

y la gente, en seguida, pensó que lo decía por mí mismo. La ciudad entera estaba conmocionada. Iba a comenzar una época nueva. El 28 de enero se proclamaría la Constitución.

El cuerpo de Christian VIII fue expuesto en palacio; yo fui a verlo y me produjo una impresión tan dolorosa que me puse enfermo y tuvieron que llevarme a una de las salas contiguas.

El 25 de febrero se trasladó el cadáver del Rey a Roskilde; yo oí doblar las campanas desde mi casa.

Había una gran agitación en toda Europa. En París había estallado la revolución y Luis Felipe abandonaba Francia con su familia. La oleada de revueltas se propagó a las ciudades alemanas; aquí, en Dinamarca, no lo sabíamos todavía más que por la prensa. Sólo aquí reinaba todavía la paz; aún se podía respirar tranquilo, ir al teatro y gozar de los placeres de la vida.

Pero la paz no iba a durar mucho, la borrasca se estaba acercando a Dinamarca. De repente estalló la revuelta en Holstein. La noticia se propagó como un rayo, estremeciendo a todo el país.

En el salón del gran casino se congregó una muchedumbre ingente y al otro día se mandó una delegación al rey Federico VII. Yo estaba en la plaza del palacio y vi llegar a toda aquella gente. Pronto se conoció en la capital la respuesta del Rey y el cese del gabinete de gobierno. En los diferentes ambientes en que me movía pude observar las reacciones más diversas ante los acontecimientos. Grandes grupos de gente recorrían, día y noche, las calles cantando canciones patrióticas; no es que se sobrepasara nadie, pero producía cierto desagrado encontrarse con aquellas hordas de gente extraña con rostros desconocidos. Diríase que se trataba de otra raza. Muchos partidarios de la paz y el buen orden decidieron, por ello, sumarse al tumulto callejero para impedir que se desbordara. Yo también formé parte del comité encargado de mantener el orden y había que tener cuidado, pues en cuanto la masa empezaba a gritar

el nombre de algún sitio donde ir a armarla, bastaba con que una sola persona diera la voz de «¡adelante!» para que todos la secundaran. El público se ponía a cantar en el teatro y la orquesta tenía que tocar himnos a la patria. Se dieron órdenes de iluminar la ciudad y lo curioso fue que precisamente la gente que menos comulgaba con el nuevo gobierno, fue la primera en poner velas en las ventanas para que no les rompieran los cristales.

Vino una delegación de Holstein a Copenhague y había una hostilidad enorme hacia ellos, pero el Rey hizo leer una proclama en que decía: «El pueblo danés me responde con su honor de la seguridad de los delegados de Schleswig-Holstein».

Los estudiantes reaccionaron muy bien al llamado, hablando a las turbas para apaciguarlas; se apostaron soldados en las calles por las que había de pasar la delegación para dirigirse a su barco, y mientras el gentío aguardaba allí, los delegados salían por el canal de detrás del palacio hacia las aduanas, subiendo así a bordo sin ser notados.

La gente se estaba preparando para la guerra tanto en tierra como en el mar. Cada uno cooperaba según sus fuerzas. Uno de nuestros funcionarios más competentes vino a verme a casa y me dijo que por qué no escribía yo algo sobre nuestra causa en la prensa de Inglaterra, donde tanto se me leía y apreciaba. Escribí en seguida al señor Jerdan, redactor de *Literary Gazette*, quien rápidamente publicó mi carta, que daba una idea muy clara de la situación que se estaba viviendo en Dinamarca:

> Copenhague, 13 de abril de 1848
>
> Querido amigo:
>
> No hace más que unas semanas que le escribí, pero si se piensa en la cantidad de cosas que han ocurrido desde entonces, diríase que han pasado años. Nunca hasta ahora me había metido en política, pues considero que es otra la misión del poeta. Pero en estos momentos en que una gran convulsión sacude nuestros contornos, no pudiendo uno pisar el suelo sin sentirla hasta en la punta de los dedos, no queda otro remedio que hablar. Ya sabe usted lo que ocurre en Dinamarca: estamos en guerra, pero una guerra en la que el pueblo danés entero está empeñado con todo su entusiasmo, una guerra a la que voluntariamente marchan desde el noble hasta el campesino más

humilde, convencidos de lo justo de su causa; yo quisiera hablarle a usted de ese entusiasmo, de ese ardor patriótico que mueve hoy a toda la nación danesa.

La falsa imagen que los dirigentes de Schleswig-Holstein han venido dando de nosotros durante años al honrado pueblo alemán a través de la prensa, y el que el príncipe de Noer haya ocupado la fortaleza de Rendsborg afirmando que el Rey danés no era libre y que actuaba en interés de su Real Majestad, ha indignado a los daneses y el pueblo se ha levantado como un solo hombre; han olvidado las rencillas de la vida cotidiana para consagrarse únicamente a la noble causa. Reina gran agitación pero se mantienen el orden y la unidad; gente de todos los estratos sociales hace donación de su dinero, hasta el artesano más pobre y la criada de servicio contribuyen con lo que pueden; corrieron rumores de que se necesitaban caballos y a los pocos días habían llegado tal cantidad del campo y de las ciudades que el ministro de guerra tuvo que anunciar que ya no eran necesarios más; todas las mujeres están haciendo hilas en sus casas; los chicos de las últimas clases de los colegios fabrican cartuchos; los que saben usar las armas, están ejercitándose. Jóvenes aristócratas se alistan como soldados rasos y usted comprenderá que esa igualdad en el amor a la patria y en el afán de defenderla enciende aún más el valor y el entusiasmo de los combatientes.

Entre los voluntarios hay un hijo del gobernador de Noruega, un joven de la mejor familia. Estuvo por aquí este invierno y, entusiasmado con nuestra causa, quiso participar también en la lucha, pero no pudo admitírsele por ser extranjero; entonces, ni corto ni perezoso, fue y se compró una propiedad en Dinamarca y así pudo presentarse a filas como soldado danés. No tuvo reparo en ponerse la guerrera de soldado y partió, como uno más, con alguno de los batallones que marchaban hacia el frente. Comería del rancho y le pagarían sus doce reales diarios, compartiría en todo la suerte de sus camaradas. Como él han hecho muchos otros daneses de todas las categorías sociales; hacendados y estudiantes, ricos y pobres van cantando jubilosos a la lucha como a una fiesta. Nuestro Rey mismo, como buen danés, ha marchado al cuartel general del ejército, lleno de fe en su buena causa; lleva consigo a su guardia; en ella hay algunos hombres de Holstein a los que se les dio la opción de quedarse,

en lugar de ir a luchar contra sus paisanos, pero ellos pidieron que se les permitiera ir y les fue concedido.

Hasta el momento presente, el Señor nos ha favorecido y confiamos en que continúe haciéndolo. El ejército avanza victorioso, hemos tomado la isla de Als, así como las ciudades de Flensburg y Schleswig. Nos hallamos ya en la frontera de Holstein y hemos capturado más de mil prisioneros; a la mayoría se los ha trasladado a Copenhague, sumamente indignados con el príncipe de Noer, que les había prometido arriesgar la vida a su lado para luego abandonarlos a la primera, cuando vio que los daneses entraban en Flensburg a golpe de fusil y bayoneta.

En esta hora en que vientos de dirección cambiante asolan nuestras tierras, hay sólo uno que no cambia: Dios, eternamente justo. Vela por Dinamarca, que sólo lucha por que le sean reconocidos sus derechos; la verdad triunfará en los pueblos y las naciones.

El lema de Europa es y será siempre: «Defender los derechos de las naciones y trabajar por el bien». Esto es lo que me hace confiar en el futuro. Los alemanes son un pueblo honrado, amante de la verdad. Llegará el momento en que comprendan el problema de estas regiones, y su hostilidad dejará paso al respeto y la amistad. ¡Ojalá ocurra pronto! ¡Que la faz del Señor ilumine a todos los pueblos!

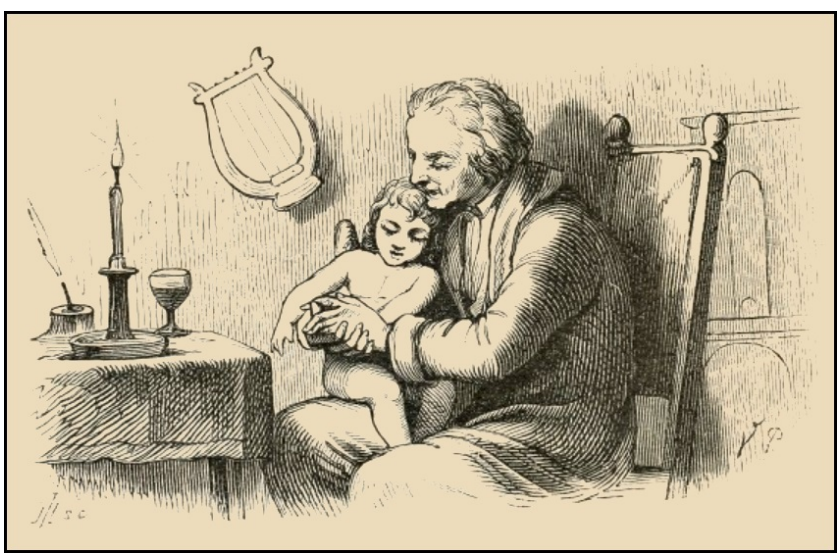
Hans Christian Andersen

Esta fue una de las pocas cartas de daneses que se publicaron en la prensa extranjera.

Yo sufría muy especialmente con aquella infortunada guerra; sentía más que nunca las profundas raíces que tenía en esta tierra, lo danés que era mi corazón; hubiera querido alistarme y dar la vida por la victoria y la paz, pero al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en todo lo que debía a Alemania, en la aceptación que había tenido allí mi obra y en la cantidad de alemanes a que me sentía unido por lazos de gratitud y afecto. Todo aquello me hacía sufrir muchísimo y, por si fuera poco, algún que otro fanático, como si percibiera mi dilema, descargaba contra mí toda su amargura y su furia. A veces no podía más. Pero para qué hablar de ello. Más vale olvidar las palabras de aquel tiempo y que se cierren las heridas abiertas entre pueblos hermanos. También en aquella

ocasión fue Ørsted quien me dio ánimos, diciendo que vendrían tiempos mejores en que se conocería la verdad. Y así ha sido.

Por todas partes se respiraba amor y solidaridad; muchos de mis amigos jóvenes se presentaban como voluntarios. Antes sólo los desesperados se vestían la guerrera roja; al soldado de infantería se le consideraba un pobre hombre; ahora aquel uniforme se había convertido en un símbolo de honor. Por todas partes se veían damas emperifolladas del brazo de soldados de roja guerrera. Uno de los primeros muchachos de clase alta que vistieron el uniforme de soldado fue Løvenskjold, hijo del gobernador noruego, y también el conde Adam Knuth, que acababa de hacer la confirmación. Este último perdió una pierna de una descarga. Løvenskjold cayó, igual que Lundbye, el pintor, sólo que la muerte de éste fue por accidente; se lo oí contar a un testigo presencial. Parece que Lundbye estaba de pie, apoyado en su fusil con aire de tristeza, cuando pasaron por allí unos campesinos y tropezaron con los otros fusiles, que estaban apilados delante suyo. Se oyó una descarga y Lundbye se desplomó por tierra; la bala le había entrado por el mentón, desgarrándole la boca y arrancándole un trozo de carne con barba; se le oyeron apenas unos leves quejidos; se le enterró envuelto en la bandera danesa.



A mí se me saltaban las lágrimas al ver el entusiasmo de

aquellos jóvenes, así que un día que alguien estaba contando no sé qué gracia acerca de los señoritos que antes habían ido con guantes de charol y ahora llevaban las manos llenas de ampollas de tanto cavar trincheras, no pude contenerme y grité con toda mi alma: «¡Yo se las cubriría de besos!». Casi a diario marchaban al frente grupos de jóvenes. Un día, después de despedir a un amigo, escribí la canción:

No puedo quedarme, tengo que marchar

que pronto cantó todo el mundo.

«Por Pascua Florida doblaron las campanas». Amaneció en Schleswig el trágico Domingo de Pascua en que las tropas enemigas barrieron a nuestro ejército; el país estaba de negro luto; pero no se perdieron los ánimos y se aunaron todavía más los esfuerzos. Esto se notaba hasta en los más mínimos detalles.

Los prusianos avanzaban por Jutlandia, mientras nuestras tropas pasaban a Als. A mediados de mayo fui a Fionia y me encontré el palacio de Glorup ocupado por nuestras tropas, que tenían su cuartel general en Odense. En Glorup había acuartelados ochenta hombres, además de varios oficiales de alto rango. El general Hedemann hacía maniobras en las inmediaciones.

A los voluntarios que iban con la tropa el viejo conde les daba trato de oficiales y los sentaba con él a la mesa.

La mayoría de los oficiales habían estado ya en campaña y contaban las peripecias que habían vivido. Una vez habían tenido que acampar en mitad de un pueblo y dormir a la intemperie arrimados a las casas, con el macuto por almohada; otra vez habían dormido hacinados en cuartuchos pequeños donde por todo lecho había un arcón con remaches de latón que se le clavaban a uno en el cuerpo; pero ellos, agotados, se quedaban dormidos en cualquier parte. Un joven médico contó su marcha con los soldados a través de los desnudos páramos, donde una iglesia hizo las veces de hospital de sangre; a pesar de haber encendido las velas del altar, estaban medio a oscuras; a lo lejos se oían disparos de alarma: el enemigo se acercaba; yo sentía la tensión de aquella escena como si la estuviera viviendo.

Los prusianos se habían adentrado en Jutlandia y exigían el

pago de cuatro millones como tributo. Pronto llegaron noticias de nuevos combates. La gente ponía todas sus esperanzas en los suecos, que iban a venir en nuestra ayuda. El desembarco sería en Nyborg; todo estaba preparado para darles un gran recibimiento.

Al palacio de Glorup fueron a parar dieciséis oficiales suecos con sus ayudantes y veinte hombres más entre músicos y suboficiales; entre los suecos venían cuatro hombres que había tenido que poner el duque de Augustenborg, mejor dicho habían tenido que ponerlos sus tierras en Suecia contra su señor.

Todo el mundo recibió a los suecos con gran alborozo. Un buen ejemplo de hospitalidad fue el que dio la anciana señora Ibsen, ama de llaves en Glorup, que tenía que resolver el alojamiento de todos aquellos suecos; alguien propuso: «Que duerman en el granero». «¡En el granero, encima de la paja! —replicó ella— ¡Ni hablar! tendrán camas de verdad, y si viene a ayudarnos le haremos una a usted también». Y dicho esto, ordenó que de puertas y tablas se les construyeran una especie de divanes para doce en diez habitaciones. Consiguió también edredones, y hasta sábanas burdas, pero bien blancas, hubo en su cuartel, como ella lo llamaba. Yo escribí más tarde en el *Nordischer Telegraph* un reportaje sobre el paso de los soldados suecos por Fionia, basado en lo que había visto en Glorup. Lo reproduzco aquí para dar una imagen de la emoción del momento.

> La llegada de los suecos a Fiona en 1848
>
> No tengo más remedio que hablarles un poco del paso de los suecos por Fionia. Su estancia aquí es uno de los recuerdos más hermosos de aquel verano. Tuve ocasión de ver el alegre recibimiento que se les hizo en todos los pueblos, la gente agitando banderas con las caras radiantes; en todos los caminos esperaban ansiosos grupos de campesinos de todas las edades, preguntando si no llegaban ya los suecos. Se les salió a recibir con comida y bebida, con flores y abrazos. Eran gente afable y soldados disciplinados. Tenían cosas muy emocionantes, como la oración de la mañana y de la tarde o el oficio de los domingos, que se celebraba al aire libre, como era costumbre en tiempos de guerra desde la época de Gustavo Adolfo. El oficio se celebraba en el patio viejo, en la parte donde estaba alojado uno de los oficiales del alto mando con algunos oficiales más y la banda de

música completa; las tropas entraban al son de la música en el gran patio cuadrado del palacio y se quedaban allí formadas con los oficiales en cabeza; entonces empezaba el canto de los salmos acompañado por la música. Aparecía el celebrante en la gran escalinata, que tenía la balaustrada de piedra cubierta por un gran tapiz. Me acuerdo muy bien del último domingo. El oficio había empezado con un tiempo tormentoso y el pastor estaba hablando de los ángeles de la paz que bajaban del cielo como el rayo de sol que Dios envía para calentarnos, cuando, de pronto, salió casualmente el sol, iluminando los brillantes cascos y los rostros fervorosos. Pero lo más solemne de todo era la oración de la mañana y de la tarde. Las compañías formaban en la carretera, un suboficial leía una breve oración y se entonaban los salmos sin acompañamiento de ninguna clase; una vez finalizado el canto, la fila entera gritaba: «¡Dios salve al Rey!». Al borde del camino y detrás de la cerca se veía a nuestros viejos campesinos con las cabezas descubiertas y las manos juntas, siguiendo en silencio el acto religioso.

Después de las maniobras diarias los soldados suecos ayudaban a la gente de la finca en los trabajos del campo, pues aquel había sido un año de abundante cosecha. Allí nadie se estaba de brazos cruzados. En el palacio, como teníamos la música del regimiento, se tocaba todas las tardes hasta que se ponía el sol, y la larga alameda se llenaba de gente de toda la comarca. Era como una fiesta diaria. Al anochecer, se reunía la gente en el tinelo, los suecos empezaban a tocar el violín y se iniciaba el baile con gran contento de todos. El campesino de Fiona y el soldado sueco no tardaron mucho en poder entenderse. Daba gusto ver cómo se abrían los corazones unos a otros, cómo cada uno ponía lo que podía de su parte. Pero ¿es que el ejército sueco no pensaba entrar en combate? habrá más de uno que se pregunte. Y yo preguntaría, a mi vez: ¿acaso todas las batallas se ganan con la espada? Con la llegada de los suecos a Fionia mucha gente del pueblo tuvo ocasión de comprobar algo que en los últimos años habían aprendido más que nada los jóvenes de las universidades: el respeto, la amistad, la comprensión; ¿qué sabían el campesino de Fionia y el sueco del parentesco que los unía? Hasta ahora nos separaba el recuerdo de viejas enemistades, ahora se ha producido un acercamiento de los países vecinos, se ha sembrado la semilla de la

comprensión, y la comprensión es fuente de paz que trae la bendición a los pueblos. En el momento de la despedida, más de unos ojos se llenaron de lágrimas; igual en el palacio señorial que en la casa del labrador. En los muelles de Nyborg, donde habían ondeado las banderas sueca y danesa para dar la bienvenida a los amigos, la gente concertaba ahora futuros reencuentros en tiempos de paz. Dinamarca no olvidará a los amigos suecos, pues tuvieron corazón para nosotros. En muchas poblaciones suecas que no nadan lo que se dice en la abundancia, empezó a recaudarse dinero, «el óbolo de la viuda», para el hermano danés. Cuando se propaló por Suecia la noticia de la derrota danesa en Schleswig, la comunidad estaba reunida en la iglesia y el pastor oraba a Dios por la patria y el Rey. Entonces un viejo campesino se levantó de su asiento y dijo: «Padre ¿no podría usted rezar también una oración por los daneses?». En estas cosas pequeñas es precisamente donde sale a relucir lo que hay de divino en el hombre.

Los países nórdicos se comprenden y se aman ¡quiera Dios que ese espíritu de unidad y amor se extienda a todas las naciones!

Pasé la mayor parte del verano en Glorup, y estuve también allí en primavera y otoño, con lo que fui testigo de la llegada de los suecos y de su partida. No llegué a ir al campo de batalla, me quedé en Glorup, a donde continuamente llegaba gente de allí, además de múltiples curiosos y familiares que venían a ver a sus seres queridos. Pero la belleza de algunas escenas de guerra me llegaba como un aroma que se me subía a la cabeza; me contaron de una anciana abuela que había salido al camino con sus nietos a recibir a nuestras tropas y que había echado flores a su paso, gritando con sus pequeños: «¡Dios bendiga a los daneses!». También oí hablar de que en el huerto de un labrador crecían, por un capricho de la naturaleza, amapolas rojas con una cruz blanca, igual que la bandera danesa. Uno de mis amigos fue a Als y pasó de allí a Dybbøl, donde todas las casas estaban llenas de grietas y agujeros de las granadas y cañonazos y, sin embargo, en una casa se veía todavía el símbolo de la paz: un nido de cigüeñas con toda una familia; ni las balas ni el fuego ni el humo habían conseguido ahuyentar a los padres lejos de sus polluelos, que todavía no habían

aprendido a volar.

A finales del verano el correo me trajo una carta de letra desconocida. Su contenido me conmovió profundamente y al mismo tiempo me dio una idea de cómo podían interpretarse los acontecimientos por ahí fuera. La carta era de un alto funcionario, súbdito de un soberano extranjero; decía que, aunque no me había visto nunca y no me conocía en absoluto, pensaba, por lo que había leído de mi obra, especialmente la versión alemana de *El cuento de mi vida*, que podía confiar en mí. Y contaba que una mañana había llegado a la ciudad donde vivía la noticia de que los daneses habían atacado e incendiado Kiel; los jóvenes se echaron en seguida a la calle y, en la exaltación del momento, su hijo menor marchó también con otros jóvenes a ayudar a los que estaban en apuros; el joven cayó prisionero en la batalla de Bau y fue trasladado a Copenhague a bordo del barco «Reina María»; después de pasar allí largo tiempo se les dio permiso para bajar a tierra; pero se cometieron algunos excesos, y entonces se decidió dar permiso sólo a aquellos que conocieran a alguien en Copenhague que pudiera responder de su comportamiento. El autor de la carta no conocía a nadie en Copenhague; la única persona de quien sabía algo era yo, y en mí ponía su fe y confianza para que diera garantías por su hijo, que era hombre de muy buen corazón. Me preguntaba también si no podía buscarle alojamiento con una familia de Copenhague «que no odiara demasiado a los alemanes».

Su confianza me conmovió, y rápidamente escribí a Copenhague, a uno de mis amigos más influyentes, adjuntándole la carta alemana, para que comprendiera bien el asunto; le preguntaba si bajo mi responsabilidad podía cumplir con lo que allí se pedía y socorrer al joven. Yo sabía que cada hora que pasaba era una hora más en prisión y por eso mandé un mensajero a caballo a la ciudad próxima. La respuesta me llegó con el primer correo, diciendo que no era preciso hacer nada, que precisamente en aquellos días se había devuelto a todos los prisioneros a Kiel. Me alegré por el afligido padre y me sentí satisfecho de haber hecho lo que me dictaba el corazón; pero no necesitaba contestar la carta. El hombre no supo nunca el interés que me tomé por él. Ahora, en estos momentos de paz venturosa, aprovecho para mandarle el saludo que le debía, y quisiera añadir que su carta me emocionó y que

actué como habrían hecho muchos otros compatriotas míos en los que se hubiera depositado tal confianza.

Dejé Glorup a finales de otoño. La proximidad del invierno daba reposo a las operaciones bélicas y era como si en aquella calma aparente cada cual pudiera dedicar más atención a sus tareas habituales. Ese verano en Glorup había terminado mi novela *Las dos baronesas*, que había ganado mucho con la inspiración proporcionada por el bello entorno natural.

Salió el libro y, consideradas las circunstancias, tuvo bastante buena acogida, aunque hubo un crítico que al parecer no era capaz de separar la ficción de la novela de los conflictos del momento, pues no le parecía buena idea que la anciana baronesa, contenta de que a su caballero favorito le gustara tanto Londres, hiciera un brindis por Inglaterra. A él le parecía que era demasiado pronto para brindar, ya que Inglaterra aún no había hecho nada por los daneses.

Heiberg había leído mi libro y me escribió unas líneas muy cordiales invitándome a su casa con unos cuantos amigos y conocidos. A mitad de la reunión se levantó y pronunció un bonito brindis en mi honor: «Por su novela, que nos alegra el corazón como un paseo por el bosque en primavera». Era la primera vez en muchos años que escuchaba algo agradable de labios de Heiberg y me hizo mucho bien; más vale olvidar las cosas malas y recordar las buenas.

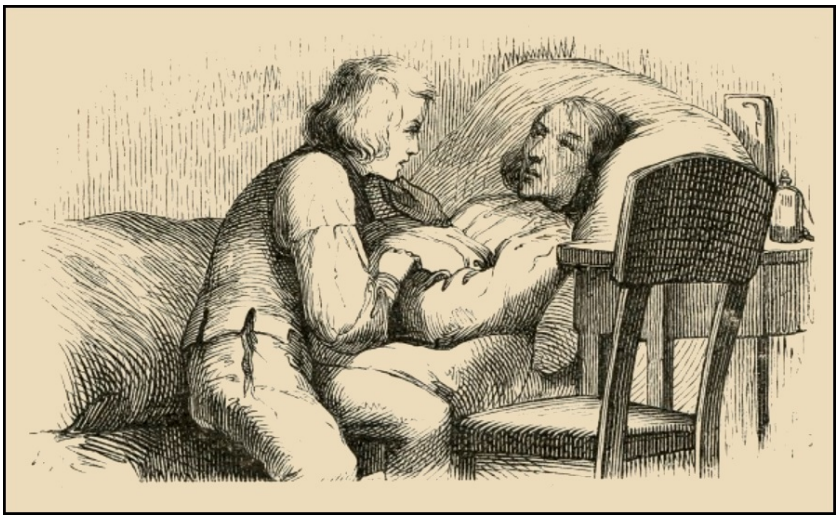
El 18 de diciembre se celebraba el centenario del teatro danés; Heiberg y Collin acordaron que me encargara yo de la presentación del festejo. Bournonville había hecho un *ballet* que había titulado *Viejos recuerdos*. Por él desfilaban, como en una linterna mágica, las escenas más vistosas de los diversos *ballets* del repertorio. Mi idea para la presentación había sido muy del agrado de la dirección, pues estaba muy inspirada en la realidad más actual. Yo sabía con qué ánimos iba la gente al teatro en aquellos días, lo poco que en realidad les importaba, pues sus pensamientos estaban lejos, con los soldados en el frente; así que no había otro remedio que seguir el rumbo de sus pensamientos e intentar atraer su atención del campo de batalla al escenario del teatro. Yo tenía el convencimiento de que en el momento actual nuestra fuerza no estaba en la espada sino en el espíritu y por eso escribí «El baluarte de las artes», que ahora

figura en mis obras completas. El día de la conmemoración, el público lo aplaudió mucho; pero se cometió el error de repartirlo entre los de abono como propaganda para atraer público para las funciones siguientes. Ya he dicho que en la gala tuvo mucho éxito y que la gente se emocionó mucho, pero luego estaban las críticas, y alguien dijo que empalagaba ese elogio continuo a los daneses y a la bandera nacional, que deberíamos dejar que nos alabaran los demás en lugar de hacerlo nosotros mismos. Otro crítico, no sé si por ignorancia o por mala fe, interpretaba lo que yo había escrito de forma que no había quien lo conociera. En la tercera función el público se lo sabía ya de memoria y ni siquiera aplaudió. El redactor de *Norte y Sur*, que no era muy partidario de mi obra, se refirió en su crítica precisamente a esa función. Desde luego, si se propusieron dejarme mal, lo consiguieron, pero yo sigo creyendo que la idea era buena y que era lo único que podía hacerse en aquel momento con los ánimos como estaban.

Una tarde de abril nos llegó la noticia de que el Jueves Santo había volado por los aires con toda su tripulación el barco «Christian VIII». Un grito de dolor sacudió el país entero. Fue un día de luto nacional. Yo me sentía como náufrago a la deriva. Una sola vida que se hubiera salvado sería como una victoria, un tesoro incalculable. Me encontré en la calle con un amigo, el capitán Christian Wulff, con la cara radiante de emoción; me estrechó la mano y me dijo: «¿Sabes quién regresa a casa? ¡El teniente Ulrich! No ha muerto con los otros, se ha salvado, ha logrado huir y alcanzar nuestra posición; yo lo traigo ahora a casa». Yo no conocía de nada al teniente pero rompí a llorar de alegría. «¿Dónde está? ¡Tengo que verlo!». «Tenía que ir al ministerio de Marina y luego iría a casa a ver a su madre, que lo da por muerto».

En el primer almacén me hice con una guía y encontré la calle donde vivía la madre de Ulrich. Cuando llegué a la casa me entró de pronto miedo de que no supiera nada todavía y por eso pregunté a la criada que me abrió la puerta: «¿Están contentos o tristes en la casa?». A la chica se le iluminó la cara. «Están contentísimos, porque acaba de llegar el hijo como caído del cielo». Entonces ya pasé al salón, donde estaba congregada la familia entera vestida de negro; se acababan de poner la ropa de luto esa misma mañana, cuando apareció, tan campante, el hijo que creían muerto. Corrí a

abrazarlo, llorando de la emoción, y ellos no me vieron como un intruso.



XI

El año de 1850 empezó con una gran tristeza para mí, una gran tristeza para Dinamarca y para las Bellas Letras. En mi primera carta del año a Weimar, comunicaba la dolorosa noticia:

> Oehlenschläger ha muerto el 20 de enero, el mismo día que Christian VIII y casi a la misma hora; dos veces me pasé aquella tarde a ver a Oehlenschläger, sabía por los médicos que estaba a las puertas de la muerte, y al pasar por Amalienborg, miré las ventanas apagadas del palacio y me estremecí al pensar que hace dos años temía por la vida de mi amado Rey y hoy estaba lleno de inquietud por otro rey: el rey de la poesía. Fue una buena muerte.

Pero el año cincuenta fue también el año de la victoria. Cuando llegó la noticia de la batalla de Idsted, casi no pude alegrarme del triunfo de nuestras tropas, pues me acongojaba la muerte de tantos hombres y especialmente la de Læssøe; escribí a su madre a media noche; no sé qué fuerzas le dio Dios para soportar aquella pérdida tan grande.

Tras la lucha y la victoria nos sonrió la paz, esa paz que esperábamos con el corazón ansioso.

El regreso de los soldados supuso una fiesta de varios días. Guardo de ello un recuerdo maravilloso que no olvidaré nunca. Escribí una canción para que la cantaran los voluntarios suecos y noruegos al salir a recibir a los soldados daneses a la avenida de Frederiksberg. En Vesterport había un cartel que decía:

> Su promesa ha cumplido el valiente soldado.

Los gremios salieron con sus enseñas y estandartes, como sólo los habíamos visto antes en alguna obra de teatro. La gente modesta se sentía orgullosa de ver allí su propia enseña, de la importancia que tenían los de su clase en la gran ciudad. Tocaba la música y las manzanas doradas bailaban en la fuente de Gammel Torv, como si fuera el cumpleaños del rey.

En todas las casas ondeaban banderas danesas, noruegas y suecas. Había carteles con mucho sentido; uno, por ejemplo, decía: «Victoria - Paz - Reconciliación». Reinaba la alegría, uno se sentía «danés de corazón». Al llegar los primeros soldados, empezaron a correrme las lágrimas por las mejillas.

¡Ya están ahí! ¡Ya suena el disparo de alerta!
¡Mirad qué magníficos, qué fuertes regresan!
¡Bravo! ¡bravo! ¡valientes, hermosos soldados!
Vienen con flores en casco y fusil,
es la primavera que llega con ellos,
hablemos con todos, corramos allí,
nuestra bendición con gusto os daremos.
Supieron, como pocos, resistir y luchar,
no conocen siquiera la gloria de su afán.
La más bella dama, con su boca de rosa,
besaría este día al soldado dichosa.
¡Bravo! ¡bravo! ¡valientes, hermosos soldados!

Las caballerizas reales, adornadas con guirnaldas y banderas al viento, se habían convertido en el pórtico de la victoria. A los oficiales se les había puesto una mesa al pie de tres palmeras adornadas con doradas frutas; los soldados se sentaron en largas mesas; les servían estudiantes y otros muchachos jóvenes; música, canciones y discursos se alternaban bajo una lluvia de ramos y coronas de flores. Daba gusto estar allí y hablar con aquellos hombres sencillos y valientes que ni siquiera sabían que eran unos héroes.

Por aquellos días precisamente, mientras se celebraba con cantos y disparos de salvas el retorno de los soldados, otros acontecimientos vinieron a llenarnos de tristeza: en una misma semana murieron Emma Hartmann y Ørsted.

Esta mujer de asombroso talento poseía un humor, una alegría de la vida que se manifestaba en una naturalidad sin ningún tipo de doblez ni de sombra; todo en ella respiraba esa bella armonía que da la genialidad. Me introdujo en aquel mundo suyo de espiritualidad, ingenio y ternura y obró en mí como obra la luz del sol en la planta. Imposible dar idea de la infinita alegría, del infinito buen humor que irradiaba su persona. Su carácter no puede definirse mejor de lo que lo hizo el pastor, el poeta Boye, en las

palabras que pronunció en su entierro: «Su corazón era como un templo divino, llenaba todo de aquel amor que repartía a manos llenas, no sólo entre los suyos sino igualmente entre muchos extraños, entre los pobres, los enfermos y los afligidos». Y siempre con una palabra amable, con una broma en los labios. Sí, no puede ser más verdad lo que dijo ante su tumba: «tenía siempre a punto un sinfín de ocurrencias felices, de ideas divertidas que echaba a volar como ligeros pájaros que alegran el corazón con sus trinos, trayendo la primavera a cuantos la rodeaban»; y es verdad, contagiaba a todos con su alegre algarabía. Se diría que las palabras se ennoblecían cuando ella las usaba; podía permitirse decir cualquier cosa, como los niños, que uno no veía nunca malicia en ella. De sus labios salían continuamente divertidos chistes e ingeniosas ocurrencias pero al mismo tiempo le parecía horrible que pudiera uno emplear un tono así en lo que escribía y peor todavía usarlo en escena, como hace el Rey de los Espíritus y otros personajes en mi obra «Más que oro y perlas»; no podía comprender que se pretendiera divertir con aquello al exigente público. Y eso que fue a ver la obra, igual que vio también «Ole Cierraojos», pero eso fue por motivos muy particulares. Un día de fuerte nevada volvieron sus dos hijos mayores del colegio, que quedaba allá por Christianshavn, sin el hermano pequeño, entonces de muy pocos años; se les había perdido por el camino, y ella estaba muy angustiada; yo llegaba justo en ese momento y prometí salir a buscar al extraviado; no me sentía bien, ella lo sabía, y no me apetecía demasiado tener que ir hasta Christianshavn, pero era natural que hiciera cualquier cosa por ayudar. Eso la conmovió y dicen que después de salir yo, y mientras se paseaba inquieta por la casa, angustiada y agradecida a la vez, comentó: «¡Hay que ver lo maravillosa persona que es! Tengo que ir a ver “Más que oro y perlas”. Si me trae al niño, soy capaz de ir a ver hasta “Ole Cierraojos”». Y cuando volví con su hijo, me lo repitió: «Nada, lo he jurado, voy a ir a verlas… ¡a pesar de lo horribles que son!». Y las vio y se rió con ellas y estuvo más graciosa que las dos obras juntas. Además era muy musical y por ahí circulan varias composiciones suyas, aunque sin su nombre. Con toda la genialidad de su alma entendía muy bien a su esposo, el músico Hartmann, predijo su éxito y la importancia que se le daría también en el extranjero; esta

mujer, a la que la mayoría veía siempre riendo y gastando bromas, era en ese aspecto una persona profundamente seria, con una cabeza muy clara.

Una de nuestras últimas conversaciones había sido sobre El espíritu de la naturaleza de Ørsted, y especialmente sobre la inmortalidad del alma. «Es una idea tan inmensa que da vértigo, supera casi la capacidad del entendimiento humano», comentó con ojos brillantes, «pero quiero creerlo, quiero creerlo, tengo que creerlo»; y en ese momento se le ocurrió otra vez una broma, un comentario humorístico, riéndose de la mísera condición humana, que pretendía «remontarse hasta el mismísimo Señor».

Fue una mañana de luto. Hartmann me echó los brazos al cuello y dijo entre lágrimas: «Está muerta». El dolor reinaba ahora donde en vida la madre había ocupado su sitio entre las flores, donde, como hada bondadosa del hogar, había sonreído a esposo, hijos y amigos, donde había sido rayo de sol de la casa, irradiando alegría y dando vida y sentido a todo.

En la hora misma en que moría la madre, cayó de pronto enferma la hija más pequeña, María; uno de mis cuentos, «La casa vieja», conserva algún rasgo suyo; era ésta la niña que a los dos años se ponía a bailar en cuanto oía cantar y hacer música y que entrando un domingo en la sala mientras sus hermanos mayores cantaban salmos, empezó con su baile, pero su sentido musical no le permitía salirse del compás y así se quedaba parada primero en una pierna, luego en la otra, el tiempo que duraba cada uno, bailando instintivamente a auténtico ritmo de salmo. Inclinó su frente en el momento de morir la madre; fue como si ésta hubiera pedido al Señor que la dejara llevarse a alguno de los niños, a la más pequeña, que no podía vivir sin ella. Y Dios había oído su plegaria. La tarde en que llevaron al cementerio a la Sra. Hartmann, moría la niñita y era enterrada días después al lado de la madre, en cuya tumba una de las coronas de flores, fresca todavía, parecía tender los brazos para recibir a la esperada.

En su caja la pequeña semejaba una chica joven, la imagen más clara de un ángel que haya visto yo nunca, y su inocencia todavía resuena en unas palabras, casi demasiado infantiles para este mundo, que me dijo una tarde, siendo ella de muy pocos años, cuando la llevaban a bañar: «¿Puedo ir yo también?», le pregunté

bromeando. «No», repuso ella, «porque todavía soy pequeña, pero cuando sea mayor, entonces sí que podrás».

La muerte no borra la belleza del rostro humano, muchas veces la aumenta, lo feo es sólo la descomposición del cuerpo. Jamás he visto a nadie en la muerte tan hermoso, tan noble como esta madre, con una paz sublime en toda la cara y una expresión de santa gravedad como si estuviera en presencia de Dios; es la muerta más hermosa que he visto. Un aroma de flores la envolvía.

> Amaba las flores y ellas cubren
> como un manto hoy su caja,
> amaba la música y ella entona
> hoy su adiós entre lágrimas

cantamos ante su tumba, y tras nuestros cantos se oyeron aquellas palabras tan verdaderas: «Nunca hirió a nadie cuando juzgaba los extravíos del mundo, nunca ahorró honores y elogios para el justo, jamás permitió que la maledicencia manchara un buen nombre. No sopesaba con miedo sus palabras ni la asustaba que pudieran malentenderlas quienes no eran tan francos como ella».

En la parte del cementerio que da a la calle, detrás de la reja, se ve una tumba siempre más adornada que las otras, protegida y cuidada —en ella descansan los restos de Emma Hartmann y la pequeña María.

Cuatro días más tarde perdía a Hans Christian Ørsted. Fue casi demasiado duro para mí. Se me iba tantísimo con los dos. Primero Emma Hartmann, que con su gracia y vitalidad, con sus bromas y su alegría me había levantado el ánimo cuando me sentía oprimido y angustiado, a cuyo sol podía, por así decirlo, calentarme, y ahora Ørsted, a quien había conocido y querido prácticamente desde que llegue a Copenhague, una de las personas que más de cerca había compartido las alegrías y los pesares de mi vida. Los últimos días me los había pasado de casa de Hartmann a casa de Ørsted; visitaba por última vez al amigo que en las luchas y pruebas por las que he tenido que pasar, había sido mi más grande apoyo; pero no me daba cuenta todavía. Ørsted se sentía tan joven, hablaba ilusionado del próximo verano en el palacete de Fasangaard, en el parque de

Frederiksberg. El año anterior, a finales de otoño, con ocasión de la celebración de sus cincuenta años como profesor de la universidad, la municipalidad les había cedido a él y a su familia de por vida la residencia de verano que Oehlenschläger había sido el último en ocupar: «En cuanto se vean los primeros brotes en los árboles y empiece a asomar el sol, nos trasladamos», decía, pero cayó enfermo ya en los primeros días de marzo, aunque estaba de buen ánimo. El 6 de marzo murió la Sra. Hartmann, llegué muy apenado a casa de Ørsted y allí me enteré de que su enfermedad era grave, que tenía inflamado uno de los pulmones. «Va a ser su muerte», pensé y no me podía quitar la preocupación de encima, él sin embargo sentía mejoría. «El domingo estaré en pie», dijo; y donde estaba el domingo era en presencia de Dios.

XII

El mundo estaba en paz, lucía el sol de primavera y yo sentía ansias de viajar, necesidad de renacer, y por eso huí de la ciudad y me fui a los bosques recién verdecidos, a Christinelund, la propiedad de unos buenos amigos en la bahía de Prestø. La gente joven de allí quería que la cigüeña anidara en su casa; habían puesto una rueda en el frontón del edificio para que pudiera empezar a hacer allí el nido, pero no venía ninguna cigüeña. «Esperad que vaya yo», les había escrito, «seguro que entonces llega la cigüeña»; y tal como había dicho, a primera hora de la mañana del día en que me esperaban, aparecieron dos cigüeñas, un macho y una hembra, que estaban ya metidas en faena cuando yo hice mi entrada en la finca; según creencia popular, cuando uno ve volar a la cigüeña, eso quiere decir que uno mismo va a partir, va a salir de viaje, pero ese verano mi vuelo fue corto, la cosa más al sur que vi fueron las torres de Praga. El capítulo de viajes del año tiene pocas páginas pero la primera la ilustran las cigüeñas que vienen volando a construir su nido en el tejado, al amparo del bosque de hayas primaveral.

Por Pentecostés dejé otra vez Copenhague y me fui a casa de Ingemann, a disfrutar de la naturaleza en todo su esplendor; era aquel el hogar al que el corazón seguía llevándome cada verano desde los años en el instituto de Slagelse. Nada allí había cambiado, tampoco los corazones. El cisne peregrino, por muy lejos que vuele, retorna siempre a su rincón en el lago del bosque, y yo soy igual que él.

Ingemann es seguramente nuestro escritor más popular; sus novelas, en las que también se ensañó la crítica, las lee y las vive toda la gente en estas tierras, desde la más alta hasta la más humilde; las lee el campesino danés y aprende a amar a su patria y

las glorias de su pasado; en todo lo que escribe hay una nota de algo más profundo, incluso en sus obras menores, como por ejemplo en *La muda*, para decir una de las que raramente se nombran; en ella es como si el árbol de la poesía fuera sacudido por los grandes acontecimientos del momento que todos vivimos y que nuestros nietos oirán de boca de sus mayores. Ingemann tiene además un gran sentido del humor y el corazón eternamente joven del poeta. Es un gran placer conocer a una personalidad como ésta y mayor aún saber que se tiene en él a un amigo de probada lealtad.

Aquí en esta sala, con paredes adornadas de cuadros, los tilos dando sombra fuera y el agua del lago transparente y azul, donde todo está todavía como aquel venturoso día de verano en que llegué aquí por primera vez siendo alumno del instituto de Slagelse, he ido tejiendo los recuerdos de lo visto y vivido desde entonces hasta formar la corona variopinta que constituye el cuento de mi vida.

La primavera llegaba tan hermosa este año, saludándome con sus hojas verdes y el canto del ruiseñor, y sin embargo todo sería pronto vano esplendor; se avecinaban tiempos de pesadumbre y angustia. Una epidemia de cólera había brotado en Copenhague, yo ya no estaba en Selandia pero supe de los horrores y la muerte que sembraba la enfermedad; la noticia más dolorosa fue para mí la muerte del reverendo Boye, el poeta. En los últimos años me había mostrado verdadero afecto y yo le había tomado gran cariño.

Uno de los días más negros de aquellos tiempos de amargura fue justo un día que había estado destinado al placer y la alegría. Me encontraba en el palacio de Glorup, se celebraban las bodas de plata del conde Moltke-Hvitfeldt y yo era el único extraño al que habían invitado; todo estaba planeado desde hacía mucho tiempo; se habían abierto también las puertas a todos los campesinos de la finca, calculo que éramos más de mil seiscientas personas, era una fiesta por todo lo alto, con baile y diversión, sonaba la música, las banderas ondeaban al viento, se lanzaban cohetes, y en medio de todo aquel festejo me llegó una carta diciendo que había perdido a dos de mis amigos. El ángel de la muerte iba de casa en casa; la última noche había hecho alto en lo que era para mí el hogar de los hogares, la casa de los Collin. «Hoy nos hemos mudado todos a otro sitio», me escribían, «Dios sabe lo que nos espera en los días venideros». Era como si me comunicaran que iban a arrancarme a

todas las personas queridas; me encerré a llorar en mi habitación, fuera continuaban las voces, la animación del baile y la luminaria de los cohetes, casi no se podía soportar. A diario llegaban noticias funestas, también en Svendborg se propagaba el cólera, mi médico y mis amigos me aconsejaban quedarme en el campo; en Jutlandia tenía abiertas las puertas de más de un hospitalario hogar.

Gran parte del verano lo pasé en Silkeborg, en casa de Michael Drewsen; en un poema he cantado las leyendas y los bellos paisajes del lugar, que tiene algo de los espesos bosques de la Selva Negra y la grandiosa soledad de las landas de Escocia.

Pero en medio de aquella belleza natural y de aquella gente acogedora mi corazón estaba profundamente acongojado; me hallaba en un estado de excitación nerviosa, de atormentada incertidumbre. Cuando sonaba el trompetín del correo, volaba a recoger las cartas y los periódicos y apenas podía sufrir los minutos de espera; me sentía angustiado, con el alma enferma, así que en cuanto la epidemia remitió en Copenhague y se juzgó prudente que

volviera, me apresuré a reunirme con mis seres queridos, a los que había pensado no volver a ver nunca.

En primavera, poco antes de que brotara la epidemia, había muerto mi excelente editor, el consejero Reitzel. A lo largo de mi carrera de escritor nos habíamos ido haciendo verdaderos amigos y su último proyecto había sido publicar una edición de bolsillo de mis obras completas; en Alemania se había publicado ya siete años antes una edición completa de mi obra en alemán, acompañada de *El cuento de mi vida*, entonces nada más que unos simples apuntes que, sin embargo, tuvieron muy buena acogida en el extranjero; la revista alemana de literatura extranjera *Magazin für die Literatur des Auslandes* traía una reseña muy elogiosa: «… hasta hoy no contábamos prácticamente con otros exponentes de este tipo de literatura que *Poesía y verdad* de Goethe, las confesiones de Rousseau y la vida de Jung-Stilling, pero a partir de ahora habrá que incluir sin duda la última obra de Andersen, *El cuento de mi vida*». Y se comparaba sobre todo con la autobiografía de los dos últimos autores, reconociéndose su mérito. Lo mismo me han dicho que ocurre en Inglaterra y América, adonde ha llegado a través de la traducción de Mary Howitt y Spillan; ahora iba a tener el privilegio de publicar también en danés mis obras completas, mientras todavía me sentía fuerte y joven, con lo cual tendría ocasión de corregir algunas cosas y hasta podar alguna que otra rama sin demasiado follaje; mi autobiografía serviría para que se entendiera el verdadero sentido de toda mi obra. No iban a ser ya los apuntes primitivos sino los recuerdos completos y todavía frescos de cuanto había logrado y sentido. Me parecía que un relato sobre las personas importantes que había ido encontrando en mi camino, un retrato de mi época y del mundo que me rodeaba, tenía que tener una especie de interés histórico para generaciones futuras, y también que una simple relación de las pruebas por las que Dios me había hecho pasar podría servir para dar fuerzas en su lucha a más de una persona de talento. Empecé el trabajo en el otoño de 1853.

Los cuentos que había escrito hasta entonces aparecían reunidos en una edición bellamente ilustrada por Vilhelm Pedersen, constituían por así decirlo una colección acabada. A los que ahora escribía y los que podían venir después he preferido darles el

nombre genérico de «historias», una denominación que me parece más apropiada para mis cuentos por el sentido amplio que tienen; en el habla popular esa denominación abarca desde la narración más simple hasta el relato de fantasía más descabellada; los niños y la gente del pueblo llaman a los cuentos de vieja, las narraciones y las fábulas con el sencillo nombre de historias.

Se publicaron unas cuantas en danés y alemán y tuvieron mucho éxito; Richard Bentley sacó en inglés una edición con el título *Sueños de un poeta*. La reseña de 1853 en *The Atheneum* muestra que la idea que da de mí ahora Mary Howitt no ha influido para nada en la crítica inglesa, que se muestra altamente elogiosa: «Este librito, dedicado a Charles Dickens, parece casi predestinado para ser regalo de Navidad pero gustará igual en cualquier época del año, ya sea verano o invierno, "cuando los carámbanos de hielo adornan los muros de las casas", pues será leído y recordado por poetas mucho después de terminado el ajetreo de este mundo y de que los ajetreados hombres hayan ido a reunirse con sus antepasados. No necesitamos recalcar aquí nuestra aversión por el sentimentalismo, en el sentido habitual de esta palabra. Nada más lejos de nuestras preferencias Nada nos disgusta más que lo afectado y enfermizo, por mucho encanto que muestre y atrayente que parezca; pero confesamos una debilidad especial por ese sentimiento que no alcanza las profundidades de la pasión frenética ni las alturas de la fe enfervorecida ni la furia de los arrebatos del genio, y quienes no profesen esa debilidad no serán tampoco capaces de gustar el verdadero sabor de la fantasía. En cuanto a originalidad, gracia y ternura las narraciones de Andersen son únicas en su género. Quien quiera comprobarlo no tiene más que leer en este tomo "No servía para nada", "Penas del corazón", "Bajo el sauce" o "Es la pura verdad"; y quien piense que son obras de poca categoría, que intente producir algo tan perfecto, tan delicado y tan ligero. Es verdad que tratan en general de cosas insignificantes, de sentimientos comunes y corrientes, pero justamente por eso son verdaderas obras de arte y como tales merecen ser acogidas por todo aquel que ame el arte y sus creaciones».

Precisamente en estos días, en que cumplo mis cincuenta años y se publican mis obras completas, la *Revista mensual danesa* trae una

reseña sobre ellas escrita por el Sr. Grimur Thomsen. El entusiasmo y la profundidad que este autor demostraba ya tempranamente en su libro sobre Byron, se revelan también en este escrito más modesto, en el que pone al descubierto una gran sensibilidad por los trabajos que comenta; parece como si Dios quisiera que concluyera este capítulo de mi vida viendo cumplidas las alentadoras palabras de Ørsted en aquellos tiempos de amargura en que todos me despreciaban. Dinamarca me concede por fin el premio de la gloria.

Al hablar de mis cuentos, Grimur Thomsen sabe identificar con breves palabras la cuerda exacta que produce la vibración más profunda en mi obra; y no es casual que la mayoría de los ejemplos que cita para ilustrar su significado y su esencia, estén tomados de mis historias, es decir de las narraciones más tardías: «La narración se erige en divertido juez sobre el mundo real y el de las apariencias, sobre la esencia verdadera y la envoltura vana. Una doble corriente atraviesa la escritura: una corriente de superficie, que se burla de todo, que no deja títere con cabeza, zarandeando sin el más mínimo respeto tanto a pobres como a ricos; y luego una corriente profunda, que con justicia y verdad pone todo "en su sitio". Este es el verdadero humor, el humor cristiano». No podía explicarse de forma más clara lo que yo perseguía con mi obra.

El cuento de mi vida se despliega ahora ante mis ojos como una bella y reconfortante historia: hasta el mal terminó en bien y el dolor se transformó en alegría, yo no hubiera podido inventar nada más aleccionador. Me siento un elegido de la fortuna, tantas de las personalidades más nobles de mi tiempo me han dispensado su simpatía y afecto, muy pocas veces ha sido defraudada mi confianza en la gente. Los días de amargura y tristeza portaban también en sí un germen de ventura. Lo que yo consideré oprobio por parte de cuantos con mano dura forzaron mi desarrollo, ha dado también buenos frutos.

En nuestro caminar hacia Dios se disipan los recuerdos amargos y tristes y queda sólo lo hermoso, como el arco iris que luce sobre la nube negra. Espero que la gente me juzgue con indulgencia, como yo juzgo a todos en mi corazón. El relato de una vida tiene siempre para las personas buenas y nobles algo de la santidad de la confesión; entrego estas páginas tranquilo, en ellas he contado, con

la sinceridad y confianza con que uno habla a los amigos, el cuento de mi vida.

FIN

Hans Christian Andersen (Odense, 1805 - Copenhague, 1875). Poeta y escritor danés. El más célebre de los escritores románticos daneses fue hombre de origen humilde y formación esencialmente autodidacta, en quien influyeron poderosamente las lecturas de Goethe, Schiller y E.T.A. Hoffmann.

En 1819, a los catorce años, Andersen viajó a Copenhague persiguiendo el sueño de triunfar como dramaturgo. El escaso éxito de sus obras teatrales y su insaciable curiosidad lo impulsaron a viajar por diversos países, entre ellos Alemania, Francia, Italia, Grecia, Turquía, Suecia, España y el Reino Unido, y a anotar sus impresiones en interesantes cuadernos y libros de viaje.

Inspirándose en tradiciones populares y narraciones mitológicas extraídas de fuentes alemanas y griegas, así como de experiencias particulares, entre 1835 y 1872 escribió 168 cuentos protagonizados por personajes de la vida diaria, héroes míticos, animales y objetos animados.

Notas

[1] *Mit livs evetyr*, versión original danesa según la edición de H. Topsoejensen, Copenhague 1975. <<